

Jorge
Amado

Los subterráneos de la libertad. Vol. 1

Los ásperos tiempos

Traducción de
Basilio Losada



Lectulandia

El hilo conductor de la novela se mueve en torno a los acontecimientos y vivencias cotidianas de la población de Bahía en épocas del régimen dictatorial del «Estado Novo», después del levantamiento protagonizado por las fuerzas fascistas de Getúlio Vargas, en 1937.

El panorama abarcado es complejo y vasto: acciones conspirativas, manifestaciones, huelgas, prisiones, torturas y muerte, toda una realidad marcada por el sacrificio y la abnegación más absoluta, pero iluminada por la esperanza de un futuro gratificador.

En el esfuerzo para la creación de un futuro más justo y libre, el compromiso político llega a penetrar las relaciones íntimas de sus protagonistas. Nacen así episodios de un profundo lirismo, donde el sentimiento hacia la persona amada se sublima en un acto de supremo heroísmo. Jorge Amado consigue de ese modo superar los límites del conflicto político-social, para abarcar el valor intrínseco del ser humano en sus actos más significativos.

Lectulandia

Jorge Amado

Los ásperos tiempos

Los subterráneos de la libertad 01

ePub r1.0

German25 01.09.17

Título original: *Os ásperos tempos*

Jorge Amado, 1954

Traducción: Basilio Losada

Editor digital: German25

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Zélida y James,
Para Diógenes Arruda, Laurent Casanova, Anna Seghers y Michael Gold,
con amistad.

Metida tenho a mão na consciênciae não falo senã o verdades puras que me
ensinou a viva experiênciã.

Camões (Sonetos)

Buscaba el amanecer y el amanecer no era.

García Lorca

CAPITULO PRIMERO

1

Había sido un mes de malas noticias. El diputado Artur Carneiro Macedo da Rocha, descendiente de una vieja estirpe de São Paulo, pensaba con alegría que dentro de pocas horas habría terminado aquel fatídico mes de octubre de 1937. Tal vez noviembre se iniciara bajo mejores auspicios.

Acababa de cambiarse de ropa y, al vaciar los bolsillos de la chaqueta que había llevado por la tarde, encontró el telegrama de Paulo. Lo releyó una vez más y luego lo arrojó sobre la cama con un gesto de irritación. ¿Cuándo iba a llegar por fin? ¿Por qué tardaba tanto en regresar de Buenos Aires? El telegrama no precisaba nada. Paulo podía bajar del avión en cualquier momento y se iba a encontrar, con toda seguridad, rodeado de periodistas ávidos. Hizo un esfuerzo para no pensar en su hijo, en su próxima llegada, en el escándalo que lo rodeaba.

Se miró de nuevo en el espejo, antes de salir, y se encontró elegante, con su *smoking* bien cortado; un hombre gallardo aún a pesar de sus cincuenta años. ¿Quién le echaría esa edad? Había sabido conservarse joven y los raros pelos blancos le conferían cierto aire de distinción que caía muy bien en un político de su responsabilidad. Se ajustó la corbata; ahora pensaba en Marieta Vale.

En la calle, el chófer se inclinó un poco al abrir la portezuela del coche negro. Artur ordenó:

—Vamos a casa de Costa Vale.

Había estado lloviendo al caer la tarde, y el automóvil atravesaba una ciudad mojada y semidesierta cruzando las calles silenciosas del barrio elegante. A través de las ventanillas, Artur veía vagamente los faroles de la calle derramando una luz blanda sobre las gotas de agua de las aceras, dándoles un brillo de piedra preciosa. A medida que avanzaban hacia el centro de la ciudad, el tráfico iba aumentando y la marcha se hacía más lenta. Una larga hilera de coches se apelonaba en el viaducto de Anhangabaú, dirigiéndose hacia el Teatro Municipal. Mientras esperaba que se descongestionara el tráfico, Artur leyó, casi deletreando a través del vaho de los cristales, la inscripción que unas manos desconocidas habían trazado sobre los sólidos muros del edificio monumental de la Light Power, monopolio norteamericano de la electricidad:

ABAJO EL IMPERIALISMO YANKI
VIVA EL P. C. BRASILEÑO

Y de nuevo se vio lanzado hacia turbios pensamientos sobre aquel mes de octubre y sus desagradables recuerdos. El coche avanzaba otra vez, pero Artur seguía viendo la inscripción subversiva. Y ella le recordaba la entrevista con el dirigente comunista, la precisión expresiva del joven, sus propuestas de unión y la perspectiva dramática que había esbozado en el caso de que los políticos demócratas continuaran «con los

ojos cerrados». Una extraña confusión de pensamientos dominaba a Artur al recordar la entrevista: cierto despecho —aquel muchacho mal vestido, salido sin duda de los medios obreros, intentando darle una lección de política— y cierta admiración por la severa figura del revolucionario.

Pensó en la otra entrevista que había tenido aquel mes: fue con el Ministro de Asuntos Exteriores, gordo y pegajoso diplomático, sobre el caso de Paulo. Había sido igualmente desagradable, tampoco le había dejado un grato recuerdo. Pero había sido diferente: con el ministro se había sentido dueño de la situación en todo momento, había dirigido el desarrollo de la entrevista como mejor le había parecido. Pero, pese a todo, fue muy desagradable.

Le hubiera gustado pensar en cosas alegres, alejar las preocupaciones de aquel exasperante mes de octubre. ¿Por qué no pensar en Marieta Vale, a quien iba a ver de nuevo tras largos meses de ausencia —el collar de perlas brillaría sin duda sobre la blancura de su cuello más que las gotas de agua cortadas por la luz—, por qué no pensar en sus ojos y en su sonrisa, que recobraría dentro de unos momentos, por qué amargarse con las habladurías de la política, con el telegrama que anunciaba la inmediata llegada de Paulo, con el escándalo que rodeaba la borrachera del muchacho, pensar en la entrevista con el ministro, en el reciente encuentro con el dirigente comunista? Le parecía oír aún las últimas palabras pronunciadas, con una gravedad casi solemne, por el revolucionario:

—Sobre ustedes recaerá toda la culpa. Por nuestra parte, sabemos lo que hemos de hacer...

Mirando el pavimento mojado, intentaba imaginar, bajo la luz derramada por los faroles, el rostro moreno y melancólico de Marieta, tantos años inútilmente deseado. Y lo que veía era la cara descarnada, demacrada de una extrema delgadez, del muchacho que Cícero de Almeida le había presentado simplemente como «João». La frente amplia, sobre la que el pelo empezaba a escasear, unos ojos profundos y curiosos, las manos nerviosas en contraste con la voz grave y tranquila, pausada como la de un profesor. La entrevista había dejado en Artur la certeza más absoluta de que su celebrada habilidad política —«ese hombre es sutil como un gato», decía de él el líder de la mayoría de la Cámara— de nada le había servido en su conversación con el comunista. Aquel hombre sabía lo que quería, y lo decía tranquilamente, sin elegir las palabras, sin frases dubitativas, de una forma directa y clara a la cual no estaba habituado Artur. Y cuando intentaba envolverlo en los meandros de sus sutilezas, el muchacho se limitaba a sonreír y le dejaba hablar para volver de nuevo a sus argumentos precisos, a la cita de los hechos concretos, a la propuesta de unión de todas las fuerzas democráticas contra Getúlio Vargas y los integralistas^[1]. En ningún momento, durante la hora y media que estuvieron hablando, Artur se sintió dueño de la situación.

Sí, octubre había sido un mes de malas noticias, de sucesos indeseables. Un clima nervioso de incertidumbre flotaba por el aire, dominaba a los políticos y de él se

desprendía una indefinible sensación de miedo, miedo a algo que iba a ocurrir de manera fatal de un momento a otro sin que nadie pudiera evitarlo. Nadie precisaba qué sería, pero ¿por qué nadie creía tampoco que fueran a realizarse las elecciones? ¿Por qué aquella casi absoluta certeza de que un acontecimiento imprevisto iba a cortar la marcha regular de la campaña electoral, algo que todos parecían saber cuando en realidad nadie sabía positivamente nada, ni nada concreto podía demostrarse? Sin embargo, era tan fuerte aquella atmósfera de expectativa, que Artur podía sentir el miedo como algo casi palpable cuando hablaba con sus colegas en los pasillos de la Cámara, con sus correligionarios en las ciudades del interior. Aquel miedo había acabado por dominarle a él también, a pesar de su larga experiencia política que le convertía en uno de los más hábiles parlamentarios del país y uno de los jefes antigetulistas de mayor prestigio.

La verdad es que el comunista «João» (¿cómo se llamaría, en realidad?, se preguntaba Artur. Desde luego, João no era su nombre) había hablado con precisión de aquello que flotaba en el aire, se había referido concretamente al golpe de estado que Getúlio Vargas preparaba en alianza con los integralistas, y, al contrario de los demás políticos, afirmaba en nombre de su partido, aquel misterioso y amedrentador partido con el que nunca se contaba en la relación de los grupos políticos del país, que el golpe podía ser evitado, que las elecciones se podrían realizar si las fuerzas de los dos candidatos a la presidencia aceptaran la unión, haciendo una tregua en la campaña electoral para impedir las maniobras de Vargas y los fascistas. Una declaración pública firmada por los candidatos y por los gobernadores que les apoyaban, dueños de la situación en los Estados más importantes, sería suficiente para alertar a la opinión pública y detener el golpe en preparación. El comunista mostraba un conocimiento perfecto de la situación:

—No me refiero al gobernador de Minas. Ése es hombre de Getúlio cien por cien. Hablo de los Estados que apoyan realmente a los dos candidatos: São Paulo, Bahía, Rio Grande do Sul y Pernambuco.

Bien, el comunista había hablado de cosas concretas. Del viaje del agente de Vargas, el avión deteniéndose en cada una de las capitales de los Estados para consultar —para avisar, había dicho el muchacho— del golpe a los gobernadores, un golpe cuya fecha estaba ya fijada. Un jurista de Minas había redactado una constitución fascista aprobada por los integralistas. Un general fascista sería nombrado comandante militar de Rio de Janeiro. No eran rumores, el muchacho estaba perfectamente bien informado. Artur tenía ya antes, noticia del viaje del emisario de Getúlio pero el comunista le había dado datos nuevos, irrefutables, resúmenes de conversaciones, la seguridad de que el golpe se estaba gestando y que no tardaría en liquidar la campaña electoral, liquidando también las más caras esperanzas del diputado Artur Carneiro Macedo da Rocha, cuya designación para ministro de Justicia era considerada cosa segura en caso de que Armando Sales resultara elegido Presidente de la República.

Ni siquiera el escándalo provocado por la borrachera de Paulo había conmovido la solidez de su candidatura ministerial. La Prensa enemiga había utilizado el incidente explotándolo de manera repugnante. Titulares a toda plana, subtítulos en gruesos caracteres, editoriales que hablaban de «el nombre de Brasil arrastrado por el fango», un «borracho rompiendo la noble tradición de la diplomacia brasileña», ponían bajo los ojos de los lectores, menos que el nombre de Paulo, el nombre de su padre, el diputado Macedo da Rocha, jefe de propaganda de la candidatura de Armando Sales y uno de sus líderes más importantes. Como si fuera tan monstruoso el que un joven subsecretario de embajada, hartado hasta la coronilla de la monotonía de la vida en Bogotá, bebiera más allá de lo deseable y soltara algunas palabrotas en medio de una recepción diplomática. Admitiendo incluso como verdad (y Artur sabía que era verdad, Paulo perdía todo control cuando se embriagaba) que hubiera intentado, como narraban con exceso de detalles los telegramas de las primeras páginas de los periódicos, desnudar en pleno salón a la esposa de un tal Antonio Reyes, y que hubiera rodado por el suelo en lucha personal con los que habían intentado disuadirle de tal empresa, aun así, en otra ocasión cualquiera, la cosa no pasaría de ser un incidente lamentable, motivo sólo para algunas murmuraciones en los corredores del ministerio, sin más consecuencias que, como mucho, el traslado de Paulo a una capital europea donde las borracheras de los secretarios de las embajadas sudamericanas no llegan a escandalizar.

Pero esta vez el resultado había sido toda aquella innoble explotación del incidente; editoriales en negrilla, artículos de fondo en los periódicos, caricaturas en las revistas y hasta un cuadro humorístico que era el éxito del día en una revista espectáculo que se presentaba en un teatro en Rio. Como si el muchacho hubiera provocado un peligro de guerra entre Brasil y Colombia, como si una monumental borrachera (acontecimiento trivial en nuestro cuerpo diplomático, como él le había dicho al ministro) hubiera manchado el honor de la patria y agraviado los sentimientos más profundos de la República de Colombia.

Pura explotación política. Tentativa de envolver en un clima escandaloso, no sólo a él, a Artur, sino también a todo el grupo político que él representaba, a las viejas familias paulistas dueñas de enormes extensiones de tierra, de millares de hectáreas de cafetales, presentándolos como símbolos de un fin de raza que acaba en el alcohol y en el libertinaje, incapaces pues de dirigir los asuntos públicos del país. Los periódicos getulistas atacaban, tomando como pretexto el escándalo de Paulo, a toda la campaña electoral, y los integralistas hablaban de la necesidad de «sangre nueva en Itamarati». Y todos, unánimes, pedían «un castigo ejemplar para aquel señorito hijo de papá» que «había manchado, en la culta capital de la República hermana, el nombre que Río Branco construyó para nuestra Patria al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores».

Pedían incluso la dimisión del muchacho. Por eso Artur se había visto obligado a hablar muy claramente con el ministro y a decirle duras verdades. Y eso era lo que

había hecho en aquella desagradable entrevista: Artur había tenido que abandonar sus hábitos de sutileza, su acostumbrada manera de ser, él, que tanto odiaba la violencia. Pero, de buena fuente, le habían informado que el ministro tenía ya redactado el telegrama exigiendo que Paulo presentara su dimisión. ¿Qué podía hacer, sino recurrir a la violencia, amenazar, mostrar que era un adversario peligroso? Tenía que salvar la carrera de su hijo.

Con esa entrevista había empezado el mes que terminó con el encuentro con el dirigente comunista, envuelto en el misterio, dos veces aplazado, y que le había dejado un recuerdo aún más amargo que la conversación tan poco diplomática en el gabinete ministerial de Itamarati. Y es que, por desagradable que hubiera sido, la visita al ministro había acabado en victoria: ningún castigo perturbaría la carrera de Paulo, simplemente se quedaría en Rio, sin designación para el extranjero, durante unos pocos meses. Había tenido que hablar claro, en tono amenazador, mostrar que conocía al dedillo —llevaba veinticinco años de actividad política— la serie infinita de escándalos que se escondía bajo los muros respetables e hipócritas del Palacio Itamarati. Había citado nombres y hechos. Habló ante el ministro horrorizado de los detalles del discurso que había preparado para cuando la dimisión, o cualquier otra sanción contra Paulo, le obligase a debatir el asunto en la Cámara de Diputados. Mientras la cosa no pasara de explotación política en los periódicos, se mantendría callado. Pero si hacían recaer sobre el muchacho cualquier medida disciplinaria, entonces...

Hasta para decir las cosas más duras Artur mantenía aquella voz redonda y suave que le había valido su fama de orador parlamentario: ¿qué significaba la juvenil borrachera de Paulo («¿Qué joven diplomático no se embriagó por lo menos una vez en su vida?») comparada con el escándalo provocado por el consejero de embajada en Lisboa —ahora embajador en Egipto—, figura ilustre del Itamarati? El ministro, sin duda, recordaría el caso. Había ocurrido hacía poco más de un año: el entonces consejero de Embajada había sido detenido por la policía política portuguesa cuando, borracho como una cuba, se bañaba desnudo en la playa elegante de Estoril a medianoche, en compañía de la esposa del ministro portugués de Obras Públicas, desnuda ella también, sin tener siquiera los largos cabellos para cubrir su cuerpo, «como hacía Eva en el Paraíso». Sonreía ante esta frase que, como el ministro podría ver, cargaría de cierta gracia su discurso. Lo peor sería verse obligado a citar el nombre de la esposa del ministro portugués envuelta en el escándalo, cuando tan cordiales eran nuestras relaciones con el gobierno de Salazar. Pero ¿qué hacer si aquel enorme escándalo había sido completamente sofocado, si se había echado tierra sobre él, sin una noticia en los periódicos, y el consejero de la Embajada «vio premiada su vocación nudista con la Legación en Egipto»?

El ministro intentaba interrumpirle, pero Artur continuaba detallando escándalo sobre escándalo: ¿qué decir del embajador en Finlandia, que se pasó tres días en la cárcel de Helsinki sin dar a conocer su condición de diplomático por el hecho de

haber destruido [en la embriaguez más lamentable] casi por completo un pacífico cabaret nórdico? En Brasil casi ni se habían enterado del hecho, que sirvió, no obstante, a los caricaturistas de Escandinavia para ilustrar revistas humorísticas que él, Artur, por casualidad tenía a mano y que exhibiría en la tribuna de la Cámara. Lamentaba tener que hacerlo, pues el diplomático de marras era ahora embajador en los Estados Unidos y una de las figuras más prestigiosas de nuestra diplomacia, viejo camarada suyo además, pues habían estudiado juntos en la Facultad de Derecho de São Paulo. Pero el ministro sin duda, lo comprendería, era la carrera de su hijo lo que estaba en juego, su honor también, y el honor de él mismo, Artur, que la Prensa, con la complicidad del gobierno —y subrayaba las palabras—, manchaba a causa de un incidente sin importancia, de unos vasos de más que el muchacho había trasegado. Y no se iba a quedar en el relato de las borracheras homéricas de ilustres embajadores. El señor ministro tenía conocimiento, sin duda, de que en su ministerio ocurrían cosas más graves que simples borracheras más o menos ruidosas, cosas que Artur —afirmaba con voz casi tierna— no deseaba verse obligado a hacer públicas. Como político que era, celoso del prestigio de las clases conservadoras, Artur prefería que la masa popular, las clases trabajadoras ya tan decepcionadas y actualmente tan influidas por las ideas subversivas de los comunistas, no llegaran a conocer estos hechos que en nada contribuían a mantener el prestigio de los hombres públicos del país. Si lo hiciera, si se viese obligado a pronunciar tal discurso, que no le echaran la culpa a él, y sí a los que querían explotar políticamente la juerga de su hijo Paulo. ¿Qué diría el pueblo al enterarse del escándalo del té, en que se había visto envuelta toda la representación diplomática de Brasil en China, un negociazo que había llenado los bolsillos de los funcionarios de nuestra Embajada en Pekín con millones de dólares? ¿Y qué gozo no sería para «esas gentes» del pueblo la lectura de la lista enorme —verdaderamente enorme, señor ministro— de los funcionarios del Itamarati que se daban «al elegante vicio de la pederastia»? A ese respecto, se amontonaban los escándalos, algunos realmente chuscos. Buen material sin duda para un discurso de oposición al gobierno. Había, por ejemplo, aquella divertida historia ocurrida en Buenos Aires, cuando la Conferencia de la Paz del Chaco, en que se habían visto envueltos un hermoso y joven secretario de Embajada y el respetabilísimo y afeminadísimo embajador...

El ministro no le dejó continuar (Artur quería citar trozos del poema que el embajador había dedicado al joven secretario). Estaba vencido, aplastado, y deseaba evitar sobre todo las referencias al caso del té, en el que estaba envuelto un próximo pariente suyo... Empezó él mismo a disculpar el proceder de Paulo, «cosas de chiquillos», dijo, y a afirmar que jamás se le había pasado por la cabeza la idea de cualquier medida punitiva. También él condenaba la excitación sensacionalista de la Prensa, donde veía excesos de mala voluntad contra la diplomacia en general, la antigua rivalidad entre diplomáticos y periodistas, agravada en aquel caso por el aspecto político, por la pasión que había despertado la campaña electoral. Pero todo

se iba a arreglar de la mejor forma posible, tal vez fuera necesario que Paulo permaneciera unos seis meses en una de las secretarías del Ministerio; luego se encargaría de proporcionarle un buen puesto en Europa. Y añadió, con una falsa nota de melancolía en la voz:

—Entonces yo ya no seré ministro. Se habrán realizado ya las elecciones y otro ocupará este despacho...

Pero Artur descubrió una lejana punta de ironía en su voz, como de quien no creía ni en elecciones, ni en un nuevo ministro. Y se sorprendió al reconocer en el oficial que le acompañó por los pasillos tras la entrevista, a un intelectual integralista cuyos artículos violentos exigían un «régimen fuerte» para «poner fin en el país a la torpe comedia electoral». Por todas partes encontraba ahora integralistas y por todas partes percibía aquella atmósfera de conspiración, de golpes en marcha, de cuchicheos, de expectativa.

Tal vez sería ese clima de nerviosismo, ese sentimiento oscuro de miedo, lo que le llevó a aceptar la idea de una entrevista con el dirigente comunista que Cícero de Almeida, el conocido escritor, le había propuesto. Artur deseaba saber qué pensaban los comunistas de la situación, recoger datos, pues los comunistas pasaban por bien informados. Tenía también cierta curiosidad por conocer y tratar con una de aquellas misteriosas personalidades que dirigían la lucha comunista desde sus impenetrables escondrijos. Los que él conocía eran generalmente intelectuales como Cícero de Almeida, y Artur no podía considerarle comunista vinculándole con todo lo que esta palabra significaba para él. Cícero, como el mismo Artur, descendía de una antigua familia de la aristocracia de los cafetales, sus abuelos habían sido dueños de esclavos, como los de Artur, Cícero había estudiado con él en la Facultad de Derecho de São Paulo, se vestían en el mismo sastre, un sastre caro, se hacían los zapatos a medida en la misma elegante zapatería, se encontraban en las mismas recepciones y a veces hasta discutían, el escritor citando a Marx entre los cristales donde brillaba el whisky.

El comunismo en Cícero era, según Artur, una extravagancia intelectual que no representaba un serio peligro, y él mismo había intervenido una vez ante las autoridades para liberarle cuando el escritor fue detenido. Dijo entonces al jefe de la policía:

—Son extravagancias de intelectual joven. En definitiva, es un hombre de talento, hijo del viejo consejero Almeida y heredero de su fortuna. Cualquiera día lo hacemos diputado y se cura de eso del comunismo...

Y añadió, generalizando:

—Eso del comunismo y el integralismo es como un sarampión que pasan todos los chiquillos a cierta edad. Los intelectuales lo pasan también, pero después, con el tiempo, se les acaba...

El jefe de la policía, no obstante, establecía diferencias. «Una cosa era el comunismo, que quiere destruir la sociedad, y otra, muy distinta, el integralismo, doctrina de hondo patriotismo, impregnada de sano y noble nacionalismo, basada en

sentimientos cristianos». Pero atendió la petición de Artur, y Cícero fue puesto en libertad.

Cuando se había planteado el problema de las candidaturas a la Presidencia, Artur se valió de su relación con Cícero para sondear la opinión de los comunistas a propósito de un posible apoyo a la candidatura de Armando Sales. Nada consiguió, es cierto, pues los comunistas exigían un programa imposible: reforma agraria, amnistía para los presos del levantamiento comunista de 1935, lucha concreta contra el fascismo y el imperialismo, nacionalización de los trusts norteamericanos... A pesar de todo, continuó manteniendo buenas relaciones con Cícero, y siguió sorprendiéndose cada vez que le veía, al encontrarle aún comunista, como se asombraría si le encontrara con la camisa sucia o sin afeitado. Para Artur, el comunismo era algo que no se ajustaba a la personalidad de Cícero, tan marcadamente aristócrata-paulista.

Sin embargo, con el otro, aquél con quien había hablado aquella tarde, era diferente. Por aquél no iba a molestarse en intervenir ante el jefe de policía. En él (¿cuál sería su verdadero nombre? Le gustaría saberlo) se notaba en seguida una fuerza, una convicción, que nada tenía de amateurismo intelectual, una llama en la voz severa, en los ojos penetrantes. Había hablado de cosas concretas, había acusado a Artur y a sus correligionarios, sin alterar la voz:

—Cuando los señores de la oposición votaron la prórroga del estado de excepción, estaban votando la disolución de la Cámara. Un suicidio parlamentario.

—Pero la Cámara no fue disuelta...

—Pero lo será. Con toda seguridad.

Artur quiso contraatacar; se refirió al plan subversivo descubierto por el Estado Mayor del Ejército y en el que se había basado el mensaje presidencial pidiendo el estado de excepción, un plan de revolución comunista, trazado en el extranjero, seguramente en Moscú. El joven, ante él, sonreía casi con dulzura:

—Nadie de ustedes cree en lo de ese plan. Todo el mundo sabe que fue fabricado, pieza por pieza, en el despacho del general Gois Monteiro. Era además un plan imbécil.

Rasgó luego los velos de aquel oscuro miedo que flotaba en los pasillos de la Cámara, en los medios políticos:

—Se engañan ustedes si creen que la lucha de los fascistas se va a limitar a perseguir a los comunistas. Empezarán con nosotros, pero luego les va a tocar a ustedes. Lo que preparan Getúlio y los integralistas es un golpe de estado fascista...

Artur se daba cuenta de que eran inútiles los rodeos; los matices verbales, tan gratos en las discusiones parlamentarias, no tenían sitio en aquella conversación. Oyó la propuesta comunista: unión de las fuerzas antifascistas de las dos candidaturas presidenciales contra el golpe en preparación, una pausa en las campañas electorales, el lanzamiento de un manifiesto firmado por los dos candidatos a la Presidencia y por los gobernadores de los Estados que los apoyaban, declarando su decisión de

defender la legalidad constitucional contra cualquier amenaza de gobierno fascista. Según el comunista, quizá esta declaración fuera suficiente para impedir que el golpe se desencadenara. Y si no lo fuera, si Vargas y los integralistas persistían, entonces las fuerzas democráticas unidas podrían rápidamente aplastar cualquier golpe, restablecer el orden y garantizar la realización de las elecciones.

Artur intentaba encontrar lo que se ocultaba tras la propuesta del supuesto João. ¿Qué esperaban sacar los comunistas, ellos que habían preferido quedarse al margen de las candidaturas presidenciales, sin apoyar a ninguno de los dos candidatos, aprovechando la campaña para recobrar algunas posiciones legales perdidas tras la derrota de la insurrección del 35? Sin duda tenían interés en luchar ante todo contra Getúlio Vargas y los integralistas, contra un régimen fascista, pero ¿no querían, con esa idea de la unión, utilizar a las fuerzas llamadas democráticas en su provecho? Artur sentía una instintiva desconfianza con relación a los comunistas, los sentía como enemigos, naturalmente, sin que le fuera necesario buscar explicaciones a este hecho. Cuando el muchacho acabó de hablar, Artur dijo:

—Getúlio tiene el Ejército con él, y los integralistas tienen mucha fuerza en la Marina...

—Ustedes tienen armas, las armas de los policías militares de los Estados. El pueblo está dispuesto a luchar contra el golpe fascista. Gran parte de la oficialidad del Ejército es antifascista. Y todo el pueblo. Sólo aquí, en São Paulo, podemos levantar veinte mil trabajadores si ustedes están decididos a hacer frente al golpe...

Se calló, esperando una respuesta. Artur encendió un puro; reflexionaba. En principio, la propuesta de unión de las fuerzas antifascistas no le había parecido cosa imposible. Realmente, tal vez pudieran así evitar el golpe, ganar tiempo también para consolidar la candidatura de Armando Sales, para buscarle la popularidad que le faltaba. Pero ahora que el comunista hablaba de armar a los trabajadores, de mezclar a los sindicatos en todo aquello, se mostraba reticente y desconfiado. Él no concebía la política así; para él, la política era asunto que correspondía a una élite, cuyos problemas debían ser resueltos por un grupo de hombres y no por todo aquel mundo extraño, distante e inquieto de los trabajadores. No era ya poco el tener que andar haciéndoles promesas a aquellos desarrapados, a unas gentes que aún ayer votaban a ciegas a los nombres que les indicaban los caciques...

Dijo que iba a hablar con la gente de su partido, que la idea presentaba aspectos interesantes; procuró no comprometerse. El comunista parecía leer en sus reticencias. Se levantó para despedirse:

—Tiene usted miedo de armar al pueblo, eso es lo que pasa. Usted prefiere ver a Getúlio en el poder; incluso prefiere a los integralistas con su constitución fascista, antes que apoyarse en el pueblo... Luego se arrepentirán...

Artur sonrió:

—Joven, llevo veinticinco años metido en esto de la política...

El comunista se retiró, y la sonrisa desapareció del rostro de Artur Carneiro

Macedo da Rocha. De aquella conversación había obtenido la seguridad, sin la menor posibilidad de duda, de que el golpe de estado estaba en marcha y de que sus sueños de poltrona ministerial, de grandes negocios, estaban seriamente amenazados. Aún ahora, en el automóvil que lo lleva a casa del banquero Costa Vale, donde volverá a ver a Marieta recién llegada a São Paulo después de pasar seis meses en Europa, va pensando en eso, cuando desearía llevar el corazón limpio de cualquier preocupación para entregarse a la alegría de la presencia de Marieta.

El automóvil penetra en la calle elegante donde se alza el palacio de los Costa Vale. Árboles frondosos tamizaban la luz de los faroles callejeros, y cierta calma que descendía sobre aquel rincón de la ciudad restituyó a Artur parte de su jovialidad. Cerró los ojos por un momento: había un secreto que el comunista no conocía y que él, Artur, se guardaría muy bien de descubrir; tampoco ellos, los partidarios de la candidatura de Armando Sales, se contentaban con la preparación de las elecciones. También ellos preparaban un golpe, establecían enlaces con el Ejército y la Marina y, antes o después de que Getúlio se pusiera en movimiento, llegarían al poder sin necesidad de entregar las armas a los sindicatos y a los comunistas... Sonrió con una media sonrisa. Aquel fatídico mes de octubre terminaría dentro de pocas horas. Empezaría noviembre, Marieta ahora estaba en la ciudad, pronto sería ministro, la vida era hermosa, a pesar de todo... Se desperezó en el asiento blando del coche como para apartar los últimos restos de los pensamientos melancólicos.

La noche era tibia cuando Artur se internó entre los árboles del jardín que cercaba la residencia de estilo colonial. Se quedó un momento parado antes de entrar. Hasta él llegaba, a través de la puerta entreabierta, el ruido sofocado de las conversaciones, el tintineo de las copas, una risa cristalina de mujer. La reconoció de inmediato: aquella risa era de Marieta, ninguna otra poseía tan dulce melodía.

Desde la gran sala de recepción, Marieta de Vale le vio ante la puerta de entrada y vino con los brazos extendidos. Artur le besó la mano delgada y la conservó entre las suyas un instante con un gesto de cariño, mientras ella preguntaba:

—¿Es verdad que va a llegar Paulinho?

—En cualquier momento puede aparecer ese loco por las escaleras del avión.

Marieta sonrió mostrando los dientes magníficos; la noticia la había dejado aún más alegre de lo que ella misma deseaba. Artur la miraba largamente, como no podría hacer luego en la sala: era aún una hermosa y deseable mujer, a pesar de sus cuarenta y tres años. Tenía unos ojos rasgados en el rostro moreno y fino y una boca espléndida que daba a su rostro, con la media sonrisa que le era permanente, un aire desdeñoso de quien se divierte con todo y con todos. Su cuerpo conservaba la esbeltez de la juventud. Cuerpo aún más lozano que el rostro, como si los años no le hubieran pesado. Artur comentó:

—Estás más guapa que nunca...

Marieta encogió los hombros desnudos sobre el escote del vestido negro, de perfecta elegancia:

—París rejuvenece...

Pero luego volvió a hablar de Paulo, pidiendo detalles de lo ocurrido en Bogotá, indignada con el escándalo de los periódicos:

—Me preocupa mucho Paulinho, tú lo sabes. Un chiquillo criado sin madre, por un padre tan extravagante como tú. Ángela era amiga mía y tengo que velar por la suerte de su hijo...

Artur inclinó la cabeza bajo el peso de recuerdos súbitamente evocados:

—Podrías haber sido la madre de Paulo. Fui un estúpido.

—No vamos a ponernos a hablar de nuevo de cosas pasadas y enterradas; hace mucho que ni me acuerdo de ellas. Y si alguna vez pienso en aquello, es para sacar la conclusión de que hicimos bien. ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez lo que habría ocurrido si nos hubiéramos casado? Seríamos dos pobretones que viviríamos amargándonos el uno al otro en una vida difícil. Yo no tenía dinero. Sólo tenía esta cara que Dios me dio. Tú tampoco tenías dinero, tu único capital era el apellido que heredaste, lo único que no podías gastar en los cabarets. Hemos empleado bien nuestro pequeño capital... —sonrió, y su rostro tenía de nuevo aquel aire desdeñoso que por un momento le había abandonado—. Con buenos intereses...

Artur la miraba asombrado. Jamás ella le había hablado así. Es verdad que a lo largo de aquellos veinticinco años muy pocas veces habían recordado aquellos tiempos. En cuanto ella se casó, poco antes de que naciera Paulo, él había intentado cortejarla, pero Marieta le había rechazado de una vez para siempre. Si quería ser amigo suyo, ella se sentiría muy feliz, pero jamás sería su amante. Y lo dijo con tal firmeza, que Artur no volvió a insistir más. La amistad entre ellos, a la que nunca había faltado cierta ternura familiar, había ido creciendo, y muchas veces Artur venía a pedirle consejo a ella o a su marido, de quien también se había hecho amigo íntimo. Durante los últimos veinte años, tras la muerte de Ángela, la casa de los Costa Vale había sido un poco su casa, a la que acudía a jugar al bridge, a las cenas, a las largas conversaciones. Cuando, tras la lucha armada de 1932 Artur tuvo que exiliarse en Portugal y Francia, fue Costa Vale quien cubrió todos los gastos del «político en paro», como decía él riendo.

—Te has vuelto cínica en Europa... —dijo él.

Marieta se encogió otra vez de hombros, pero sonrió de nuevo:

—¿Cínica? Si así lo quieres... Tú morirás sin liberarte de ese sentimentalismo que tanto te ha complicado la vida. Yo tengo el saludable hábito de reflexionar, de razonar —su voz tenía cierta dureza que se prolongaba en todo su semblante, marcando con una nota áspera la belleza de su rostro—. Para mí, la cabeza está antes que el corazón... Y no me va mal... Por otra parte, Artur, necesitamos hablar contigo seriamente, también José —José era su marido—, y tal vez podamos hacerlo después de la recepción.

Artur se sintió picado por la curiosidad:

—¿De qué se trata?

—Va a ser largo; lo dejamos para luego...

Por un instante se quedó como reflexionando. Pensaba en Paulo, que estaba a punto de llegar. Dijo:

—No creas que soy mala del todo. Por Paulinho haría hasta sacrificios, es mi debilidad...

Puso la mano sobre la mano de Artur con un gesto cariñoso:

—Vamos adentro...

Y cuando atravesaban la puerta que daba entrada al gran salón repleto de invitados, Marieta elevó la voz para decir:

—Así, pues, todo eso que se rumorea sobre un golpe de estado no son más que habladurías, ¿verdad?

También Artur elevó la voz y le dio aquella entonación suya, un poco declamatoria:

—Habladurías, Marieta, habladurías de quien no tiene nada que hacer. Las elecciones se realizarán normalmente y nosotros venceremos con más de trescientos mil votos de ventaja. ¡São Paulo es aún São Paulo!

2

Marieta le condujo al grupo donde Costa Vale, secándose con un pañuelo el sudor de la calva, trazaba los rumbos de la política mundial. Un viejo profesor de la Facultad de Medicina, médico famoso, el doctor Alcebíades Morais, el senador Venancio Florival —hacendado dueño de inmensas tierras en Mato Grosso y de una ignorancia aún mayor— y el poeta César Guilherme Shopel, mulato y gordísimo, oían con respeto las consideraciones del banquero. De vez en cuando, César Guilherme dejaba escapar una exclamación admirativa, y su voz parecía llena de cálida adulación, como si estuviera dirigiéndose, en una declaración de amor, a una mujer de extraordinaria belleza. Artur comentó hacia Marieta, mientras se acercaban:

—José está hecho todo un orador... Hay que llevarlo al Senado. Mira cómo Shopel le bebe las palabras...

Marieta resumió, en un apresurado murmullo, su opinión sobre el poeta:

—No sé cómo puede ser al mismo tiempo tan inteligente y tan miserable...

Pero ya se hacía el silencio en el grupo donde Costa Vale tendía los brazos hacia Artur, mientras el poeta Shopel repetía a media voz, como para apreciarla en toda su exactitud, valorándola aún más a los ojos de los otros, la última observación del banquero:

—Ese Hitler es un genio...

Después del abrazo, Artur se separó de Costa Vale para estudiar mejor su rostro pálido, donde brillaban unos ojos fríos y agudos:

—Tienes un aspecto excelente. Europa te ha sentado bien.

También Costa Vale examinaba al diputado. Apreciaba a Artur y le sonreía con amistad. Tenía cierto respeto por la habilidad política del otro y cierta envidia por aquel aristocrático aire suyo, por aquella especie de superioridad de casta que se manifestaba en Artur naturalmente y que jamás Costa Vale —venido de muy abajo, como él mismo gustaba de repetir con cierta vanidad— había conseguido adquirir, pese a sus millones. Esa admiración y esa estima por Artur no dejaban de ir acompañadas de cierto amistoso desprecio por su falta de energía, por su permanente indecisión, origen de problemas diarios. Una de las grandes satisfacciones de Costa Vale era llamar la atención de Artur sobre los errores que acababa de cometer. Se consideraba un poco el guía y consejero de aquel político que era «su» diputado. Era su Banco el que financiaba las campañas electorales de Artur y Costa Vale no podía pensar en él sin imaginarle como una especie de alto funcionario suyo, a un tiempo útil y decorativo, su representante en la Cámara. El prestigio político de Artur le resultaba de mucha utilidad.

—Sí, señor —dijo—, no pasa el tiempo por ti... Por mi parte, Europa y sus célebres médicos no me han servido de nada. Vengo más enfermo de lo que fui, pero vengo contento de Europa. Principalmente de Alemania. Chico, es algo muy serio aquello. Ahora mismo se lo estaba diciendo aquí, a los amigos. La obra de Hitler es

algo realmente digno de admiración.

César Guilherme Shopel, con más de ciento veinte kilos encima, y la grasa de su rostro mulato balanceándose bajo la risa de admiración que se extendía sobre su ancha faz, interrumpió:

—Costa Vale debería escribir un libro con las impresiones de su viaje... Una finura de observación y una penetración política como la suya no deben limitarse a conversaciones entre amigos. Deben servir a todo el país...

El banquero sonrió levemente, entre lisonjeado e irónico, y se pasó la mano por la barbilla:

—Este Shopel, desde que fundó la editorial piensa que todo el mundo es poeta. Eso de escribir libros es para quien no tiene otra cosa que hacer, y yo tengo mucho que hacer; no tengo tiempo para andar garabateando en los papeles...

El poeta se arrancó el puro de la boca. La ceniza se extendió por la pechera del smoking. Protestó:

—¿Tú ves, Arturzinho, ese desprecio del burgués millonario por la literatura...? Pero, a ver, señor Costa Vale, dígame lo que serían los grandes hombres si no existieran los libros. Incluso Hitler: toda su carrera se debe al *Mein Kampf*. Vea a Churchill: no se avergüenza de escribir, ni él, ni Ford, el gran Ford...

Se volvió hacia Marieta:

—¿No crees que debería escribir sus impresiones de viaje, Marieta?

Pero antes de que ella respondiera, Costa Vale dijo:

—Hitler es un gran hombre, sin duda. Pero, amigo Shopel, quítate de la cabeza esa idea absurda de que fue el libro quien le hizo. Su libro tuvo cierta importancia para su pueblo, pero, hijo mío, quien llevó a Hitler al gobierno no fue ningún libro, fíjate bien. Quien le llevó al gobierno fueron los Costa Vale de allá, los que no saben escribir libros pero sí saben ver en medio de la confusión...

Lo decía más para Artur, como si quisiera anticipadamente convencerle de algo, que para Shopel. Marieta les dejó ahora para atender las insistentes llamadas de la Comendadora da Torre, viuda riquísima de un industrial portugués. La vieja Comendadora no perdía una sola recepción y decían de ella que era la lengua más viperina de todo el estado de São Paulo. Los ojos de Artur acompañaron a Marieta mientras ésta atravesaba la sala en dirección al sillón donde la Comendadora, literalmente cubierta de joyas, hacía reír a un grupo a carcajadas. El poeta Shopel también se había quedado mirando con unos ojos sombreados de deseo a la mujer que se alejaba. Y como Costa Vale estaba un poco apartado, hablando con un invitado, le dijo a Artur en voz baja:

—¡Vaya maravilla de mujer...! En la edad justa...

Hizo un ruido con la lengua, y Artur encontró todo aquello pornográfico e indigno de Marieta: la alusión a su edad, el ruidillo lujurioso, los ojos ávidos del poeta, su corpachón inmenso y fofo. No respondió, no sonrió, se sentía un poco incómodo en la reunión, deseoso de que acabara de una vez para poder quedarse en la

intimidad con Marieta y Costa Vale, oyéndole hablar de Europa, contándole cosas de Brasil, sabiendo por fin qué era aquello tan importante que querían decirle. Tenía ahora el presentimiento de que la atmósfera malsana de aquel mes de octubre amenazaba con proseguir en aquel noviembre que iba a comenzar. El poeta preguntaba por Paulo, pero Artur, en vez de responder, se volvió hacia el viejo profesor de Medicina, que repetía una pregunta ansiosa al senador Florival:

—Realmente, ¿no cree usted posible el golpe?

—Por mi parte, no... —dijo Artur.

El poeta adoptaba aires de conspirador; se acercó para oír lo que el diputado Artur Carneiro Macedo da Rocha, uno de los líderes más influyentes de la candidatura del gobernador de São Paulo para la Presidencia de la República, iba a revelar. También el senador se inclinó un poco para oír mejor.

—El Ejército empeñó su palabra en el sentido de que las elecciones van a realizarse normalmente. Es el honor del Ejército lo que está en juego. Y si vamos a dudar de ese honor, entonces sí que ya no podemos creer en nada aquí en Brasil.

—Sí, el Ejército... —dijo el profesor con una tímida aprobación, como quien no parece muy convencido.

—¿Y los integralistas? Hay que contar con ellos —César Guilherme iba chupando el puro entre las frases.

—Los integralistas —Artur hizo un gesto de desdén con la mano— gritan mucho y no hacen nada. Amenazas, amenazas y nada más... Palabras en el aire.

—Pero son una fuerza —el poeta manifestó su desacuerdo—. El fascismo es una idea en marcha en todo el mundo. Ahí está Alemania, Italia, ahora España. Hace un momento hablaba de esto Costa Vale. Es la realidad de Europa.

El viejo profesor de Medicina movió la cabeza, ahora ya no con aprobación medrosa, sino con palabras de hombre convencido de lo que decía:

—Son una fuerza sí. Crecieron de un día para otro y cuentan con el apoyo de la Iglesia, del Gobierno, de la Marina. Incluso de una parte considerable del Ejército... Y sus ideas, y que conste que no soy un político, sino un científico que vive en su laboratorio, sus ideas me agradan... Son ideas serias, patrióticas, respetuosas para con la religión y el Estado...

Un criado iba sirviendo cócteles en una bandeja de plata. El profesor rechazó el que le ofrecían; Artur, el senador, y César Guilherme se sirvieron. Costa Vale continuaba, un poco distante, su conversación con un invitado. Artur miró a través de la copa, pensativo:

—De acuerdo con que hay en la doctrina integralista principios sanos y serios, con posibilidades de captar a la juventud apasionadamente. De acuerdo incluso con que tienen cierta fuerza. Pero no tienen jefes capaces...

El poeta le cortó:

—No diga eso. Plinio es un ídolo...

—Fue alumno mío en la Escuela de Farmacia... —dijo el profesor—. Le di una

buena nota en los exámenes de segundo. No sé —y había una duda melancólica en su voz— si aún se acordará de mí...

Pero Artur no creía en el prestigio de Plinio Salgado:

—Es un idiota, un fanático. No es un político... Y ellos, además, no tienen fuerza para dar un golpe de estado solos... Ni ellos ni Getúlio...

—¿Y si se unen? —el poeta adoptó un aire aún más conspiratorio. Supongo que ya sabéis que las conversaciones entre Getúlio y Plinio empezaron ya hace tiempo. Chico de Campo es quien sirve de intermediario.

Todos sabían que el poeta era íntimo amigo de Chico, exministro de Educación, y aquella revelación aportó un silencio que amenazaba con prolongarse si no hubiera sido por el senador Venancio Florival, que abrió la boca por primera vez en toda la conversación. Hacía mucho que había acabado su cóctel y ahora agitaba la copa como un arma:

—Yo apoyo al doctor Armando —su voz sonaba arrastrada, como la de un campesino— y mis votos son para él, si es que sigue adelante lo de las elecciones esas, cosa que dudo. Pero no soy hombre de mentiras y no voy a decir que los integralistas no tengan razón. El otro día me vinieron con una suscripción, pidiendo dinero. «¿Para qué es ese dinero?», quise saber. «Para luchar contra el comunismo», me contestaron. «Os lo doy de corazón», les dije, y firmé veinte mil reis. Lo que hay que hacer es acabar con los comunistas. Y quien quiera hacerlo que cuente conmigo, sea Armando Sales, Zé Américo, Getúlio, Plinio Salgado, sea americano, inglés o alemán.

—Los comunistas —consideró el poeta Shopel— están aplastados. Se llevaron un golpe definitivo en 1935. Con Prestes en la cárcel, ¿qué pueden hacer?

—¿Qué es lo que pueden hacer? —el senador se animaba, gesticulaba, blandía la copa llevándola hasta el vientre del poeta como si fuera un puñal pronto a herir. Le voy a contar algo, Shopel: esos bandidos consiguieron, no sé cómo, ponerse en contacto con unos hombres de mi hacienda y meterles en la cabeza qué sé yo qué cosas. Pues bien, el otro día, me vienen a ver los colonos reclamando contratos de trabajo firmados, llenos de cláusulas... ¿Y saben lo que decían? Que era para garantizar los derechos de los campesinos. ¡De los campesinos, imagínense! Nunca creí ver algo semejante en mi vida. Los eché a patadas de la hacienda, un par de ellos salieron medio molidos a latigazos. Para que aprendan a respetarle a uno. Y eso es obra de los comunistas...

—Es el colmo... —dijo el profesor, y estaba al mismo tiempo horrorizado por la osadía de los campesinos y por la falta de pudor con que el senador contaba que había echado a latigazos a aquellos hombres.

Artur dio rienda suelta a su antigetulismo:

—Todo eso es el resultado de la demagogia laborista de Getúlio, con sus leyes de protección a los trabajadores, con el Ministerio y la Magistratura del Trabajo. Todo eso les llenó la cabeza a los obreros y ahora a los colonos y a los braceros de las

haciendas. Getúlio anduvo atizando en un avispero, y así nos luce...

El senador no estaba de acuerdo:

—¡Que no, hombre, que no! ¡Que no es así! Mire, yo soy para el caso un analfabeto, no soy un hombre instruido, ya lo sé, pero voy a decirle una cosa: lo que hizo Getúlio no fue atizar el avispero, sino calmarlo. Hizo lo de la Magistratura del Trabajo, pero quiere acabar con las huelgas. ¿Qué más pueden desear los industriales? No son esas leyes sutilísimas que nadie entiende lo que hace que la gente ande levantisca de ese modo. Y para las haciendas, ni leyes hizo, ésa es la verdad. Son los comunistas que andan llenándole la cabeza a la gente. Hay que acabar con esos bandidos. Por mi parte, ya di órdenes: en cuanto aparezca uno de éstos por la hacienda, ¡que lo echen a palos! No sale de allí con vida, así Dios me lleve... Artur se echó a reír.

—¡Sumaria justicia la suya, señor senador! Como en los tiempos de la colonia.

—Mire, don Artur, también aquellos tiempos tenían sus cosas buenas, no crea...

—Los esclavos...

—Por ejemplo... —concordó el senador—, los esclavos nunca iban a reclamar contratos de trabajo...

El poeta Shopel tomó del brazo al senador:

—Es usted, amigo mío, el último esclavista del Brasil... Cuidado, senador, que los periódicos enemigos pueden explotar ese amor suyo a los tiempos coloniales.

El hacendado extendió el brazo libre, riendo también:

—Soy un hombre vulgar, querido Shopel. No sé escribir versos como usted, ni hacer discursos hermosísimos como aquí el doctor Artur. En el Senado me limito a examinar los proyectos, veo los que valen la pena, y les doy el voto. Cuando hablo, es para decir lo que pienso. ¿Esclavista? Todos nosotros lo somos un poco, yo, y Costa Vale con sus bancos y sus fábricas, y la Comendadora da Torre con sus industrias, y aquí Artur con sus acciones en las fábricas de Pereira, usted mismo que vive bien porque existen todas esas cosas. Somos nosotros los que mandamos, y los otros deben obedecer, y los esclavos obedecen siempre mejor que los asalariados. Lo malo es que andamos divididos. Y eso es lo que me gusta de los integralistas, quieren unirnos a todos contra los comunistas.

Se sentía elocuente:

—Quien nace pobre, es porque Dios quiso que naciera pobre. Siempre hubo pobres y ricos, y esos comunistas quieren cambiar lo que es obra de Dios...

Costa Vale, que se había unido al grupo, se mostró de acuerdo:

—Palabras sensatas, sí, señor. Vean la diferencia entre la Alemania de Hitler y la Francia del Frente Popular. En Alemania hay orden, precisión en el trabajo, un ritmo acelerado, nada de huelgas, de desórdenes, de motines. En Francia es la anarquía, los comunistas amenazando a las instituciones más respetables.

—Y España... —se lamentó el poeta Shopel—. España ahogada en sangre.

—Los comunistas son unos bandidos... —resumió el senador.

—Hitler acabó con ellos en Alemania y acabará con ellos en el mundo entero —sentenció Costa Vale dando a sus palabras todo el peso de la autoridad de un hombre llegado de Europa. —Yo he visto la obra de Hitler con mis propios ojos... ¡Admirable! ¡Un gran hombre!

Tomó del brazo a Artur. Se lo llevó aparte.

—Cuando termine la recepción, no te vayas. Quiero hablar contigo...

Hubo un silencio en el grupo. El senador se despedía, le gustaba acostarse temprano. Pero antes de salir, aún dijo:

—Si hay un golpe, pierdo mi escaño de senador, pero no me importa. Con tal que haya un gobierno fuerte, capaz de meter en vereda a los comunistas, tendrá mi apoyo...

El profesor estaba impresionado. Interrogó a Shopel, que conocía bien a Plinio Salgado, e incluso había editado sus libros:

—¿Se acordará aún de mí el doctor Plinio? Fui su profesor durante dos años...

El poeta parecía inmerso en hondas cavilaciones. De súbito preguntó al profesor:

—Doctor Morais, dígame una cosa: ¿por qué no ingresa usted en la Alianza Integralista?

El profesor retrocedió un poco ante la propuesta:

—Nunca he hecho política en mi vida. Viví siempre en mi consultorio, en el laboratorio de la Facultad, entre los alumnos...

El poeta lo cogió del brazo:

—Piensa usted como los integralistas, tiene un nombre conocido e ilustre, ¿por qué no colocarlo al servicio de esas ideas que son también las suyas? Para los integralistas, su adhesión sería muy útil, y para usted...

Se acercó aún más al profesor, le susurró al oído:

—Fíjese, profesor Morais: cuando Plinio Salgado, hace cuatro o cinco años, apareció hablando del integralismo, todo el mundo se reía de él. Hoy, Costa Vale —la banca y la industria—, el senador Florival —las haciendas, el latifundio— lo apoyan, están con él, y así todo el mundo. Está ahí en el gobierno...

—El doctor Artur no parece muy convencido...

—Un poco de ambición y mucha vanidad. Inteligente, pero sin visión política. Será ministro, sin duda, si Armando Sales gana las elecciones. Eso si llega a haber elecciones... Pero, profesor, ya no estamos en los tiempos de la liberal-democracia...

El profesor alzó los ojos al techo:

—El mundo se ha vuelto loco, Shopel. Ya no sé a dónde va... Ni el mundo ni Brasil...

—¿Aún duda, profesor? Brasil marcha hacia el integralismo y usted puede ser rector de la universidad de São Paulo.

—No, no lo dudo. Su propuesta es interesante y me siento inclinado a aceptarla. Muchas veces he pensado en eso. Pero no conozco a esa gente joven que está al frente del integralismo y no me gustaba la idea de ir a molestar al doctor Plinio...

Pero si usted está dispuesto a transmitirle mi solidaridad...

Se volvió confidencial:

—Usted me conoce, Shopel, sabe que tengo mucha familia, tengo que pensar en el futuro de los míos...

—Mañana mismo hablaré con Plinio. Va a ser una alegría para los integralistas. Es una adhesión importante en este momento decisivo...

—Se lo agradeceré mucho...

El poeta calculaba el interés que la adhesión del profesor, nombre conocido en los círculos científicos, podría tener para los integralistas. Le gustaba hacer aquellos pequeños favores a los fascistas, aunque él, por su parte, no había ingresado oficialmente en el partido. Continuó durante un rato haciendo el elogio del integralismo ante el profesor, como si tuviera miedo de que fuera a volverse atrás. Hablaron de los tiempos actuales y del aspecto desolador de una humanidad que se iba hundiendo cada vez más en un «sórdido materialismo». El poeta era católico, su poesía estaba llena de horror al pecado, del terror a la ira de Dios, de las penas del infierno, de inesperados cataclismos del juicio final. Empezó a desarrollar para el profesor una teoría salvadora:

—Dios castiga a los que han perdido el sentido de la vida sencilla y de la humanidad... Deberíamos volver a la austeridad, a la sobriedad de vida de los antiguos ascetas...

Y fue desarrollando esta tesis mientras se dirigía, en compañía del profesor, a la otra sala, donde estaba servida la mesa de los canapés. Pasaban los camareros con bebidas. Junto a la mesa, el poeta encontró a Susana Vieira que devoraba, con sus dientes golosos, tostadas con caviar.

—Una delicia —dijo.

El profesor desapareció en la confusión alrededor de la mesa. El poeta dejó de clavar la mirada en el escote de Susana, por donde podía imaginar la tersura de los senos jóvenes, para recibir, de las manos enguantadas de un camarero, un plato repleto. Y, mientras comía, expuso para la mocita que sonreía a su lado, su teoría sobre la austeridad, la sobriedad, la vida ascética, capaces de arrancar al mundo del abismo por donde se iba hundiendo. Allí estaba la salvación del hombre, la única cosa que aún se podía intentar. Susana Vieira oía risueña las palabras a las que César Guilherme imprimía un tono profético:

—Una cabaña en el desierto, las oraciones y las flagelaciones lejos de todas las vanidades de la vida, saltamontes como único alimento...

Las miguillas del pastel rodaban por las comisuras de su boca hacia los mofletes gordos, caían en la pechera blanca de la camisa, en las solapas negras del smoking.

3

Mientras caminaba hacia el rincón de la sala desde donde la había llamado la Comendadora da Torre, rodeada de todo un grupo, Marieta iba recibiendo cumplidos y galanterías, elogios a su elegancia o a su belleza, a los que respondía maquinalmente, casi sin oírlos. Su pensamiento estaba lejos, estaba en Paulo, que podía llegar a la ciudad en cualquier momento, mañana quizá. Todo su corazón se estremecía al pensar que tal vez pudiera verle al día siguiente, que podría oír aquella voz displicente y cansada. Recordaba la despedida antes de salir para Colombia, siete meses antes. Estaba contento con su puesto diplomático; le confió su satisfacción por la carrera: no había casi nada que hacer, podría leer, ver cuadros, escribir... Por ahora iba a Colombia. Bogotá no le interesaba demasiado, pero al cabo de un año o dos conseguiría un buen puesto en Europa, en París quizá, y eso sí que le interesaba... El rostro del muchacho, orgulloso, de aire fatigado, estaba aquel día excepcionalmente alegre. Hacía proyectos, trazaba planes, Marieta le escuchaba con el corazón roto: iba a marcharse. ¿Cuándo volvería a verle?

Mañana tal vez regrese y una vez más ella podrá ver aquel rostro que parece indiferente a todo, como si cargara con el hastío de generaciones y generaciones. Paulo le recordaba a Artur, pero no al Artur de hoy, al que la política había arrebatado casi toda su naturalidad, sino a aquel otro Artur de veinticinco años atrás, que le había abandonado para casarse con una muchacha rica, la hija de un gobernador del Estado, y lograr así en seguida su escaño de diputado. Tenían los dos un idéntico aire de satisfacción y complacencia en sí mismos, y de desprecio hacia todos los demás. La misma afabilidad que escondía —con qué dolor lo comprobaba Marieta— la incapacidad total de ser bueno y realmente amigo. Era el mismo Artur repetido ahora, el mismo muchacho que ella había amado locamente, y cuyo abandono había creído no poder soportar. Había sido necesario entonces emplear toda su fuerza de voluntad para superar la crisis y buscar, ella también, su camino de riqueza. Cuando apareció Costa Vale en su vida, ella aún sufría por Artur. Pero se rehízo y se vengó de él haciéndose su amiga, negándole ese amor por el cual no había querido sacrificarse. Había tenido otros amantes, no había sido una santa en aquellos veinticinco años de vida matrimonial con un hombre enfermo y eternamente ocupado con sus bancos y sus fábricas. Todos ellos habían sido relaciones sin importancia, ninguno había tomado de ella más que lo que ella quiso darle. Y, de súbito, cuando regresó Paulo después de un año pasado en un aventurado viaje por Mato Grosso y Goiás, en compañía de unos artistas extranjeros, descubrió que él se había apoderado de todos sus sentimientos. Durante un año fue casi feliz al verle en todas partes, con las largas charlas a las que Paulo se había habituado, pues Marieta había ocupado un poco el lugar de su madre, muerta cuando él aún era niño.

No había podido seguir en São Paulo cuando él fue nombrado subsecretario de la Embajada en Bogotá. Y por eso había arrastrado a Costa Vale a aquel viaje por

Europa, bajo el pretexto de que él necesitaba consultar con las celebridades médicas del Viejo Continente. Y, ya en Europa, fue la espera ansiosa de cada rara tarjeta de Paulo, postales en las que el muchacho se quejaba de la monotonía de la vida en Bogotá y hablaba de pedir una excedencia ilimitada. En Europa le llegó también el rumor del escándalo de Paulo, y entonces hizo las maletas, convenció a Costa Vale de las ventajas del avión frente a los lentos transatlánticos, y llegó a São Paulo esperando encontrarle. Tal vez mañana le vea, pueda contemplar ese rostro fatigado, cansado de todo.

Antes incluso de alcanzar el grupo que forma corro alrededor de la Comendadora da Torre, adivina que están hablando de Paulo. Comentan el escándalo, y Marieta se esfuerza en sonreír. La Comendadora la cogió de la mano —rugosa mano llena de ansia— y le hizo sentar a su lado:

—Siéntate aquí, preciosa, y cuéntamelo todo, palabra por palabra. ¿Qué sabes del caso de Paulinho?

—No sé nada, Comendadora... Yo estaba en Europa.

—Pero eres muy amiga de Arturzinho. Él te habrá contado...

—Aún no hemos tenido tiempo casi ni de vernos...

Un joven de cabello alisado a base de brillantina quiso saber si era verdad que estaba presente en la fiesta, durante el escándalo, el ministro de Asuntos Exteriores de Colombia. Nadie lo sabía con seguridad. Lo que todos sabían era que Paulo había dicho una serie de palabrotas y que había intentado desnudar a la señora en plena sala de baile. El joven del pelo engominado se las quiso dar de moralista:

—Un horror... Y era una señora de la alta sociedad...

La Comendadora da Torre conservaba, de su juventud, cierta liberalidad de expresión no siempre muy acorde con su actual riqueza e importancia social:

—De la alta sociedad... pero se revolcaba con él en el catre, ¿no? Y él le dijo en público lo que normalmente le decía en la intimidad... Claro...

Se volvió hacia Marieta:

—¿No te parece, Marieta? ¿Quién va a tirar la primera piedra? Recuerdo a ese muchacho, comió una vez en casa. Me pareció simpático; tenía una cara fatigada, como si nada le interesara ya. Y ahora se ha liado la manta a la cabeza. Hizo bien.

Todos simpatizaban entonces con la actitud de Paulo, ya que merecía la aprobación de la Comendadora. Esa Comendadora da Torre, hoy cargada de joyas caras, cuyos vestidos venían de París, había sido un día, muchos años atrás, tantos que ni ella se acuerda ya, una simple prostituta, y hasta había pasado hambre. Había quien decía que fue ella quien amasó, con sus rudas manos, la riqueza del marido. El Comendador había sido un portugués modesto, se habría contentado con su pequeño negocio inicial, pero la ambición de la mujer lo aguijoneó, y él se lanzó audazmente a la construcción de fábricas, montando en pocos años la base de la industria textil del Estado. Fue ella también quien le obligó a comprar el título de Comendador, algo que poder ostentar en los medios elegantes. Ahora, viuda y vieja, arrastraba por las fiestas

su adulada fortuna, y a veces le gustaba humillar a aquellos jóvenes orgullosos de sus tradiciones de familia, de sus cuatrocientos años de paulista, aquellos aristócratas de las plantaciones de café. No tenía pelos en la lengua, sabía que el dinero le daba una agradable inmunidad y era temida. Por otro lado, le gustaba proteger a ciertos jóvenes que le caían simpáticos, se metía en política, en las elecciones para la Academia Brasileira de Letras, era adulada. El poeta Shopel le había dedicado un largo poema donde hablaba de su infancia triste, y ella le había proporcionado el capital necesario para que pudiera fundar la editorial (a la que más tarde se asoció Costa Vale). Ahora se interesaba por Paulo. Durante unos días se había divertido con los comentarios sobre el escándalo del joven diplomático y poco después fue creciendo lentamente dentro de ella la idea de proteger a Paulo. Tenía dos sobrinas, a quienes mantenía lejos de las fiestas y de la alta sociedad, internadas en un colegio de monjas, a pesar de que habían terminado ya los estudios y había llegado el tiempo de casarlas. Paulo descendía de una antigua familia paulista; su padre era un político conocido, y el muchacho había ingresado en la carrera diplomática. Se volvió hacia los jóvenes que hacían corro en torno de su sillón:

—Bueno, váyanse, vayan por ahí a comer y a beber, váyanse a hacer cualquier cosa, hombre. No quiero verlos más aquí a mi lado que son todos unos chismosos...

Se echó a reír. Se rieron ellos también. Se quedó al fin sola con Marieta.

—Marieta, tú conoces al muchacho ese, ¿qué tal es?

—Un buen chico. Lo quiero como si fuera un hijo. Agarró una borrachera, fue una estupidez...

—Claro, claro, pero eso no tiene importancia. Nada le va a ocurrir y esos comentarios de los metomentodo sólo sirven para excitar el interés de las mujeres por él... Cuando llegue, le van a sobrar las amantes...

Marieta deseaba irse; aquella conversación sobre Paulo le irritaba, le llenaba de inquietantes pensamientos. Se valió del pretexto que tenía que atender a los invitados.

—Hazme un favor —dijo la vieja—. Si encuentras por ahí al padre del muchacho ese, mándamelo. Quiero hablar con él...

¿Qué querría la vieja?, se preguntaba Marieta mientras buscaba a Artur por el salón. Tal vez hubiera decidido intervenir en favor de Paulo ante el ministro; esa vieja loca era capaz de todo cuando alguien le entraba por el ojo derecho. Encontró a Artur, que acababa de dejar a Costa Vale:

—La Comendadora da Torre quiere hablar contigo. Resulta que se ha enamorado de Paulo. No sé lo que querrá...

Indicó el sillón desde donde la vieja millonaria los miraba. Artur dirigió sus pasos hacia allá. La vieja se le quedó mirando demoradamente:

—¿Qué tal, señor diputado? Ya veo que su hijo anda por los periódicos...

Artur se sentó a su lado:

—Pura explotación política. Aprovecharon la juerga del chico para atacar a la candidatura de Armando Sales. Intentaron colocarme fuera de combate, pero no es

tan fácil como creen. No soy hombre que se asuste ante una campaña de prensa...

La vieja Comendadora le interrumpió bruscamente:

—No diga idioteces... —miraba al diputado con aquellos ojos, que conservaban aún cierta juventud. Todo eso es una estupidez...

—¿El qué? —preguntó Artur, sorprendido.

—Lo que me acaba de decir. Lo de no asustarse y demás. En el fondo, usted está más preocupado y la campaña electoral le inquieta más de lo que desearía. Preocupado por la suerte de su hijo, por las elecciones amenazadas, por los integralistas, por Getúlio... ¿Por qué quiere engañarme? Mucha gente cree que soy una vieja ridícula, imbécil, un trasto viejo al que hay que invitar por obligación a las cenas y a las recepciones, sólo porque es rica...

El diputado se quedó callado. La Comendadora prosiguió:

—Dejemos eso de lado. Ahora quiero hablarle de su hijo. Lo vi una vez en mi casa, me gustó... Le voy a hablar francamente, me gusta más aún ese sonoro apellido que usted tiene. ¿Cómo es, completo?

—Artur Carneiro Macedo da Rocha.

—Eso: Carneiro Macedo da Rocha... Un buen nombre, huele a cosa antigua. ¿Cuándo llega su hijo?

—Ni yo lo sé... quizá mañana.

—Llévelo a cenar a mi casa el primer domingo que pase en São Paulo. Quiero presentarle a mis sobrinas. Están en edad de casarse, son mis herederas. Dios no quiso darme hijos...

Pero ¿qué se creía aquella vieja loca y vanidosa? —se preguntaba Artur. Jamás había oído una propuesta más cínica y directa, y en su vida política había oído muchas propuestas cínicas. Aquella invitación a cenar no podía considerarla más que como una propuesta de casamiento para Paulo. Miraba el suelo. ¿Qué pensaba la Comendadora de él, de su honorabilidad, de su delicadeza de sentimientos? Se sentía un poco ofendido, pero, al mismo tiempo, su ambición, aquella tentación del dinero fácil que había marcado toda su vida, se había aguzado ante la perspectiva abierta por la vieja. Decidió ganar tiempo:

—Será un gran placer cenar con Paulo en su casa, pero tengo que salir para Rio esta semana, para asistir a una reunión importante con otros dirigentes de la candidatura de Sales...

—Nada, nada, eso es una tontería. Usted sabe de sobra que no va a haber elecciones. O quizá hace como que no lo sabe, y entonces es más tonto de lo que yo pensaba. Todo el mundo está enterado...

—Rumores...

La vieja hablaba ahora con voz insolente:

—Usted es abogado, es diputado, es de una familia que viene de los tiempos del Imperio, concede entrevistas a los periódicos, pronuncia discursos en la Cámara. Yo empecé en una tienda, y ese título de Comendadora me costó doscientos mil reis bien

contados. En fin, de algo me vale, es cierto; pero, señor político, escuche lo que voy a decirle: cuando yo digo que no va a haber elecciones, es porque no se realizarán y porque yo sé que no se realizarán.

Se levantó del sillón con esfuerzo:

—Lleve al chico a cenar a casa. Mis sobrinas son bonitas y bien educadas. Marieta Vale me dijo que su hijo es un buen muchacho. Espero que no sea tan tonto como su padre.

Se alzó del todo. Era pequeña, se inclinaba; sólo los ojos parecían jóvenes; era como si se riesen de Artur.

—Deme el brazo, señor diputado, y acompáñeme hasta el automóvil...

Desde el otro extremo de la sala, Marieta los observaba, desatenta a la charla de su alrededor, loca por saber de qué habían hablado Artur y la Comendadora. Se sentía como si tuviera dieciocho años, adolescente que amara por primera vez, un amor doloroso e imposible.

«Me estoy poniendo en ridículo...», pensó para sí.

Tendía la mano, indiferente a los invitados que se despedían. ¿Qué proyectos tendría la Comendadora para Paulo? ¿Cuándo llegaría, Dios mío, cuándo lo vería, cuándo podría abrazarle dándole la bienvenida? Mañana tal vez, y Marieta sabe que no podrá dormir, que sus noches serán de insomnio hasta que él llegue, y que entonces va a empezar otro sufrimiento más agudo aún.

Esperaron hasta que el criado ordenó las copas, las botellas, el hielo, todo el material necesario para los whiskies. Marieta le hizo una señal con la mano indicando que podía irse. Se quedaron solos los tres en un rincón familiar de la sala enorme y silenciosa. Costa Vale se había quitado la chaqueta y el chaleco, y se desabrochaba la pechera almidonada de la camisa. Después se tendió en un sofá con un suspiro de alivio, mientras Marieta servía los whiskies. Artur miraba a la pareja, notaba el nerviosismo de Marieta y aquella rígida calma de Costa Vale, cuya palidez se acentuaba en contraste con el cuero negro del sillón. Así, casi tumbado en el sofá, el banquero daba la impresión de un hombre acabado a quien quedaba poco tiempo de vida. Toda la energía parecía habersele esfumado, pero Artur sabía hasta qué punto era falsa aquella impresión. Aquel hombre pálido y enfermo poseía inmensas reservas de fuerza, una ambición descomunal para hacer dinero, y sabía hacerlo como nadie de los que Artur conocía.

Marieta levantó el vaso en un brindis:

—Por el placer de estar al fin solos...

Costa Vale tendió la mano hacia el vaso, bebió un trago largo, habló mientras se acomodaba otra vez en el sofá, semicerrando los ojos:

—Bien, bien, Arturzinho, ¿cómo van las cosas? ¿Qué me dices de esas elecciones?

—Vamos a ver: ¿quieres rumores, o quieres hechos?

—Todo, lo quiero todo. A veces, hijo mío, los rumores son la verdad y los hechos sólo su máscara.

Marieta intervino:

—Los rumores nos perseguían por toda Europa. En cada embajada, en cada consulado, todos tenían algo que contar. Nadie parecía sentirse seguro ni sobre lo que puede sobrevenir ni sobre su continuidad en el puesto. Además, parecían todos asustados...

—Aquí, igual. En Rio, en São Paulo, en cualquier pequeña ciudad, todos parecen temer algo. Como si el cielo estuviera cargado de nubes, de esas nubes que anuncian tempestad. Sólo que uno mira hacia el cielo y lo ve azul, y no se sabe entonces a qué viene ese miedo, esa expectativa.

La voz de Costa Vale llegó desde el fondo del sillón:

—Hijo mío, no hay peor tempestad que la que viene sin nubes cargadas, la que estalla cuando el cielo está límpido. Es lo que en el interior llaman «tormenta seca» —hizo una pausa, abrió los ojos del todo; ahora miraba al diputado. —¿Y tú, qué sabes de cierto? Cuéntamelo todo. Tú estás en medio de los acontecimientos, debes poder juzgar mejor que los demás. ¿Cuál es tu impresión? ¿Golpe de Estado? ¿De quién? ¿De Getúlio? ¿De los integralistas? ¿De los dos conchabados? ¿Y la gente de José Américo? ¿Qué dicen Bahía y Pernambuco? ¿Y vosotros, con Armando Sales?

Habla, hijo mío, que estoy muerto por saber cosas.

Artur empezó a contar. Era como si estuviera haciendo un balance para sí mismo. Costa Vale y Marieta oían atentos, el banquero había semicerrado de nuevo los ojos, sólo los pulgares que movía con las manos entrelazadas indicaban que existía vida en aquel cuerpo de palidez cadavérica.

—Hay una cosa que sí parece cierta: Getúlio y los integralistas están aliados. Los términos exactos de esa alianza no se conocen. Hay quien dice que Plinio Salgado será ministro de Educación y que los integralistas tendrán otro ministerio más; también hay quien dice que Getúlio se quedará en la presidencia como mascarón de proa y que Plinio será el verdadero dictador. Como Hindenburg y Hitler. Los integralistas hablan ya por todas partes como si fueran los amos. Amenazan, y a veces van incluso más allá de las amenazas. En algunos municipios han apaleado a electores nuestros. La policía no hace nada. Ellos desfilan, desfilan, echan discursos...

—Son simpáticos esos integralistas —comentó el banquero sin abrir siquiera los ojos.

—Su actitud ha cambiado mucho con respecto a nosotros. Hace un año mantuvimos conversaciones con ellos, tú te acordarás quizá. Sales hizo incluso algunas referencias elogiosas al fascismo, y creímos que sería posible una alianza para las elecciones. Ahora nos llaman «parásitos», «sanguijuelas» y «políticos profesionales»...

Continuó contando. Habló de la campaña de José Américo, populachera, prometiendo a las masas el oro y el moro, hablando de reformas económicas con una fraseología confusa que captaba electores.

—La verdad es que si hay elecciones, José Américo va a resultar elegido. El Norte en masa le va a votar, Minas también; al fin y al cabo, logró realmente popularidad cuando fue ministro de Comunicaciones.

Ahora Costa Vale se agitaba en el asiento:

—Ése no será presidente. Con elecciones o sin ellas, la verdad, hijo mío, es que los norteamericanos no van a dejar que José Américo suba las escaleras del palacio presidencial. Ha dicho muchas barbaridades en la campaña, yo lo fui siguiendo por los periódicos. No es que piense que va a hacer lo que dijo. Aunque quisiera, no podría. Pero a nuestros amigos, los norteamericanos, les gustan las cosas seguras y ese Zé Américo ha ido hablando de antiimperialismo y otras tonterías semejantes. Su mal es que es un atolondrado y un provinciano que no tiene ni idea de política. Se va a llevar un morrazo que tal vez le sirva de lección. Hablé en París con un hombre importante del Departamento de Estado. Estaba muy preocupado con la demagogia de José Américo. «Todo menos Américo», me dijo. Artur sonreía contento:

—¿Ves? Es lo que yo pensaba. A cada discurso de Américo, yo veía que se iba enterrando más. No sé quién lo habrá convencido —tal vez los comunistas— de que es el pueblo quien hace la política. Ésa es una fórmula que puede servir en Inglaterra

o en los Estados Unidos, pero en Brasil quien hace la política son Londres y Nueva York.

—Berlín también, hijo mío, Berlín también, no lo olvides. Y no empieces por Londres. Arturzinho, oye lo que te voy a decir. Vosotros también os vais a llevar un porrazo de escándalo si no os dais cuenta de que Inglaterra es un león que perdió los dientes. Recibisteis ya en 1930, en 1932 y vais a volver a recibir ahora...

Artur suspiró, tomó el vaso de whisky, bebió:

—No va a ser tan fácil... También tenemos cabeza, y desde que Getúlio empezó a amenazar con un golpe, nosotros empezamos a prepararnos también. Tú dices que Londres ya no tiene peso; pues bien, José, en la misma Embajada inglesa me dieron, detalle por detalle, todo el plan de Getúlio, sus conversaciones con los integralistas, y nos aconsejaron también que nos preparáramos por nuestro lado... Y eso es lo que estamos haciendo. Hay gente buena en el Ejército que está a nuestro lado, y contamos con Rio Grande do Sul. Podemos volver a los tiempos de antes de 1930...

—¿Financian los ingleses esa conspiración vuestra? ¿No bastó lo de 1932, Arturzinho, para convencerte de que los días de los ingleses están contados en Brasil?

—Tienen enormes capitales aún aquí, en São Paulo, en los frigoríficos de Río Grande, un poco por todas partes. No creas que se trate de un plan sin pies ni cabeza. La Policía Militar de Río Grande del Sur recibió un enorme cargamento de armas modernas, llegadas de Inglaterra, vía Argentina. Es un verdadero ejército. Aquí también estamos bien armados. Y podemos atrapar a Getúlio por sorpresa. Él se cree que estamos metidos hasta el cuello en lo de las elecciones.

Costa Vale se levantó, empezó a andar de un lado para otro, al fin se detuvo ante Artur:

—Oye, chiquillo, lo que estáis haciendo es jugar a una carta perdida. Londres ya no cuenta para nada en la vida política del Brasil. Tienen ahí unos restos de capital, pero ¿por cuánto tiempo los van a poseer aún? Hay una división en el mundo, Arturzinho, y América del Sur pertenece a los Estados Unidos. Para Inglaterra quedan India y Arabia, pero incluso ahí los Estados Unidos están entrando cada día más. Te digo, muchacho, que la cosa hoy está entre los norteamericanos y los alemanes. Tu mal, Artur, es pensar que el mundo permanece estático. Eres de una familia del Imperio, de los tiempos en que Inglaterra hacía y deshacía aquí. Eres conservador, estás acostumbrado a los ingleses, a sus ferrocarriles, a sus minas, a sus costumbres también. Pensabas que eso iba a ser eterno, cosa venida de los tiempos del Imperio, sagrada, una herencia de familia como tu nombre. Os llevasteis el porrazo del 30, el de la revolución de Getúlio, y ni siquiera entendiste entonces que los norteamericanos habían pasado a ocupar el lugar de los ingleses. ¿Te acuerdas de lo que te dije cuando viniste a hablarme de la conspiración de 1932? ¿Y qué hice yo? He ganado mucho dinero con los norteamericanos. Hay mucho dinero aún por ganar con ellos... Sólo que no sé si habrá más dinero aún por ganar con los alemanes...

—¿Crees que los norteamericanos van a apoyar a Getúlio si nosotros nos

levantamos?

—Con absoluta y total seguridad... —el banquero silabeaba para dar más fuerza a las palabras. Getúlio es el hombre de los norteamericanos, como Plinio es el de los alemanes...

—Pero ahora andan unidos; Getúlio parece ahora más fascista que cualquier integralista. ¿No crees más bien en la posibilidad de un entendimiento entre ingleses y norteamericanos que entre norteamericanos y alemanes?

El banquero se quedó pensando:

—Esa alianza de Getúlio y de Plinio es como la de la zorra y el gato. Cada uno quiere comerse al otro. Y eso es lo que me preocupa, Arturzinho, sólo eso: ¿quién va a ser el capataz en esta hacienda que se llama Brasil? ¿Con quién debemos marchar? ¿Con los americanos o con los alemanes? En cuanto a los ingleses, eso ya es cosa pasada...

Tendía el vaso a Marieta para que le sirviera otro whisky. De nuevo empezó a ir y venir por la sala, hablando:

—Hitler es el futuro. La guerra no va a tardar, Arturzinho. La guerra de Alemania contra Rusia. Y cuando Hitler tenga a Rusia, tiene a toda Europa, incluso a Inglaterra. Y entonces la cosa va a decidirse entre él y los norteamericanos. Lo importante es saber el momento exacto para apoyarlo aquí. Tal vez ahora sea aún demasiado pronto... Pero, de todos modos, hay que andar con los ojos abiertos. ¿Sabes que los alemanes me hicieron grandes proposiciones de negocios? Estoy estudiando el asunto...

Artur se lamentó:

—Y yo que contaba contigo para convencer a algunos generales... Contábamos mucho contigo, José, ésa es la verdad.

—No, hijo mío, no. Yo no me meto en ese lío vuestro. No me convence. Va a ser otra vez lo de 1932, si llega a eso... Te soy franco, como siempre: no me meto en el asunto. Y si quieres un consejo, sácate eso de la cabeza. Cualquier día nos cae encima el golpe de Getúlio. Vete a tu hacienda un tiempo a descansar. Después vuelve y habrá un lugar para ti...

—No puedo, José, estoy comprometido.

—Tonterías, Arturzinho. Dile a Armando que es inútil. Y si él no se convence, trata de salir de eso. Aún estás a tiempo. Al fin y al cabo ya no eres un chiquillo para andar haciendo tonterías. Y otra cosa, no andes hablando mal del integralismo como haces por todas partes. Los integralistas podrán acabar siendo muy útiles... Y muy poderosos.

—¿Lo crees realmente?

—Creo que la guerra va a estallar. La guerra contra Rusia. Ya es hora de acabar con ese foco de infección. Hitler es el hombre que el mundo necesita. Los demás gobiernos le facilitarán todo para que acabe con el comunismo. Y en cuanto haya aplastado a Rusia, el capital alemán se extenderá por todo el mundo. Los integralistas

son sus hombres en Brasil. Aparte de que la colonia alemana, no te olvides de ella, es importante. En este momento, es preciso saber mantenerse entre los alemanes y los norteamericanos, tratar con los dos, o sea con Getúlio y con Plinio Salgado... Después ya se verá... Armando Sales y José Américo no cuentan para nada. Si quieres seguir hasta el fin de la campaña electoral —y cuando digo fin de la campaña electoral, digo día del golpe de estado— por hacer honor a tu palabra, sigue. Pero no pases de ahí. Vete una temporada a tu hacienda, oye la radio, lee los diarios, te llamaré luego... Lo que no quiero es que hagas tonterías, que te metas otra vez en conspiraciones sin posibilidades de victoria. Piensa bien en lo que te digo...

Marieta tendió la mano sobre el sillón, la posó en el brazo de Artur, que se había inclinado hacia delante con un gesto de desánimo:

—José está bien informado. No puedes lanzarte a una aventura; no es sólo por ti, es también por Paulo. Principalmente, ahora, con ese pretexto que tienen, podrían hacerle dimitir si tú apareces mezclado en una conspiración... José habló con mucha gente en Europa.

Artur se volvió hacia ella:

—Este mes de octubre ha sido fatal para mí... —miró el reloj sobre el mueble de la sala, eran más de las dos de la madrugada. Ya ha empezado noviembre y las malas noticias no han acabado. ¿Sabes cómo terminé el mes, José? —sus ojos buscaron al banquero, tendido de nuevo en el sofá. Con una entrevista con un dirigente comunista. No sé cómo se llama, se presentó bajo el nombre de João. Proponía una alianza de todas las fuerzas democráticas contra Getúlio y los integralistas... Una especie de Frente Popular para evitar el golpe... Una idea tentadora, si no viniera de los comunistas...

—Fuerzas democráticas —y el banquero lanzó las palabras con desprecio—, fuerzas democráticas... ¿Qué piensas de los franceses, que se enredaron en pactos con los comunistas? Todo lo que ahora desean ellos, radicales o socialistas, es salir del lío en que se metieron. Sólo existe una unión posible, Artur, y hoy el senador Florival lo decía con palabras brutales de hacendado: la unión contra los comunistas. Es esto lo que se está haciendo en Europa y lo que se va a hacer aquí... Sea con Getúlio, sea con Plinio como centro... Pienso que va a ser todavía con Getúlio, dentro de pocos días te lo podré decir con seguridad. Lo que vosotros, los políticos democráticos, necesitáis es hablar con Plinio y no con los comunistas... Para hablar con éstos tenemos a la policía. Y me vas a prometer una cosa: vas a desmontar esa conspiración armandista. Y, si no puedes hacerlo, sal al menos de ella.

Se levantaba; cogió la chaqueta, el chaleco y la corbata, bostezó:

—Me voy a la cama... Mañana estaré en el banco, pero pienso ir a Rio pasado mañana, a ver cómo van las cosas. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí, precisamente tengo que ir a la Cámara...

Se quedó a solas con Marieta. Durante un momento hubo un silencio lleno de pensamientos distintos. Artur reflexionaba sobre todo lo que le había dicho el

banquero. Marieta pensaba en Paulo, y por fin dejó caer la pregunta que le enervaba desde la recepción:

—¿Qué quería la Comendadora?

Artur levantó la cabeza:

—Esa vieja está loca... Parece que quiere casar a Paulo con una sobrina suya. Me lo dijo casi claramente: «Lléveme al chico a comer un día a mi casa. Mis sobrinas están en edad de casarse, son mis herederas». Una especie de negocio: el nombre de la familia contra su dinero...

—Tú hiciste casi el mismo negocio... Te casaste para ser diputado...

—Es verdad... Pero Paulo no lo necesita... Tenemos lo suficiente para vivir, y empieza a abrirse camino en la diplomacia... En fin, ¿qué piensas tú?

¿Qué pensaba ella? Sus sentimientos casi le ahogaban, sentía ganas de llorar. Hizo un esfuerzo para responder:

—¿Por qué no? La Comendadora posee una de las mayores fortunas del país. Un hombre como Paulo necesita mucho dinero para vivir... Así no precisará depender de los otros como tú dependes de José... Dios mío, lo que más deseo es que Paulo no sea nunca mandado por nadie... Quizá lo mejor sea que se case con una de esas chiquillas. Así tendrá dinero y será libre...

Artur pensaba en las palabras del banquero:

—El plan de la conspiración está perfectamente organizado. Y no es que me gusten esos integralistas... Son tan vulgares...

—La vida es vulgar —generalizó Marieta—. Ese horrible Shopel escribió en un poema que todo lo que queda es soledad. Creo que tiene razón. A veces me siento tan sola...

—Me tienes a mí... Soy tu amigo...

—No, no te tengo, ni a ti, ni a José, ni a nadie. Ni siquiera a Paulo, para quien fui como una madre. Nadie tiene a nadie, y mucho menos a aquél a quien se desea tener...

Artur sonrió en medio de sus pensamientos y arriesgó:

—Has vuelto de Europa con unos aires muy dramáticos. ¿Algún amor fatal por allá?

—No digas tonterías. Contigo nunca se puede hablar de cosas serias...

—¿No crees que es serio lo que estuvimos hablando José y yo hace un rato?

—¿Qué me importan a mí las elecciones, Hitler, los norteamericanos, ingleses, comunistas y rusos? Eso te importa a ti, porque no te gusta trabajar y vives de esos enredos de la política, y le importa a José, que hace dinero con ellos, a todos vosotros, los que vivís de eso...

—Y tú, ¿para qué vives?

Ella le miró y se repitió la pregunta para sí misma. No encontró respuesta. Le tendió la mano:

—Me voy. Soy una estúpida.

El chófer dormitaba en el coche. Caía la lluvia otra vez. Artur respiró el aire de la madrugada, dejó que las gotas de agua le mojaran el rostro. Octubre había sido un mes de malas noticias, noviembre se iniciaba con presagios aún más sombríos. Buscó algo que pudiera alegrarle en medio de tantas cosas desagradables. Y fue en la Comendadora en quien pensó, en la anunciada cena en su casa, en las sobrinatas casaderas, en las fábricas de tejidos, en las acciones de los ferrocarriles, mientras se acomodaba en el automóvil. Le quedaba por saber si Paulo iba a estar de acuerdo. Contaba con Marieta para que le ayudase a convencer a aquel tarambana.

Aquel día Mariana cumplía los veintidós años, y por la noche habían venido a casa algunas amigas con la idea de festejar el acontecimiento. El viejo Orestes había enviado unas botellas de licor de abacaxí que él mismo elaboraba en sus ratos de ocio. Mariana esperaba que él llegara para servir el vino y partir la tarta que había hecho su madre. No había mucho que comer y beber, los tiempos eran malos y a Mariana la habían despedido de la fábrica hacía dos meses. Ahora se entregaba por completo a la organización, y los funcionarios del partido ganaban poco, un menguado sueldo que además pocas veces recibían completo. Si no fuera por el viejo Orestes, un antiguo anarquista italiano que nunca había perdido, a pesar de haberse inscrito en el partido muchos años atrás, el amor a las frases solemnes y el anticlericalismo violento, ni vino habría para las visitas. Pero Mariana se sentía alegre, se había puesto su mejor vestido y llevaba una flor roja en el pelo castaño que enmarcaba su rostro lleno de dulzura. Sus grandes ojos negros expresaban toda la alegría que la poseía en aquel cumpleaños. Por la mañana, en la habitación donde dormía con su madre, había pensado en su vida, «había hecho un balance autocrítico», como decían en las reuniones de la célula. Había ingresado en el partido a los dieciocho años, pero realmente su vida había estado ligada a los comunistas desde mucho antes. Su padre había sido uno de los más antiguos militantes del partido y en la casa que ocuparon hasta su muerte, un poco mayor y mejor que la de ahora, se habían realizado muchas reuniones ilegales, se había escondido mucho material de propaganda y más de una vez la policía había irrumpido por la noche, despertándolos a todos, soltando insultos, amenazas, revolviéndolo todo, registrando hasta en los más mínimos rincones.

Mariana recordará siempre la primera batida de los guardias en su casa. No había cumplido siquiera los catorce años y era muy bulliciosa y alegre. Los policías aparecieron de madrugada y ella, a través de la puerta entreabierta de su cuarto, los veía tirando al suelo los libros de la estantería —aquellos libros que su padre leía por la noche con unas gafas rotas, sujetas con un cordón, aquellos libros cuyos lomos limpiaba Mariana todos los días para que su padre, al volver de la fábrica, los encontrara sin una mota de polvo, aquellos libros que ella amaba entonces por el amor que su padre les tenía— y los tiraban sobre una mesa, repitiendo títulos que Mariana sabía de carrerilla de tanto verlos en las manos de su padre, sentada a sus pies, mientras él leía: *Manifiesto Comunista*, *Orígenes de la Familia*, *El Izquierdismo*, *enfermedad infantil del Comunismo*, un resumen de *El Capital* en español. Uno de los policías los iba apilando mientras un poco aparte, con una colilla apagada en los labios, un mulato de voz ronca, que parecía ser el jefe del grupo, le decía a su padre:

—Prepárese para acompañarnos...

La madre estaba pálida, con los labios apretados. La hermana menor no se había

despertado, y Mariana veía a su padre poniéndose la chaqueta lentamente, el rostro serio, aquel rostro en general risueño que ella tanto amaba. Después le vio dirigirse hacia donde estaba su madre y besarla en la mejilla. Fue en este momento cuando abandonó su escondrijo y se precipitó a la sala agarrando a su padre por el brazo.

—¿Para dónde te llevan?

Y él sonrió, con la misma sonrisa con que respondía a las innumerables preguntas sobre los temas más diversos planteadas por la curiosidad infatigable de Mariana cuando, por la noche, se sentaba en la salita, al lado del estante de los libros; sonrió y la tomó en brazos, la besó en los ojos:

—Me llevan preso. Cuida de mamá y de tu hermanita. A ver si eres buena mientras yo estoy fuera...

El policía mulato se impacientaba:

—¡Venga! ¡Rápido! Se acabó ya...

Se desprendió de los brazos de su padre, fue a colocarse junto a su madre callada, con una rabia creciendo dentro de ella y un esfuerzo por no llorar, pues adivinaba que a su padre no le gustaría que llorara en aquel momento. Iba ya saliendo de la sala, rodeado por los guardias. Uno de ellos llevaba un paquete de libros. El mulato lanzó una última mirada a su alrededor, al grupo que formaban la madre y la hija silenciosas. Sonreía, y Mariana no se pudo contener ante aquella sonrisa insultante: corrió hacia él con los puños cerrados, le golpeó en el pecho con odio:

—¡Bandido! ¡Bandido!

El policía la agarró por los brazos, la tiró al suelo, pero ella se alzó de nuevo para atacarlo con las manos y a puntapiés.

Fue su padre quien, volviendo del pasillo que llevaba a la puerta de la calle la sosegó:

—Calma, Mariana. Cuida de mamá y de tu hermanita.

El mulato comentó, mientras se ajustaba la corbata:

—Hija de comunista. Nacen ya de mala sangre —se rió con risa satisfecha, indicó los brazos de Mariana donde se veían las manchas rojas por la fuerza que había hecho al sujetarla—. La próxima vez, pequeña, te voy a marcar aún más... —Tiró la colilla en el suelo y salió con los otros.

La madre fue hacia la puerta y se quedó allí hasta oír el ruido del automóvil que se ponía en marcha entre los estampidos del motor. En la sala, Mariana sollozaba suavemente mirándose las muñecas doloridas. Se sentía humillada, no por la brutalidad del policía, sino por no haber sabido contenerse; quizá aquello fuera malo para su padre. Miró con aire medroso a su madre que volvía. Pero ella le acarició la cabeza y la llevó hacia el cuarto del padre donde, en una mesita, al lado de la cama de matrimonio, estaban las gafas de aros rotos. La madre quitó la colcha, levantó el colchón, sacó de entre las tablas unos papeles impresos y le dijo:

—Ven a ayudarme. Pueden volver cuando se haga de día para registrar más a fondo...

Encendieron el fuego y, cuando acabaron de quemar las hojas y los viejos números de *Classe Operaria*, asomaba ya la mañana azul sobre la ciudad. La madre cogió una toquilla y salió para avisar a los camaradas.

Después, Mariana, con el paso del tiempo, se fue acostumbrando a las visitas de la policía. Había leído también los libros que poseía su padre y otros que le prestaban los camaradas, el material impreso del partido. Oyó muchas veces a su padre discutiendo con otros, y así se fue formando su consciencia de militante, llevando hojas y anotaciones bajo la blusa, llevando avisos, vigilando la puerta de la calle cuando había reuniones en su casa, de manera que tenía la impresión de que había pertenecido siempre al partido. A los quince años había dejado la escuela por la fábrica de tejidos donde, un año después, la hermana pequeña vino a hacerle compañía. El padre, muy vigilado por la policía, no permanecía mucho tiempo en ningún empleo; la madre se vio obligada a volver a la fábrica que había dejado al casarse. Era una de las fábricas de la Comendadora da Torre, y habían conseguido trabajo allí porque la Comendadora, de recién casada, había sido vecina de la familia.

A la muerte del padre ingresó en el partido. Había estado muchos meses preso durante la lucha «constitucionalista» de 1932 y, cuando lo dejaron en libertad, estaba envejecido y flaco. Encontró empleo en un taller mecánico, pero no duró mucho. Murió de tifus pocos meses después. Fueron días de delirio casi constante en los que repetía, monótona y dramáticamente, la misma frase con que había resistido a las torturas de la policía:

—De mí no sacan nada.

Mariana se sentaba al lado de la cama, en las noches insomnes, y oyéndole repetir aquella frase podía reconstruir sus sufrimientos en la cárcel, sufrimientos de los que nunca había hablado en casa. La hermana pequeña sólo se preocupaba del cine, de los vestidos —ahorrando del salario para comprar telas vistosas y baratas—, de las novelas de amor, los muchachos del barrio la cortejaban, parecía no interesarse por las actividades políticas de su padre. La madre sufría en un silencio resignado, el pelo blanco, pese a que apenas tenía cuarenta años. Sólo Mariana parecía comprender toda la ignorada grandeza de la vida de su padre, y un día, durante una de sus repetidas estancias en la cárcel, echó de casa a una vecina impertinente que molestaba a su madre:

—Ya ve lo que saca del comunismo... Y el marido, en vez de cuidarse de la familia, de trabajar tranquilamente como hacen otros, anda metido en esos líos de la política...

También su padre se fue compenetrando cada vez más con ella a medida que pasaban los años, alegre al explicarle la significación de la lucha obrera, al contarle cosas de la Unión Soviética, al hablarle de Lenin y de Stalin. Puso aquellos libros tan amados en sus manos adolescentes y Mariana podía ver la alegría resplandeciente en su rostro cuando comprobaba el interés de la hija por la lucha del partido. Un día le dijo:

—Tampoco yo sé mucho, hija mía. Era ya hombre hecho cuando comprendí la significación de nuestra lucha. Y eso lo cambió todo para mí. Antes la vida era vacía, y para mí el trabajo era sólo una manera de ganar el pan. Vosotras erais muy pequeñas, tu madre era joven y bonita, y sin embargo yo pasaba muchas noches con los amigotes o en la taberna. Hoy, en el partido, sé que el trabajo no humilla, lo que humilla es la opresión, y sólo luchando contra ella podremos mejorar de vida. Desde entonces todo fue alegre para mí y jamás me he sentido lejos de vosotras... Tu madre ha sufrido mucho con esta vida mía, sé que a veces habéis pasado dificultades. Pero pienso que estoy en el camino recto, en el único que libera del sufrimiento.

Mariana tenía dieciséis años cuando él le habló así, una noche en que estaban los dos solos en casa. Su madre había ido a visitar a una amiga con la pequeña. Pero Mariana tenía ya cierta seriedad para enfrentarse con la vida y se había convertido en una de las obreras mejores de la fábrica, respetada por sus compañeros de trabajo. Le dijo al padre:

—Creo que haces bien, padre. Lo único que no entiendo es por qué no todos son comunistas, cómo hay obreros que no se interesan por nuestra lucha...

—Hay que ser paciente y explicársela, explicársela, siempre. Nosotros somos como maestros y soldados al mismo tiempo... Un día, lo verás, ya no seremos sólo una pequeña parte de la clase obrera, seremos millares y millares.

Hablaban así. Mariana aprendía del padre y de los otros camaradas. Cuando su padre estaba preso, era casi siempre ella quien iba a visitarlo en los días de permiso. Había conocido a muchos camaradas, algunos eran simpáticos y aceptaban discutir con ella, explicándole problemas; otros casi ni se fijaban en aquella chiquilla morena de rostro grave, pero ella se sentía vinculada a todos ellos, y cuando un día le dieron unos números de *Classe* para distribuirlos en su fábrica, se sintió tan orgullosa como lo había estado su hermana pequeña al ser elegida reina de belleza en las fiestas del barrio.

Poco antes de morir, la fiebre abandonó a su padre por algunas horas y él buscó a Mariana con sus ojos hundidos. Ella le llevó una naranjada y le humedeció los labios secos. Su voz era débil y tuvo que sentarse en la cama para oírle mejor. Le pasó la mano por las mejillas sin afeitar, y le dijo:

—Hoy estás mucho mejor, padre...

—Voy a morir, Mariana. Ya no puedo resistir más, estoy muy débil. Pero antes quiero hablar contigo...

Tendió una mano en la que los huesos parecían querer desgarrar la piel lívida, cogió la mano de la hija:

—Quiero que ocupes mi lugar en el partido. No somos muchos y no quiero que mi muerte abra un claro en nuestras filas. Tú puedes hacer mucho más que yo; eres joven, has estudiado, eres inteligente... Tú eres comunista, ¿verdad?

Cada palabra le costaba un esfuerzo. Mariana movió la cabeza con una afirmación. Contenía las lágrimas y los sollozos.

—El lugar de un comunista está en el partido. Te dejo mi puesto...

Se quedó un minuto silencioso, acarició con la mano descarnada la mano de su hija, sonrió con melancolía:

—Esperaba que un día militáramos juntos tú y yo. Pero me basta con saber que tú ocuparás mi lugar. Así no me muero triste. Es la herencia que te dejo...

Durante la noche volvió la fiebre, y con ella el delirio, pero ahora ya no recordaba las torturas en la cárcel. Repetía párrafos de libros leídos, de aquellos libros suyos, cuyo lomo limpiaba aún Mariana todos los días. Murió de madrugada, cuando Mariana y la pequeña se arreglaban para ir a la fábrica. Por la tarde fue el entierro, al que asistieron muchos obreros y dos delegaciones sindicales. Junto a la tumba, un camarada desconocido para Mariana dijo unas palabras: «Es un héroe anónimo de la clase obrera. Lo enterramos hoy, pero la bandera que él llevó con tanta valentía, se alzará cada vez más alta en manos del proletariado hasta la victoria; es invencible la bandera de Marx, de Engels, de Lenin y de Stalin».

En el silencio triste de la casa enlutada, donde parientes y vecinos se miraban entre lágrimas, Mariana pensaba en las palabras de aquel camarada desconocido — alguien le había cuchicheado que se trataba de un «dirigente»— salido nadie sabía de dónde para saludar a su padre en nombre de aquellos hombres decididos a cambiar la faz del mundo. En medio de su dolor, aquellas palabras valían no sólo como consuelo —ella no era la única persona que reconocía la grandeza de la lucha de su padre—, sino también como un llamamiento a la lucha. Veía la bandera a la que aquel hombre se había referido como una cosa concreta, la veía tremolando en medio de una batalla desesperada, y veía a su padre cayendo y el lugar vacío que dejaba. Y, al mismo tiempo, todas las acciones del padre —las salidas nocturnas para las reuniones clandestinas, la agitación desarrollada en las fábricas donde había trabajado y de las que era generalmente despedido, los encarcelamientos, los libros leídos a altas horas de la noche, la paciencia con que le explicaba su concepción del mundo y de la vida, su bondad y su firmeza— parecían unirse para adquirir una significación mayor, como retazos de telas de colores diversos que, unidos, forman una gloriosa bandera. En el pesado silencio de la sala, la figura de su padre se alzaba de la vieja silla al lado del estante y crecía ante Mariana. Podía verle ahora después del discurso de aquel camarada al borde de la tumba, en una medida nueva, y su amor filial se fue mezclando a una admiración que le llenaba de fuerza y de valor. Al día siguiente, en la fábrica, buscó a un camarada conocido y pidió su ingreso en el partido; mientras esperaba la decisión vivió inquieta, con miedo a verse rechazada, pues al no haber cumplido aún los dieciocho años podían no tomarla en serio. Durante aquellos días, tras la magra comida engullida con prisas, leía y releía los libros que su padre había dejado, intentando penetrar en el sentido de las frases, recordar las explicaciones que le había dado. La madre la observaba en silencio, como adivinando que también aquélla se entregaría a un destino peligroso, que también por ella tendría que velar de noche, llena de inquietud. La hermana, con un vestido nuevo de luto, hablaba en la

esquina con el novio, el carnicero del barrio, con quien se casó meses después, dejando la fábrica para siempre y distanciándose cada vez más de Mariana.

Más de cuatro años habían pasado desde el día en que «recibió el saludo» e ingresó en el partido. Ocurrió inesperadamente, una mañana, veinte días después de la muerte de su padre. Estaba preparando la máquina para cambiar un huso, cuando un obrero con el que jamás había hablado se acercó y le dijo en voz baja, con una sonrisa tímida en los labios:

—Mariana, los camaradas te envían un saludo.

Ella alzó el rostro con sorpresa:

—¿Qué saludo?

—Has sido admitida en el partido. A la salida te espero en la puerta, tenemos que hablar...

Después vino la primera reunión con la célula, las tareas en la fábrica: distribución de *Classe* y de material, agitación en el sindicato, trabajo de finanzas, discusiones, estudio. La célula era pequeña entonces y el reclutamiento se rodeaba de medidas de gran seguridad; sólo los más probados en las luchas sindicales eran trabajados para ingresar en el partido. Pero aquella pequeña célula ilegal dirigía los acontecimientos de la fábrica; de allí partían las consignas reivindicativas, las agitaciones por aumento de salario. Aquella pequeña célula fue el centro director de la gran huelga que unió a todos los obreros de la fábrica en 1934, huelga victoriosa que consolidó el prestigio de los comunistas entre los trabajadores. Mariana formó parte del comité de huelga, elegido en tumultuosa asamblea sindical. Desarrolló una intensa actividad en aquellos días difíciles, cuando era necesario convencer a las obreras —un gran porcentaje en la fábrica textil— de las posibilidades de victoria, de las ventajas que se iban a obtener tras aquellos días sin salario cuando los niños lloraban pidiendo algo de comer. Y tan bien trabajó que, durante los peores días, tras la prisión de algunos compañeros y la despedida por la dirección de la fábrica de todo el comité de huelga y de numerosos obreros, cuando algunos daban por derrotado el movimiento, fueron las mujeres las primeras en votar por la continuación, exigiendo ahora no ya sólo el aumento de salario, causa anterior de la huelga, sino también la libertad de los presos y la amnistía laboral. Mariana había sido despedida de la fábrica, pero se encontraba constantemente con los obreros, hablando con uno y otro, animando a todos. Algunos días después, la dirección de la fábrica cedió. Se concedió el aumento de salario y volvieron los obreros despedidos. Algunos, no obstante, estaban en la cárcel, y la dirección de la fábrica decía que nada tenía que ver con aquello que era cuestión de la policía política. Mariana organizó entonces una comisión de mujeres y las llevó a hablar con la Comendadora da Torre, mientras el comité de huelga discutía con la dirección las nuevas tablas de salarios.

La Comendadora las había recibido afectando un complaciente aire protector. Las obreras se sentían un poco incómodas en el suntuoso salón abarrotado de muebles y chucherías y cruzaban entre ellas miradas intimidadas sin saber qué decir, mientras la

Comendadora les sermoneaba con voz falsamente maternal:

—Huelga... huelga... Fui yo quien mandó que os aumentaran el salario. Y no lo debía haber hecho, pues vosotras os habíais declarado en huelga sin consideración alguna de los problemas que afligen a los patronos... ¿Por qué no vinisteis aquí, a hablar conmigo, a charlar conmigo, a decirme lo que necesitabais, en vez de meteros en huelga y paralizar la fábrica? Hablando se entiende la gente, y ya habríamos encontrado una manera de solucionarlo. ¿O es que os creéis que nosotros no tenemos también vuestras dificultades? Los tiempos son malos para todos, y vosotras, con esa huelga, nos habéis causado un perjuicio enorme, habéis atrasado la producción, hemos perdido varios contratos... Pero yo tengo corazón y sentí pena de vuestros hijos, por eso mandé que os aumentaran el salario. ¿Por qué no vinisteis a hablar conmigo? Otra vez, tenéis que venir aquí en vez de andar escuchando lo que os dicen esos comunistas, que sólo quieren vuestro mal y el nuestro. Podía haber despedido a todo el mundo, y si no lo hice fue por pena. ¿Qué ibais a hacer vosotras después? Pasar hambre... Eso es lo que los comunistas quieren...

Mariana aprovechó la interrupción para hablar:

—Nos pregunta por qué no vinimos a hablar con usted, y para eso estamos aquí...

—¿Qué? ¿Qué dices ahora? —la voz de la Comendadora había perdido el tono maternal y brotaba desconfiada y dura.

—Hay compañeros que están aún en la cárcel...

—Bueno, pero éstos son comunistas. Así aprenderán...

—Pues, entonces, la huelga sigue.

La Comendadora miró al grupo de mujeres ante ella. Las palabras de Mariana les habían dado nuevos ánimos y en sus rostros ya no se reflejaba aquella actitud amedrentada del comienzo. Mariana continuó:

—Las condiciones para volver al trabajo fueron el aumento del salario y que todos recuperaran sus puestos, los presos también.

La voz de la Comendadora adoptaba de nuevo aquel tono de maternal piedad, como si hablara a los hijos descarriados:

—Estáis locas. ¿Es que habéis perdido el juicio y el amor a vuestros hijos? ¿Cómo vais a continuar esa huelga si os estáis muriendo de hambre, si no tenéis ya nada que comer? ¿Con qué vais a pagar a fin de mes el alquiler de la casa? Es una locura... Si os ponéis así, yo puedo emperrarme también y vais a ser vosotras las que salgáis perdiendo... ¿No tenéis ya el aumento? ¿No era eso lo que queríais? ¿Es que no pensáis en vuestros hijos?

—Nuestros compañeros están en la cárcel porque lucharon por todas nosotras, y nosotras debemos ser solidarias con ellos. Aunque sea pasando hambre...

La Comendadora pasó la mirada por las mujeres. Esperaba haberlas conmovido con sus palabras, pero las veía alrededor de aquella joven de rostro grave y decidido y pensó en los encargos por entregar, en la fábrica parada desde hacía tres semanas, en los perjuicios si la huelga continuaba. Hizo, no obstante, un último esfuerzo:

—Volved al trabajo. Pensaré en el asunto. No depende sólo de mí, depende fundamentalmente de la policía. Ya veré después lo que se puede hacer.

—Comendadora, no volveremos al trabajo mientras nuestros compañeros estén en la cárcel.

«Una comunista», pensó la Comendadora examinando a Mariana con aquellos ojos suyos que no envejecían. Aquel rostro grave y dulce le recordaba a alguien a quien no podía localizar en su memoria, tan llena de hechos y figuras. En aquel momento estaba ya dispuesta a ceder. La fábrica no podía seguir parada, y sabía que poco a poco podría ir despidiendo a los cabecillas de la huelga, a los obreros más combativos, bajo cualquier pretexto. Daría órdenes a la dirección en ese sentido. Pero ahora no quería que su decisión apareciera ante los ojos de aquellas obreras como una victoria, sino como una concesión de su magnanimidad. Hizo aún más tierna su voz de vieja:

—La verdad es que ni siquiera sabía que había detenidos. ¿Habéis dicho que son obreros míos? Lo habrán merecido, sin duda, pero para mí cualquier obrero de mis fábricas es como de la familia, y no me gusta ver sufrir a nadie... Naturalmente, tienen familia, habrán sido engañados por los comunistas...

Desde el grupo cerrado avanzó una mujer. Habló con los ojos bajos:

—Uno es mi marido...

—Tu marido... pobrecita... —la Comendadora veló su rostro de afectuosa piedad. Es que esas cosas me ponen mala... Soy una vieja, y no me gusta ver a nadie sufriendo. Voy a llamar al jefe de policía ahora mismo... porque seguro que vosotras vinisteis aquí a suplicarme por amor a esa desgraciadita, alejada ahora de su marido. Pero para *otra vez*, ¡oídllo bien!, no voy a conmovirme como ahora, y como haya otra huelga os voy a dejar morir de hambre a todos...

—La huelga es precisamente el arma que tenemos para que no nos mate de hambre... —respondió Mariana mirando de hito en hito a la vieja.

Las mujeres se retiraban ya, victoriosas, habiendo conseguido lo que deseaban. Lanzaban miradas curiosas a los jarrones, a las estatuillas, a la enorme araña de cristal en el salón lujoso. La Comendadora retuvo a Mariana:

—¿Cómo te llamas tú hija mía? —Mariana de Azevedo.

—Azevedo... —La Comendadora buscaba en su memoria dónde le resonaba aquel apellido.

—Soy hija de Antonio de Azevedo, que vivió en la calle Caetano Pinto, hace ya muchos años...

Ahora la Comendadora sabía ya por qué le era familiar aquel rostro. «La cabra tira al monte», pensó para sí mirando a Mariana, al tiempo que le preguntaba con voz amiga:

—¿Y cómo está tu madre? ¿También se unió a la huelga?

—Está en otra fábrica.

«Ésta es la primera a quien hay que despedir», decidió la Comendadora mientras

su boca decía amablemente:

—Dale recuerdos. Tu padre fue un poco tarambana, la hizo sufrir mucho, no sigas tú el mismo camino...

Tendió su mano cubierta de anillos, Mariana la tocó con la punta de los dedos. La vieja sonreía, pero sus ojos jóvenes tenían un brillo malvado. Mariana sonreía también, estaba contenta con la victoria. Alcanzó a las mujeres, a quienes un mayordomo con aire asqueado y solemne abrió la puerta de la calle. La mujer cuyo marido estaba preso, comentó:

—La vieja no es mala...

—¿Qué es lo que crees? —interrumpió Mariana. ¿Que va a mandar que suelten a los hombres por compasión hacia ti? Ni lo imagines... Todo eso fue puro teatro. Los va a soltar porque si sigue la huelga el perjuicio para ella va a ser enorme... Tienen encargos urgentes que ya están atrasados... Sólo por eso, Antonieta, sólo por eso. Ahí no hay ni gota de bondad. Esa vieja es más mala que todos los demonios.

Días después, cuando el trabajo en la fábrica se había normalizado ya, fue llamada a la dirección. El gerente, un italiano alto y con fama de buen ingeniero, la recibió con mucha amabilidad. Le dijo que se sentara y le indicó una silla frente a su mesa. Le pidió por favor que esperara un momento mientras despachaba otro asunto urgente. ¿Qué querría?, se preguntaba Mariana. Cuando la llamaron, tuvo la seguridad de que era para despedirla, pero ahora, ante la amabilidad del gerente, ya no sabía de qué podía tratarse. Uno de los camaradas del comité de huelga había sido puesto en la calle días atrás con el pretexto de falta de asiduidad en el trabajo. Le habían pagado el mes, como mandaba la ley de Getúlio, y corrían rumores de que lo mismo les iba a ocurrir a todos los componentes del comité de huelga. La célula del partido empezaba ya a agitar el asunto, intentando preparar al personal para un movimiento de protesta si continuaban las expulsiones. Habían impreso una hoja y la habían distribuido entre los obreros para que fuera discutida en las secciones, junto a las máquinas.

El gerente terminó de firmar unos papeles, se volvió hacia ella, empezó a explicarle:

—Tengo una buena noticia para usted. Usted fue con el grupo de obreras a casa de la Comendadora, ¿no? Pues bien, la Comendadora le ha cogido, por lo visto, mucho cariño.

Indicó el retrato de la vieja —un cuadro en la pared del fondo, al lado del retrato del finado Comendador—, un retrato antiguo, de cuando ella tenía unos cincuenta años:

—Es así la Comendadora; cuando una persona le agrada, quiere ayudarla. Me dijo que quería ofrecerle un puesto de ama de llaves en su casa. Es un regalo del cielo: buen sueldo, cinco veces lo que usted gana aquí, alojamiento, comida, ropas como corresponde a la casa, posibilidad de viajar... En fin, un lugar que yo desearía para mi mujer, ya ve... Y con tanta gente que va por aquella casa, a usted, con esa carita

bonita, cualquier día le sale un novio rico y... En fin, le doy la enhorabuena...

Lo curioso es que Mariana, ante lo inesperado de la propuesta, no pensó en su padre, ni siquiera en los camaradas de la célula ni en las compañeras de la sección de hilado; pensó en el viejo Orestes. Si aceptara, jamás volvería a tenderle la mano, ni a besarla en la mejilla haciendo estallar los labios, con aquellos ásperos bigotes largos que olían a tabaco. El viejo Orestes conservaba de sus tiempos de anarquista un horror a los servicios domésticos, a los empleos de criada, mayordomo, ama de llaves, que según él iban creando en los que los ejercían una mentalidad servil de esclavo y de mendigo. Mariana sonrió pensando en la desilusión del viejo si supiera que aceptaba tal empleo, y en las palabrotas en italiano que iba a soltar entre sus erizados bigotes, en las amargas consideraciones que iba a hacer por todo el barrio sobre su carácter, y en las duras frases con que iba a lastimar la memoria del padre. El gerente interpretó su sonrisa como una aceptación agradecida:

—Puede ir pasado mañana. No tiene que llevar ropa, ya le darán allí otros vestidos más apropiados. Mandaré que le paguen al salario hasta hoy, y un mes de vacaciones.

Mariana se levantó de la silla:

—Gracias, señor Giovanni, pero no acepto. Me gusta el trabajo en la fábrica. No tengo ni maneras ni instrucción para ser ama de llaves en una casa rica. Dígale a la Comendadora que le quedo muy agradecida, pero que no puedo aceptar...

La sorpresa del gerente era tal que Mariana se rió pensando en lo que iba a reírse el viejo Orestes, alisándose los bigotes para que la risa fluyera más cómodamente de sus labios, cuando le contase la escena. El hombre se quedó sin palabras, le parecía que jamás había oído nada tan increíble como aquella negativa. De pie, sonriendo aún, Mariana esperaba que le mandara marcharse, pero el gerente la retuvo, le habló durante casi diez minutos intentando convencerla.

—Es inútil, señor Giovanni. No acepto. Estoy contenta con mi trabajo, no quiero cambiar de oficio.

El gerente dejó caer la mano sobre la mesa con un gesto de impotencia, aquella negativa obstinada superaba su capacidad para entender a los demás.

—Lo único que se me ocurre pensar es que usted se ha vuelto loca. Sólo una loca puede rechazar un ofrecimiento así. No sé cómo va a recibir la noticia la Comendadora, pero no espero nada bueno.

Cuando Mariana salió del despacho, se encontró con una comisión de obreros en la antesala. Estaban allí por ella; habían sido movilizados rápidamente por la célula, dispuestos a intervenir si la despedían. Uno de ellos le preguntó:

—¿Te han dado la liquidación?

—No. Querían comprarme...

Por la noche, el viejo Orestes rió efectivamente a carcajadas, estremeciendo las largas puntas de su bigote, y como también él había conocido a la Comendadora en la calle Caetano Pinto, en los primeros tiempos de su vida de casada, contó sobre ella

estupendas historias cargadas de pimienta, historias cuya comicidad él aumentaba intercalando sus expresiones italianas, sus sonoras maldiciones meridionales, que resonaban tan alegre y claramente como sus carcajadas sueltas. Después de haberse reído lo suficiente, de haber ridiculizado a la Comendadora, tomó entre las suyas la mano de Mariana y habló en serio:

—Tú ves, *cara piccina*, cómo son, esa puerca burguesía... Cuando descubren un obrero dispuesto a luchar por la clase, inmediatamente piensan en comprarlo o en acabar con él... *Dio boia*, tú estás sólo empezando a trabajar y ya exageran como si fueras un peligro para ellos. La vieja *schifosa*, esa puerca desgraciada, pensó comprarte con un empleo de criada. Es así, *piccina*, *carina mia*, como creen que pueden dividirnos, impedir la lucha obrera. Lo utilizan todo: la policía y el dinero. No te dejes engañar nunca pensando que tienen corazón. La burguesía sólo tiene estómago, estómago, tripa, tripa y nada más...

Habían sido cuatro años llenos de acontecimientos; no siempre era fácil resolver las dificultades, y mucho menos vencer ciertos sentimientos. Con su hermana las relaciones se iban haciendo cada vez más tensas, la distancia se hacía mayor a medida que pasaba el tiempo, y cada encuentro, cada visita de la hermana a la pequeña casa donde habían ido a vivir tras la muerte del padre, era un incidente desagradable, cuando no una escena dolorosa. La primera surgió de la oferta de la Comendadora da Torre. Mariana no sabía cómo había llegado la noticia a oídos de la hermana, pero ésta apareció alborotada, queriendo saber las razones de la negativa de Mariana. «Una estupidez» decía. Desde que se había casado, la hermana pensaba con la cabeza de su marido, cuya única ambición era ver progresar su carnicería y adquirir otras. Las palabras de censura que nunca se había atrevido a pronunciar contra el padre, las lanzaba ahora al rostro de Mariana:

—¿No te parece bastante lo que nos hizo nuestro padre con esas ideas...?

—¿Y qué es lo que hizo?

—Si comimos muchos días fue por la lástima que les dábamos a los vecinos...

—No es que nos tuvieran lástima, era por solidaridad...

—Yo no soy abogado para andar escogiendo las palabras. ¿No te parece bastante lo que sufrió mamá? ¿Quieres acabar de matarla a disgustos?

—Mamá sabe que papá tenía razón y que yo también la tengo. Mamá no abandonó nunca a su clase.

—¿Es eso una acusación? Bonito futuro el tuyo, encima de una máquina de hilar. ¿Es que soy para ti una criminal porque abandoné un trabajo desgraciado para casarme con un hombre honrado y trabajador? Manuel no es ningún letrado, pero tampoco es ningún burro, y todos los días me dice que con esas historias del comunismo lo único que hacéis es complicaros la vida...

El marido era un portugués, hijo de pequeños labradores, a quien su tío había hecho venir a Brasil siendo aún niño. De aquel tío había heredado la carnicería y una nostalgia patrioterá que le hacía admirar incondicionalmente todo lo que fuera

portugués, incluso el salazarismo. El carnicero vivía con el temor de que le molestara la policía por las actividades de Mariana.

Cuando se casaron, Mariana solía visitarlos con la madre los domingos. Quería a su hermana, le hubiera gustado poder contar con ella en sus horas de soledad, poderle contar sus cosas íntimas. Pero el cuñado ponía mala cara cuando las veía llegar, soltaba impertinencias. Mariana fue espaciando las visitas, la madre se habituó a ir sola. Al fin sólo se encontraba con su hermana cuando ella venía a verlas, orgullosa de sus vestidos de seda, de los zapatos de tacón alto. Y las recriminaciones se sucedían a cada visita:

—Si hubieras aceptado el empleo de la Comendadora, mamá no necesitaría trabajar. Entre las dos, podríamos mantenerla...

Mariana sentía ganas de preguntarle por qué no se llevaba a la madre a vivir a su casa, donde había una habitación vacía y comodidades bien distintas de los dos cuartos en el fondo de una casa que más parecía una chabola. Pero no preguntaba nada. ¿Para qué hacer aún más difíciles las relaciones entre las dos? A veces, para que se callara la hermana, tenía que intervenir la madre:

—No me estoy muriendo de hambre, y no soy tan vieja como para no poder trabajar. Mariana es una buena hija, y lo que piense es cosa suya, nadie tiene derecho a meterse.

La hermana indicaba los vestidos remendados de la madre:

—¡Pero si vas peor que una mendiga! Una ocasión como ésta, un empleo así es algo que no se te va a presentar dos veces. Manuel se quedó con la boca abierta ante la oferta de la Comendadora: después de lo que Mariana hizo en la huelga esa...

También en la fábrica las cosas se iban poniendo difíciles. Si no le habían despedido era porque la dirección temía un movimiento de protesta de los obreros, pero la perseguían como podían y ella estaba incluso convencida de que su primera detención había sido por denuncia de la dirección de la fábrica. Había sido detenida algunos meses después de la huelga, cuando iba camino de la fábrica. En los interrogatorios, comprobó, sin embargo, que la policía no sabía nada concreto sobre ella, aparte del hecho de ser hija de un comunista y de haber participado activamente en la huelga. Durante ocho días estuvo incomunicada en una celda, sufrió dos interrogatorios, pero acabaron poniéndola en libertad. En un pasillo, un día que la llevaban al despacho del delegado, donde habían de interrogarla, vio a aquel mismo mulato que había detenido a su padre años atrás.

La hermana estaba en casa cuando llegó, y por primera vez no le dirigió palabras amargas, sino que se abrazó a ella, llorando, y aquel gesto le causó tanta alegría que compensaba los recuerdos del ambiente sórdido de la cárcel. Otra alegría fue la de comprobar que sus camaradas se habían preocupado por que nada le faltara a su madre. Todas las mañanas el viejo Orestes venía a preguntar cómo estaba, si había lo suficiente en la pequeña despensa. Mariana conocía bien las dificultades financieras del movimiento, sabía de la dureza de vida de los camaradas, los pequeños sacrificios

cotidianos, y se emocionó cuando su madre le tendió un billete:

—El Socorro me mandó este dinero, pero no lo necesité...

La hermana aconsejó:

—Cómprate tela para una falda y unos zapatos. Vas que das pena...

—No, voy a devolver este dinero. Mañana puede caer cualquier otro camarada, y así habrá para ayudar a la familia...

Lo peor es que aprovecharon el pretexto para despedirla de la fábrica. Los obreros protestaron, su sección paró el trabajo durante veinticuatro horas, pero de momento no había posibilidad de hacer algo más serio. Días después, consiguió trabajo en otra fábrica, mucho menor, con un salario más bajo.

Era de ésta de donde la habían despedido hacía dos meses, cuando el gerente concluyó, sin sombra de duda (hacía mucho que desconfiaba de ella, a pesar de las precauciones de Mariana, más experta ahora en el trabajo ilegal) que ella era el centro de aquella sorda agitación, de aquel creciente descontento entre los obreros, que habían promovido una acción colectiva ante la Magistratura del Trabajo. Antes de su entrada, no había célula en la fábrica. Un solo camarada trabajaba allí y se reunía en una célula de barrio. Pero había simpatizantes, algunos bastante firmes, y poco después de la llegada de Mariana ya tenían un círculo de lectores de *Classe*, un buen número de contribuyentes de Socorro Rojo y una pequeña célula de cuatro miembros. Al ser despedida («sigo el destino de mi padre», pensó al recibir la noticia), dejaba una célula de ocho militantes, un sólido grupo de contribuyentes y aquella lucha por el aumento salarial. El gerente se sorprendió al ver que continuaba la agitación entre los obreros tras su partida. Comentó con el propietario:

—Se fue, pero dejó aquí los microbios. Esos comunistas son como los vientos de la peste, que traen las infecciones. Se van pero la peste queda...

—Lo que necesitamos es ver a los integralistas en el poder —respondió el propietario—. Ya verá como ellos acaban con los comunistas. Y no va a tardar, si Dios quiere.

Fue después de aquella expulsión de la fábrica cuando el partido decidió apartarla de la producción. Caídas sucesivas de camaradas en el aparato de la dirección media e incluso en la superior y en el Comité Regional, habían obligado a sustituir los cuadros de enlace, muchos de ellos marcados ya por la policía. Necesitaban nuevos «estafetas», y los buscaban entre los militantes probados en el trabajo de base, y al mismo tiempo desconocidos para la policía. Mariana había estado detenida, pero la habían soltado convencidos de que nada tenía que ver con el partido, de que había ido a la huelga junto con los otros. En cuanto a los acontecimientos de la otra fábrica, no habían repercutido en la policía. Aparte de eso, el hecho de tratarse de una mujer facilitaría la tarea. En aquel tiempo no eran muchas las mujeres miembros del partido, y la policía acostumbraba seguir más la pista de un hombre que la de una muchacha de grandes ojos negros. Por todo eso, fue designada como elemento de enlace entre los miembros de la dirección regional de São Paulo del Partido Comunista Brasileño.

Eso fue lo que ella se repitió por la noche, en casa, después de una conversación con el camarada Rubio. El camarada había insistido en hablarle de la responsabilidad inmensa y de la confianza que en ella depositaba el partido:

—Tendrás prácticamente en tus manos la dirección regional del partido. Serás la única persona que sabe las direcciones de ciertos dirigentes. Prácticamente queda en tus manos su libertad. ¿Comprendes lo que eso significa?

Mariana movió la cabeza, repitiendo el gesto afirmativo con la misma gravedad con que lo había hecho ya una vez, antes, cuando su padre le había preguntado, en su lecho de agonizante, si era comunista y si iba a ocupar su lugar en el partido. Añadió:

—Significa que, si caigo, la policía podrá matarme a porrazos, pero no hablaré.

Antes, sólo en una ocasión, Mariana había hablado con el Rubio, y hacía ya más de un año. Fue cuando se le planteó al partido la posibilidad de organizar una célula en la fábrica donde Mariana había ingresado. Había discutido entonces con ella largamente, dándole explicaciones sobre el modo de valorar la energía, la firmeza, la capacidad de cada simpatizante antes de invitarle a militar en una célula. Después, no había vuelto a verle. No lo conocía bien, y ahora, oyéndole carraspear, pensó que quizá le quedaba aún cierta desconfianza con relación a sus posibilidades de resistencia en caso de detención. No sabía que el Rubio tenía un pulmón en malas condiciones, que era una tos de enfermo. Levantó la cabeza, miró recto con sus ojos negros:

—Cuando digo que pueden matarme a porrazos y no hablaré, es porque estoy segura de que va a ser así. Así ocurrió con mi padre; no sé si tú, camarada, lo sabes. Y él murió repitiendo en su delirio las únicas palabras que dijo mientras lo torturaban: «De mí no sacan nada». Ésas serán también mis palabras, camarada.

—Sí, lo sé. Conocí muy bien a tu padre, trabajamos juntos, y cuando pensamos en ti para esta tarea tuvimos en cuenta este hecho. ¿Por qué crees que desconfío de ti? —sonreía.

—Esas tosecillas...

—Eso es de aquí, del pecho, que no va muy bien... —continuó sonriendo, y su rostro muy pálido, como el de un nórdico europeo, se henchía de amistad—. Mi pulmón izquierdo no es bolchevique... Sí, espero que sepas comportarte como comunista si te cogen, pero es mucho mejor que no te cojan. Tienes que tomar todas las precauciones, es necesario que nadie sepa que eres comunista. Si te preguntan, di que ya no tienes nada que ver con eso, que te has cansado de perder empleos, que ahora lo único que quieres es vivir en paz.

Vio el desagrado en el rostro de Mariana.

—¿Es que eres comunista sólo para que lo sepan los demás?

—No es eso. Es que... no sé cómo explicarlo. Es como si escondiera lo mejor que tengo...

—Los millonarios guardan sus mejores joyas en las cajas fuertes de los bancos. Ya llegará un día en que podamos proclamar claramente nuestras convicciones. Pero

ese día aún no ha llegado, ¿comprendes?

—Sí, y lo haré.

—Es necesario también que tengas una ocupación cualquiera, para que sepan que tienes un empleo. Ya hemos pensado en eso. Hay un médico simpatizante que te va a dar un empleo en su consultorio. Te estarás allá, sentada en una mesita en la sala de espera, introducirás a los pacientes, atenderás el teléfono, fijarás hora para las consultas, en fin, él te lo explicará mejor. Pero, cuidado, él no sabe qué es lo que estás haciendo para el partido. Es un buen simpatizante, pero nada más. Le dijimos que se trataba de la hija de un camarada muerto que se había quedado sin trabajo. Es mi médico, y, en principio, nuestro punto de contacto es el consultorio. Tú quedas vinculada directamente a la dirección a través de mí.

La tos le interrumpió, se secó los labios con un pañuelo, sonrió de nuevo:

—Vamos a ser buenos amigos. Me gusta mucho hablar, cuando tengo tiempo para hacerlo. Antes, cuando era más joven, me gustaba también bailar...

—Aún eres joven.

—Treinta y cinco años... pero hace ya cinco que no bailo, y creo que ya ni sé arrastrar los pies. Además, ahora, con el pulmón así, no podría. El médico me dice: reposo, reposo, como si uno pudiera reposar mientras el fascismo avanza por el mundo y los integralistas avanzan hacia el poder... Imagínate, me quieren mandar a un sanatorio, allá por Campos do Jordão... Cuando faltan cuadros, cuando Prestes está preso, él y tantos camaradas... Si me curo será aquí mismo, y va a ser una de esas curas de verdad, este pulmón va a quedar más fuerte que el sano...

Mariana dijo con fervor:

—Así lo espero.

—Yo también lo espero. No quiero morir ahora, con Hitler en el poder, con Thaelmann preso, con Mussolini en el poder y Togliatti en el exilio, con Getúlio en el gobierno y Prestes en la cárcel. Quiero ver aún la placa del partido legalizado en la fachada de una casa de São Paulo. Y lo he de ver, Mariana. Vamos a pasar días difíciles, muy difíciles, pero después todo será mejor. El futuro es nuestro, y nadie podrá robárnoslo.

Durante aquellos dos meses tuvo ocasión Mariana de conocerle mejor y de apreciarle. Lo que le agradaba del Rubio era sobre todo aquella dedicación suya al partido, aquella inquebrantable confianza en la victoria. Cuando era adolescente, al acompañar a través de las repercusiones familiares la lucha de su padre, Mariana se había acostumbrado a considerar aquella continua batalla de los comunistas como el elemento cotidiano de ciertas vidas, pero veía la victoria como una aspiración lejana, como la meta de un camino que tenía que ser recorrido aún durante generaciones y generaciones. Aquel sentimiento le había acompañado sin que se diera cuenta en los primeros tiempos de su militancia. Fue el movimiento de la Alianza Nacional Libertadora (que amplió con mucho la influencia de la célula del partido en la fábrica de la Comendadora, donde ella trabajaba entonces) lo que puso por primera vez

delante de ella, esa sensación de victoria de la lucha subterránea visible en el horizonte. Pero la derrota de la insurrección de 1935, el cierre de la Alianza, que la precedió, y, sobre todo, la detención de Prestes, la habían confirmado en aquella sensación de lucha sin término, como si en vez de andar marcaran el paso. Ocurría a veces que, después de las reuniones de la célula en las que decidían el trabajo práctico, se discutiesen las perspectivas de la lucha. Tras la derrota de la insurrección de 1935, con la reacción furiosa desencadenada en el país y el ascenso del fascismo en los Estados europeos, varios compañeros dejaron entender, a través de reticentes frases de pesimismo, que era imposible cualquier modificación más honda en Brasil antes de una victoria comunista en los Estados Unidos. Mariana notaba, incluso en compañeros abnegados, cierto desaliento que se reflejaba sobre la actividad del partido, disminuyendo su ritmo, expresándose con críticas susurradas sobre la posición del partido frente a las candidaturas presidenciales, distantes de las dos, pero procurando impulsarlas hacia un frente democrático de lucha contra el fascismo y el integralismo, utilizando la campaña electoral de los dos candidatos para levantar la bandera de la amnistía a Prestes y a los demás revolucionarios de 1935. Algunos creían que el partido debía haberse jugado el todo por el todo poniéndose al lado de uno de los candidatos en un compromiso electoral. Mariana, en estas discusiones, defendía la línea del partido y a los compañeros de la dirección. Pero antes de empezar a trabajar con el Rubio sentía que se iba apoderando de ella, incluso contra su voluntad, aquel clima de tensión pesimista, aquel cuchichear junto a las máquinas y en los encuentros ilegales, hablando siempre de la misma posibilidad de un golpe fascista capaz de asesinar a Prestes en prisión y de liquidar, en una ofensiva fulminante, la actividad del partido.

Una noche, en una pequeña fiesta en casa del viejo Orestes (el viejo celebraba otro aniversario de su fuga, en el puerto de Montevideo, del barco donde iba deportado a Italia, inmediatamente después de acabarse la Primera Guerra Mundial) oyó pronunciar al periodista Abelardo Saquila una frase que durante algún tiempo permaneció aferrada a su memoria y que a veces se encontraba repitiendo para sí en los momentos más diversos, inconscientemente, como a disgusto se repiten ciertos estribillos de las canciones pachangueras de carnaval. Discutían aquel día, sentados como siempre en el cuarto del fondo de la casa para que las voces no llegaran a la calle, la política nacional e internacional. Hablaban de las amenazas de golpe, de la guerra de España, de los preparativos bélicos de Hitler y de Mussolini. Alguien había hablado de las malas noticias de China, leídas en un artículo de una revista norteamericana. El periodista las confirmó: todo parecía perdido en Asia, y si España fuera vencida, entonces se vería, sin la menor duda, una inundación fascista saltando de Alemania e Italia sobre todo el mundo con ímpetu irresistible, destruyendo todo el movimiento revolucionario como una riada monstruosa destruye plantaciones, caminos y aldeas. El periodista creía que en los países semicoloniales el movimiento comunista se encontraba en un callejón sin salida: no podía ni vencer ni progresar,

dependía por entero del fin del capitalismo en los países imperialistas, que los dominaban política y económicamente. Decía todo aquello echando bocanadas de humo de la pipa, con voz doctoral que no admitía discusiones:

—Nuestro movimiento, aquí, como en los demás países de América Latina, en los países semicoloniales, y en los coloniales también, me recuerda en general —y con un gesto amplio indicaba el campo a cubrir con su definición— a un hombre que quiere romper con la cabeza uno de esos gruesos muros de piedra de los tiempos coloniales. Queremos romper el muro con la cabeza, y lo único que hacemos es rompernos la cabeza...

Hubo un silencio tras aquella imagen tan pesimista, como si el intelectual, con sus palabras y los ademanes que las reafirmaban hubiera levantado aquel muro impenetrable allí mismo, frente a ellos. Una salida anarquista del viejo Orestes los hizo reír y los puso en guardia contra el pesimismo de Saquila:

—Pues si no es con la cabeza, rompemos ese *maladetto* muro con una bomba de dinamita... *Per Bacco* que no va a quedar piedra sobre piedra... —y el viejo se puso de pie, con el brazo alargado como si fuera a lanzar su bomba victoriosa.

Todos se echaron a reír, y uno de los presentes empezó a discutir con Saquila, citando a los clásicos marxistas, citando a Prestes, mostrando que, por difícil que fuera el momento, no había razón alguna para desesperar. El periodista sonreía entre el humo de la pipa, y como única respuesta repetía su imagen, encantado con ella, haciéndola sonora y literaria:

—Muro medieval de piedra, impenetrable muralla...

En una de sus conversaciones con el Rubio, Mariana le repitió la imagen de Alberto Saquila. Ella lo dijo un poco en broma, para hacerle reír con la réplica del viejo Orestes, eternamente enamorado de las fulminantes bombas de dinamita. Aquellos sentimientos de desánimo y de nerviosa expectativa, le habían abandonado ya, a medida que ella, en su nueva tarea, sentía la profundidad del trabajo del partido. Repitió la frase de Saquila, imitando su gesto dramático con la mano abierta, luego le contó la respuesta de Orestes y rió esperando la risa del Rubio. Pero él no se rió, la escuchaba serio y respondió con rostro huraño:

—Eso que te parece una frase sonora de un escritor, es indicio de una cosa mucho más seria. Hay un trabajo de zapa del enemigo en el seno mismo de nuestro partido, Mariana. Especialmente aquí, en São Paulo, donde está concentrada la mayor parte de la industria del país, donde la clase obrera es más numerosa y está más desarrollada. Hace tiempo ya que la dirección viene notando esa infiltración de ideologías extrañas, ese trabajo de zapa que intenta crear un ambiente de temor entre los camaradas, para llevarlos a la desesperación y, en consecuencia, al desaliento en su labor. Mira, lo que el enemigo intenta es, por una parte, impedir el crecimiento del partido, disminuir su influencia en los medios obreros, en las grandes empresas donde deben asentarse nuestras raíces más hondas. Por otro lado, intenta infiltrar en nuestro seno una ideología de pequeños burgueses, de intelectuales en general, que vinieron al

movimiento por un impulso de diletantismo político o por oportunismo en la etapa de la Alianza, y que sirven de vehículo para ese trabajo del enemigo. Saquila es de esos...

—¿Quieres decir que es un enemigo?

—Digo que, consciente o inconscientemente, eso no lo sé y más tarde lo veremos, hace el trabajo que favorece al enemigo. El partido debe estar preparado para enfrentarse con esa gente, para desenmascararlos cuando intenten una acción más seria.

—¿Crees que van a intentar algo?

—Lo creo. Todas esas críticas contra nuestra posición en la campaña electoral, ese esfuerzo para desarmar a los camaradas, para llevar el desánimo al partido, para desacreditar al mismo tiempo a la dirección y al movimiento comunista internacional, no son simples chismorreos sin importancia. Tras todo eso hay cosas más serias, ya lo verás. Es el trabajo del enemigo, que no se contenta con la policía, con la cárcel, con las palizas. Ése es el lado brutal de la reacción, pero existe el otro, más sutil y a veces más peligroso para el partido...

Estaba en pie ante ella, con el rostro inflamado de pasión, como si fuera la persona más querida de su familia la que estuviera amenazada:

—Esa frase trágica ha sido puesta en boca de Saquila por los mismos que hicieron el pacto anti-Komintern y que lanzaron a Franco contra la República Española. Por el capitalismo, Mariana, que usa de todos los medios para impedir el avance del proletariado hacia el poder. Pero eso no van a poder impedirlo ni con cañones, ni con frases, por sonoras que sean...

La tos le interrumpió, aquella tosecilla seca cuyo sonido le daba a Mariana una sensación de injusticia —le parecía injusto que un hombre así pudiera estar enfermo, que sus palabras pudieran verse interrumpidas por la tos.

—Romper la cabeza contra el muro. Frase estúpida, Mariana. Muy estúpida, hija mía. Porque la cabeza del hombre lo que hace es pensar, y no hay muro, por duros que sean sus sillares, que resista ante la voluntad, el pensamiento y la acción del hombre...

Y el Rubio le hablaba del proletariado, de su misión histórica, le abría las puertas de un futuro próximo y victorioso. A veces le daba libros a leer, y ella compró un diccionario portugués-español porque había varios textos en español y deseaba penetrar el sentido de cada palabra y de cada frase de Lenin y Stalin. Muchas noches se quedaba dormida sobre el libro, cansada de las largas caminatas tortuosas —ella hacía más largos aún los caminos que la llevaban a los distantes escondrijos de los miembros del comité regional, para evitar que la siguieran. En la sala de espera del consultorio, leía también, no los libros teóricos, sino novelas o libros de poemas; amaba sobre todo la poesía. En los últimos meses, bajo el peso de aquella tarea tan responsable y peligrosa, se sentía llena de alegría de vivir y sorprendía a su madre que la veía cantar, en las horas que pasaba en casa, fragmentos de canciones

amorosas. La madre pensaba para sí: «¿Estará enamorada de alguien? Ya era hora, va a cumplir veintidós años y nunca ha tenido novio». No podía adivinar que era el trabajo del partido, la seguridad de estar siendo útil a la causa, el único motivo de aquella alegría primaveral que resplandecía más que nunca en el rostro de Mariana aquel día de su cumpleaños.

Tal vez fuera también el sentimiento de plenitud de vida, resultado del balance de su existencia que había hecho aquella mañana en su habitación, lo que hacía a Mariana mirar, por la noche, con ojos interesados, a aquel joven compañero desconocido para ella, silencioso y tímido que, en un rincón del pequeño comedor-cocina le miraba con una insistencia que ella habría considerado molesta en cualquier otra ocasión. Había sido el secretario de la célula de la última fábrica en la que Mariana había trabajado quien trajo a aquel muchacho. Le dijo en secreto que se trataba de un camarada que ocupaba un puesto de bastante responsabilidad. Se habían encontrado tras la cena, y cuando le comunicó su intención de ir a verla para felicitarle el cumpleaños, el otro había mostrado mucho interés:

—Voy también. Tengo que hablar con ella, así tú nos presentarás...

Pero no había hablado nada hasta ahora; se mantenía silencioso, sin decir más que una u otra palabra de vez en cuando. Había llegado el viejo Orestes y distribuyó el licor de abacaxí —no bastaban los vasos para todos, habían venido compañeros de las dos fábricas, vecinos y conocidos del barrio, y el viejo Orestes volvió a su casa para traer más. El muchacho, que había sido presentado a Mariana bajo el nombre de Joaquim, parecía muy cansado, y Mariana sentía que aquella mirada le acompañaba por toda la sala mientras servía el licor y el pastel. «Lo que le pasa es que tiene sueño —pensaba— y me mira así para no dormirse, para soportar mejor la fatiga». Pero ella también le miraba y le sonreía, y encontraba simpática aquella cara delgada, su aire terriblemente fatigado, las profundas entradas en su pelo, las manos nerviosas que se cruzaban y descruzaban. La conversación giraba en torno a los temas más diversos, la vida difícil y cada vez más cara, y hasta se inició una discusión sobre la guerra de España —suscitada por el cuñado de Mariana (había estado con ellos apenas diez minutos y se fue luego, arrastrando con él a su esposa), admirador de Franco. Las palabras del cuñado habían provocado una oleada de protestas, y hasta la madre, siempre dispuesta a evitar cualquier conflicto con el yerno, había protestado levantándose:

—Ese Franco es un asesino de obreros. Ojalá acabe en la horca... Así Dios me ayude...

Cuando habló la madre, los ojos de Mariana se encontraron con los del muchacho, y él sonrió; su rostro fatigado se había llenado por un instante de cálida animación al ver a la vieja levantarse y gritar su plaga ardiente. Mariana sonrió también, y por un breve y fugitivo instante fue como si los dos tuvieran su único pensamiento y un único corazón. Ella bajó los ojos; la sonrisa se apagó en los labios del camarada.

Los obreros, obligados a ir al trabajo al día siguiente de madrugada, empezaron a retirarse. El secretario de la célula, que había llevado al tal Joaquim, se levantó para despedirse, pero antes se acercó a la silla, de la que el otro no se movía:

—Me voy a ir...

—Yo me quedo un poco más... Hasta otra...

Poco a poco se fue vaciando el comedor. Mariana recibía las felicitaciones; se dejó besar y abrazar por el viejo Orestes, el último en salir, cuyos bigotes olían a licor de abacaxí y cuya voz, exaltada aún por la discusión sobre España, tenía un tono cálido de ternura al decirle:

—Que vivas muchos años, *cara piccina*, hasta ver nuestra victoria en el mundo entero... —las palabras eran casi un cuchicheo al oído de Mariana, pero él salió silbando la música de *Bandiera Rossa*, ante la ignorancia del policía nocturno.

Mariana volvió al comedor; estaba ahora a solas con el camarada, la madre se había ido a acostar hacía ya tiempo. La brisa nocturna traía por la puerta abierta los ecos de la canción revolucionaria. Joaquim se levantó, escuchó por un momento el silbido cada vez más lejano del viejo obrero, se acercó a la puerta y cerró con llave. Sacó con gesto rápido, de cualquier parte, una credencial, y se la mostró a Mariana:

—¿Podemos sentarnos un momento?

Se sentó al lado de él y se quedó esperando a que hablara, y al mismo tiempo se preguntaba por qué aquel enlace no se había realizado por medio del Rubio.

—Rubio ha tenido que salir de viaje. Yo soy el enlace hasta que vuelva.

La miró con ojos cansados para ver el efecto de sus palabras. Ella frunció la frente. Rubio no le había dicho nada. Él notó sus pensamientos, le dio una palmadita de aprobación en el hombro:

—La vigilancia es buena cosa, camarada. Pero la verdad es que el camarada Rubio debía de haber efectuado el enlace pero se vio obligado a salir inesperadamente... Yo soy... el camarada João.

Ella lo miró, ahora ya sin sonreír. ¡Cuántas veces no habría oído hablar del camarada João, tan intensamente buscado por la policía, considerado como uno de los cuadros de mayor futuro en el partido, de acción tan heroica en la huelga de los ferroviarios de Río de Janeiro! Preguntó:

—¿Está peor el Rubio? ¿Fue cosa de salud?

—No, no. Trabajo para el partido.

Descruzó sus manos nerviosas, de dedos finos:

—Estaba pensando en la manera de contactar contigo cuando ese camarada me dijo que venía a tu casa, y aproveché la oportunidad.

—¿Y el consultorio?

—Es bueno para el Rubio, que es cliente del médico. Para mí no sirve, Para cada encuentro marcaremos un lugar distinto. Para empezar, el martes que viene nos encontraremos en un café llamado Vasco da Gama, en la Plaza de las Perdices. Si no estoy en el café, me esperas cinco minutos, y si no llego, te vas y esperas hasta que

me ponga en contacto contigo otra vez. Cinco minutos nada más.

—Bien...

—Pero tengo una tarea que tienes que realizar hoy.

—¿Hoy mismo?

João miró el reloj:

—Aún no son las once, y hay que hacerlo hoy sin falta.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó un sobre, lo tuvo en mano mientras hablaba:

—Esconde eso en la blusa. Hay un camarada que está alojado en el Hotel Rialto, sexta planta, habitación 623 —repitió: sexta planta, habitación 623—. Entra por la puerta de la calle Libero Badaró, así no tendrás que pasar por la recepción del hotel. El último ascensor no tiene ascensorista, tendrás que ponerlo en marcha tú misma pero aunque subas en otro, es igual, el Rialto es un hotel de parejitas, nadie va a fijarse en una mujer, pensarán... Bueno, ya sabes... Allá te espera el camarada. Cuidado porque lo que llevas es muy importante —entregó el sobre a Mariana y se quedó esperando a que ella lo guardara. Como era demasiado grande para entrar por el escote de la blusa, Mariana tuvo que salir de la sala:

—Ya vuelvo...

—Es mejor que vayas en seguida. Espera quince minutos después de que haya salido yo.

Se levantó y hablaba de pie, frente a ella:

—Es posible que lo reconozcas, pues lo habrás visto muchas veces en los periódicos —indicó el recorte del periódico sujeto con una chincheta en la puerta del armario, donde se veía la fotografía de los oficiales rebeldes del Regimiento 3 I, abandonando abrazados el cuartel tras la derrota de 1935—. Es mejor, pues, que te diga su nombre: es el camarada Apolinario, que ha sido puesto en libertad provisional... —su dedo flaco indicaba en la fotografía a un joven alto, próximo a Aguilido Barata.

—¿El teniente Apolinario?

Aquel nombre, como el del camarada João, significaba para Mariana muchas cosas. La actuación del teniente Apolinario en el levantamiento del cuartel del Tercer Regimiento era conocida por todos los comunistas y simpatizantes. Después, su comportamiento en la prisión, sus magníficas respuestas en los interrogatorios, el discurso ante el juez en la fase de instrucción del proceso, su juventud, eran cosas que andaban de boca en boca. Para Mariana, el conocerlos a los dos, le parecía el mejor regalo de cumpleaños.

—Sí, él mismo —se echó a reír.

Se puso serio:

—Una cosa... saca esa foto del armario. ¿Por qué la has puesto? Puede llamar la atención de la policía...

—Es verdad.

—Me voy. Dentro de quince minutos, sal tú. ¿Recuerdas la planta y el número de

la habitación?

—Sexto piso, habitación 623, entrada por Libero Badaró, último ascensor. Si me ven, pasaré por una fulana que va a encontrarse con su amante... No sé si lo sabré hacer... —se echó a reír.

Él le tendió la mano:

—Y el martes, en la Plaza de las Perdices.

Retuvo la mano de Mariana; titubeaba como si intentara construir una frase difícil; ella vio de nuevo aquella llama en sus ojos cansados:

—¿Cuántos años cumpliste hoy?

—Veintidós...

—No lo parece...

—¿Tan avejentada estoy?

—Pareces de diecinueve —él se ruborizó como si le hubiera hecho una declaración de amor.

Soltó la mano:

—Hasta la vista, y éxito.

—Hasta la vista.

Pero él, con la mano en la llave de la puerta para abrirla, volvió su cara enflaquecida:

—¿Sabes que fue tu padre quien me metió en el partido?

Sonreía. Ella sonrió también. Era como si nuevamente tuvieran un solo pensamiento y un solo corazón. Desapareció en la noche. Mariana se acercó lentamente a la puerta, la cerró, se quitó la blusa, guardó el sobre en el sujetador. Entró en el cuarto; su madre dormía.

Se quitó del pelo la flor roja y miró los pétalos marchitos: «¡Qué delgado está el camarada João! Y lleva la camisa rota. ¡Qué dura es la vida de los camaradas, especialmente de esos que son solteros, y no tienen a nadie que les haga la comida, que se cuide de su ropa, no tienen un regazo donde reposar la frente fatigada...!».

6

Ante la puerta de la habitación 623, Mariana respiró: todo había ido bien. Un ascensor lleno acababa de salir cuando ella entró por la calle Libero Badaró; el largo corredor había quedado vacío. Pudo coger el último ascensor sin compañía, y tampoco encontró a nadie en el pasillo de la sexta planta. Llamó levemente con los nudillos a la puerta, oyó el ruido de alguien que se levantaba y empezaba a andar. La puerta se abrió para mostrar un rostro joven y sonriente de hombre, con aire infantil. Pero la sonrisa desapareció como si el hombre esperara a otra persona y Mariana se hubiera equivocado al llamar allí.

—¿Qué desea?

Ella dio el santo y seña en voz baja y añadió:

—¿Puedo entrar?

Le abrió la puerta, ahora hablaba sin pausa, en un torrente de palabras, riendo siempre, con aquel aire alborozado de chiquillo en vacaciones. Mariana se volvió de espaldas para poder sacar el sobre de la blusa mientras le oía decir:

—Perdona, camarada perdona, pero ni me pasó por la cabeza que esos iban a mandar a una chiquilla tan maja. Fíjate: lo que yo esperaba era a un tío barbudo y feo como esos comunistas que aparecen en los carteles de la policía, y en vez de eso...

Mariana le entregó el sobre:

—Me encargaron que te diera esto...

Él lo hizo desaparecer en un bolsillo:

—Pues ya lo has hecho —indicó una silla—. Siéntate y descansa un poco. ¿Quieres agua mineral? —mostró la botella casi llena. Hay un vaso limpio por aquí...

—Sí, dame un sorbo. Gracias.

Él se sentó a la mesa. Era alto, el pelo cortado casi al cero, daba una impresión de juventud, de niño travieso necesitado de grandes espacios libres, de constante movimiento. Había en él algo capaz de fascinar, una de esas personas a quien se estima inmediatamente. Continuaba hablando mientras Mariana bebía; pero Mariana, al dejar el vaso le interrumpió:

—¿Y la cárcel? ¿Cómo te adaptaste?

—Se me nota que no soy hombre para estar en la cárcel, ¿eh? El caso es mantener el buen humor y la moral alta. Lo peor es saber que uno no puede largarse a dar una vuelta cuando le dé la gana... Pero qué le íbamos a hacer...

Se levantó, fue hasta la ventana, se asomó para respirar profundamente el aire tibio de la noche inmensa y libre. Había pasado casi dos años en la cárcel, le habían dejado en libertad provisional apenas dos semanas antes, junto con los demás oficiales comprometidos, cuyo proceso estaba aún pendiente de juicio. El partido había decidido enviarle a España, donde ya otros, liberados anteriormente o escapados al extranjero tras la insurrección de 1935 luchaban en las brigadas internacionales.

Volvió a sentarse en la mesa.

—Tengo una hermana que tendrá más o menos tu edad... diecinueve años... La pobre se pasaba el día haciendo proyectos para cuando yo saliera de la cárcel. A cada visita sus planes aumentaban: baños en Copacabana, paseos, caminatas por la ciudad... Me gusta mucho andar callejeando ¿sabes? Me quiere mucho mi hermana...

A Mariana no le sorprendía. ¿Qué hermana no iba a querer a aquel hermano sonriente y afectuoso, a aquel niño grande de ojos inteligentes? Debía de ser un buen hermano, de éstos a los que se pueden confiar los secretos más íntimos con la seguridad de encontrar comprensión.

—Pobrecilla... Esperó tanto, y apenas me vio unas horas. Esos perros nos soltaron de madrugada y al día siguiente tuve que desaparecer... Le prometí volver en seguida, pero ya sé que no me creyó...

¿Tendrá el camarada João a alguna hermana entristecida en algún sitio? ¿Cuánto tiempo hará que no la ve? ¿Por qué Mariana, al pensar en él, lo siente tan solitario en su fatiga? Apolinario abrió aún más la sonrisa, como para obligar a Mariana a alzar el rostro, abismado en sus pensamientos:

—Lo difícil es que no tiene nada en la cabeza, no entiende nada de política. Pero tiene confianza en mí y eso le ayuda a soportar la separación... Y a consolar a mi madre... La vieja es fuerte, pero hay algo que le duele mucho: mi expulsión del Ejército. ¿Sabes? Soy de familia de militares: mi abuelo ingresó de soldado en el Ejército, y murió coronel en la guerra de Rosas; mi padre también fue oficial, y murió en la frontera, sirviendo en Mato Grosso donde yo nací. Mi madre tenía el orgullo de mi uniforme y sintió mucho lo de la expulsión. La cárcel, el proceso, todas esas cosas apenas le afectaron, ella también confía en mí, somos de una familia pobre y presiente vagamente que la razón está con nosotros. Pero lo de la expulsión se le ha atragantado... Tuve que confiarle para dónde iba... —se volvió hacia Mariana. ¿Es un secreto para ti? Si lo es, no he dicho nada...

—Es fácil de adivinar... —sonrió Mariana—. Todo el mundo sabe dónde están los oficiales que quedaron libres antes... Y estamos orgullosos de ellos —lo había adivinado desde que sintió la dureza del cartón de los documentos falsos comprimidos en el sobre contra su seno.

—Sí, es allí donde se libra ahora la gran batalla entre el proletariado y el capitalismo. Estoy contento de ir. Después de estos dos años de cárcel, entre rejas, viendo a guardias y policías, será agradable entrar en fuego, encontrarse en medio del combate... Es curioso que yo, de niño, soñaba con aquellas tierras, sueños derivados de lecturas y cosas del cine: gitanos, naranjos en flor, guitarras y castañuelas...

—Pues ahora son tiros y cañonazos...

—Los muy miserables... Pero vamos a darles una lección... —se reía; ninguno de los dos había pronunciado la palabra España, pero estaba no sólo en sus labios, sino en sus corazones.

—Internacionalismo proletario... —dijo él— es una grande y noble expresión. No hay nada tan odiado por la reacción como esa solidaridad entre los trabajadores de todas partes. Por eso torturaron a Breger y a su mujer de aquel modo en la Policía especial. Porque en definitiva saben que es esa solidaridad internacional lo que va a enterrarles... Ahora tengo realmente esa impresión. Como si mi presencia fuera a decirles allá a los españoles: los trabajadores del Brasil están aquí, a vuestro lado. Malos tiempos son éstos, hay millares de presos, Prestes está en una celda inmunda, separado hasta de sus compañeros, a su esposa la enviaron a Alemania. Pero, en medio de todas estas dificultades, pensamos en vosotros, les diré, y en la importancia de vuestra lucha, y os traemos lo que tenemos... ¿Sabes que allá, en cada aldea en cada ciudad, hay una calle con el nombre de Prestes? Cuando pienso en que somos millones en todo el mundo y en que existe la Unión Soviética, me siento feliz. Era mi remedio allá en la cárcel contra el desaliento. Y cuando uno se siente más hundido es en los días de visita, uno ve a los padres, a los parientes, a la hermana, oye noticias de los amigos, de aquel mundo que sigue viviendo allá afuera, pasados los muros... es el peor día de la cárcel y, al mismo tiempo, el mejor... Dialéctico, ya ves... En esos días, cuando el desaliento me amenazaba, pensaba en la «vieja» —«vieja» llamaba a la Unión Soviética, como «vieja» llamaba también, cariñosamente, a su madre—, en el pueblo construyendo un mundo alegre, e inmediatamente me sentía otra vez curado, iba a alentar a los demás... Buen remedio...

Mariana podría quedarse oyéndolo toda la noche, pero tenía que irse. Podía despertarse su madre, inquietarse, cansarse en una espera nerviosa que ella podía evitar.

—Buen viaje, camarada. Enhorabuena y que honres el nombre del Brasil y de nuestro partido.

—Creo que no es conveniente que te acompañe, los camaradas me han dicho que salga lo menos posible. Pero, si no es secreto me gustaría saber tu nombre y tu dirección para enviarte un día una postal. Eres tal vez el último camarada del partido que vea por ahora...

—La dirección es un secreto. Te voy a dar la de otra persona. Escribe en el sobre «para Mariana» —le dio la dirección, él la repitió dos o tres veces, para retenerla en su memoria.

La acompañó hasta el ascensor, allí se dieron la mano. Ella dijo, suavemente:

—Saludos a todos por allá, también a los soldados, y a la tierra.

—Suerte.

En una torre cualquiera, un reloj daba las doce de la noche. Desde la calle Mariana alzó la cabeza, buscó con la mirada la ventana iluminada del sexto piso del rascacielos. Distinguió la silueta del muchacho asomado, la mano moviéndose en un gesto de despedida. Como estaba bajo un farol iluminada por su claridad —así podría verla también Apolinario— se llevó la mano a la frente en un saludo militar. Siguió luego por la Avenida Sao João, semidesierta. Frente al edificio de Correos, esperando

el autobús, sentía la noche tropical invadiéndola de perfumes y estrellas. Noche de su cumpleaños, noche de emociones y de alegrías en aquel último día de octubre: había encontrado un hermano, de rostro infantil y claros pensamientos, aquel oficial alto y risueño, probado en el fuego de los combates y en la sombría permanencia en prisión. Realmente ¿era sólo un hermano lo que había encontrado esta noche? ¿Por qué piensa en el camarada João, en su camisa rota, en su rostro enflaquecido, en sus ojos de oculta llama, en su fatigada soledad?

En la habitación del hotel, cerradas las ventanas, bajadas las cortinas, apagadas las luces, con excepción de la pequeña pantalla al lado de la cama, Apolinario sacó del sobre el documento de identidad. Lo examinó con atención sonriente: ¡perfecto! Ahora se llamaba Arlindo da Silveira, era periodista y tenía que adaptarse a esa personalidad que iba a ser la suya durante unos días, hasta que atravesara la frontera del Uruguay. Después, embarcaría para España, recibiría órdenes en Madrid, un puesto de combate, soldados para mandar, se lanzaría contra los fascistas al frente de sus hombres, vengaría en ellos la derrota de la insurrección brasileña de 1935, pues la lucha era una sola en todo el mundo. Examinó el sobre antes de tirarlo a la papelera y vio la minúscula tira de papel escrita en el fondo. Leyó la nota y reconoció la letra menuda del camarada João (lo había conocido en Rio unos años antes): «Sal mañana mismo para Santos. Hospédate en el Hotel Dos Mundos, allí recibirás dinero para el embarque y una credencial para Porto Alegre. Buen viaje».

Hizo una bolita con la tira fina de papel y la quemó con una cerilla. Mientras bebía de un trago el agua mineral, se acordó de un incidente en la cárcel, y había sido aquel incidente el que le había enseñado a no llevar encima ninguno de esos pequeños y comprometedores papelitos. Un día de visita, el hermano de un camarada preso le pasó un papel que escondió inmediatamente en el bolsillo del pantalón. Lo leyó después, en la celda, pero no lo destruyó inmediatamente; era importante, y quería volver a leerlo después. Pero, como ocurría algunas veces después de las visitas de los familiares, los vigilantes llegaron en gran número para dar una batida por las celdas. La suya era la primera de la gran galería, y ni siquiera tuvo tiempo de sacar el papelillo del escondrijo. Los policías se distribuyeron por las celdas. El que entró en la suya era un tipo bajo, de rostro estúpido y manos sucias. Apolinario lo conocía pues era el mismo que le había acompañado más de una vez cuando le llevaban a la Comisaría General para ser interrogado.

—Levanta los brazos. Voy a registrarte... —dijo el policía.

Apolinario alzó los brazos, su pensamiento trabajaba a toda prisa. Sabía que los policías le consideraban un tipo duro y capaz de cualquier cosa, y el mismo ministro de la Guerra se había referido a él llamándole «esa fiera». Con los brazos en alto avanzó hacia el policía, el rostro serio, y le dijo antes de que empezara a registrarle:

—Tengo un papelillo en el bolsillo de la derecha. Si lo coges o dices algo a quien sea, puedes estar seguro de que un día u otro te mataré. Donde sea, como sea, un día te mato. Pero si no lo tocas, si no dices una palabra, ¿quién sabe si eso algún día te salvará la vida? —lo miraba con ojos decididos, cargados de amenazas.

Durante un segundo vivió como colgado en el aire. Vio que el policía le miraba, como si estuviera pensando en sus palabras, y le vio retroceder lentamente, sin decir nada, levantando por hacer como que hacía algo, el cobertor del catre, dando luego un vistazo por los rincones de la celda, sin tocarle siquiera. Apolinario no respiró hasta

que el otro estuvo fuera. Tragó en seguida el papel y desde entonces jamás conservó, ni por unos minutos, ni una de aquellas tiras finas donde escribían sus órdenes los camaradas de la dirección.

Abrió otra vez la ventana, miró hacia la calle adormecida. Desde lo alto del edificio llegaba el ruido de la estrepitosa música de carnaval. En el último piso habían instalado una sala de fiestas. Apolinario procuraba distinguir en la noche los contornos de la ciudad. No conocía São Paulo, sólo había pasado por allí de niño, yendo de Mato Grosso a Rio, tras la muerte de su padre. Y no iba a conocerlo ahora. Había llegado aquella misma mañana, pasó el día en el hotel, sin salir, esperando el enlace con el partido. En la recepción dijo que tenía gripe, pidió una aspirina y que le llevaran la comida a la habitación. ¡Qué pena no poder callejear por aquellas avenidas de São Paulo, ver los rascacielos, el intenso movimiento del día, hablar con los obreros...! Ahora que había venido el enlace, podría salir. Estaba ya avanzada la noche, y Apolinario era incapaz de amar los edificios y las calles, las tiendas y las fábricas, si no estaban llenos de gente, si en ellos no había agitación. Nunca los paisajes pudieron prender su atención por mucho tiempo, y no amaba las naturalezas muertas en pintura.

El recuerdo que le quedaría de São Paulo era Mariana. Simpática compañera, tan sencilla y modesta en su belleza sin artificio... También su hermana era bonita, sólo que parecía una frágil muñeca al lado de Mariana, en quien él sentía una fuerza reposada, una seguridad tranquila. Pobre hermana, cuyos ojos estarán llenos de lágrimas, cuyo pensamiento estará imaginando los caminos de Apolinario, temblando por su suerte... «Ah, hermanita, la culpa no es mía, es de unos pocos hombres ambiciosos, los dueños del dinero y de los privilegios... No temas, hermanita, vendré pronto, en cuanto hayamos terminado con esa gente ruin, sin corazón, con esos explotadores del hombre, y entonces te llevaré a pasear, iremos a la playa, andaremos por la ciudad y te contaré las cosas que he vivido...».

Y, de pronto, una añoranza, no sólo de los suyos sino de todo Brasil, le fue invadiendo. Dentro de pocos días estaría en otras tierras; ¿cuándo podría volver? ¿Llegaría a ver de nuevo ese cielo estrellado, ese pueblo de razas mezcladas, a oír esa música mulata llena de ritmo y de calor? ¿Quién sabe si no iba a quedar allá en tierras de España, bajo la bala asesina de un fascista? No le asustaba la muerte, pero sentía que le iba invadiendo la nostalgia penetrando como la hoja aguda de un puñal.

Su mirada perdida se posó otra vez en aquel farol bajo el que Mariana se había detenido un momento para saludarle. Volvió a verla, la mano a la altura de la frente, firme como un soldado. Sonrió para sí; de nuevo se sintió alegre. El gesto de la muchacha le recordaba toda la belleza de la misión que el partido le confiaba: eran los obreros brasileños quienes le enviaban para ayudar en la lucha de los obreros españoles. No estaría lejos de Brasil cuando se encontrara en las trincheras de Teruel. Al contrario, todo aquel mundo brasileño, ese mundo misterioso de selvas y ríos, de hombres oprimidos luchando por liberarse, de rostros de todos los colores, desde el

rubio de trigo al negro de carbón, todo Brasil estaría con él, estaría en él, y serían las Marianas de todo Brasil, los Joãos de todo Brasil los que sustentaran en su brazo el fusil levantado contra los falangistas de Franco, los fascistas de Mussolini, los nazis de Hitler. Un resto de música se perdió en la noche.

Se retiró de la ventana, descolgó el teléfono. En recepción le respondió una voz somnolienta:

—Perdone. ¿A qué hora sale el primer autobús para Santos, por la mañana?

—A las seis... —respondió una voz sin vacilar, acostumbrada a aquella pregunta.

—Por favor, despiérteme a las cinco...

Volvió otra vez a la ventana. «Cuando regrese, he de pasar al menos una semana en São Paulo; caminaré por sus calles, hablaré con sus gentes. Vendrás conmigo, hermanita, y descubriremos juntos esta ciudad, los sombreados rincones de los parques por donde las abuelas pasean a sus nietecillos, los agitados barrios obreros, donde italianos, polacos, húngaros, españoles, portugueses y negros y mulatos se mezclan, y donde va levantándose el espíritu de lucha. Iremos a ver a Mariana, y cuando lleguemos a su casa, me pondré firmes y le diré: “Camarada, este soldado ha cumplido con su deber”...».

El camarada João empujó la puerta apenas entornada de la distante casa de suburbio. Encendió la luz de la sala. Zé Pedro dormía encogido en el sofá, sin afeitarse. Carlos se había tendido en el suelo, sobre el impermeable, y João, al verlo, pensó en lo joven que era todavía: así, durmiendo, parecía un chiquillo. No los despertó en seguida, fue al fondo de la casa, abrió el grifo de la cocina, dejó que el agua corriera sobre su cabeza. Así vencía el sueño y el cansancio. Miró hacia la cocina y vio el jarro del café preparado por Josefa, la compañera de Zé Pedro. Cuando se reunían allí, jamás se olvidaba la mujer de dejarles el café dispuesto, para que sólo tuvieran que calentarlo. João encendió una cerilla y la acercó al fogón de alcohol; puso el jarro encima. Sólo entonces despertó a los otros. Carlos sonreía en su sueño, era un mulato claro, mestizo de italiano y negra. Zé Pedro era mulato también, pero de muchas mezclas diferentes. De origen campesino, había dejado el trabajo en los ingenios del Nordeste para servir como soldado en el Ejército, donde había aprendido a leer y a escribir y se había unido a los comunistas. Cuando terminó el servicio militar entró a trabajar en una fábrica de calzado, pero la vida del partido no tardó en envolverle por completo y, tras una larga permanencia en la cárcel, ingresó en la ilegalidad. Recorrió todo el Nordeste en tareas del partido y acabó siendo enviado a São Paulo después de los acontecimientos de 1935, cuando la policía de varios Estados nordestinos le buscaba encarnizadamente. Formaban los cuatro ahora el Secretariado Regional de São Paulo, ellos y el Rubio. Un secretariado joven y nuevo había sustituido a los camaradas detenidos no hacía mucho.

Mientras los otros se frotaban los ojos y se desperezaban, João volvió a la cocina, echó el café en las tazas, cogió el azucarero. Lo puso todo en la bandeja de lata y la llevó al comedor. Zé Pedro preguntó:

—¿Qué hay?

Revolvían el azúcar, ahora estaban sentados muy próximos entre sí. Carlos había cerrado la puerta con llave.

—No quieren saber nada... Muy corteses, con mucha zorrería política, medias palabras para decir idioteces, como si estuvieran contando tremendos secretos. Ése, Su Señoría el diputado Artur no sé qué y no sé qué Carneiro da Rocha... Que si el Ejército, que si patatín y que si patatán, como si él no supiera que los generales están, casi todos, comprometidos con Getúlio o con los integralistas.

—¿Y qué dijo de la propuesta de unión de las fuerzas antifascistas?

—No dijo nada. Sacó el pecho, y cuando me oyó hablar defendiendo las libertades democráticas, cuando le dije lo de dar armas a los obreros, estuvo a punto de darle el patatús... Nunca vi tanto miedo hacia el pueblo... Desde luego, no van a aceptar la alianza de ningún tipo, no se van a unir con nadie. No podemos contar para nada con esos demócratas de pacotilla. Saben que el golpe es inminente pero no hacen nada, y no harán nada concreto para impedirlo.

—Nada —confirmó Carlos—. Hoy hemos recibido noticias de Vitor, de Bahía. Estuvo también con la gente de Zé Américo. El gobernador tiene armas, incluso armas en abundancia, tiene amigos en el Ejército y él mismo tiene prestigio entre los soldados, y Vitor le ofreció gente decidida. ¿Sabéis lo que respondió? «No quiero derramar sangre del pueblo de Bahía...». Y ése es uno de los que no van a seguir en el puesto, uno de los que Getúlio va a echar a patadas. Imaginaos a los otros, los que esperan seguir a pesar del golpe...

—Es un problema de clase... —dijo Zé Pedro—. Saben que tenemos el golpe encima, que se va a imponer un gobierno más o menos fascista, pero prefieren cualquier cosa, hasta a los integralistas, antes que apoyarse en el pueblo. Temen tener que marcharse si ponen las armas en manos del pueblo. En el fondo, todos tienen esperanzas de arreglárselas después del golpe...

—Los armandistas están conspirando —anunció João—. Era divertido ver al diputado hablando conmigo con un aire de superioridad, como quien tiene un triunfo escondido que el otro no conoce. Y yo, sabiendo que también preparan su golpe. Pero no tienen gente, sólo media docena de oficiales antigetulistas... Ni gente, ni tiempo. El golpe de Getúlio va a ser inmediato...

—Tenemos que prepararnos para replicar. —Carlos se inclinó en la silla, se miró demoradamente las manos—. No sé qué piensa la dirección nacional, pero por mí, creo que las conversaciones con esa gente se han acabado. En Río Grande ya se sabe que el mismo Armando le dijo a Flores da Cunha, respondiendo a nuestra propuesta, que no vale la pena ni pensar en un frente común con José Américo... En Bahía, Vitor ya dijo lo que hay, en Rio andan escondiéndose de nosotros. Ahora, aquí...

—Hay que ponerse en contacto con Rio y esperar decisiones. Pero podríamos sugerir también... Podíamos lanzar la huelga.

—No sé —dijo Zé Pedro—. Para eso es necesario un gran trabajo del partido. Y no sé cómo va a reaccionar la base. El grupo de Saquila está haciendo una campaña obstinada contra la dirección. Ese tipo no puede seguir en el partido. Es un trotskista evidente, y se ha rodeado de lo peor, de lo más pequeño-burgués del partido. Están en un trabajo cerrado de agitación desmoralizadora aprovechando el momento de confusión y los rumores favorables...

—Rubio fue a Rio a discutir...

—Si no limpiamos rápidamente el partido de esa gente, nos van a perjudicar enormemente...

—Están preparando algo. Mi impresión es que entre ellos hay gente que actúa para la policía. Para mí, las caídas de Ricardo, de Orlando y de otros, no fueron casuales. Fueron entregados y por ésos...

—También me lo parece a mí... Pero no podemos esperar la liquidación de ese grupo para empezar a preparar a la gente para que reaccione contra el golpe. Es necesario empezar inmediatamente... He pensado en tirar material y distribuirlo rápidamente por la base...

—Es una buena medida.

—Pensé también que podíamos ponernos en contacto directo con la base, realizar algunos actos con la gente, por lo menos con las células de las empresas fundamentales. E intensificar la propaganda para alertar a la masa. Pintadas, octavillas en la calle, estudiar incluso la posibilidad de mítines-relámpago en los puntos de concentración.

Zé Pedro atajó:

—Me parece bien. ¿No crees que podríamos convocar una reunión lo más pronto posible para discutir todo eso? Pasado mañana, por ejemplo. Carlos y yo pensaríamos en el asunto, podríamos trazar un plan concreto. Y liquidar ahora los asuntos que teníamos para hoy.

—Bien. Quedamos entonces para pasado mañana. ¿Dónde? Aquí no puede ser, ya nos hemos reunido demasiadas veces aquí. Y con esos trotskistas encima, cualquier precaución es poca.

Decidieron dónde. Fijaron la hora. João preguntó a Zé Pedro:

—¿Tienes dinero para el pasaje del amigo y para los gastos? Ya debe de haber recibido la documentación, y mañana seguirá hacia Santos. Pienso enviar a Mariana allá con el dinero. Es mejor que él esté allá que aquí. La policía puede localizarle y ¡adiós viaje a España!

—Eso del dinero no está claro. El médico ese, o es un sinvergüenza o un mentiroso. Me dijo que no tiene nada aún. Que los simpatizantes no han pagado, que la recaudación en las células anda muy baja... Insistí, y me prometió el dinero para pasado mañana...

—Es hombre de Saquila —interrumpió Carlos—. Es posible que todo eso que dice sea mentira, y que se esté comiendo los cuartos. Ese tipo nunca me gustó. No sé cómo ha llegado a tesorero de la regional. Tuve siempre la impresión de que vive del dinero del partido. Clientes no tiene, es un médico pésimo. Empleo no tiene. Y vive a todo tren, buena casa, buenas ropas. Hay que ver lo que pasa ahí.

—Yo mismo iré mañana por el dinero —anunció João—. Y o me lo da, o va a tener que explicarme con todo detalle qué es lo que pasa. Estuve hablando con varios secretarios de célula y sé cuánto dinero ha llegado de la base...

Empezaron luego a discutir sobre la imprenta clandestina del partido. Zé Pedro dijo que había que buscarle rápidamente otra sede, sustituir también al tipógrafo, que era de Saquila también, antes obrero en los talleres del periódico donde el trotskista era redactor. Tendrían que buscar un nuevo camarada conocedor de los secretos de la composición tipográfica y capaz de manejar él solo una pequeña imprenta, dispuesto a aislarse del mundo y a permanecer en secreto con sus máquinas y sus manuscritos, y no era tarea fácil. Podría conseguirse, no obstante, pero ¿dónde encontrar un local que ofreciera las condiciones precisas de seguridad?

—Es difícil —dijo Zé Pedro—. Es difícil, pero es necesario. Si no, esos tipos son capaces de entregar un día la imprenta a la policía.

—Hay que ponerse manos a la obra inmediatamente. Mañana mismo hay que buscar un hombre capacitado y de confianza. Carlos puede encargarse del hombre, buscarlo en las células de los periódicos. Zé Pedro y yo nos encargamos del local.

Por las grietas de la ventana empezaba a entrar la claridad del día. Zé Pedro apagó la luz, se quedaron en una penumbra que les hizo bajar aún más la voz.

—Hay que marcharse. Aquí, dentro de poco, la gente va a empezar a despertarse.

João se levantó:

—Me voy primero, Carlos. Quiero ver si empiezo a redactar ese material sobre el golpe. Así, pasado mañana, podremos discutirlo.

Les dio la mano a los otros. Dijo, antes de salir:

—Hoy he conocido a Mariana. Es curioso, era su cumpleaños. Una chica decidida.

—Muy buena chica... —dijo Zé Pedro.

João encendió un pitillo junto a la puerta.

—Tiene unos ojos muy bonitos, negros.

Carlos se echó a reír como ante la más inesperada de las frases:

—¿Desde cuándo te fijas en los ojos de las camaradas?

—No me he fijado en los ojos de nadie... —protestó João.

—Nada, nada. Si hay boda, quiero ser el padrino, ¿eh?

—No tengo tiempo para pensar en eso.

La claridad del amanecer le hizo cerrar los ojos en la calle desierta. Empezó a andar hacia la estación. Podría dormir en el tren, durante los cuarenta minutos de trayecto. Apoyaría la cabeza en el travesaño de madera del banco de tercera. Sería agradable apoyar la cabeza en el hombro de Mariana, bajo la caricia de sus ojos negros. En un árbol del camino, un pajarillo saludaba, con su canto alegre el primer día de noviembre, su luz recién llegada.

Ya desde el tranvía se veían las luces innumerables del parque de atracciones derramando una claridad risueña por la plaza. Luces de colores —azules, verdes, rojas— girando con la rueda gigante, espejeando colores con un aire tan de fiesta que la noche quedaba atrás de repente con todo su cortejo de amenazas y de miedos. Manuela rió, sus manos empezaron a alzarse como si fuera a aplaudir, como si volviera a ser de nuevo aquella chiquilla alegre de otros tiempos menos tristes. No llegó a acabar el gesto, pero su sonrisa fue amplia, desbordó de los labios por todo su rostro tímido, de rasgos finos y de un color rosado casi transparente. No fue su sonrisa de costumbre, como escondida en las comisuras de los labios, casi pidiendo disculpas por sonreír cuando todo lo que la rodeaba era triste. Lucas, que había acompañado su mirada y había visto nacer y desdoblarse la sonrisa le puso cariñosamente la mano en el hombro:

—Bonito, ¿no?

Manuela abrió aún más los grandes ojos para mirarle antes de responder. El rostro bronceado de Lucas se encontraba próximo al suyo, él se había inclinado para hablarle, y ella admiró una vez más la fuerza y la decisión que emanaban de aquel rostro siempre duro, como si fuera tallado en piedra, pero que, a veces, llegaba a parecer ingenuo cuando dejaba que los ojos se le llenaran de bondad.

—Muy bonito... —respondió.

Se detuvo un momento para mirar a su hermano. Lucas le parecía demasiado grande para todo lo que la rodeaba. Reparó en la vieja ropa azul que él vestía. Había sido de otro, era corta para Lucas, los brazos fuertes del muchacho salían de la chaqueta, musculosos y velludos. El cuello de la camisa estaba deshilachado, gastadas las suelas de los zapatos, y la tela de los pantalones había adquirido en las rodillas el color brillante de la vejez. Por los bancos del tranvía estaba acomodado el resto de la familia: los viejos abuelos, la tía Ernestina con su aire lúgubre de fantasma, y los chiquillos en una agitación que atraía las miradas de todos los pasajeros. Manuela miró a la familia —los ojos aún llenos de luces del parque de atracciones entrevisto en la curva del tranvía— y vio a su hermano amarrado con grilletes, él que había nacido —así pensaba ella— para realizar grandes cosas y vivir una vida sin limitaciones. Y casi de nuevo la envuelve aquella tristeza de la casa de suburbio que las luces del parque habían extendido por el cielo de la ciudad, tan azul después de la lluvia en la noche tibia. Por un instante volvió a sentir el olor húmedo y odioso de la casa, de toda su mediocre existencia.

La sonrisa casi murió en sus labios, llegó incluso a cerrar un poco los grandes ojos claros y azules. Sin embargo fue sólo un instante aquella fuga de la alegría en que se hallaba de la excitante novedad de la plaza ruidosa de luces, de la vida que se prolongaba un poco más allá de los raíles del tranvía, tumultuosa y emocionante. Volvió a abrir los ojos a las luces del parque, ahora enteramente ante ella, y se dejó

llevar por los gritos que llegaban a sus oídos, por las exclamaciones perdidas, el vocerío indescifrable de la multitud penetrando por la gran puerta central, aquel calor de vida, tan intenso que hacía desaparecer el frío cotidiano en que vivía envuelto su joven corazón.

También Lucas miraba hacia allí, pero era una mirada perdida más allá de las nubes, más allá del parque, incluso más allá de las estrellas, preso en sueños de un futuro ambicioso.

Manuela sonrió nuevamente ante el espectáculo envolvente del parque de atracciones, y una vez más buscó la faz enérgica de su hermano. No la encontró; él se había alejado con sus sueños, estaba distante, y ¿quién podría retenerle, quién tendría fuerzas para contenerle, para atarle a la realidad de sus vidas tristes? Ni siquiera Manuela con toda su fragilidad, su cuerpo de junco y su alma de melancolía. Nadie era capaz de contener la ambición de Lucas, lo sabía muy bien. Le admiraba, pero cuando pensaba en él, le asaltaba una cierta sensación de miedo. No podría decir exactamente de qué, miedo tal vez de que él se fuera y la dejara sola entre los abuelos, las eternas protestas de tía Ernestina, el fatigoso bullicio de los chiquillos. Abandonada, condenada para siempre a aquella vida, sin esperanzas ya de salir un día también ella. Mientras Lucas estuviera entre ellos, con su fuerza y su brusca bondad, Manuela tenía la seguridad de que la vida habitaba en medio de la humedad de la casa, de que no todo estaba perdido y de que había aún esperanza. Pero para eso era preciso que Lucas no los dejara, que no se fuera, cansado de ellos, en busca de su destino.

La voz llorosa de tía Ernestina le arrancó de sus pensamientos, hacia la realidad de la llegada:

—¡Lucas! ¡Lucas! Que hay que bajarse...

Los chiquillos estaban ya en medio de la calle, no prestaban atención a los gritos de los viejos que bajaban con precauciones y Manuela tomó del brazo a su hermano:

—Hemos llegado, Lucas.

El muchacho se estremeció, volvía de un mundo distante. Se levantó, era alto y atlético, los hombros anchos, los puños fuertes. Cogió del brazo a su hermana para que ella pasase delante y fuera a atender a tía Ernestina, vacilante en el estribo del tranvía. Se levantó. Era alta también, pero espigada y frágil, el pelo sobre los hombros, las largas manos en las que destacaban las venas azules, manos pálidas como si no conocieran el sol. Cuando descendió, el hombre que esperaba en la calle, en compañía de un amigo, el tranvía que los llevara a un bar cualquiera en donde acortar la noche, comentó con voz de sorpresa agradable:

—Aquella chica... Aquella... Parece una figura antigua, de otro siglo. Una belleza...

Manuela oyó pero ni se volvió por curiosidad de saber de quién venía el elogio. Oyó también la respuesta del otro:

—Toda la familia parece como si acabara de salir de un museo... Mira esa vieja

ridícula, con el sombrero de flores, el abrigo imperial del viejo. Y el muchacho... Parece un payaso con esa ropa encogida...

Un payaso... Manuela miró a Lucas, que llevaba en el brazo a uno de los sobrinos y casi arrastraba a Dora por la mano, al tiempo que dirigía a los viejos indecisos entre el tumulto. Un payaso... Para ella no existía hombre en el mundo más hermoso que su hermano, hasta con aquella ropa encogida y gastada, con los zapatos agujereados y la camisa deshilachada. No, no era un payaso.

Y, entonces se volvió hacia los que comentaban, y su voz estaba llena de agresividad, la agresividad de los tímidos:

—Un día lamerán las botas de ese payaso...

Uno de los hombres se echó a reír a carcajadas, pero el otro miró una vez más con interés el rostro de Manuela, que recordaba una miniatura antigua, de viejas edades: el rostro de un rosado transparente, la piel fina, los grandes ojos azules y asustados, la boca de labios desmayados. «Una belleza», pensó, y sintió ganas de pedirle disculpas. Pero Manuela atravesaba ya la calle, cargando con el sobrino más pequeño, hacia la puerta central del parque de atracciones, desde donde los viejos abuelos y tía Ernestina le llamaban con voces irritadas.

Para Manuela no había duda de que era la música surgida de la pianola la que dirigía todas las luces y movimientos del parque de atracciones. La familia se había detenido en las gradas de madera que rodeaban el carrusel, y admiraban aquel desconocido instrumento musical. Hasta los chiquillos, excitados al máximo al ver los caballos, tigres, cisnes, dragones y sirenas, cargados de otros chiquillos se quedaron silenciosos al ver la caja de música de la que salía aquella vieja melodía olvidada, romántica y doliente.

Lucas sostenía los billetes que había comprado para los tres sobrinos y para Manuela —era necesario que alguien prestara atención al más pequeño. «¿Le diría algo aquella melodía de amor?», se preguntaba Manuela—. Lucas no le había hablado nunca ni de novias ni de amantes, como si no le sobrara tiempo para asuntos sentimentales. Tampoco Manuela tenía mucho que contar en ese sentido. Aun así, sin llevar ninguna imagen reciente en el corazón, sentía todo el clamor desesperado en la quejumbrosa melodía, cuya letra cantaba una mujer vestida de bailarina, al lado de la pianola:

*No te digo adiós
aunque sé que te vas para siempre.
No te digo adiós
aunque me digas adiós...*

En un tiempo distante, ¿quién sabe cuántos años atrás?, alguien había marchado de la vida del compositor. Y ahora, su gemido de amor, su llamada desesperada, conmovía el corazón virgen de Manuela: «¿Conmovería también a Lucas?». Le gustaría saberlo. Le gustaría conocer todo lo que se relacionara con la vida de su hermano, qué hacía cuando no estaba en casa, cuando estaba en la tienda —ocho horas al día— o en las calles al salir por las noches, huyendo de la triste velada familiar. Adivinaba, con la fuerza del celo fraterno, muchos de sus sentimientos, deseos y sueños. Sin embargo, él se guardaba celosamente de contar sus cosas, y sólo se abría de vez en cuando —y únicamente con Manuela— para hablarle de sus planes, vagos y nebulosos, de la oportunidad que ansiosamente esperaba. Para hablar también del odio que sentía hacia aquella tienda de tejidos, a los jefes, a los compañeros y sobre todo a los clientes —la «chusma», como él decía.

«Un día lo dejare todo y me iré lejos, a ganar dinero». Sus ojos se volvían aún más oscuros, como si los cubriera una cortina de ambición, mientras repetía con voz segura:

—Seré rico, Manuela. Rico de verdad, no mediocrementemente acomodado. Tendré bancos, palacios, criados, coches, todo lo bueno de la vida. Y lo lograré como sea, pase lo que pase.

Manuela comprendía que, al hablarle de aquellas cosas, lo hacía, ante todo para

reafirmar en voz alta aquella seguridad que le llenaba el pecho. Más que una confidencia era repetir una resolución, como si, al contar sus planes, se sintiera aún más obligado a realizarlos. Ella le animaba. Sí, seguro que un día sería rico, tendría bancos, palacios, automóviles, criados. Y entonces abandonarían aquella atmósfera húmeda de la casa en que vivían. Tal vez pudieran incluso, entre los perfumes caros, olvidar el moho que ya parecía formar parte de sus propias personas.

—Cuando sea rico te casaré con un príncipe encantado... —concluía él. Y se iba a la calle con sus sueños y sus planes, y una luz amarilla de ambición en sus ojos oscuros.

Ella se quedaba en casa, entregada a las quejas constantes de la abuela al catarro crónico del abuelo, a las oraciones sin fin y a las complicadas promesas de tía Ernestina a los santos colgados de la pared de su cuarto, a la obligación de cuidar de los chiquillos. A veces podía aislarse y pensar en Lucas, en su fuerza inconformista y —de vez en cuando— en el príncipe encantado que le había prometido.

Pasaban muchachos por la calle y la miraban, algunos le lanzaban bromas y galanteos, hubo quien le envió cartas de amor, y un atardecer, cuando se dirigía a la panadería, un viejo le hizo una proposición deshonesta. No sintió rabia hacia el viejo que había iniciado su propuesta llamándole «chiquilla preciosa». Pero tampoco había simpatizado con nadie, jamás había respondido a las frases o a las cartas, y al viejo cínico lo miró con ojos tan asombrados que él interrumpió la frase y se fue avergonzado. Su tiempo era corto para perderlo en la ventana o paseando por la calle, y desde que había dejado el instituto, en el segundo curso (al morir sus padres le fue imposible continuar los estudios), no había tenido más galanteos.

Las noches en que Lucas le hacía confidencias, ella tardaba más en conciliar el sueño. Sentía más pegajosa la humedad de la casa, la triste cal de las paredes del cuarto y el olor a moho que venía de todas partes y que casi la asfixiaba. Ojalá Lucas se hiciera rico... No era necesario que ganara tanto como él planeaba. No serían necesarios ni bancos, ni palacios, ni criados, ni automóviles. Sólo un poco más de dinero para que pudieran cambiarse a un piso mejor, con cierto confort, internar al chiquillo mayor en un colegio y tener a alguien que ordenara la casa y lavara los platos... Si Manuela fuese religiosa, sería capaz de hacer —como tía Ernestina— promesas difíciles de cumplir para ver a Lucas en mejor situación. Pero había perdido la fe hacía mucho, a causa de ciertas lecturas, de la influencia de un profesor del instituto y, principalmente, por la monotonía de su existencia.

A veces recordaba aún a aquel profesor del instituto, conocido por los alumnos por «el librepensador». Era él mismo quien decía serlo, en las clases animadas por las discusiones, diferentes de las otras clases, monótonas y fatigosas. En la memoria de Manuela quedaba el recuerdo de un hermoso tipo de hombre, ya de cierta edad, el pelo empezando a encanecer, la voz muy sonora, un eterno pitillo en los labios, los ojos un poco enrojecidos por las noches pasadas en los cafés, por el alcohol y por la literatura. Las alumnas cuchicheaban de él, entre risas, historias picantes y

tenebrosas: que bebía mucho, que frecuentaba los prostíbulos, que tenía no se sabe cuántas mujeres y que escribía sonetos. Era cerrado enemigo de la Iglesia y de los portugueses. Sus clases tenían para los alumnos un particular encanto porque le gustaba discutir y también contar historias con exuberancia de gestos y palabras. Contaba dramáticos episodios de la Inquisición, que hacían estremecerse a Manuela. Y aunque no hubiera logrado contagiarle su antipatía por los portugueses —el profesor atribuía a la colonización todos los males de Brasil, pero Manuela tenía en aquella época unos vecinos portugueses simpatiquísimos muy buena gente— había conseguido apartarla de los curas y de las iglesias. Es posible que Manuela hubiera estado, incluso durante un tiempo, enamorada de él. Compraba entonces, con sus ahorros de chiquilla, la revista mensual que publicaba sus sonetos y los leía con emoción de enamorada, procurando entender la barata filosofía de la vida que el profesor metrificaba y rimaba con alguna dificultad. Pensó, incluso, que había escrito para ella un soneto en el que el profesor anunciaba estar su corazón rendido a las gracias y atractivos de una tal Margarida, en realidad la cajera de un café-concert. Al día siguiente al de la publicación de aquel soneto, que de tanto leerlo había acabado por aprender de memoria, Manuela se entretuvo más de lo normal en el cuidado de su cabellera que ya entonces era amplia y particularmente hermosa, pero a la que no daba hasta entonces demasiada importancia, y había prendido con una cinta color rosa los mechones rebeldes que huían a sabor del viento. Pensaba dejar sobre la mesa del aula una rosa roja que había cogido para él, retribución a sus versos de la revista.

Al llegar al colegio supo que el profesor había sido expulsado por presiones de los padres de algunos alumnos, que no estaban de acuerdo con sus ataques a la Iglesia y a la colonia portuguesa. Manuela, conocida por su timidez y buen comportamiento, se rebeló aquel día, tomó la defensa del profesor, calificó de «carcas» a los padres de sus compañeros y de incapaz a la dirección del colegio. Durante algunas semanas buscó por las calles, de ida o de vuelta del colegio, al «librepensador», y se durmió teniendo ante sus ojos la visión de su rostro de bohemio.

Lo recuerda nuevamente ahora, cuando, ante las luces del carrusel oye la música doliente de la pianola y la voz ronca de la mujer:

*Te he de amar siempre,
otra cosa ya no sé hacer...*

Ninguna otra imagen masculina había vuelto a posarse en su corazón. Se hizo mujer en lo escondido de aquella casa, cuidando de viejos y de chiquillos, y ni siquiera se daba cuenta de que era hermosa, de que la codicia llenaba de sombras los ojos de los hombres cuando la veían ir por las calles casi pegada a las paredes, en un apresurado caminar. Hoy, sin embargo, aquella música antigua que alguien había compuesto en el sufrimiento de la partida de la bienamada, llena su corazón de deseo de amar. Deseo tan intenso, que mira con sus ojos azules a su alrededor con una mirada tan cálida y ansiosa de cariño que de ella quedó prendado un muchacho

elegante que pasaba. Parecía ir interesado hacia una barraca donde anunciaban a «la alucinante bailarina hindú Savanarah, en la danza del vientre», pero era tal la dulzura de los ojos de Manuela, que olvidó todas las promesas excitantes contenidas en la voz del hombre que gritaba, al otro lado, a través de su altavoz:

—¡Vengan todos! ¡Vengan todos, de prisa! Va a empezar el espectáculo. Savanarah, venus hindú, la hermosa de las hermosas, huida del harem de un bajá, va a empezar la danza del vientre, enteramente desnuda. ENTERAMENTE DESNUDA ¡¡¡E-N-T-E-R-A-M-E-N-T-E D-E-S-N-U-D-A!!!

La voz acuciante continuaba resonando, aumentada en volumen y sugestión por el altavoz, pero más fuerte que la desnudez oriental prometida, era la mirada de Manuela, nacida de la música antigua de la pianola:

*No te digo adiós,
mi distante pensamiento,
tierno cariño mío,
siempre te amaré...*

El carrusel se detuvo y con él murió la música prolongando su quejido alrededor. Manuela sonreía, casi sin sentirlo, hacia el joven bien vestido que la miraba con admiración, el cuerpo inclinado aún hacia delante, pues se había detenido bruscamente al verla. Lucas tendió los billetes a la hermana y con la mano la empujó levemente hacia la entrada donde un negro, vestido con un viejo uniforme rojo, miraba con simpatía a los chiquillos que se disputaban los caballos más fogosos. El joven diplomático Paulo Carneiro Macedo de Rocha, llegado aquella noche de Buenos Aires, cambió la dirección de sus pasos y compró un billete para el carrusel.

Le gustaría salir bailando sobre los tablones del suelo del carrusel. Inventando una danza para aquella música que volvió a gemir en la pianola cuando caballos, sirenas, cisnes y dragones partieron hacia su aventura maravillosa. Ahora, sentada entre las alas de un cisne de blancura inmaculada, agarrando la mano asustada pero ansiosa de Gino puede contemplar en su totalidad el centelleo de las luces del parque. ¿Por qué no salir danzando sobre el suelo una danza de aquellas luces que sus pies conocían con seguridad? Si tomara el vestido de la mujer que cantaba, compondría un ballet con las luces y la música.

Las lámparas coloreadas y los anuncios luminosos de gas neón pasan ante sus ojos mientras el carrusel gira vertiginosamente. En la escuela, inventaba pasos de danza, y en el instituto, el profesor de gimnasia decía que no había visto nunca una vocación para el baile como la de Manuela. Pero todo eso se había perdido después en el interior húmedo de la casa, entre los rezos de tía Ernestina y el ronco catarro del abuelo. Los chiquillos que avanzan en los caballos indomables, en los dragones misteriosos, en las sirenas submarinas, en los tigres feroces lanzados a la conquista del mundo, lanza en mano contra invisibles enemigos no consiguen sofocar, con el barullo de sus voces excitadas, la música antigua que vuelve a empezar en la pianola, y su lamento de abandono:

*Vuelve, que la noche es larga,
triste por tu ausencia,
infinito amor...*

A Manuela le gustaría salir bailando por el carrusel, entre los cisnes y los tigres, los dragones y los caballos. Tal vez así, bailando al son de aquella sinfonía dolorida, pudiera conservar para siempre toda la emocionante belleza de aquel momento de luces de ruedas, de colores que se confunden, de rostros que pasan rápidos ante sus ojos, de la música evocadora y acariciante, y de completa entrega de su cuerpo y de sus pensamientos a la locura de aquel carrusel que gira sin cesar.

¿Adónde se dirigirá este carrusel que es más que un tren de hierro, más que un navío, más que un avión, con su extraño cargamento de peces, fieras, cisnes y chiquillos? Su incierto destino final será, sin duda, una tierra de sorprendente belleza donde la esperará un príncipe encantado, para una vida de completa felicidad. Manuela no sabría decir —si ahora se lo preguntaran, de repente— cuál es su concepto de la completa felicidad. Pero esa tierra feliz no tendría el vaho húmedo de una casa encerrada en otros tiempos, segregada del mundo, viviendo en los días de ayer.

Con los ojos abiertos Manuela sueña. Su pelo vuela, una sonrisa nace en sus finos labios desmayados. Tal vez ese carrusel, en su carrera enloquecida, se dirija hacia el futuro. Ella ve un mundo diferente, lleno de dulzura, de encanto de vivir, en las luces

que la envuelven, en la amorosa melodía de la caja de música. Aquel mundo que Lucas aspira encontrar en el dinero y que ella desea buscar en la vida de la que nunca participa. Es un anhelo de salir danzando una danza inventada, una danza que nunca se baile pero que Manuela conoce en todos sus detalles, en sus pasos y movimientos. Sus pies quieren realizarse como hacía de pequeña para alegrar el rostro triste de la madre tuberculosa y hacer reír el rostro fúnebre del padre.

La voz llega por detrás; poco a poco aquel persistente rumor va dominando la letra de la melodía que remueve la pianola. Aquella voz de hombre parece llegar de un mundo muy distante y Manuela presta menos atención a las palabras de elogio a su belleza que a su tono educado, que sugiere ambientes opuestos a la casa húmeda donde vive. Voz refinada que parece llegada de otros tiempos, igual a la música antigua de la pianola, igual a ese deseo de bailar. Manuela no se decide a escuchar aquella voz fascinante del muchacho a quien vio entrar apresurado en el carrusel cuando ya empezaba todo a girar. Vio que intentó sentarse a toda costa cerca de ella, teniendo que acomodarse de mala manera en un tigre de boca sangrienta y feroces ojos desorbitados, como si fuese un niño. Sonrió divertida al verle un poco ridículo sobre un tigre, un joven tan elegante, rico con toda seguridad pero le olvidó inmediatamente cuando la pianola empezó de nuevo a gemir su lamento de amor.

Después, la voz la fue cercando lentamente, respondía a toda su emoción, era como una resonancia de sueños tímidamente soñados, de deseos sospechados de muchas noches en vela, los ojos vueltos hacia las estrellas lejanas. Poco a poco va entendiendo las palabras y las frases.

Se deja envolver por la voz, por la música, por las luces. Le gustaría danzar. Danzar frente al muchacho como danzaba de niña ante sus padres. Danzar para él, y sonreír alegre y oír sus aplausos cuando terminara.

Y poco a poco se va abriendo su voluntad con el deseo de mirar al joven, de mirarle por un momento, guardar en su memoria aquellos rasgos para reconstruirlos en sus noches solitarias, pues Manuela está segura de no volver a verle más. No había llegado a retener —en las tres veces que le había mirado antes— la memoria de su fisonomía y ahora, al sentir su voz llena de sugerencias, siente que tendrá que sonreír otra vez para él, no por compromiso, sino por gratitud, como si él fuera solidario en aquella loca aventura del carrusel conduciendo sueños sueltos, el irrealizable deseo de bailar.

Vuelve la cabeza hacia atrás, sonrío a Paulo, examina el rostro orgulloso del muchacho. Oye su voz en una cálida demanda:

—¿Dónde podemos vernos? ¿Puedo hablar con usted mañana?

No responde, pero él acepta la sonrisa como una afirmación y siente aquella aventura pequeño-burguesa como algo picante e inusual en su vida de mujeres de la alta sociedad.

Manuela dirige de nuevo los ojos a las luces que la envuelven. ¡Ay, si pudiese danzar, dejar que los pies cuenten todo lo que anima su corazón, toda la intensa

emoción del parque iluminado y lleno de vida! Pero ¿cómo hacer para bailar si la familia está muy lejos de todo eso y su destino es cuidar viejos y huérfanos? Ni siquiera de Lucas podría esperar comprensión para su sueño acariciado desde niña sin esperanza. Tal vez el joven que le habla con palabras susurradas, tal vez él la comprendiera; lleva en su rostro y en sus ropas la marca de aquel otro mundo que sabe de teatros, de música, de ballet. Quizá a él le pudiera contar... Pero es sólo un desconocido, y mañana, perdido el recuerdo de ese loco carrusel, ni se acordará de Manuela; muchas y bellas son las mujeres de su mundo. Y entonces, una angustia la atenaza, la certeza de que jamás, jamás bailará, jamás sus pies se deslizarán sobre un tablado, libres, enteramente libres, en una de aquellas danzas que ella sabe inventar... Sus ojos azules arden en lágrimas dispuestas a brotar. El muchacho habla, el carrusel disminuye su marcha. Ahora el vocerío de los chiquillos domina por completo la música que murmura:

He de amarte siempre...

Manuela se levanta aún medio aturdida, buscando a los otros dos sobrinos, con Gino en brazos. Y oye que Paulo le dice:

—Aquí están tus hermanos...

Realmente, los chiquillos están al lado de él, y les ha comprado unos bombones en silenciosa complicidad.

Manuela se lleva las manos a los ojos, aún los tiene llenos de luces que giran, pero siente que ya no tiene ganas de bailar. Paulo pregunta:

—¿Puedo acompañarte?

Y luego añade, interesado:

—¿Estás triste?

Y al hacerle esa pregunta, Manuela no le mandó callar con una de aquellas palabras suyas, rudas de timidez. Dijo sólo:

—Mi familia está ahí. Perdona...

Y él le cedió el paso. Lucas la esperaba a la salida del carrusel. «Encantadora — pensó Paulo—. Debe de ser de una inocencia divina capaz de una ternura infinita. Y eso es lo que yo necesito ahora».

Y antes de que ella se pierda, rodeada por la familia, en el movimiento del parque, el segundo secretario de la Embajada de Brasil en Bogotá avanza dispuesto a acompañarla hasta el fin del mundo, aunque eso signifique tener que ir en un tranvía incómodo, recibiendo empellones de gordas matronas sudorosas y de lloriqueantes chiquillos aborrecibles hasta un lejano suburbio de la ciudad...

El avión había aterrizado en São Paulo al caer la noche. Pero Paulo no consiguió un taxi, y tuvo que coger el autobús de la compañía aérea. Cuando al fin llegó a su casa, Artur había salido ya para la recepción de los Costa Vale. El criado le sirvió una cena fría y le preguntó si no iría también.

—No, Pedro, no voy. Si me ven entrar, voy a provocar lo que los cronistas de sociedad llaman «una extraordinaria sensación». Y prefiero evitarla. Voy a dar una vuelta por la ciudad.

En el bar donde se refugió cuando empezó a caer la lluvia, se sintió tentado por el movimiento del parque de atracciones. No recordaba cuánto tiempo hacía que no iba a uno de esos parques —desde niño quizá no había vuelto a entrar. El bullicio de la gente, el contacto con las multitudes, con ese mundo de sudor y de pequeñas preocupaciones, eran cosas que Paulo se había habituado a evitar. Su vida se había desarrollado siempre en otro medio, donde no se sentía el olor a sudor, donde los motivos de preocupación y de conversaciones no se referían jamás al pan difícil, al trabajo pesado. Esos otros mundos, el de la pequeña-burguesía y el del proletariado, que Paulo reunía en una única designación: las pobres gentes, ni le tentaba ni le interesaba. Lo miraba con cierto desprecio irónico, desnudo de odio, pero desnudo también de cualquier forma de simpatía. Un desprecio condescendiente, ése era su sentimiento hacia toda aquella gente cuya existencia Paulo ni llegaba a explicarse. En la Facultad de Filosofía, donde había estudiado Literatura Francesa, no llegó a trabar contacto más que con algunos compañeros procedentes como él de la «buena sociedad». Los demás no contaban para él y le acusaban de orgulloso y de «estúpido». Las muchachas, especialmente, interesadas por su sobria elegancia inglesa, por su nombre, por cierta reputación literaria que se le atribuía, no le perdonaban su desinterés, aquel desprecio educado con que las ignoraba. Un compañero, un tal Jacques, de origen israelita y temperamento de conductor de masas, lo había definido un día ante un grupito...

—Es una babosa... Resbaladizo, con esa cara de vómito...

La hostilidad de la mayoría de sus compañeros tampoco le molestaba. Ni se enteraba de ella. Algo terriblemente frío y calculador marcaba su naturaleza, junto a la incapacidad para resistir a ciertos impulsos, a ciertas pasiones momentáneas, que destruía siempre sus actos más calculados y meditados. Y, sobre todo, aquella incapacidad de tomar en serio nada, de considerar importante cualquier cosa, aquel diletantismo heredado del padre, como del padre había heredado los súbitos recelos, el terror a inesperadas perturbaciones, el terror, sobre todo, a la pobreza, a la vida sin dinero que él imaginaba mezquina y degradante. Era un mito de perfecto caballero social —«de elevada educación», como escribían los cronistas de sociedad— y de calavera, capaz de beber durante días y días y, cuando estaba borracho, de cometer las mayores sandeces. La posición política de su padre y el nombre de la familia le

habían hecho conocer y tratar desde niño a los hombres que dirigían el país: banqueros, gobernadores de los Estados, ministros, grandes hacendados, embajadores extranjeros y escritores. Al principio, pensaban todos que iba a dedicarse a la literatura —algunos poemas suyos, herméticos y con un ritmo desprovisto de cualquier forma de melodía, habían sido publicados en revistas literarias, y el poeta Shopel había escrito incluso un artículo sobre «esa revelación de un poeta vuelto hacia lo más profundo de sí mismo, un poeta de minorías, sólo para aquellos capaces de sentir el drama angustiado del hombre de hoy, puesto ante la inutilidad de la vida». Los cronistas mundanos, al señalar su presencia en una fiesta, no se olvidaban de hacer preceder su nombre de la frase «brillante poeta de la joven generación». Dejó la poesía para escribir raros artículos sobre pintura, para participar en Comités Patrocinadores de exposiciones modernas, para discutir sobre Bracque y Picasso, sobre Matisse y Salvador Dalí. Los cronistas mundanos le clasificaron entonces como «nuestro brillante crítico de arte». Terminada ya la carrera, no hacía nada, vivía entre Rio y São Paulo: recepciones, embajadas, fines de semana en haciendas de amigos, *ateliers* de pintores, largas charlas con César Guilherme Shopel y otros literatos, algunos escándalos con señoras de su círculo, algunos devaneos, las mesas de juego de los casinos, vagos proyectos de una obra de teatro para un grupo aficionado formado entre los pisaverdes de la alta sociedad paulista. Gastaba mucho dinero y no le preocupaba saber de dónde venía. Y repetía, en los días de borrachera, para Shopel (que, al embriagarse, se ponía sórdidamente romántico, y reclamaba, temblándole todo el sebo de su corpachón inmenso, «una virgen purísima, no tocada siquiera por un mal pensamiento, para redimir su carne pecadora y perversa»), con los ojos vidriosos y cansados de todo:

—Esta vida no tiene sentido alguno... El hombre sólo tiene un destino: el suicidio...

Un día, no obstante su padre inesperadamente le invitó a hablar un rato. Le preguntó qué pensaba hacer, pues era hora ya de ir planteándose el asunto. Y le explicó que su situación financiera no era gran cosa: la pequeña hacienda no dejaba grandes ganancias, y aparte de ella sólo poseían algunas acciones en las empresas de Costa Vale. Vivían realmente de la política, de las comisiones recibidas por los negocios facilitados al banquero y a sus amigos, de las ventajas de su escaño de diputado. Y, entre los dos, con aquella vida de derroche, gastaban todo lo que entraba. Paulo tenía que intentar asegurarse en su carrera, iniciar su vida para que cuando él, Artur, le faltara, no se viera obligado a solicitar de los otros un empleo público cualquiera...

Paulo se asustó ante aquella amenaza de pobreza en la que jamás había detenido su pensamiento. Durante días anduvo preocupado, no sentía ninguna atracción hacia la vida política (el padre le había abierto esa perspectiva, podía proponerle como candidato para diputado del Estado en las próximas elecciones), y mucho menos deseaba ingresar en las empresas de Costa Vale (Marieta le había hablado de eso, de

un puesto directivo en una empresa), no veía tampoco la mujer rica con quien casarse para seguir el consejo de Costa Vale:

—Si no quieres hacer nada, cástate con una mujer rica.

La posibilidad de ser pobre, de tener que abandonar al sastre caro, de verse obligado a comprar sus zapatos en una zapatería cualquiera, de no poder ir a los bares elegantes a la hora del aperitivo, eso era algo insoportable. Lo que había de frío y calculador en su carácter, se asustaba ante aquel horror. Fue entonces cuando el poeta Shopel le preguntó por qué no ingresaba en la carrera diplomática; tenía todo lo que era necesario: un nombre ilustre, hablaba a la perfección el inglés y el francés, bailaba bien, conocía la literatura y el arte, tenía un título universitario, su padre era un político influyente. Lograría, sin duda, el primer lugar en las oposiciones que pronto iban a celebrarse.

Se decidió. Su padre habló con algunos amigos, Costa Vale telefoneó al ministro. Sacó plaza en las oposiciones y fue nombrado en seguida para Bogotá.

En el avión en que llegara desde Buenos Aires, aquella tarde del último día de octubre, se sentía de nuevo aterrorizado. El escándalo de la prensa en torno a su borrachera, los rumores de expulsión llegados a la Embajada en Argentina, le hacían prever de nuevo una amenaza de pobreza, de empleo público mendigado a los amigos de su padre, de vida mezquina. Y sentía odio, poco familiar a su temperamento, contra aquella mujer del diplomático chileno, aquella Adela Reyes con ojos de cocainómana que, más borracha aún que él, le había desafiado a que le hiciera el amor allí mismo, en la sala de la fiesta, ante todo el mundo. Había perdido por completo la cabeza, e intentó desnudarla. La mujer empezó a gritar como si fuera una púdica doncella ultrajada en su inocencia Y el resultado fue aquella escena de pugilato, su expulsión de la fiesta, el escándalo, el viaje precipitado en el avión de la madrugada que salía de Bogotá para Santiago.

Tal vez fuera porque Manuela le parecía como lo más opuesto a Adela Reyes, tímida en su belleza frágil, por lo que tanto se había interesado por ella. En aquellos días de miedo, al imaginarse horrorizado una vida de pobreza, se había convencido de que le era necesario, como desintoxicación, un amor romántico con una tierna muchacha que viera concretados en él sus sueños de adolescente. Un amor como aquéllos tan elogiados por el poeta Shopel:

*Deseo, Dios mío, tímidas muchachas en flor;
Deseo, ¡oh Dios!, la ternura de un puro amor
que arranque a mi cuerpo del anhelo inmundado
de pecar constantemente contra tu Ley...*

Y pensaba también mirando el paisaje por la ventanilla del avión, que era necesario buscar a su alrededor, en São Paulo o en Rio de Janeiro, urgentemente, aquella esposa millonaria, aconsejada por Costa Vale, capaz de liberarle para siempre del acuciante miedo a la pobreza, de las camisas deshilachadas, de los cuellos

resudados, de los sastres baratos...

Esas cosas ocurrieron en aquel último día del mes de octubre de 1937, fecha en que se inició también la extraordinaria carrera de Lucas Puccini, transformado en pocos años de modesto empleado de comercio en una de las figuras más poderosas de la vida nacional. Comenzó allí, en el bar del parque de atracciones donde los abuelos bebían una naranjada, los chiquillos devoraban helados y Manuela tomaba un refresco de abacaxí entre asustadas miradas a Paulo, sentado una mesa más allá. Cuando Lucas, cansado de llamar al camarero atareadísimo, se dirigió a la caja para apresurar el pago de la pequeña consumición se encontró de súbito ante Eusebio Lima, su compañero del instituto, su amigo inseparable de los años de estudiante. Eusebio había desaparecido de São Paulo desde el levantamiento de 1930, en el que se había visto envuelto, y Lucas nunca había vuelto a saber de él. Casi no lo reconoció ahora, tan bien vestido, tirando del puro, hablando en voz alta para un grupo en la mesa al lado del palco. Eusebio se levantó al reconocerlo, le abrió los brazos:

—¡Pero, Puccini! ¿Eres realmente tú? ¡Qué sorpresa, muchacho...! —lo presentó a los otros—. Éste es mi viejo amigo Lucas Puccini, la figura del colegio, la inteligencia y la fuerza reunidas... —acercó una silla de la otra mesa. Pero siéntate, Lucas, vamos a matar las nostalgias con un buen trago...

Y lo iba estudiando, midiendo lo gastado de sus ropas, el aspecto pobre de su amigo. Lucas se disculpaba:

—Tengo ahí a mi familia. Iba a la caja, a pagar...

Eusebio reflexionó un momento, se levantó, extendió la mano hacia los otros:

—Perdonadme, pero me voy con Lucas. Hace casi diez años que no nos vemos... Incluso tenía pensado buscarlo donde estuviera...

—Siete años... —confirmó Lucas.

Volvieron a la mesa de Lucas, Eusebio saludó a todo el mundo, elogió la belleza de Manuela, a quien había visto de niña y, como la mesa estaba muy llena ya, propuso a Lucas que se sentaran en la otra vacía al lado, así podrían hablar mejor. Dio unas palmadas, pidió bebidas al camarero, nuevos helados para los chiquillos.

—No serán tus hijos ¿verdad?

—No. Son huérfanos hijos de una hermana mía, no sé si la recuerdas, se llamaba Ruth. Murió, y el marido trabaja en el almacén de una hacienda. Los chicos están con nosotros...

Eusebio hizo ¡ah, ah!, volvió a contemplar a Lucas, a estudiar sus ropas y sus zapatos. Lucas, un tanto molesto ante aquel examen indiscreto, habló:

—Estás hecho un millonario...

—No me va mal, gracias a Dios. Y tú, ¿qué haces? Por lo que veo, no puedes decir lo mismo...

—Trabajo en una tienda de tejidos, El Barato, de unos turcos...

—Hum... hum... Con un sueldo miserable, seguro.

—Si no fuera por mi cuñado, que nos manda algún dinero para los gastos de los pequeños, no sé cómo íbamos a vivir... Manuela tiene que quedarse en casa cuidando de los niños y de los abuelos... no puede trabajar...

—Pues, amigo, te ofrezco el triple de lo que ganes, sueldo fijo, y la posibilidad de mucho más...

—No bromees... ¿Y dónde?

Eusebio, antes de responder, se informó.

—¿Nunca te has metido en política?

—En política, no.

—Comunismo, integralismo, todo eso...

—No. Hay dos integralistas allá en la tienda. Me invitan muchas veces, pero nunca me he interesado por esas cosas.

—¿Y el sindicato? Aquí hay un sindicato importante de dependientes de comercio... ¿Tienes alguna actividad en él?

—Actividad, propiamente, no. Pronuncié algunos discursos a veces, sobre el salario mínimo, cuando andábamos discutiendo eso. Algunos me propusieron entonces que me presentara a unas elecciones, pero no acepté... Ahora va a haber elecciones de nuevo, y han venido otra vez con lo mismo.

—¿Hay muchos comunistas en ese sindicato?

—Hombre, no sé. Cuando hay reunión, y no voy siempre, aparecen algunos que hablan contra el fascismo, contra los integralistas, contra los norteamericanos, de las huelgas y todo eso... Los otros dicen que no son comunistas. Son siempre los mismos, y ahora andan preparando el asunto ese de las elecciones. Hasta me pidieron el voto...

—Comunistas, seguro. Pues mira, chico, aquí donde me ves, ¿sabes qué soy?

Lucas acercó el rostro. El otro siguió:

—Pues alto funcionario del Ministerio de Trabajo. Soy uno de los encargados de la cuestión sindical. Y necesito gente buena que me ayude. Hombres de valor y decisión, capaces de enfrentarse con los comunistas en los sindicatos, y liquidarlos, ¿comprendes? Necesitamos dirigentes sindicales, funcionarios del Ministerio, que se hagan cargo de los sindicatos y los conviertan en tranquilas asociaciones de trabajadores, y que dejen de ser nidos de agitación social. Si quieres venir a trabajar conmigo...

—Claro que quiero. El triple has dicho, ¿no?

—Eso para empezar. Y si vas bien, te diré cómo puedes ganar mucho más —bajó la voz—. Están los Montepíos de la Industria el del Comercio, la Caja de Pensiones... Verdaderas tetas, amigo mío, con la leche manando como de una fuente...

Llamó al camarero, pagó lo de las dos mesas, apartó del cambio un billete y se lo dio a los chiquillos.

—Ven a verme mañana, a las tres, a esta dirección. Yo trabajo en Rio, pero cuando vengo a São Paulo, ahí está mi despacho, es una oficina del Ministerio.

Le dio una tarjeta, pero volvió a cogerla:

—Voy a escribir unas palabras para que te hagan pasar en cuanto llegues. Bien, hasta mañana, pues.

Lucas le vio salir lanzando bocanadas del puro, el aire importante, y no oyó siquiera la pregunta ansiosa de Manuela:

—¿Qué ha pasado, Lucas? ¿Pasa algo?

En la mesa de al lado, Paulo seguía la escena con ojos curiosos. Finalmente, Lucas se rehízo de la emoción que le sofocaba, y fijó en Manuela unos ojos tan fulgurantes que la amedrentaron:

—¿No te lo decía? Un día tenía que llegar mi oportunidad.

—¿Qué ha sido?

—Te lo contaré en casa. Vámonos.

Pero en el tranvía no pudo contenerse y, en breves palabras, explicó la conversación con Eusebio, el ofrecimiento de empleo en el Ministerio de Trabajo, el sueldo, las perspectivas...

—Seré rico, Manuela, rico hasta el punto de que no tendré manos para contar tanto dinero, de tener que tirarlo, y compraré todo lo que quiera, compraré hasta a la gente...

Manuela le cogió el brazo, aquélla era una noticia maravillosa. Así, con un buen empleo para su hermano, podrían dejar la casa húmeda del suburbio, alquilar un pequeño apartamento que no apestará a moho, donde el sol penetrará cada mañana, sobre cuyo suelo encerado pudiera dejar deslizarse los pies de vez en cuando en una danza inventada... Era tanta su alegría que tenía que comunicársela a alguien más. Pero los abuelos roncaban y tía Ernestina estaba acomodando a los pequeños en el banco.

Miró entonces hacia atrás, hacia el lugar que ocupaba aquel insistente y simpático muchacho que la seguía desde el parque, y le sonrió con una sonrisa amplia, como si respondiera a la pregunta que él le había hecho en el carrusel: «¿Estás triste?». No, ya no está triste, su hermano va a tener un buen empleo, con futuro, dejará de llevar aquel viejo traje azul heredado, dejará de calzar zapatos de tacones torcidos, ya nadie le podrá tomar por un payaso. Paulo asistía encantado a aquella sonrisa, a la nueva belleza resplandeciente, al rostro animado de vida.

Lucas, que había seguido la mirada de su hermana, vio a Paulo respondiendo a su sonrisa. Lo examinó, vio su elegancia, el tipo aristocrático, las uñas cuidadas por la manicura. Al verse descubierta por Lucas, Manuela volvióse bruscamente, bajó la cabeza, con una sonrisa de chiquilla sorprendida en flagrante travesura.

—Conque timándote con ése, ¿eh? —pero Lucas sonrió también, pues aquella noche todo le parecía agradable y de buen agüero. Parece de buena familia...

Las últimas luces del parque de atracciones se perdían en la lejanía. Ahora

empezaban las calles estrechas y el tranvía lento rechinaba sobre los raíles. Los chiquillos, fatigados, se habían quedado dormidos, recostados en los viejos abuelos, también dormidos. Tía Ernestina contaba estrellas, los ojos en el cielo. Manuela apoyó en su regazo la cabeza de Gino, el sobrino menor, y la acarició suavemente.

Desde un banco del fondo se levantó, irritada, una voz de hombre que ponía fin a una discusión:

—¡Qué golpe ni qué ocho cuartos! ¿Qué importancia puede tener eso? Presidente o dictador, paulista o paraibano, todos son una pandilla de ladrones, no hay diferencia entre ellos. No señor, lo único que quieren es robar y robar y robar... llenarse la barriga y enriquecer a la parentela. Para poner derecho a este país sólo hay un hombre, y ése está preso y no se puede ni pronunciar su nombre, que está prohibido por la policía... Pero usted sabe quién es y yo también lo sé, y lo sabe todo el pueblo...

Tocó la campanilla, bajó a la primera parada, era un viejo de gafas. Desapareció en una esquina.

CAPITULO SEGUNDO

1

La noticia del golpe de estado sorprendió a Apolinario cuando acababa de atravesar la frontera. Había ocurrido por la noche. Los camaradas de Porto Alegre le habían proporcionado un complicado enlace en las cercanías de Bagé, con unos tipos que dependían de un uruguayo cuyas tierras lindaban con la frontera. Uno de ellos — así se lo habían explicado en Porto Alegre— debía la vida a un camarada del partido y por eso se prestaba, a veces, a pasar a algún compañero en situación ilegal por caminos que sólo los contrabandistas conocían. La frontera de Santana do Livramento y Rivera, la más fácil —una calle como otra cualquiera entre dos ciudades— estaba imposible, un verdadero ejército de policías la vigilaba en aquellos días precursores del golpe fascista. No valía la pena arriesgarse; era mejor hacer la travesía más difícil pero también la más segura.

Desde Bagé lo llevaron a una casa en el campo, no lejos de la frontera, donde esperó en compañía del hombre encargado de guiarle. Empezó a andar, sobre las huellas del guía, al caer la noche. El inmenso descampado de la pampa estaba envuelto en un cielo oscuro, de azul añil, en la noche sin luna, escogida adrede. El gaucho iba silencioso ante él, con paso sutil de animal del campo. De vez en cuando, el mugido de una vaca o el trote de un avestruz perdido cortaban el silencio pesado de la marcha. El gaucho caminaba atento a todos los ruidos, y se paraba de tanto en tanto para escuchar rumores lejanos, totalmente inadvertidos para el oído ciudadano de Apolinario.

El exoficial tenía aquella calma del hombre nervioso que sabe, no obstante dominar enteramente sus nervios, mandar sobre sus sentimientos. Cuando el guía se paraba, él se paraba también, y esperaba sin hacer preguntas hasta que el otro daba la señal de reanudar el camino. El gaucho era un tipo de indio de rostro poco comunicativo, le miraba a hurtadillas en cada pausa de la marcha, y también en las casi inexistentes curvas del camino. Sólo le habló una vez, y fue para decirle en una lengua de la frontera, un portugués mezclado de español:

—Cuidado ahora, la policía es por aquí cerquita...

Anduvieron a rastras, como las serpientes, unos cuantos metros. El camino había quedado a un lado, iban entre los pastos. Las lechuzas gritaban en las ramas con un aullido de mal agüero. En un momento determinado, el gaucho se detuvo, se sentó en el suelo, y empezó a imitar, con un preciso ritmo repetido, el grito amedrentador de las lechuzas. Apolinario se sentó también y oyó la respuesta, llegada de unos árboles aislados a lo lejos. Inmediatamente la luz de una linterna brilló en el campo, y se dirigieron hacia aquel foco de luz. Un hombre bronceado, con bombachos y camisa, pañuelo rojo al cuello con el típico traje de los gauchos, los estaba esperando. El indio dijo, al darle la mano:

—El patroncito tiene un coraje de verdad...

Sólo entonces preguntó Apolinario:

—¿Hemos llegado ya?

El hombre bronceado le tendió la mano y respondió:

—Usted está en el Uruguay. Pero, atención, que también aquí los tiempos son malos para los comunistas. Es el gobierno de Terra... Venga usted conmigo...

El que le había acompañado se disponía a volver. Bebió un trago de aguardiente de una botella que el otro le ofreció. Se despedía. Apolinario quiso darle algún dinero, pero el gaucho bronceado no lo permitió, diciendo bruscamente:

—Trabaja para mí, yo le pagaré su trabajo. No hago esto por plata, lo hago por gratitud. Adelante.

Vio aún al indio tomando el mismo camino de vuelta, impasible y mudo, sombra perdida en la noche de la pampa. Apolinario aceptó el trago de aguardiente ofrecido por don Pedro:

—Yo me llamo don Pedro, para servirle a usted...

Era hablador y cordial, y, mientras andaban en busca de la casa donde Apolinario tenía que pasar el resto de la noche, le iba contando que por aquellos mismos caminos se habían transportado, a lo largo del año, muchas armas de contrabando para el gobernador del Estado, Flores da Cunha, «don Antonio», como le llamaban los contrabandistas de la frontera.

—Pobre don Antonio a estas horas ya se encuentra en Montevideo. Llegó por la mañana, en un avión especial.

—¿Flores da Cunha en Montevideo? ¿Por qué?

—¡Ahí! ¿Usted no sabe todavía nada de los acontecimientos de Rio? Han sucedido por la mañana...

—He pasado todo el día en una choza en medio del descampado, con el amigo que me acompañó. No sé nada.

—Es verdad. Ya lo había olvidado. Pues le diré: Vargas disolvió el Parlamento, anuló la Constitución, terminó con la campaña electoral. Él habló por radio, pero yo no sé lo que dijo, no estaba en casa. Ese don Getúlio es un diablo, no hay persona que pueda con él...

Apolinario pedía detalles con hambre de noticias, pero don Pedro apenas sabía nada, había andado muy ocupado aquel día, sólo había oído por radio que Getúlio Vargas había dado un golpe de estado, había proclamado otra Constitución, disuelto el Parlamento, y que Flores da Cunha había huido apresuradamente de Porto Alegre a Montevideo, en avión, y que había pedido asilo en la capital uruguaya.

—Pero usted puede escuchar la radio en casa. Usted se quedará esta noche con nosotros; mañana por la tarde puede tomar el tren para Montevideo, en Melo...

Apolinario anduvo en silencio lo que quedaba de camino. La noche se había cerrado sobre él con aquella noticia. Don Pedro añadía un detalle olvidado:

—La radio habla de muchas detenciones en todo Brasil.

¿Qué estaría pasando en Rio y en São Paulo, en Bahía y en Pernambuco, en Porto Alegre y Curitiba? ¿Habría resistencia al golpe? ¿Se habría realizado la unidad

antifascista que el partido intentaba establecer entre todas las fuerzas democráticas? La llegada de Flores da Cunha a Montevideo parecía indicar que no, pues eran precisamente los Estados de Rio Grande do Sul y Bahía los aparentemente más fuertes para formar la resistencia. ¿Qué estaría pasando ahora con los camaradas en toda la extensión de Brasil, quién estaría preso, cómo habría reaccionado el pueblo ante el golpe? Y los integralistas, ¿se encontrarían en el poder, desencadenando el terror fascista sobre el país? Aceleraba el paso hacia la casa donde había un receptor de radio capaz de darle las noticias que deseaba. Lo iba dominando la tristeza de no estar en Brasil en aquella hora decisiva. ¿No necesitarían de él? Era un oficial, sabía combatir, y ¿quién sabe si ahora, en algún lugar de Brasil, estarían luchando sus camaradas? ¿Por qué le habían enviado al extranjero cuando el peligro fascista estaba tan próximo y podía abatirse, como se había abatido, en cualquier momento sobre el pueblo? Sentía una opresión en el pecho, un oscuro deseo de dar media vuelta y recorrer el camino imposible que le llevara al otro lado de la frontera. Se repitió para sí, para calmarse, para dominar la agitación que le dominaba:

—El partido sabe lo que hace. Lo sabe mejor que yo...

La inminencia del golpe no se le podía haber escapado al partido, siempre vigilante y bien informado. Hacía apenas siete días que Apolinario había embarcado en Santos hacia Porto Alegre, y si el partido le necesitara, no le habría enviado lejos, e incluso estando en Porto Alegre podrían haberle dicho que volviera. Si los camaradas le hacían continuar su viaje es que, ciertamente, la reacción armada al golpe, la unidad entre las fuerzas de los dos candidatos a la presidencia de la República, no habían sido posibles, y en aquel momento era más importante que un oficial del Ejército, condecorado de su profesión, estuviera en los campos de batalla de España.

Estas reflexiones disminuyeron su deseo de abandonar al gaucho bronceado en medio del camino y regresar a Bagé, pero no su ansia de noticias. Pensaba ahora en cada uno de sus camaradas, en el peligro que los rodeaba, pensaba en aquella joven compañera paulista, Mariana, que le agitaba la mano en su despedida en el muelle de Santos cuando el navío se alejaba. Fue ella quien le llevó el dinero para el pasaje y para los gastos al pequeño hotel donde se alojaba. Había llegado por la mañana del día en que salió el barco, y se quedó con él hasta la hora de la partida. Fue ella misma quien compró el pasaje, y luego pasearon por la playa mientras esperaban el momento del embarque. Y de nuevo, cuando minutos antes de salir el barco él subía la escalerilla de a bordo, le saludó militarmente. Antes le había dicho:

—Tú a luchar allá que aquí quedamos nosotros para enfrentarnos a la reacción... Hasta la vista...

—Hasta la vista, pequeña... —había repetido él con voz emocionada, poniendo en aquella despedida de su camarada casi desconocida la emoción de la imposible despedida de su hermana.

Pensó en ella y en João; pensó en el camarada de Porto Alegre que se había

encargado del enlace con Bagé, pensó en todos los que estaban en la ilegalidad y pensó en los presos como Aguilido y Algiberto, sobre cuyas cabezas pesaban violentas amenazas. Y pensó sobre todo en Prestes, aislado del mundo en su cubículo triangular, odiado con odio mortal por la reacción, amenazado en su vida. Los integralistas no escondían su sed de la sangre de Prestes, su intención de asesinarle cuando llegaran al poder, si llegaban al poder. Apolinario crispaba los puños al recordar el peligro que Prestes corría. ¡Pero no! No tendrían valor para hacerlo..., pensaba. Tendrían miedo del pueblo. Aquel prisionero incomunicado estaba defendido por el amor del pueblo. Y había además la campaña en favor de Prestes en el extranjero, en diversos países, había la solidaridad internacional que le rodeaba y lo protegía contra el odio de sus carceleros. Apolinario repite todo esto para sí, el paso rápido devorando el camino, obligando al gaucho casi a seguirle a la carrera. La sombra de una casa se alza en medio del campo, protegida por los eucaliptos y los cipreses.

—Ya estamos... —dijo don Pedro.

Una lámpara de petróleo iluminaba un interior sencillo donde la mesa estaba puesta: carne asada y fruta. Desde otra habitación acudió, atraída por el rumor de los pasos de los hombres que entraban, una mujercita pequeña y joven, mestiza de indio, sujetando con las manos la punta del delantal. Don Pedro la presentó:

—Mi china... Un amigo...

La mujer tendió la punta de los dedos e hizo una reverencia anticuada y graciosa. Apolinario no apartaba los ojos de la radio de batería colocada en una mesita cubierta con un mantelillo bordado. Don Pedro dijo:

—Voy a poner la radio...

La mujer les invitó a lavarse las manos. La palangana esmaltada ya estaba llena, y ella les entregó jabón y toalla. Por la radio se sucedían piezas sueltas de música, mientras don Pedro buscaba una emisora brasileña. Restos de un tango, en la voz nasal de la cantora, se extendían por la sala:

... desilusión de mi vida

Al fin, dominó una samba. Don Pedro se sentó a la mesa:

—Es Radio Nacional de Rio. Después dará las noticias...

Comieron los dos, mientras la mujer, de pie al lado de la mesa, los miraba sin decir palabra. Don Pedro sirvió vino. Apolinario esperaba impaciente que empezaran las noticias. Casi no comió. Se sentó junto a la radio, mordiendo un melocotón. Y oyó en el correr de la noche aquellas noticias y todas las que podía ir captando en las emisoras brasileñas, uruguayas y argentinas. En definitiva, era la misma monótona repetición de los mismos hechos: Getúlio Vargas, con el apoyo de los generales y de los integralistas, había dado un golpe, rodeado los edificios de la Cámara y del Senado. Había dado el cese a los gobernadores de Bahía, Pernambuco y Rio Grande do Sul, mientras mantenía en sus puestos a los demás gobernadores, transformándoles

en interventores de sus Estados. Había prohibido los partidos políticos y proclamado una constitución basada en las de Mussolini y Salazar, y había puesto nombre al régimen instituido en el país: el «Estado Novo», definiéndolo como una «democracia autoritaria». Había noticias contradictorias: hablaban de la detención del gobernador de Bahía, mientras que otras radios decían que se le había tributado una clamorosa manifestación de entusiasmo popular, hablaban de ministros integralistas, al tiempo que daban la noticia de que Acción Integralista era uno de los partidos prohibidos. Hablaban de millares de detenidos y, sin embargo, proclamaban la calma absoluta que reinaba en todo el país. Apolinario procuraba orientarse entre tanto desconcierto de noticias. Don Pedro se había retirado a su habitación con la chinita. En un rincón del comedor habían armado un catre para el huésped.

Empezaron a callar las emisoras. Apolinario movía los mandos sin cesar, en busca de noticias. Acabó por escuchar el discurso estúpido y violento de un tal doctor Alcebíades Morais, profesor de Medicina en la Universidad de São Paulo, integralista por lo que podía deducirse, que amenazaba a diestro y siniestro, a la Unión Soviética y a los republicanos españoles, a los comunistas brasileños y a los «podridos políticos armandistas», y decía que había llegado la hora de hacer limpieza en el país, de imponer un castigo ejemplar a los «incorregibles enemigos de la sociedad, los adeptos de Moscú». Hacía el elogio de la nueva constitución, que «iba, por fin, a impedir los abusos de libertad que estaban llevando a Brasil al abismo». Y los iba enumerando: libertad de Prensa, Parlamento, derecho de huelga y de reunión, partidos políticos. Y finalizaba con la apología de Getúlio y de Plinio Salgado, «patriotas de categoría»; y el profesor de Medicina, tras haberles comparado con Pedro II y Caxias, acababa diciendo que eran «de la misma familia de los modernos héroes de la cristiandad: Hitler, Mussolini, Hirohito, Franco y Salazar...».

Las emisoras acabaron por cerrar. Apolinario apagó la lámpara de petróleo. Iban a empezar días aún más difíciles para Brasil, las amenazas suspendidas en el aire se habían concretado y el partido debería hacer frente ahora a condiciones mucho más duras. Su pensamiento estaba otra vez con los compañeros presos: debía de haber sido un día agitado en las prisiones. Se sucederían los rumores, las hipótesis, las discusiones. ¿Y Prestes? Incomunicado como estaba, ¿se habría enterado del golpe? ¿Habrían logrado los compañeros comunicarle lo que pasaba? Prestes estaba preso, incomunicado y aislado de todos desde hacía casi dos años. Pero cuando Apolinario se sentía inquieto y preocupado, era en el torturado prisionero en quien pensaba, y la certeza de que vivía bastaba para darle otra vez confianza y seguridad. Así ocurrió aquella noche, en una casa perdida en la pampa uruguaya.

El partido sabría superar los obstáculos, sabría seguir adelante hasta derribar a aquel «Estado Novo» implantado en ese día. Apolinario se preguntó: ¿Cuántos millares de hombres y mujeres volverían esta noche, desde la Amazonia a Río Grande, su angustiado pensamiento hacia Prestes? ¿Y cuántos, como él, se sentirían inmediatamente confiados, como si de la lóbrega prisión les respondiese una voz de

esperanza y seguridad...?

2

Costa Vale había llegado de Rio en vísperas del golpe. Los días pasados en la capital habían sido de intensa actividad. El banquero había estado en el Palacio de Catete, en una prolongada entrevista con el presidente. Éste le había pedido su opinión sobre Europa. Costa Vale habló con calor, insinuó sus impresiones sobre las perspectivas de la política internacional, dejó entrever que, dentro del juego de intereses en el mundo, el futuro era de Hitler. Había estado también con generales, con diversos políticos, había almorzado en la Embajada de los Estados Unidos y mantuvo una entrevista con un representante de capitales alemanes, recién llegado a Rio.

Cenaba casi todas las noches con Artur, y discutían de política y de negocios. El diputado andaba apesadumbrado, había perdido su facilidad para reír, parecía envejecido, ni siquiera Shopel había conseguido hacerle reír una noche que había cenado con ellos. Y, no obstante, el poeta estaba particularmente brillante aquel día, había contado sabrosas historias sobre los amores de un exministro con una viuda rica. El exministro, de tan enamorado —de la viuda y del dinero, aclaraba el poeta—, se había dedicado a las musas y compuso un largo poema, de una terrible monotonía, y se lo entregó a Shopel para que lo editara en plaqueta de lujo, papel de Holanda, tiraje limitado. Lo editaría, claro, pues era edición pagada, y bien pagada, por el autor, y además, el ministro estaba en muy buenas relaciones con los integralistas y con Getúlio, y había sido probablemente el principal redactor de la Constitución que iba a ser proclamada en breve cuando diesen el golpe... Pero los versos, ¡ah, los versos!, valía la pena leerlos... Shopel había intentado hacer algunas correcciones — con permiso del autor, naturalmente— para ver si al menos conseguía evitarle el ridículo. Imposible: la cosa era tan mala, con lenguaje hueco de jurista y con unas imágenes tan idiotas, que no había remiendo capaz de salvar aquella catarata de versos retóricos, de un sentimentalismo infantil. Y el pobre hombre había sido capaz de ponerle por título *Nueva Ilíada*. ¿No era para morir de risa? Una vieja momia, conservada a costa de cremas y masajes, sometida por lo menos dos veces a operaciones de cirugía plástica para estirarle la piel del rostro, tratada de Helena, de belleza griega, de flor del Lacio, de estatua jónica y toda una serie de estupideces parecidas...

Costa Vale reía y comentaba:

—Eso es lo que echa a perder al país. Los hombres no tienen seriedad. Ya veis, un hombre como ése, varias veces ministro, culto, con un bufete de abogado que le da lo que quiere, se pone ahora a escribir versos, de viejo. Y eso en el mismo momento en que va a ser nombrado ministro de Justicia. Es capaz de perder el ministerio por una cosa así...

—No, hombre, no... —disintió el poeta. A Getúlio le gustan estas cosas; chistes, poesías, literatura, buenas historias... Es un gozador.

Artur no se reía ni intervenía en la conversación. Él no había escrito poemas a ninguna viuda rica y, sin embargo, el soñado ministerio había volado de sus manos. Ahora sabía que el golpe era seguro y lo sabía con certeza infalible. El banquero había acabado con su confianza en una conspiración «armandista» preparada para derribar a Getúlio Vargas. No se había desligado de ella por entero, pero al hacer balance de las adhesiones, aquella misma semana, había visto la fragilidad de sus bases: fuera de Rio Grande do Sul, con su policía militar y sus voluntarios, con las armas compradas por Flores da Cunha no había nada. Hasta en São Paulo la cosa era difícil, pues el comandante de la región militar era hombre de confianza de Getúlio y los integralistas estaban infiltrados en todas partes. En una conferencia con otros jefes de la candidatura de Armando Sales, Artur había aconsejado francamente el abandono del plan de un golpe militar, que sólo iba a servir para reforzar a Getúlio. Pero los otros persistían, y él declaró que en adelante se desentendía del asunto.

Costa Vale quiso llevarlo con él a São Paulo. Para convencerle le dijo que sabía de fuente segura la fecha del golpe y que era mucho más próxima de lo que Artur podía suponer. Una vez más, le repitió:

—Vete a tu hacienda, quédate allá tranquilo unos días hasta que las cosas se serenen y empiecen a verse claras... Luego llegará tu momento, cuando Getúlio necesite apoyarse en fuerzas que sirvan de contrapeso a los integralistas...

—¿Qué quieres decir con eso?

—He estado comiendo en la Embajada norteamericana... Sondeé el ambiente sobre eso de la alianza de Getúlio con los integralistas. Son optimistas, dicen que Getúlio juega con los integralistas como un gato con los ratoncitos...

—¿Has perdido tu confianza en los integralistas?

—No es eso. Creo que, en el futuro, todos nos uniremos cuando llegue la hora de la guerra, la hora de Hitler. Entonces habrá también lugar para los integralistas. Pero, por ahora, creo que aún es temprano. Los norteamericanos son aún los que mandan, y los norteamericanos son Getúlio. Pienso que, después del golpe, Getúlio va a darles la patada a los integralistas. Por lo menos, como fuerza independiente...

—Todo esto es una porquería... —dijo Artur—. Pienso seriamente en dejar la política, volver a mi bufete de abogado. Estoy cansado.

—Ni estás cansado ni piensas en dejar la política. Lo que te pasa es que estás enfadado porque pensabas ser ministro. Tonterías. ¿Quién te dice que no vas a ser ministro un poco más tarde?

—Ministro de Getúlio... ¡Nunca!

—Tonterías. ¿Qué tiene Getúlio de particular? ¿El que no sea aristócrata paulista con cuatrocientos años de historia familiar? Tampoco yo lo soy, querido amigo. Getúlio es un político inteligente, sabe conducir este barco mejor que nadie: engaña a los obreros con leyes laboristas ante las que vosotros, de retrógrado conservadurismo, torcéis las narices. Trabaja con los norteamericanos, pero al mismo tiempo se da cuenta de la importancia de los alemanes, y no les cierra las puertas. Un hombre

hábil, chiquillo, que hasta puede acabar de emperador. Te he dicho más de una vez que la política basada en los intereses de Inglaterra se ha acabado en Brasil. ¿Qué es lo que sigues haciendo tú en ese barco que se hunde? Y no te preocupes, porque aún vas a ver muchas cosas más en este país. Estoy planeando un gran negocio, una empresa capaz de darnos ríos de dinero... En este viaje he sentado algunas de las bases del asunto, y voy a completarlas en São Paulo. Espero que la Comendadora da Torre quiera participar. Ya he hablado con los norteamericanos, y si a ellos no les interesa, los alemanes están dispuestos a entrar en la combinación...

—¿De qué se trata?

—Te lo contaré luego, cuando tenga la cosa ya medio en marcha. Pero puedo asegurarte que es algo monumental, una empresa gigantesca.

Se limpiaba la cabeza calva que el calor de noviembre llenaba de sudor. Sus ojos fríos se posaron en el diputado:

—Te voy a necesitar en un alto puesto político. Va a ser preciso manejar muchas cosas y a mucha gente...

La palidez de su rostro se animaba bajo la sombra de una sonrisa divertida:

—Necesito también un testaferro que aparezca como lanzador del negocio. Y creo que he encontrado uno excelente.

—¿Quién?

—Shopel...

—¿El poeta? —Artur hizo un gesto de duda.

—El poeta, muchacho, el poeta. Me gusta ese tipo. Es absolutamente cínico y capaz de cualquier cosa por dinero. Hasta de ser leal...

Pero, a pesar de todos los argumentos, Costa Vale no consiguió llevarse al diputado consigo. Artur le explicó la necesidad que tenía de quedarse: se desacreditaría por completo si abandonaba la Cámara en aquellos momentos, si no se quedaba hasta el último instante. Después iría a la hacienda. Pero si se marchara ahora, antes del golpe, eso sería perjudicial para su futuro.

—Quizá... —dijo el banquero—. Son esas cosas de tu honor, esos prejuicios de familia antigua. Pero, muchacho, no hay nada que desacredite más a un político en Brasil que estar abajo. En fin, si te quieres quedar, quédate. Asegúrame, no obstante, que te pondrás en viaje al día siguiente...

El día 9, por la noche, Costa Vale, de vuelta a São Paulo, habló con Marieta. Le preguntó cuáles eran sus compromisos para el día siguiente. Ella enumeró algunos: el peluquero, la modista, un té con Paulo en la elegante librería (con salón de té al fondo) recién abierta por unos tipos del gran mundo paulista.

—Cancélalo todo querida. Lo mejor es que mañana no salgas de casa. Puede haber desórdenes en la ciudad. Mañana Getúlio va a dar el golpe.

—¿Y Artur? —se interesó ella.

—Ese idiota ha querido quedarse en la Cámara hasta el fin. Quijotismo de político anticuado. Nuestros tiempos no soportan esas tonterías. A veces hasta llega a

cansarme con esos tiquismiquis de hidalguía. Si no supiera que todo eso es puro cuento, que a la hora de los negocios serios lo tira todo por la borda, ya habría prescindido de él hace tiempo. Vamos a dejarle que caiga con honor, como él va a decir a todo el mundo. Eso elevará su precio luego. Cada uno vende lo que tiene, querida. Él vende, por el precio más alto que puede, esos escrúpulos de honradez.

—¿Y el caso de Paulo?

—¡Ah! Es verdad. Hablé con el ministro. Le han dado un mes de vacaciones. Después se quedará en Rio algún tiempo y al fin le darán un buen destino.

El día del golpe, Costa Vale salió hacia su despacho del banco a la misma hora de siempre. Y estaba encerrado en él, en una importante entrevista con la Comendadora da Torre, cuando alguien llamó nerviosamente a la puerta. Se levantó para abrir. La Comendadora estudiaba, con ojos extremadamente interesados, un mapa trazado con mano competente, lleno de puntos, de rayas, de señales.

En la puerta abierta apareció la cara asustada del gerente, balbuceando:

—La radio está anunciando un golpe de estado. El Ejército se ha echado a la calle y patrulla por la ciudad. Dicen que el gobernador ha sido detenido...

La Comendadora se volvió, con un interés súbito y excitado:

—¿Golpe de estado? ¿De quién? A ver, hombre, suelta lo que sepas...

Pero Costa Vale cortó la onda de noticias y rumores que el gerente se disponía a revelar:

—No tiene importancia, Comendadora. ¿Quién no sabía, desde hace mucho tiempo, que Getúlio no iba a permitir las elecciones?

Cerró la puerta, volvió tranquilamente junto al mapa extendido en su mesa de despacho, señaló con el dedo:

—¿Qué me dice del negocio que le propongo? ¿No le parece una verdadera mina de oro? O, mejor que una mina, es oro a flor de tierra, para que sólo haya que cogerlo con la mano...

La Comendadora alzó los ojos del mapa:

—¿Y quién puede conseguir la concesión? Si Armando Sales fuera elegido, sería fácil, Arturzinho se encargaría... pero con ese golpe de Getúlio, ¿qué vamos a hacer?

—Tengo un tipo, íntimo amigo suyo, muy influyente, que está interesado en el asunto. No se preocupe por lo de la concesión. Sé lo que hago y siempre he estado seguro de que las elecciones no se iban a realizar...

3

Una excitación de día de gran premio en las carreras de caballos volvía frenética la voz de Susana Vieira narrando los acontecimientos. Estaban en el saloncito que daba al jardín, habían servido el té, todos querían contar lo que sabían. La voz de la muchacha dominaba sobre las demás:

—Tardé casi una hora en llegar hasta aquí... En cada esquina los soldados paraban el coche, pedían documentos como si uno no estuviera en su tierra, hasta miraron los asientos del coche para ver si había algo escondido. Y unos soldados brutos, sin educación. En el centro no querían dejarme seguir... Si no fuera por un capitán que apareció, y con qué simpatía el hombre, yo estaba aún allí, os lo aseguro. Una falta de consideración, jamás se vio una cosa así...

Miraba a Paulo, esperando encontrar en él algo de solidaridad en tanta desdicha. El muchacho sonrió, su habitual sonrisa blanda, como una caída de labios. Marieta siguió la escena, la mirada de la joven, la sonrisa formal de Paulo, el silencio horrorizado de doña Henriqueta Alves Neto, la esposa del ilustre abogado. Doña Henriqueta ya antes se había sentido molesta. Con ella había llegado la noticia del golpe de estado, pero su automóvil no había sido parado por los soldados: vivía en la misma calle, había venido a pie a refugiarse en casa de Costa Vale, su marido había huido por temor a ser detenido, y le había aconsejado que no se quedara en casa, que la policía podía venir a molestarla. Por eso había interrumpido la animada conversación entre Marieta y Paulo entrando jadeante, con voz entre risueña y temerosa, gesticulando:

—Hija mía, vengo a pedirte asilo...

—¿Qué dices? ¿Tónico te ha echado de casa...? —y bajando la voz al abrazarla —: ¿Lo ha descubierto?

—No, no, nada de eso... —Ahora hablaba para Paulo—: Golpe de estado... Getúlio, los integralistas... Están deteniendo a todo el mundo, dicen que hasta han fusilado a algunos... El pobre Tónico tuvo que huir a toda prisa y me ha dejado sola... —su mirada provocativa se clavaba en los ojos de Paulo como pidiéndole que la protegiera ahora que el marido, cobardemente, la dejaba sola en la hora del peligro.

Marieta simuló sorpresa:

—¿Golpe de Getúlio? ¡Qué horror! Y tú, pobrecita... Esos hombres es que no tienen corazón...

Pero estaba atenta al juego de la otra y pensaba en su insaciabilidad sexual, en su escandalosa crónica de amantes que se sucedían y a veces incluso coexistían. Y la veía ahora lanzando aquellos ojos voraces hacia Paulo, ofreciéndose al muchacho de manera tan cínica y descarada que Marieta no podía dejar de insultarla mentalmente: «¡Prostituta!».

La Comendadora da Torre, vieja en edad y en experiencia, tenía razón al calificar el escándalo de Paulo como un atractivo más para las mujeres. Allí estaba Henriqueta

entregándose casi, y después le había tocado el turno a Susana Vieira, devorándole con los ojos. Y una y otra la adulaban como si ella pudiera ayudarlas en sus sucios manejos, como si ella fuera la madre benevolente de Paulo dispuesta a facilitarle sus amores. Sí, tanto la joven deportiva como la excitada treintañera la tenían por una vieja, una posible aliada y jamás una rival. Aquello le hería y le lastimaba. Ella se sabía más hermosa y deseable que Henriqueta, aunque fuera más vieja. Y, en cuanto a Susana, era una de esas turbulentas semivirgenes, de cuerpo sin duda ya más flácido que el suyo...

Veía a Paulo indiferente ante una y otra, con aquel aire de fastidio que aumentaba a medida que las oía. Nada descubría en él, aparte de la civilizada gentileza que le obligaba a estar atento, a sonreír y a decir algunas frases. Ningún otro interés. Y eso alegraba a la inquieta Marieta hasta el punto de volverla mala y vengativa. Así, antes de que Susana Vieira llegara con su historia de automóviles detenidos, de soldados y de capitanes, había desmontado toda la fachada teatral de Henriqueta, dejándola asustada y encogida en su silla, casi llorando, con rumores tremendos de venganzas getulistas contra los partidarios de Armando Sales, especialmente contra los jefes de su candidatura y sus amigos íntimos, como el doctor Antonio Alves Neto. Una cosa parecía segura: la fortuna de los más comprometidos iba a ser, sin duda alguna, confiscada... Personas de confianza de Getúlio la habían advertido: aquello que el dictador no había tenido valor de hacer en 1930, lo iba a hacer ahora. Haciendas, fábricas, periódicos, acciones, todo pasaría a manos del Estado o de los familiares de los del gobierno... Su fortuna, la de los Costa Vale, ésa estaba garantizada, pues José no se había comprometido en la campaña, había andado por Europa, y aun pocos días atrás había hablado largamente con Getúlio. Pero la de Artur y la del doctor Alves Neto, ésas serían seguramente confiscadas. Pero Artur, en definitiva, no iba a quedar desamparado, su puesto de abogado del banco y de otros negocios de Costa Vale le bastaban para vivir en la abundancia, pero lo que es otros...

Henriqueta miraba con ojos desorbitados, sinceros por primera vez en su vida, el rostro pálido, la boca entreabierta, sin voz. Paulo no comprendía bien el motivo de la comedia de Marieta, pero la seguía divertido y, para ayudarla, añadió detalles dando fuerza de veracidad a sus alarmantes afirmaciones:

—Desde ayer por la noche, desde incluso antes del golpe, el Ejército ocupa el *Estado*, uno de los diarios armandistas. Los mesquistas van a perder todo lo que tienen... Y yo mismo estoy asilado aquí, como usted. Supongo que a estas horas ya estará la policía en casa, haciendo el inventario de lo poco que tenemos...

—No es posible... —gemía Henriqueta, ahora lejos ya de sus intentos de conquistar a Paulo, pensando exclusivamente en sus propiedades, en la casa magnífica que les había construido apenas seis meses antes el célebre arquitecto Marcos de Sousa, en las haciendas y cafetales, en la calle entera de casas de alquiler en el centro de la ciudad, con una renta mensual de...—. No, no es posible... Esas cosas son sagradas, nadie puede apoderarse de ellas...

—Hija mía, tenemos ahora el Estado Novo, la dictadura fascista; no es como en el treinta... Mira lo que hizo Hitler en Alemania, con los judíos, les quitó todo lo que tenían...

—Pero nosotros no somos judíos, Dios me libre... Tónico viene de una de las más antiguas familias de São Paulo, y yo soy de origen británico. Lo podemos demostrar. Tónico tiene en casa el árbol genealógico de la familia, le costó un dineral...

—Eso de los judíos fue en Alemania, mujer. Aquí no van contra los judíos, van justamente contra los paulistas de hace cuatrocientos años. Contra ellos dio Getúlio el golpe, ya ves...

Doña Henriqueta se llevó las manos al rostro, había perdido aquel pretendido aire tentador, la caída sensual de la mirada, y de no haber sido por la ruidosa entrada de Susana Vieira, habría estallado en sollozos ante aquella súbita amenaza de pobreza.

Susana se sentó al lado de Paulo. Quería saber noticias de Artur:

—¿No le ha pasado nada?

—Hasta ahora, no. Hablé con él por teléfono hace media hora o poco más... Estuvo en la Cámara, pero ya la encontró rodeada por la tropa. Vendrá mañana por aquí, si no le detienen hoy...

E intentó, animado por el perverso juego de Marieta, repetirlo con Susana:

—¿Sabes que todos nosotros estamos amenazados por la miseria más negra? ¿Sabes que hemos tenido que venir a mendigar el pan de Marieta?

—Pero ¿qué me dices?

Paulo volvió a desarrollar su teoría de la confiscación de bienes. Pero como lo hacía para reírse y no para vengarse, inventó tantos y tan increíbles detalles que Susana se echó a reír inmediatamente:

—Como chiste es de los más buenos que he oído en mi vida...

—¿Que es una broma? —Henriqueta la interrumpió. No tiene nada de broma, hija mía, nada. ¡Ay, Susanita...! —y su voz se llenaba de sollozos contenidos. Marieta y José recibieron la noticia de muy, pero que muy buena fuente...

—Bueno, bueno... ¿Dónde se ha visto apoderarse de los bienes de los demás? Eso, quienes lo quieren hacer son los comunistas. ¿Es comunista Getúlio?

—Es fascista... —repitió Henriqueta.

—¿Y dónde se ha visto que los fascistas se apoderen de las propiedades de nadie?

—Hitler lo hizo con los judíos...

—Bueno, pero eso es otra cosa, mujer... Eran judíos, ¿comprendes? Aquí no va a pasar nada de eso... Quizá detengan a algunos políticos, pero el dinero no van a tocarlo... ¡Imagínate!

Ahora Marieta y Paulo se reían también, y Henriqueta empezó a comprender que le habían estado tomando el pelo, que se habían divertido bien a costa suya. Quiso enfadarse, pero el alivio que sentía era tal que también se echó a reír, recuperando de nuevo su aire lánguido y provocador. Marieta le explicó que le había gastado aquella broma para quitarle tensión al momento. Henriqueta la abrazó, de nuevo clavó los

ojos en Paulo, con una tierna reprensión en la mirada:

—¡Ay, Dios mío! ¡Vaya susto que me habéis dado!

Marieta acompañaba cada movimiento de las otras dos en torno a Paulo. Desde que había llegado, desde que vino a visitarla al día siguiente de la recepción, vivía en una constante agonía pensando que en cualquier momento podría entrar en su vida una nueva mujer. Paulo le había contado toda aquella historia de Bogotá, el aburrimiento de su vida, la idiotez de aquella aventura con la mujer del embajador de Chile, viciada y loca... Le habló también del vacío de su vida, de su deseo de un tierno amor que lo consolara de su última aventura. Aquel tierno amor que Marieta podría darle si no fuera... ¿Si no fuera qué?, se preguntaba ella en las noches sin sueño, sobre el lecho enorme, en su cuarto donde raras veces aparecía Costa Vale. Si no fueran unos cuantos prejuicios, sólo prejuicios... Pero más fuertes que aquellos matrimoniales rotos cuando se había entregado a otros en São Paulo, en Rio, en Europa. Porque lo conocía desde niño, porque Artur había sido su novio en otros tiempos; porque Paulo había crecido casi en su casa, porque los demás la miraban como si ella fuera una segunda madre para el muchacho... Pero nada de eso era verdad, nada era cierto... A Paulo sólo le había conocido realmente cuando se hizo hombre. Aquel chiquillo que saltaba en sus rodillas no tenía nada que ver con el joven displicente que tenía ahora sentado ante ella. Era una debilidad inclinarse ante tales prejuicios, si no había entre ellos lazos de sangre, si eran sólo un hombre y una mujer libres para amarse... Eso era lo que pensaba en sus noches de neurastenia, dando vueltas en la cama, la garganta cerrada en sollozos, rasgando con los dientes los encajes del camisón. Pero él, ¿cómo miraría ese amor desesperado, cómo iba a reaccionar ante todo aquello por lo que iba a ser necesario que pasaran? Ésa era la duda que la torturaba, que le impedía competir con Henriqueta y Susana en aquel juego de miradas sugestivas, de insinuaciones, de sonrisas de invitación... ¿Y si él la apartaba con un gesto de horror, sintiendo repugnancia ante aquella pasión inesperada, ante aquel deseo que tal vez le parecería incestuoso? ¿O si... —y eso era lo más terrible— la encontrara vieja, mujer marchita y sin interés? Se debate en esas dudas, prisionera de ellas, sin poder, como Henriqueta, como Susana, como todas las demás mujeres, luchar por su amor.

La conversación giraba en torno al golpe, a su posible repercusión en la vida del país, en la política del Estado, en la existencia de cada uno de ellos. Henriqueta preguntaba, en una interrogación cargada de sonrisas:

—¿Tendremos que invitar ahora a Plinio Salgado a las recepciones? Realmente no es tan ridículo y maleducado...

Marieta casi no participaba en la conversación, removiéndolo su atroz deseo. Sus ojos iban de las mujeres a Paulo y a veces se demoraban en el muchacho y ella no sabía cómo contener el fuego de su mirada, cómo contener la pasión de su voz, cómo no caer en sus brazos, cómo no decirle...

El criado entró en la sala para anunciar:

—El doctor Shopel pregunta si puede ser recibido...

Fue una sorpresa para todos. Creían que el poeta estaría en Rio, donde residía y donde funcionaba su editorial. Entró Shopel rumoroso, arrastrando el peso de sus carnes, besó la mano de las señoras, dio un abrazo a Paulo, a quien aún no había visto, murmurándole sus trasechas:

—¡Oh sublime juventud! ¡Oh carácter impoluto! ¡Oh imaginación de los dioses! Y yo que te andaba buscando de la ceca a la meca por estas calles de São Paulo, y resulta que te encuentro en un pacífico té en este día getuliano del fin del mundo...

Marieta quiso saber qué hacía en São Paulo en aquel día «getuliano del fin del mundo», él que era hombre de la situación, editor de los integralistas y amigo de los amigos de Getúlio, ¿qué hacía él en aquel cubil de «políticos carcomidos» donde ella misma se sentía en peligro, a pesar de estar en su casa? El poeta acomodó las grasas en un sillón, echó atrás su cabeza oscura y declaró que ni él mismo sabía lo que pasaba. Una llamada telefónica de Costa Vale lo había arrancado de los sensacionales acontecimientos de Rio de Janeiro, lo había metido en un avión y lo había dejado en un hotel de São Paulo como un fugitivo. El banquero había reclamado su inmediato viaje a São Paulo, le convocaba para una cena aquella misma noche, y él, con la esperanza de volver a ver a Marieta había obedecido las órdenes drásticas del «patrón».

—A los seres vulgares, ¡oh Marieta!, puede parecerles que estoy aquí porque un banquero, dueño del dinero y de la voluntad de los hombres, patrón de poetas y de políticos, me lo ha ordenado. Pero la realidad es muy otra: es esta irremediable pasión mía por la hermosa esposa del banquero...

Y mientras hablaba iba comiendo con sus ojos de buey manso el cuerpo excitante de Susana Vieira, recordando los senos entrevistados la noche de la recepción, deseosos de romper la blusa deportiva que ella llevaba aquella noche, cerrada hasta el cuello. Marieta rió ante el galanteo, satisfecha, como si las palabras del poeta la valorizaran a los ojos de Paulo. Pero tanto Henriqueta como Susana pedían noticias de Rio, de lo que estaba ocurriendo por allá, de los tremendos rumores llegados a São Paulo. El poeta las decepcionó:

—Nunca se vio una ciudad tan tranquila, amigas mías. José Américo está en su casa, Arturzinho en su departamento haciendo las maletas para volver a São Paulo mañana... —se dirigió a Paulo. He comido con él, está en la santa paz del Señor. No hubo nada, no va a haber nada... ¿Sabéis qué nombre suena para ministro de Justicia?

No lo sabían, y el poeta triunfó revelando que era su amigo, el jurista famoso, aquél cuyo libro de poemas estaba a punto de salir publicado por su editorial. ¿No sabíais nada de ese libro? Contó la historia de la pasión del ex y de nuevo ministro por aquella viuda, la vena poética que el amor había despertado en él, a edad madura, la edición de lujo que habían preparado:

—Y os digo una cosa: este hombre tiene verdadero talento político. Es una cosa nueva, diferente, con cierta grandeza clásica, con un poder verbal y unas imágenes

dignas de Camões...

¿Y los integralistas? ¿Cuántos ministros aportaban al nuevo gobierno? ¿En qué situación se encontraba Plinio Salgado...? El poeta se mostró reticente. No lo sabía. Había algo que parecía no ir bien entre Getúlio y los integralistas. No había ningún integralista en el nuevo gabinete, en el que permanecían casi todos los que ya estaban antes. Se hablaba de que iba a ser disuelta por decreto Acción Integralista, como los demás partidos, pero nadie sabía nada seguro, sólo eran rumores. En todo caso, en Bahía habían asumido la jefatura del gobierno y en Rio andaban por las calles apoyando el golpe. Naturalmente, la composición del nuevo gobierno aún se estaba estudiando. El poeta estaba informado de que esta misma tarde tendría lugar una entrevista entre Plinio Salgado y dos representantes de Getúlio. Eso le habían dicho dos amigos simpatizantes con el integralismo. Tal vez después de aquella entrevista se aclararan las cosas...

—Entonces, ¿no hubo detenciones? —se interesaba Henriqueta.

—Bueno, de gente conocida, no. Agarraron a algunos comunistas, varios centenares, creo. Pero eso fue todo...

Paulo le preguntó en qué hotel estaba, si quería, podía quedarse alojado en su casa:

—Tengo mucho que contarte...

—Claro... Toda esa historia de Bogotá...

—¡Deja ya! No, hombre, no —hizo un gesto como si tuviera algo mejor que contarle, y Marieta se vio invadida por la inquietud ¿qué estaría ocurriendo en la vida de Paulo? ¿Por qué estos últimos días andaba con una animación no habitual, como si viviera en un sueño? ¿Sería por ella quizá, por quien sus ojos se cerraban voluptuosamente? ¿O sería por otra, cualquiera de las muchas atraídas por el escandaloso incidente diplomático?

Susana Vieira se ofreció a llevarlos en su automóvil, así también ellos estarían protegidos contra los brutales soldados. Por otra parte en un día de agitación como éste, no iba a ser fácil encontrar un taxi. El poeta aceptó, en el hotel tenía sólo una pequeña maleta. Susana dudaba:

—¿Pequeña? No lo creo, Shopel. Aunque sólo hayas traído un traje, necesitarías un baúl para llevarlo...

Sólo Henriqueta se quedaba; dormiría allí por si acaso. Marieta invitó a Paulo y a Susana a volver. Shopel vendría a cenar, después pasarían el rato. Música, bebidas, podrían bailar.

—O echar una partidita... —sugirió Susana—. Ya sabéis: Raúl de Mendonça ha inventado ahora una deliciosa manera de jugar al póquer... No se apuesta dinero, se apuestan piezas de ropa... El otro día, Mucia dos Santos se quedó en porreta... Perdió todo, hasta las bragas... Las había apostado contra la corbata de Fred Müller, ese americano bonito del Consulado...

—¿Y llevaba bragas? —preguntó con aire inocente Shopel.

—Eres un marrano... —se rió Marieta.

—No, Marieta, sólo un asombrado...

Se quedaron solas ella y Henriqueta. La tarde empezaba a declinar, y en la calle, más allá de las rejas de la entrada, había una tranquila y clara dulzura de comienzo de verano. Nada recordaba los agitados acontecimientos políticos del día. Marieta dijo:

—Ese Shopel, a veces tiene gracia...

—Me gustan sus poesías, siempre son tristes y sentimentales —comentó Henriqueta—. Pero es un monstruo, con esa gordura de capado y esa manía de echarse encima de todas las mujeres... En cambio Paulo, hija mía, qué hombre, qué maravilla... ¿Sabes a quién me recuerda, Marieta? A una imagen de Jesucristo, una del Cristo desnudo, en la cruz, que hay ahí en la catedral. Los ojos así, medio muertos, la boca pequeña. El resto del cuerpo no sé, nunca vi a Paulinho desnudo...

Se rió, mordiéndose los labios:

—Por ahora...

Marieta pensaba una única palabra y deseaba poder decirla en voz alta, lanzarla como un escupitajo al rostro de la otra: «¡Vaca!».

Desde la galería de la última planta del edificio del banco, Costa Vale veía a los soldados patrullando por la calle. La mayoría de las tiendas había cerrado las puertas, temiendo alteraciones del orden. Había dejado el despacho, donde había mantenido una larga conversación telefónica con Rio de Janeiro. En las oficinas trabajaban los empleados, pero habían cerrado las puertas para el público a las tres, como siempre.

Antes de asomarse a la galería, estuvo parado ante un mapa colgado en la pared del despacho: la región de Río Salgado, un valle de densa selva e innumerables cursos de agua. Allí dominaban el paludismo, el tifus y la viruela, el jaguar y las serpientes venenosas. En medio de aquel mundo de árboles y maleza, extendidos en una amplitud sin fin, había algunas chozas de campesinos. Especialmente a orillas del río, donde las tierras eran fértiles y no pertenecían a nadie, había pequeños cultivos iniciados por hombres llegados de diversos lugares por variados caminos. Unos centenares de familias pobres, tal vez millares, nadie lo sabía con certeza, vivían a los márgenes del río inexplorado. Ése era un pequeño problema en sus planes, pero no valía la pena preocuparse por él. Esas gentes no tenían ningún derecho legal sobre las tierras, y los jueces y las leyes estaban de su lado. Y los soldados también, en caso de que fueran necesarios.

Años atrás, volviendo en avión de un viaje de negocios a los Estados Unidos, había sobrevolado aquella región. Nada le decía lo intrincado de la selva virgen, pero el interés profundo demostrado por otro pasajero del avión, *Mr. Thompson*, técnico agregado a la Embajada de los Estados Unidos, cuyos ojos curiosos no se despegaban de la ventanilla, y las órdenes dadas por él al piloto de que volara bajo, llamaron la atención de Costa Vale. De vuelta en São Paulo, se vio envuelto de nuevo en sus negocios pero el pequeño incidente del avión no se apartaba de su mente. Encargó a uno de sus empleados que le buscara todo el material existente sobre el Valle del Río Salgado. No era mucho: unos informes, dos libros de viajeros, uno de ellos interesante, el otro un simple relato de aventuras, y un estudio lleno de datos valiosos publicado en una revista norteamericana, debido a un profesor yanqui contratado por la Universidad de São Paulo, que pareció dedicar mucho más tiempo a aquel valle que a sus alumnos. No era mucho, pero suficiente para aclararle a Vale los motivos del interés de su compañero de viaje: preciosos yacimientos de manganeso aparte de muchas otras riquezas minerales.

El banquero empezó a madurar su plan. Evidentemente, él no podía masticar solo aquel pedazo del país, pero podía, si sabía maniobrar hábilmente, garantizar su participación en un negocio que podía surgir, sin la menor duda, en cualquier momento. Era cuestión de no perder tiempo y, desgraciadamente, los asuntos políticos estaban muy embarullados en aquel momento, con el inicio de la campaña electoral y sus aún imprevisibles resultados. Cuando se extendieron los primeros rumores del golpe, aún tímidamente, antes de su viaje a Europa, Costa Vale se sintió

exultante: necesitaban en el país un gobierno fuerte, de un hombre que pudiera hacer y deshacer, y él prestó toda la ayuda que pudo en la trama política de la que resultó el golpe del 10 de noviembre. No sólo se apartó por completo de la candidatura de Armando Sales —de la que todos esperaban que fuera uno de los baluartes financieros—, sino que abrió un crédito a la Alianza Integralista en su banco, financiando periódicos getulistas, todo tras los bastidores, sin aparecer jamás como era antigua costumbre suya. Había ido incluso a Europa para evitar que su nombre se viera mezclado en los acontecimientos.

Y cuál no fue su sorpresa cuando en Berlín, invitado a una conferencia económica con grandes industriales nazis, encontró sobre la mesa, a cuyo alrededor se sentaban los alemanes, un mapa de aquella misma región de Río Salgado y oyó hablar, con un absoluto conocimiento de causa, de sus innumerables riquezas y, sobre todo, de las fabulosas reservas de manganeso allí ocultas. Él jamás había tenido conocimiento de los informes, y sólo entonces comprendió el valor inconmensurable de aquellas tierras. Los alemanes eran realistas y fríos. A Costa Vale le gustaba su manera de abordar los negocios. Le hablaron francamente: necesitaban aquellas riquezas, manganeso sobre todo, para la guerra próxima e inevitable. Ya habían organizado todo el plan de una empresa monumental, y necesitaban cooperación brasileña. Tenía que ser una empresa germano-brasileña, y el inicio de una gran colaboración del capital alemán en el desarrollo de Brasil. Costa Vale, quien ellos sabían (¿cómo se habrían enterado?) estar interesado también en Río Salgado, podía ser muy bien esa parte brasileña sin la que sería imposible el plan.

Costa Vale estaba atado, por varios de sus negocios, a los norteamericanos. Había empezado su vida de mano de los ingleses (su padre había sido un pequeño funcionario de ferrocarriles, y él mismo había trabajado en una oficina de São Paulo), con ellos había ganado su primer dinero en grande, pero supo ver el ocaso del capital británico en Brasil y se alió con los norteamericanos en varias empresas. Ahora procuraba adivinar de quién sería el futuro. En Europa había percibido un clima de guerra, había visto los desfiles de los alemanes, leyó artículos y estudios sobre el poderío germánico y, al embarcar para Brasil estaba casi dispuesto a volver a cambiar de tren. Pero el viaje a Rio le dejó pensativo. La seguridad de los norteamericanos, su asentada estabilidad, incluso la proximidad de los Estados Unidos, todo le hacía vacilar ahora. Después del almuerzo en la Embajada norteamericana, habló con el agregado comercial. Le habló de Río Salgado y vio un brillo súbito en los ojos azules del gringo. Se abrió un poco más, trazó en amplias líneas un cuadro de su proyecto. Surgieron nombres, tan susurrados que no llegaban a las pesadas cortinas de terciopelo de la sala: Rockefeller, Dulles y otros más. El agregado quedó en avisarle dentro de pocos días para una conversación definitiva. Costa Vale, sin embargo, había resuelto iniciar por su parte los trabajos, sentando las bases iniciales de su plan. Poco después de su indecisión en quién apoyarse, si en los norteamericanos o en los alemanes, nació su idea de empezar solo para poder luego escoger el capital en

dólares o en marcos cuando se aclarara un poco la situación internacional.

Y cuando jugó al golpe de estado, apostó por la carta buena. Un ministro se lo había dejado entrever claramente al preguntarle, agradeciéndole su posición política, qué deseaba para el futuro. Le respondió que se sentía satisfecho con haber apoyado a un gobierno realmente patriota, cuya gestión estaba haciendo de Brasil una gran potencia mundial. Su deseo era ayudarlo en esa obra grandiosa, y tenía unos proyectos relativos a unas regiones inhóspitas del país, que con la aplicación de capitales nacionales podrían convertirse en verdaderos paraísos, como por ejemplo el Valle de Río Salgado, en el estado de Mato Grosso... El ministro lanzó una bocanada de humo de su puro bahiano, y preguntó tras un minuto de silencio:

—¿Y esos capitales nacionales para Río Salgado, vendrán, amigo Vale del City Bank of New York, o del Banco Alemán? Ambos andan apretando el torniquete...

El banquero alzó una mirada fría:

—Aún no lo sé... Creo que es mejor empezar solo, lanzar la empresa y esperar un poco... Así es posible elegir la propuesta mejor... Y también ver cómo se va aclarando la situación internacional.

Otra larga bocanada del puro del ministro, y después la afirmación del talento de Costa Vale. Era realmente una buena idea...

El banquero añadió que estaba pensando en un grupo de capitalistas y de técnicos para la dirección inicial de la empresa. Citó varios nombres, y entre ellos uno muy próximo y grato al corazón del ministro. Éste rió ante el desfile de nombres, y pidió noticias sobre aquella divertida Comendadora da Torre, tan buena narradora de chistes... Y, al despedirse el banquero, después de haber hablado sobre Europa y sobre el escándalo de Paulo en Bogotá, le dijo:

—Vuelva en cuanto tenga en marcha el negocio... Entonces podremos estudiar mejor la cuestión... Creo que, realmente, es una empresa patriótica y de gran envergadura...

Y había llegado el 10 de noviembre, los soldados estaban en la calle, se había establecido la dictadura. Los periódicos ya no podrían gritar, exigir ríos de dinero por un silencio cómplice, los diputados de la oposición no tenían tribunas desde donde armar escándalo, todo estaba ahora mucho mejor, y Costa Vale, desde la galería de la última planta del banco, miraba con simpatía a los soldados que, con bayoneta calada, patrullaban por las calles comerciales. Conseguida la concesión, lanzada la empresa, norteamericanos y alemanes tendrían que venir a él y presentarle sus propuestas, pagar lo que él pidiera por el manganeso enclavado entre los ríos, las selvas y la fiebre. ¿Y por qué no los dos al mismo tiempo, norteamericanos y alemanes, si iban a estar mañana juntos, sin duda, en la guerra contra la URSS, y aquel manganeso iba a servir para liquidar a los bolcheviques?

Sonidos marciales de fanfarrias interrumpieron su pensamiento. Resonaron gritos de mando y pasos de hombres que se acercaban. Y el desfile integralista penetró en la calle hacia el Largo da Sé. Iban en filas compactas, de camisa verde, llevaban en las

manos banderas de Brasil y de la Acción Integralista, y cada diez metros dejaban escapar un grito: «¡Anauê!».

Los ojos fríos del banquero corrieron sobre las filas cerradas midiendo el desfile. Eran muchos hombres. No había duda de que el Integralismo se había convertido en una fuerza. Recordó a los industriales alemanes, alguno vestido ostentosamente con la camisa parda de los nazis, inclinados sobre el gran mapa de Río Salgado. Contaban con los integralistas en el poder para emplear grandes capitales en Brasil, para competir con los yanquis en la vida económica del país. Estaban al día en cuestión política, y uno de ellos, al mismo tiempo poderoso industrial y líder influyente del partido nazi, le había insinuado, de forma suficientemente clara, el futuro enorme de un Brasil ligado económicamente a Alemania cuando mañana, terminada la guerra, extendido el Gran Reich por las tierras fértiles de Ucrania y de los Urales, dirigiendo una Francia dominada y aliado y protector de Italia, Portugal y España, llegara el momento de apartar de los negocios del mundo a los norteamericanos. Brasil sería la palanca sobre la que se apoyaría para remover aquel escollo en el camino triunfal de Hitler y del Imperio Germánico...

Y pensaba también en los norteamericanos de la Embajada, en su seguro optimismo, en las historias sobre la alianza de Getúlio con los integralistas. Y desde la galería de su banco le parecía que aún no había sonado la hora de los alemanes. Costa Vale solía contar, en sus raras horas de confidencias, que debía su carrera a la perspicacia con que calculaba y jugaba cara al futuro. Cuando, antes de 1930 se desligó de los ingleses para convertirse en el hombre de los norteamericanos, muchos otros capitalistas se habían compadecido de él. Y ahora, allí estaba, más poderoso que nadie. ¿No habría llegado el momento de apostar una vez más por ese futuro que él había visto en Berlín, en los desfiles del Ejército alemán, en las entrevistas con los industriales, en aquel mitin nazi monstruosamente grande? Al mismo tiempo sentía bajo sus pies la firme tierra de los dólares norteamericanos, la sombra próxima, más que próxima, presente, de los Estados Unidos, dispuestos a no ceder su lugar a ningún competidor. «¿Quién será mañana el capataz de esta hacienda?», se preguntaba de nuevo con los ojos en el desfile integralista. Lo mejor era empezar solo, recubierto de un simpático manto nacionalista, y esperar que los tiempos le indicaran el camino mejor. Pensó en una orden a los diarios financiados por él: una pequeña campaña sobre la necesidad de desarrollar los capitales nacionales, de que empresas brasileñas explotaran «nuestras» riquezas. Una cosa bien equilibrada, un poco de patriotismo, un poco de independencia y de progreso, y ahí estaba una buena propaganda para la Empresa del Valle de Río Salgado, algo que también elevaría su precio ante los norteamericanos y los alemanes... «Cada uno vende lo que tiene, y yo tengo —tendré, sin duda— esa inmensa tierra con sus selvas y sus ríos, fieras y hombres, plantaciones y minerales, su codiciado manganeso...».

Desde lo alto de la galería le pareció reconocer a uno de los comandantes del desfile integralista. Aguzó la mirada, sí, era él, su médico, el profesor de la Facultad

de Medicina, el doctor Alcebíades de Morais. Allá iba de camisa verde, dragonas en el brazo; por lo menos debía de ser ya brigadier o coronel, enmascarando con un aire feroz su rostro preocupado. Era casi cómico. Y el banquero no se echó a reír porque en aquel mismo momento el profesor levantó la vista, lo vio en lo alto del banco, gritó una orden enérgica a sus hombres, el grupo levantó el brazo en el saludo integralista y gritó dos «¡anauês!» en homenaje a Costa Vale. El profesor Alcebíades se había vuelto hacia la fachada de la casa, el brazo tendido, en pose marcial. El banquero titubeó un momento, pero levantó el brazo también, y su voz cayó como una bendición desde lo alto del banco:

—¡Anauê!

Otra orden gritada por el médico, y el grupo siguió para juntarse con los demás reunidos en el Largo da Sé. En la calle, algunos curiosos miraban, ahora que el desfile había pasado, al banquero solo en su galería. Había un silencio entre amedrentado y hostil. Una hostilidad creciente, subiendo desde aquella gente parada en las aceras de la calle hacia la galería del banco. Costa Vale empezó a notarla, y con los ojos buscó a los soldados de la patrulla, como si pudiera sucederle algo malo. Pero no ocurrió nada, aparte de aquel silencio pesado, de las miradas mudas vueltas hacia el banco. El banquero se encogió de hombros, alejando en un gesto de desprecio el ridículo miedo que le había dominado. Entró de nuevo a la sala y se detuvo otra vez ante el mapa. Pensó en países y en hombres: en Alemania y en los Estados Unidos, en Inglaterra y en España, en Roosevelt y en Hitler, en Mussolini y en Franco. Sólo por un momento pensó en Brasil. Fue cuando su fría mirada se posó en los puntos rojos que indicaban en el mapa las zonas donde los braceros mestizos habían empezado a labrar la tierra y habían talado espacios en la selva.

«Gente estúpida e ignorante —pensó—. Habrá que barrerlos de ahí lo antes posible, sustituidos por buenos colonos alemanes o japoneses...».

Incorporaría al profesor Alcebíades Morais a sus planes: un gran médico para dirigir los trabajos —«verdaderamente patrióticos» sonrió pensando en los artículos de los periódicos— de saneamiento de la región, capacitándola para recibir técnicos y colonos. Y ahora sus ojos, prendidos en el mapa, vislumbraban el futuro, las casas de los alemanes y los japoneses sustituyendo a las cabañas de los braceros, las minas trabajando, barcos fluviales transportando el mineral, un aeropuerto donde aterrizarían aviones. Y sobre esta tierra, en un alto mástil, una bandera ondeando en una afirmación de posesión. Pero ¿cuál? ¿La de los Estados Unidos, con sus bandas y estrellas, o la de Alemania, con su cruz gamada? Se alargó la sonrisa en sus labios, se pasó la mano por la calva: eso iba a ser él quien lo resolviera, en sus manos iba a estar el poder de decidir. En una casa de enfrente, inclinada hacia el banco, se agitaba al viento la bandera brasileña. Costa Vale ni siquiera la había visto, como no la veía tampoco ahora en su ardiente sueño ante el intrincado mapa de ríos y de selvas.

Manuela vino con la tacita de café, la posó en la mesa; andaba de puntillas para no molestar a su hermano, pero Lucas la sintió acercarse y levantó la cabeza del papel, donde el lápiz corregía algunas palabras:

—Es difícil, pero va saliendo.

Manuela sonrió con afecto, pasó sus dedos de porcelana, en una afectuosa caricia, por el pelo de su hermano:

—Para ti, nada es difícil...

Lucas tendió la mano, la abrazó por la cintura, la acercó a él.

—Tonterías. Un muchacho rico, aristócrata, diplomático, nada... ¿Cómo se va a interesar por una pobrecilla de Dios?

Con la mano libre, Lucas tomó la taza; bebía a pequeños sorbos saboreados. Manuela le miraba de puntillas:

—Es tan delicado, tan diferente de los otros... —y cuando hablaba de los otros, pensaba en los hombres de su calle, en los dependientes de comercio, en el viejo de la proposición libertina, en el mundo que la rodeaba. Ni sé cómo hablar con él... El otro día hablábamos de danza, sabe tanto, y es tan inteligente e instruido... —vacilaba sin saber si debía o no revelar a su hermano el gran secreto—. Me dijo que, si yo quisiera, podría presentarme a Maia Ianova...

—¿Quién es? —preguntó Lucas, dejando la tacita sobre la mesa.

—Una profesora de ballet que da lecciones particulares. Parece imposible ¿verdad? Todo ha cambiado tanto en estos días, Lucas, que hasta tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Ahora tú tienes un buen empleo en el ministerio, nos vamos a cambiar de casa, apareció él, que es amigo de todos los del teatro y me anima a que baile... Todo tan rápido...

Para Lucas toda rapidez era poca. Desde que le habían dado el primer impulso hacia delante, se abría camino a codazos:

—¿Realmente tienes ganas de ser bailarina?

—Creo que no podré. Es algo que hay que estudiar desde niña, y yo nunca estudié... Pero Paulo dice que lo importante es la vocación, y que yo tengo futuro, en el ballet o en el teatro... No sé...

—Podemos coger a una criada para que cuide de los pequeños. Eso podremos hacerlo pronto ya. Entonces, tú podrás...

—Incluso antes. Al principio serán sólo unas horas durante tres días a la semana. Tía Ernestina puede ocuparse... ¿Lo aceptarías?

Lucas reflexionaba:

—Tal vez. Si tú lo quieres. Teatro, no. No es carrera para una muchacha bien. Pero el ballet... Y ese muchacho, ¿qué intenciones lleva contigo?

—Hasta ahora hemos hablado pocas veces... Es diferente de los otros, no me dijo

aún nada...

—¿Nada de amor?

—Nada. A veces dice cosas gentiles, mis cabellos, mis manos, mis ojos y todo eso.

—¿Ha intentado besarte?

Manuela sonreía:

—No... Aún no...

—Ten cuidado, Manuela. Te está ofreciendo algo; ¿qué va a querer a cambio? Toma lo que él quiere darte, pero cuidado con darle todo lo que te pida...

—No depende de una dar o no dar su corazón.

—Bueno. No es del corazón de lo que hablo... Bien. Vete ya. Déjame acabar este discurso. Ya seguiremos hablando.

Ella se fue, y Lucas borró del pensamiento el problema de la hermana. Estaba escribiendo su primer discurso. Hacía apenas una semana que estaba como empleado en el ministerio y ya le habían encargado que hablara por radio aquella noche, en nombre de los empleados del comercio. Su amigo Eusebio Lima, hombre de Getúlio, estaba contento de él:

—Tienes futuro, muchacho. Con tus ideas irás lejos.

Trabajando desde 1930 en el ministerio, actuando en los sindicatos, Eusebio se había convertido en un técnico de aquello que llamaban en los medios gubernamentales «política laboral». Había venido a São Paulo con una importante misión: debía preparar el terreno para la visita de Vargas, algunos días después del golpe, al centro de oposición a su gobierno. Esa visita debía realizarse a partir de una inventada «invitación de los trabajadores», y culminar en una gran manifestación de adhesión al dictador, que pronunciaría entonces un discurso, fijando el rumbo de la política social del nuevo régimen: la «conciliación de clases» y la armonía entre capital y trabajo. Esa manifestación sería una advertencia a los políticos enemigos del régimen, y serviría para ampliar la base social del gobierno, al tiempo que daba un golpe a la agitación comunista.

El día anterior al golpe, Eusebio había vivido en una febril actividad, entrevistándose con personalidades de la policía, con integralistas, con los agentes del ministerio en el seno de los sindicatos, estableciendo enlaces con los propietarios de fábricas y con los norteamericanos de la Compañía de Electricidad. La emisión radiofónica, en aquel primer día del nuevo régimen, debería lanzar la idea de la manifestación. Hablarían los «representantes» de las clases trabajadoras para dar su apoyo al Estado Novo e invitar a Getúlio a visitar São Paulo para recibir el testimonio de su solidaridad. Lucas hablaría por los del comercio; un exobrero de una fábrica textil, espía durante una huelga y ahora funcionario de la policía, hablaría por los textiles; unos agentes ministeriales lo harían por otros ramos industriales.

Lucas había conseguido, en aquellos pocos días, hacerse indispensable a Eusebio Lima. ¿No había sido él quien resolvió la mayor dificultad de la manifestación

proyectada? El temor de Eusebio era que los obreros no comparecieran. Con los norteamericanos y con los patrones de diversas empresas había concertado ya la paralización de los centros laborales el día de la manifestación, y contaba con los integralistas, los de la policía, los funcionarios del ministerio, para hacer número, para aplaudir y para gritar «¡Viva Getúlio!». Pero ¿y si los trabajadores en aquel inesperado día de vacaciones, se iban a sus casas en vez de ir a la manifestación? La manifestación de poco iba a valer, poco resultado político tendría si no comparecían los obreros.

Fue Lucas quien sugirió:

—¿Y si lo hiciéramos en el estadio de fútbol, con un buen partido después del acto? Se va a llenar por completo, todo el mundo irá, aunque sólo sea por ver el partido...

—¡Oye! ¡Es una idea formidable! Un equipo de Rio y otro de São Paulo. Lucas, has dado en el blanco...

Y Eusebio Lima añadió, en su entusiasmo:

—Te voy a recomendar personalmente al doctor Getúlio. Vas a llegar lejos, ya verás...

Cuando al fin terminó su discurso, Lucas lo leyó en voz alta. Manuela había vuelto junto a él y, sentada en una silla, escuchaba a su hermano con una admirada ternura en la mirada. Al acabar, le preguntó:

—¿Y es tan bueno, ese Getúlio Vargas? ¿Merece tanto elogio?

—Bueno o malo; yo qué sé... Lo que sí sé es que con él voy a subir. Ahora, Manuela, él manda solo, hace lo que quiere, lo que le da la gana, ¿entiendes? Y Eusebio me ha prometido que me va a recomendar a él personalmente... ¿O crees que me voy a quedar estancado en este empleo en el ministerio?

—A veces tengo miedo...

—Eres una miedosa hermanita. Bien, creo que puedes ir con el chico ese a ver a la profesora de ballet, si no es muy cara... Puedes ir incluso al cine con él, si te invita... Cuando yo sea rico, te mandaré a Europa, a estudiar...

Aquella noche, por primera vez, el nombre de Lucas Puccini resonó en São Paulo, cuando el locutor de radio anunció, tras la aplaudida intervención del profesor Alcebíades de Moraes, de la Facultad de Medicina:

—Vais a oír ahora la palabra del prestigioso líder de los empleados de comercio de São Paulo, señor Lucas Puccini, en un saludo al benemérito jefe del gobierno, al creador del Estado Novo, Getúlio Vargas.

Pero el nombre desconocido escapó a la atención de la mayoría de los oyentes. Sólo Manuela, con el oído pegado al receptor de una familia vecina, sonrió orgullosa al oír la voz hueca del locutor diciendo el nombre de su hermano.

6

Aquel discurso de Lucas en una importante emisora de radio, entre profesores universitarios y políticos, compensaba en Manuela la tristeza de aquel día confuso del golpe de estado, que había impedido que Paulo viniera —como siempre en taxi, debía de gastar una fortuna— a la conversación nocturna que ya iba formando parte de su vida, y que era el mejor momento de ella. Un telegrama recibido al caer la tarde le había advertido de la ausencia de Paulo, y había traído una invitación: «Imposible ir hoy punto te espero mañana a las tres en confitería Ideal calle Marconi te quiero presentar un amigo punto te amo mucho Paulo». Era la primera vez que él decía amarla y lo hacía en un telegrama. Aun así Manuela se sentía invadida por una deliciosa emoción. Eran días de ensueño para ella. Aquel muchacho tan amable y distinguido, conocedor de la poesía y de la pintura, que le hablaba de tantas cosas desconocidas y bellas con su aire superior y a veces un poco distante, la ha encantado por completo y ella no sabe siquiera cómo ha podido vivir tantos años sin conocerle; tal vez por eso fuera melancólica su vida antes. Bastaba la presencia nocturna de Paulo, la hora en que iba paseando con ella por la calle, o conversando sentados en un banco de la plazoleta, para que la casa no le pareciera ya tan húmeda, ya no sintiera tan agudo el olor a moho. Le había dicho que iban a mudarse de casa, que su hermano estaba buscando un pequeño apartamento en el centro, que incluso había ido ya a ver uno en la plaza Mariscal Deodoro. Él hacía proyectos para cuando ella se mudara, paseos, exposiciones, conciertos. Y sobre todo la animaba desde que ella, sin tema para sostener la conversación en su segundo encuentro, le había hablado de sus deseos de bailar, de sus pies inquietos en el ansia de crear pasos de ballet. Paulo conocía a todo el mundo, a toda aquella gente misteriosa y lejana de los teatros, de la literatura, cuyos retratos Manuela veía en las revistas.

—Te descubrí —decía él— y haré de ti una gran estrella. Seré tu Pígalión...

Ella no sabía quien era Pígalión, pero se dejaba acariciar por aquellos proyectos murmurados por el muchacho al tiempo que acariciaba su mano y la miraba como a un objeto raro:

—¿Sabes que eres muy hermosa? Una de las pocas mujeres realmente hermosas que he visto...

Le gustaba también tocar sus cabellos, tomarlos en sus manos. Sin embargo, ni palabras de amor, ni la esperada declaración, ni tentativas de besarla. Era todo tan extraño que llegaba a darle miedo. ¿Y si él no la amara, y si sólo fuera un afecto de amigo? Porque ella sabía ya que le amaba con toda la intensidad de su fogoso y virgen corazón. Y soñaba con él, con su rostro de fin de raza, con su voz educada y sin entusiasmo, con su perfil aristocrático. En la calle se comentaban aquellos paseos. Tía Ernestina la miraba en casa con ojos llenos de censura, pero ella sólo temía la opinión de Lucas, y aquel día le había dicho que estaba bien, que lo aceptaba.

Tía Ernestina le había entregado el telegrama, rezongando. ¿Cuántas veces lo

releyó, hasta saber de carrerilla todas sus palabras, repitiendo el verbo sencillo y terrible: «te amo»? Lo guardó en sus senos, lo volvió a leer otra vez cuando Lucas acabó de hablar y los aplausos se apagaron en la emisora de radio.

Mientras se vestía para la cena en casa de Costa Vale, el poeta Shopel oía las confidencias de Paulo. Había exigido orden en la narración, para mejor seguirla y gozarla:

—Comienza por el principio, Paulinho. Comienza con lo de Bogotá, flor de los Macedo da Rocha. Háblame de ese combate de lucha libre nudista con la señora embajadora en la púdica y provinciana capital de Colombia... Lentamente y con método, hijo mío, para que me entere bien de todo... Ya llegarás luego a esa furiosa pasión romántica en los barrios italianos de São Paulo... Vamos a partir del sexo para llegar al corazón...

Una vez más, Paulo contó su borrachera, las provocaciones de Adela, la lucha con los otros invitados. El poeta gozaba, con una risa casi babosa, de cada detalle picante de aquel escándalo monumental.

—Pues, hijo mío, te digo que Getúlio debería ascenderte. Primero, intrínsecamente, por la lucha que sostuviste y que constituye una espectacular hazaña deportiva: un brasileño solo contra diez o más colombianos, con el refuerzo del marido chileno...

—No. El marido no intervino. Estaba mucho más borracho que yo, incapaz de levantarse de la silla...

—Segundo: por la utilidad que ese escándalo tuvo para la genial política getuliana. Lo explotó contra los «armandistas» de todas las maneras imaginables. Durante más de una semana tú apareciste en la prensa como la imagen de la corrupción de la decadencia, de la irresponsabilidad de los políticos de São Paulo. Eras un símbolo del lupanar, del vicio, de la falta de patriotismo. Arturzinho, pobre, andaba como loco con las cosas que decían los periódicos...

—Bien, si es así, que me ascienda; que me dé por lo menos el consulado en París...

—¿Y vas a dejar aquí tu amor romántico?

—Bueno, París bien vale una misa... Y ese amor, señor Shopel, es de esos que de tan profundos son de poca duración. ¿Sabes?, como esas flores del campo, muy bonitas pero que duran poco cuando uno las coge...

—¿Y ya la cogiste?

—¡No, hombre! Aún no. Lo interesante es precisamente ir conquistando esa inocencia, ir ganando su confianza día a día, ver la transformación que se va operando en la muchacha... Pero estoy aún muy al comienzo...

Contó el encuentro en el parque de atracciones, las conversaciones en la calle del suburbio; le propuso que se reunieran los tres al día siguiente para que el poeta la conociera y pudiera juzgar su belleza:

—Es divinamente bella. Una de esas bellezas de la gran pintura del Renacimiento. Perfecta. Y, además, con vocación para el ballet. Quiere bailar; eso es

todo para ella...

—¿Verdadera vocación?

—Bueno, nunca la vi bailar, pero habla con tal pasión que es capaz de hacerlo bien... Pensé en presentársela a la Ianova, a ver si se interesa...

El poeta se sentó en la cama, hundiendo el colchón con su peso. Apuntó con el dedo en dirección a Paulo:

—¡Que Ianova ni que tonterías, Paulo! Vamos a hacer algo mejor. Vamos a coger a esa belleza divina tuya y la vamos a convertir en una sensación artística. Quizá la Ianova pueda enseñarle unos pasos, pero lo más importante es crear alrededor de ella una enorme propaganda. Artículos y notas en las revistas y en los suplementos literarios, mostrarla un poco aquí y en Rio, crearle ambiente... Después, si realmente vale...

—¿Fabricar una estrella?

—¿Qué te parece? Un plan magnífico, y nos vamos a divertir por todo lo alto... Éste, amigo Paulinho, es un país de charlatanes y de palurdos. Si alguien afirma que sabe cualquier cosa, aunque sea lo más difícil del mundo, siempre hay quien lo cree. Lo importante es valor y cinismo en la afirmación. E imagínate si quien afirma somos nosotros la élite del país... La chiquilla esa va a ser un auténtico éxito.

Paulo se sentía tentado.

—Es divertido, sí... pero ¿y la chica? Pobrecita, puede tomarlo en serio.

—No tiene por qué saber que no va en serio. Y, además, ¿quién sabe? Hasta puede tener éxito. Lo peor que le puede ocurrir es que acabe en un teatro de revista en Rio, o de corista en la plaza Carlos Gomes. Y por lo que me has dicho de su vida, siempre será un progreso... Imagínate lo que nos vamos a divertir.

—Como en el caso de Sibila...

—¿Lo recuerdas? La pobre imbécil era dependienta de una librería. ¿A quién se le ocurrió la idea? ¿Fuiste tú, no? Estoy seguro de que ahora te estoy plagiando...

Recordaron el caso de Sibila, una cuarentona medio idiota que trabajaba en la Librería Católica, de la que Shopel había sido gerente. La pobre tenía ambiciones intelectuales. Un día, Paulo la convenció para que se dedicara a la pintura. Sibila no sabía ni trazar una línea, pero se lanzó a las telas y a los colores, al tiempo que Paulo, Shopel y otros hablaban en las tertulias artísticas y literarias de «la gran revelación de pintora, el talento de Sibila, una “naif” que iba a dejar tamaños a todos los pintores modernos del país». La dependienta hizo una exposición, abandonó su empleo, vivía ahora en los medios artísticos, metida en unos vestidos espantosos.

—Pero hubo muchos críticos que la elogiaron en serio... Éste es un país perdido, Paulinho. ¿Sabes que no hace quince días leí un artículo de Silva Neto, el crítico de *Noticia*, sobre la pintura de Sibila comparándola con los iconos rusos?

Continuaba, animado:

—Es increíble... Nosotros pensábamos que todo el mundo iba a morirse de risa en la exposición de Sibila, y aquello fue un coro de elogios... En cuanto a ignorancia,

amigo Paulo, este país deja muy lejos a Costa de Oro, Angola o qué sé yo... Esa bailarina tuya va a tener un éxito monumental, pero hay que llevar el asunto con calma, organizado en todos sus detalles... ¡Lo que nos vamos a divertir! Y lo que hay que hacer ahora, Paulinho, es eso precisamente: intentar divertirse. Con Getúlio en el poder para siempre, la juerga va a ser la consigna general. Para seguir el ejemplo del presidente...

Se levantó para terminar de vestirse. Paulo, que no iría a casa de Costa Vale hasta después de la cena, se tumbó en la cama:

—¿Qué te parece si interpretara unos bailes negros?

—No, hijo, no. Nada de negros ahora. Eso va a pasar de moda con el gobierno fascista. Ahora tenemos que ser un poco racistas, tú sabes, con los integralistas mandando. Es mejor pensar en bailes indios. Es más nacionalista, y el nacionalismo va a ser el pan de cada día en este Estado Novo. Le buscaremos un buen nombre a la chica... Por cierto, ¿cómo se llama?

—Manuela.

—No sirve. Demasiado portugués.

—Madre portuguesa, padre italiano.

—No. Necesitamos algo muy brasileño, muy indígena: Iracema... —hizo un gesto de disgusto. No, muy visto ya... Alencar acabó con él... Jandira... ¿Qué te parece Jandira? Mira: «Jandira, diosa de la selva virgen, en los bailes religiosos de los indios...». ¿Qué indios?

—Los aimorés, quizá...

—No. Los xavantes que son antropófagos. Aún hace poco tiempo se comieron a unos cuantos misioneros ingleses... Impresiona más...

Terminaba de vestirse:

—Tú piensa por tu lado y yo por el mío. Cuando salgamos de casa de Costa Vale, vamos a perfilar detalles. Oye, cambiando de tema: ¿tienes idea de qué querrá de mí Costa Vale? Estoy muerto de curiosidad. Su llamada era una orden terminante: coja el primer avión y venga a cenar conmigo hoy. ¿Qué diablos querrá?

Paulo hizo una mueca de total ignorancia:

—No sé más que una cosa: que estoy enamorado. Un amor un poco estúpido, pero de un encanto...

—¡Ay, hijo mío! Esas pequeño-burguesas son deliciosas... Y además, de una fidelidad, de un agarre...

—Ése es el lado malo...

El poeta suspiró:

—¿Y yo, que amo a quien no me ama, que quiero a quien no me quiere?

—¿Alzira aún?

—Aún, y para siempre Acabará casándose conmigo, pero siempre me engañará. Veo el peligro en mi frente, pero no tengo fuerzas para evitarlo... Sé que es un triste destino el que me espera... Pero ¿qué hacer?

—Tal vez yo también me case...

—¿Tú? Imposible...

—Mejor dicho: tal vez me casen... Marieta tiene un plan, sabes que siempre fue un poco como mi madre. Ahora se le ha metido en la cabeza que tengo que casarme con una sobrina de la Comendadora da Torre... Aún hoy me estuvo dando la tabarra durante más de media hora...

—Pero, hijo, ¿comprendes lo que eso quiere decir? Son millones y millones. Es una de las mayores fortunas del Brasil...

El poeta desorbitaba los ojos, con una envidia deslumbrada:

—¡Lo que vale nacer aristócrata! Chiquillo, no lo pienses más. Agarra esos millones, date un viaje alrededor del mundo, y llévame de secretario...

Enumeraba las ventajas:

—Cuando estés cansado de la esposa, yo la llevaré al teatro, a la modista a los salones de té...

—Prefiero llevar a Manuela de secretaria... Es más cómodo y menos peligroso para mi tranquilidad de esposo... Aún no he logrado entender el placer de que le engañen a uno...

El poeta giró en sus órbitas aquellos enormes ojos suyos, hizo restallar la lengua:

—¡Ah! Es un placer refinado, para gente muy exquisita... Duele, pero es hermoso... Te lo digo porque lo sé... —y salió declamando como despedida los versos de un reciente poema suyo:

*Quiero sentir el placer de todas las humillaciones,
llorando, en techo inmundo ir a buscarte,
perdonar sabiendo que otra vez te irás
y yo te buscaré de nuevo de rodillas.*

La reunión íntima en casa de los Costa Vale había durado hasta muy tarde. Sólo el banquero se había retirado temprano, llevándose a su cuarto papeles e informes traídos del banco. Trabajaría, sin duda, antes de acostarse. Después de cenar, animado por las conversaciones sobre el golpe, por las novedades traídas de Rio por el poeta Shopel, el banquero se había retirado con su huésped a un despacho mientras Marieta y Henriqueta recibían a Paulo y a Susana Vieira. La conversación entre el capitalista y el poeta no había durado mucho. Pero, cuando volvieron a la sala, el rostro de Shopel parecía recubierto de una dignidad preocupada. Había perdido aquel aire ligero de hombre sin preocupaciones.

Henriqueta dijo:

—Parece que le han echado una bronca, señor Shopel...

—Conversación seria de negocios —dijo Costa Vale—. Nuestro poeta tiene un plan interesante, pero por ahora secreto.

Luego, el banquero se retiró dejando a los huéspedes con su esposa, la música y las bebidas. Se quedaron en una conversación perezosa, bebiendo el whisky a sorbitos desgastados y oyendo los discos que Paulo ponía. Marieta, tendida en una *chaise-longue*, contenta por aquella noche íntima en que podía dejar la mirada demorarse en Paulo, ya que las luces se habían apagado con excepción de una pequeña pantalla, tarareaba trozos de música en un abandono feliz. Henriqueta y Susana discutían sobre samba y rumba. Quien había perdido su acostumbrada jovialidad era el poeta Shopel, tras su entrevista con Costa Vale. Abismado en profundos pensamientos, seguía sin interés el hilo de las conversaciones, respondía al azar a las preguntas, y sólo se animó cuando Henriqueta, exaltada por la discusión y por los whiskies, decidió mostrarle a Susana cómo se bailaba realmente el samba, el de los barrios negros y mulatos, la samba de la favela y de la Margueira, con unos frenéticos meneos.

Salieron de madrugada, y Marieta no se había movido de la silla. Durante algún tiempo, Paulo había permanecido sentado en el suelo, a sus pies, y ella le había acariciado el pelo. Henriqueta se quedaba para dormir, y en realidad estaba ya dormida en el sofá, completamente borracha. Susana Vieira, en cuyo coche embarcaron también Paulo y Shopel, estaba también bastante alegre, y el poeta protestó violentamente contra su manera de llevar el volante: en zigzag por la calle, esquivando postes. Tuvo que parar y dejarle el volante a Paulo. Susana pasó al asiento de atrás, junto al poeta, a quien empezó a contar una historia sin pies ni cabeza, una complicada aventura amorosa con un desconocido pintor de paisajes en una playa de Santos. A pesar de que la historia tenía ciertos aspectos picarescos, el poeta no conseguía interesarse. Iba mirando la calle desierta, con los pensamientos lejos, repitiéndose a sí mismo la propuesta alucinante de Costa Vale.

De repente, Paulo paró el coche, volvió la cabeza atrás y dijo:

—¡Mirad! ¡Mirad!

—¿Qué pasa?

—Las paredes...

Susana, con su voz pastosa de borracha, deletreó las palabras pintarrajeadas con alquitrán:

—A-BA-JO EL ES-TA-DO NO-VO.

Y comentó en un ímpetu de embriagado entusiasmo:

—¡Viva São Paulo! ¡Viva Armando Sales! ¿Habéis visto cómo reaccionan ya los paulistas? Y eso es sólo el comienzo...

Pero el poeta Shopel continuó leyendo las frases de la pared:

¡VIVA PRESTES! ¡VIVA EL P. C. B!

—Son los comunistas...

Paulo movió la cabeza.

—Son terribles, ¿eh? Se necesita valor para andar de pintadas en una noche como esta...

El poeta murmuró en voz baja:

—Hay que liquidar a esa gente. Mientras quede uno, no se va a poder vivir en paz...

Pablo se rió, puso el motor en marcha:

—Hablas como un burgués rico y no como un poeta católico, cuyo deber es perdonar a los enemigos...

El poeta no respondió, pero ahora sus ojos seguían clavados en los muros procurando descifrar las inscripciones repetidas, leyéndolas a medias, adivinando el final.

¡MUERAN LOS INTEGRALISTAS!

El miedo lo iba asaltando, un miedo avasallador hacia aquellos hombres perseguidos y tenaces, que actuaban desde las profundidades de la ilegalidad amenazando el equilibrio de las fortunas asentadas, peligro para la sociedad y también para los proyectos de Costa Vale, aquellos magníficos proyectos que podrían transformar al poeta Shopel, de pequeño editor intelectual con los bolsillos eternamente vacíos, en un hombre de negocios, temido, respetado y adulado... ¡Ah, esos comunistas! Ahí estaban presentes el mismo día del golpe de estado, agitando la noche de la ciudad, luchando contra el régimen instituido aquel mismo día, como si la nueva constitución, calcada sobre moldes fascistas, no los amedrentara, como si no hubieran leído las ediciones extraordinarias de los periódicos, con pocas noticias y con poca información sobre los pormenores del golpe, pero unánimes en considerar

que el estado de cosas implantado en el país era una necesidad apremiante para poner coto a la agitación comunista, a la «amenaza roja», a la acción subversiva de los «elementos extremistas». Generales y políticos, hacendados e industriales, un cardenal y el jefe de policía de Rio de Janeiro utilizaban palabras casi idénticas para exaltar al Estado Novo como fin definitivo de los comunistas del Brasil. El jefe de la Policía Federal lo había resumido todo en una violenta amenaza, publicada a toda plana, en letras enormes, en un periódico de la tarde: «No dejaré un solo comunista en libertad. El Estado Novo limpiará para siempre Brasil de la peste roja».

Y, sin embargo, en aquella primera noche, allí estaban presentes en los muros de la ciudad, en las pintadas de enormes letras desiguales. Y así lo estarían en las demás ciudades, Rio, Bahía, Porto Alegre, Belo Horizonte, Recife y Belém, a pesar de los integralistas que eructaban violencia verbal por las calles, de las patrullas armadas del Ejército, de la policía política en permanente actividad. A pesar de que nadie los iba a apoyar si eran sorprendidos y presos en el peligroso trabajo de llenar las calles de inscripciones. El poeta se recostaba aterrorizado en el respaldo del asiento: ¿qué tremebundas fechorías estarían preparando esos comunistas metidos en las fábricas, en los centros de trabajo, en la conciencia de millares de hombres? Susana Vieira roncaba, y el poeta cubrió con su gordura su cobarde corazón asustado. Pero la voz de Paulo le arrancó del fondo del automóvil cuando entraban por la plaza João Mendes:

—Mira, Shopel. Han puesto banderolas rojas en los cables de la electricidad ¡Son tremendos...!

Shopel miró, sacó el pescuezo para ver mejor: sobre los cables oscilaban pequeñas banderolas rojas sostenidas por guijarros amarrados con cordel. Miembros de la policía política cruzaban la plaza pistola en mano. Llegaban más coches de la policía cortando el silencio con las sirenas ruidosas. Sobre los policías, los coches, las sirenas y las pistolas, sobre el miedo del poeta, las banderas rojas, pequeñas manchas de color, se agitaban alegremente en la brisa de la madrugada.

Había pintado muchos muros durante sus cuatro años de militancia, especialmente en tiempos de la Alianza Nacional Libertadora. E incluso le gustaba aquel trabajo, el pequeño grupo marchando en la sombra, con las latas de pintura y las brochas, camaradas distribuidos en los extremos de la calle para dar aviso si aparecía alguien, las inscripciones hechas a toda prisa, la hoz y el martillo esbozados en dos trazos como afirmación de lucha lanzada al rostro de la burguesía. Tarea de base, abc de los militantes, pero que exigía calma y presencia de ánimo, valor y entrega: no era raro que cayera un grupo de «pintamuros», y la policía los sometía a terribles palizas antes de iniciar el proceso. Los policías odiaban a aquellos extraños muralistas y, cuando lograban atraparlos en pleno trabajo, descargaban su rabia sobre ellos. Más de un camarada había muerto intentando huir de la policía, tras haber sido sorprendido con la brocha en la mano. Así había muerto un joven obrero textil, compañero de trabajo de Mariana en la fábrica de la Comendadora.

Ella, no obstante, había tenido siempre suerte. Había pasado algunos sustos, una vez estuvo a punto de caer en manos de la policía. Estaban pintando las calles centrales, y el sereno de un banco, que los vio, llamó a la policía. Como no sabían que los habían descubierto, siguieron tranquilamente su trabajo. Los policías cortaron las calles próximas y de no ser por la casualidad de que en un cine daban una sesión extraordinaria, un cine que ellos creían cerrado ya a aquellas horas —era más de la una de la madrugada—, habrían caído todos. Pero se mezclaron con los invitados a la exhibición de la película y la policía no pudo dar con ellos en medio de aquella ruidosa multitud. Otra vez, sólo su presencia de ánimo la salvó. Iban en un grupo pequeño, sólo tres, Mariana y dos camaradas. Uno se puso a andar por la calle, de esquina a esquina, vigilante. Pero ocurrió que las esquinas estaban distantes, y la policía apareció por una mientras el camarada iba hacia la otra. Venían en un coche patrulla, a marcha lenta. Mariana abandonó la brocha, tiraron la lata de pintura en un portal, y ella le dio el brazo al camarada y siguieron andando por la calle en romántica actitud de enamorados. Pasaron incluso por delante del coche de los policías. El otro camarada había escapado por la esquina opuesta.

Muchas veces el trabajo era interrumpido por el silbido de aviso del camarada vigilante: silbidos con un tono antes combinado. Entonces escondían a toda prisa brochas y cacharros y desaparecían en la oscuridad. Y las inscripciones quedaban a veces sin terminar, pero animando a la lucha, dando fuerzas al pueblo para resistir a las amenazas de los integralistas, para levantarse contra la miseria. A Mariana le gustaba mirar desde el tranvía que la llevaba al trabajo aquellas inscripciones murales hechas en el misterio de la noche, bajo la permanente amenaza de la policía. Acompañaba la mirada curiosa de los pasajeros y de los transeúntes que leían las frases y las consignas:

Aquel 10 de noviembre de 1937, Mariana volvió a salir a pintar las calles. Cuando llegó a casa, de regreso de la peligrosa excursión, estaba inquieta: ¿qué dirían los camaradas de la dirección? ¿Cómo reaccionaría el Rubio cuando lo supiera? ¿Cómo aceptaría el caso el camarada João? ¿Cómo iba a juzgar su indisciplina? Indisciplina, sí, y grave. ¿No estaba ella apartada por orden de la dirección de todas aquellas tareas? ¿No le habían prohibido incluso que se encontrara con los viejos camaradas de la base, que participara en sus reuniones? ¿No tenía ahora sobre sus hombros una tarea mucho más delicada e importante? ¿No sabía que su detención era un peligro para el partido en toda aquella zona, en São Paulo? Piensa en eso al volver, tendida en su herrumbroso lecho de soltera. Pero ¿cómo hubiera podido resistir? Esperaba que los camaradas la comprendieran, que no fueran muy duros con su falta, que la sonrisa cordial no se apagara en los labios amigos del Rubio, que el camarada João no la recibiera con una de aquellas frases suyas, tan bruscas, que indicaban su desaprobación temida por Mariana por encima de cualquier otra cosa. Ahora estaba ligada a los dos, a pesar del regreso del Rubio de Rio de Janeiro, aunque a veces era con el camarada João con quien se encontraba para recibir los papeles o los encargos que había que transmitir. Aquel mismo día había estado con él, y en su nombre había ido a buscar a los otros cuadros para estudiar lo que se iba a hacer ante el nuevo estado de cosas. Había sido un día agitado, los periódicos leídos a toda prisa en los viajes en tranvía, un odio cerrado en la garganta, la visión desagradable de los desfiles integralistas por la ciudad, las patrullas de soldados, los coches de la policía pasando velozmente. Mariana había ido de un lado a otro de São Paulo, aquella tarde, llevando órdenes. El camarada João le había dicho, en la chabola donde le había ido a encontrar rodeado de las ediciones extraordinarias de los periódicos:

—Cuidado, Mariana. En estos primeros días son capaces de todo. Lo importante es que organicemos inmediatamente una respuesta al golpe, reunir a todas las fuerzas democráticas del país para evitar la fascistización. Los obreros tienen que demostrar su repudio a la nueva constitución, al tiempo que vamos formando un frente de todas las fuerzas democráticas para impedir que se ponga en marcha. Es preciso que la reacción se dé cuenta de la oposición de los obreros al golpe de estado. Es necesario empezar hoy mismo con una serie de pintadas, colgar banderas rojas, mientras vamos preparando algo más positivo, el movimiento de huelgas. Sin eso no vamos a conseguir que reaccionen esos políticos llamados demócratas, que lo dan ya todo por perdido.

Mariana le oía hablar, y su voz la llenaba de confianza. João daba aquel día una impresión aún más poderosa de fuerza y de voluntad indomable. No había en su rostro huella de fatiga, a pesar de que no había dormido en toda la noche anterior. Mariana se esforzaba por mantenerse en calma y no dejar transparentar la inquietud que sentía por la seguridad de los camaradas, especialmente del camarada João, cuya

responsabilidad en el partido le había llevado muchas veces a ponerse en contacto con la base, a tratar con políticos de diversos partidos, y era conocido por mucha gente. En los días pasados después de la noche de su cumpleaños, había sentido crecer, a pesar de todos sus esfuerzos por dominarla, una cálida ternura por aquel camarada tan joven y ya tan responsable, cuyo severo rostro no lograba esconder su humano corazón. Y a veces notaba también en él un interés especial por ella, como si también João hubiera sido tocado por idénticos sentimientos y se viera obligado a apartar de la cabeza los mismos pensamientos de amor que poblaban ahora los sueños de Mariana.

Iba a dejarle, escondidos en el seno los trozos de papel, guardando en la memoria el recado para el Rubio. Le tendió la mano mientras él le hacía las últimas recomendaciones:

—Cuidado, cuidado. Antes de entrar en un lugar de contacto, asegúrate de que no te han seguido y de que no anda por allá la policía... No es sólo tu libertad la que está en juego, sino también la dirección del partido.

—Tendré cuidado.

Él la miró como hacía de cuando en cuando; una tímida ternura transparentándose:

—Tienes el mismo valor que tu padre.

Le gustaría poderle decir muchas otra cosas, decirle, por ejemplo, que la seguiría con el pensamiento en su caminata a través de la ciudad. El camarada João era absolutamente inexperto en asuntos románticos y ni imaginaba siquiera que Mariana pudiera interesarse por él. Y se guardaba como buen comunista, de ofenderla o turbarla dejando entrever aquel sentimiento creciente en su pecho. Además, aquéllos no eran días para pensar en tales cosas. Más adelante, tal vez, cuando los asuntos políticos fueran mejor y ella se hubiese acostumbrado a él, tal vez entonces pudiera decirle que le gustaría casarse con alguien como ella...

En la cama, Mariana recuerda la escena: un segundo de silencio había seguido a la frase de João, un silencio cargado de ternura, de dulces frases no pronunciadas, de palabras guardadas en el fondo del pecho. Sintió entonces que no le era indiferente y comprendió que lo amaba. Por eso teme aún más su juicio: como una irresponsable había aceptado la invitación del camarada secretario de la célula de la última fábrica donde había trabajado para formar parte de un equipo de pintada. Pero ¿dónde encontrar el valor para negarse? Le habían faltado las palabras, como le habían faltado ante la mirada tierna del camarada João.

El camarada había aparecido en su casa después de cenar. Incluso después de haberse desligado Mariana de la célula, venía a veces a charlar, a decirle cómo iban los compañeros y la tarea; era un buen camarada, impetuoso y leal. No sabía en qué organismos militaba Mariana ahora, pero sabía que continuaba mereciendo la confianza del partido. En aquel anochecer estaba preocupado, masticando el cigarro. Había recibido, como las demás bases, orden de pintar los muros de la ciudad, y su

célula era responsable de las inscripciones en algunas calles. Pero había recibido la orden muy tarde y no había podido avisar a todos los compañeros (la célula contaba sólo ocho miembros), dos habían declarado que les era imposible acudir —uno de ellos quizá no podía, a pesar de desearlo; el otro, sin duda, tenía miedo—, un tercero estaba de vacaciones y no había podido localizarle. Su equipo para esta noche quedaba así reducido a tres personas. Y el trabajo exigía por lo menos cuatro: dos para pintar, dos para vigilar las esquinas. No era posible pintar en calles vigiladas sin dos compañeros de seguridad. Estaba exponiendo su problema a Mariana, esperando naturalmente, que ella una camarada probada y conocida por no esquivar jamás tareas comprometidas, se ofreciera a ir con él. Pero ante el silencio de la muchacha, no se atrevió más que a proponer:

—No sé... Si encontráramos a alguien... ¿No te gustaría acompañarnos? Iremos de madrugada, pasada la una, no hay tanto peligro... No sé cuál es tu trabajo ahora, ni quiero saberlo pero tampoco te va a hacer nada echar una mano a la base...

Las órdenes eran terminantes, el Rubio le había dicho repetidamente que era necesario evitar cualquier actividad que pudiera marcarla. No debía ir. Se sentía tentada, sin duda, y el problema del compañero secretario de la célula la preocupaba. Sabía que con sólo una persona más, la seguridad del equipo quedaba casi garantizada. Lo peor era no poder decirle al camarada las verdaderas razones de su negativa:

—No, no voy. Hoy no puedo...

El hombre no escondió su decepción. Contaba con ella. Había venido con la seguridad de que iba a completar con Mariana el equipo necesario para desarrollar bien la tarea, y no esperaba aquella negativa:

—¿No quieres exponerte? —gruñó de mal humor. Uno tampoco es tonto y ya sé lo que pasa, cuando uno sube un poquito ya no quiere andar arriesgándose por ahí...

—Sabes que eso no es verdad. Sabes que hay riesgos mayores que el de andar pintando muros. ¿Por qué eres injusto? Además, yo no he subido a ningún sitio, soy tan de base como tú, o más... Y esas protestas no están bien en un comunista...

El compañero intentó disculparse, desconcertado, arrepentido de aquella frase malhumorada e injusta:

—Tienes razón. Eso del golpe no acabo de tragarlo y ando furioso. Lo que me gustaría de verdad es liarme a tiros con esa banda de integralistas, esos gallinas verdes que andan por las calles sacando el pecho. Y, para colmo, no he logrado formar un equipo para hoy. Si dices que no puedes ir, es porque no puedes. ¡Qué se le va a hacer! Yo soy así, medio estúpido siempre, tengo que corregir eso...

Ella le sonrió con amistad:

—Sé lo que sientes. Yo también sentí lo mismo hoy, viendo los desfiles integralistas. Ahora va a ser necesario que cada uno de nosotros valga por dos.

—Sí; sobre todo porque ahora va a ser cuando los oportunistas cambien de chaqueta. Como Salu hoy, cuando le avisé, que se quedó blanco de miedo y se

inventó no sé qué historia de una hermana enferma... Uno que se larga...

—Y habrá más. Muchos que aún no se habían dado cuenta del peligro. Pero vendrán también los mejores, los que son capaces de resistir los días malos.

—Ojalá sea así. Bueno, me voy. De todos modos, tres o cuatro, hay que hacer el trabajo. Si uno cae, paciencia. Será que ha llegado el día.

Cogió el viejo sombrero empapado por la lluvia. Mariana no pudo resistir más: ante sus ojos tenía la imagen de sus compañeros sorprendidos por la policía por falta de quien cubriera una esquina.

—Espera. Voy contigo.

Afortunadamente, no había ocurrido nada. Las calles estaban vacías, sólo una vez habían tenido que interrumpir el trabajo. Había aparecido un coche de repente, pero era un coche particular. Y ella volvió a pie, atajando por calles poco frecuentadas, evitando encuentros con borrachos, con noctívagos en busca de aventuras. Respiró aliviada al llegar a casa. Durante todo el tiempo que había durado la pintada, había estado temiendo caer, así como al hacer el camino de vuelta. Por primera vez, el temor de ser detenida se había hecho presente en ella mientras cumplía una tarea. No era miedo, era la certeza de estar cometiendo una falta y de jugar así, por haber cedido a un sentimiento personal, con la seguridad de un enlace efectivo con la dirección regional.

En su lecho, va pensando: vuelve a ver las inscripciones sobre las paredes de las casas ricas, el nombre de Prestes levantado como una bandera, la hoz y el martillo turbando el sueño bien alimentado de los cómplices del golpe. Era hermoso, y valía la pena arriesgarse mil veces. Pero al mismo tiempo, ve apagarse la sonrisa amiga en los labios del Rubio, ve una severidad sin ternura en el rostro cansado del camarada João. Sí. Lo que había hecho era un error, y lo mejor era hacer su autocrítica, contárselo en cuanto viera a uno de los dos. El sueño empezaba a pesar en sus párpados fatigados. Se mezclaban imágenes: integralistas desfilando, patrullas de soldados, el secretario de la célula tomando el viejo sombrero para salir, las letras creciendo en los muros, la sonrisa del Rubio, el rostro de João, su voz diciendo las frases adivinas en el instante de silencio cuando le dejó. Mientras se iba durmiendo, veía sus labios abrirse en una sonrisa. Sí, era mejor contarle el error cometido, hacer su autocrítica. «Camarada João, soy aún una militante sin sentido de la disciplina, que se deja guiar por impulsos momentáneos: hice una tontería, fui a pintar muros y me arriesgué a ser detenida... Soy así, tengo que corregirme, educarme mejor como cuadro. Tal vez, si llego a convertirme en una verdadera comunista, pueda ser digna del amor que te tengo, tan grande que jamás podrás siquiera imaginarlo...».

Pocos días después se encontró con los dos a un tiempo en un edificio de apartamentos caros, en el centro. Quizá fuera la residencia de un simpatizante, había cuadros en la pared de la sala donde hablaban. João le había dado aquella dirección como próximo punto de encuentro, y cuando llegó, ya estaba él allí con el Rubio. Era una sala bien amueblada, anchos sillones de cuero; en uno de ellos se hundió el Rubio. Parecía estar peor, había adelgazado en aquellos meses de duro trabajo, tosía casi continuamente. De vez en cuando escupía en un pañuelo donde Mariana pudo ver una mancha roja de sangre. João se mantenía de pie, andaba por la sala, miraba los cuadros. Balanceaba la cabeza ante un óleo surrealista, complicación indescifrable de líneas y de colores. El Rubio había dicho con voz ronca:

—Siéntate, Mariana.

João se acercó andando desde el cuadro. Preguntó en voz baja, parado ante el sillón donde ella se había sentado:

—¿Cómo va la señora pintora de paredes?

—¡Ah! ¿Ya lo sabes? Precisamente tenía la intención de contároslo. Sé que fue una tontería, una de esas cosas que se hacen sin saber por qué. Me dio pena ver aquel equipo roto, la seguridad de los otros en peligro, y fui. Cuando me di cuenta, ya era tarde, estaba con la brocha en la mano.

—No fue ninguna tontería —dijo João sentándose en el borde de una silla, los codos en las rodillas, la cara entre las manos—. Más que una tontería fue una grave falta contra la disciplina del partido. Te jugaste la seguridad de toda la dirección. Un comunista responsable no puede hacer esas cosas que se hacen sin saber por qué, como tú dices. Un comunista debe saber qué hace y por qué lo hace.

—De una cosa no hay duda, camarada João: si me hubieran detenido, no iba a decir palabra...

—Pero hay camaradas ligados a ti, que van a tu casa, que podían no saber que te habían detenido y volver a una casa vigilada. Luego, los siguen y sirven de pista hasta la dirección. ¿No se te ocurrió pensar en el trabajo que te ha sido encomendado? ¿O crees que existen centenares de personas que puedan ocupar tu puesto, que puedan tener en sus manos las direcciones de los responsables? ¿Quién te dio derecho a arriesgar la libertad de un enlace de la dirección de zona? ¿Es que te has olvidado de tu responsabilidad?

Mariana alzó los ojos:

—Es verdad. Sólo ahora me doy cuenta del error que cometí, mucho mayor de lo que pensaba. No estuve a la altura de la confianza que el partido depositó en mí —estaba segura de que la iban a apartar de su tarea actual, de que la harían volver a la base, y lo encontraba justo. Se sentía terriblemente consciente ahora del peligro que podría haber resultado de su impulsiva decisión—. Lo único que puedo decir es que no lo hice por mal, pero ya sé que eso no disminuye en nada la gravedad de la falta.

Ahora me doy cuenta. De hoy en adelante procuraré controlar mis impulsos, pensar sobre todo en los intereses del partido. Actué como una estúpida.

El Rubio sonrió. Su voz, hecha de frases entrecortadas por la respiración difícil:

—El error está, sobre todo, en que no pensaras que, poniendo en peligro tu libertad, estabas poniendo en peligro también la de un enlace de la dirección. Tienes que aprender a pensar en tercera persona, Mariana, es un buen método que yo empleo siempre. Cuando me entran ganas de hacer algo así, intento ver si me gustaría que otro dirigente lo hiciera.

João continuó:

—La dirección ha resuelto hacerte una seria advertencia. Y espera que jamás repitas una cosa así.

—No se repetirá. Y doy por recibida la advertencia. Es bien merecida.

El Rubio volvió a sonreír:

—Ya está hecha y bien hecha por João. Ahora, lo importante es que con esto has ganado en experiencia. Así es como se forja un buen comunista: aprendiendo con los aciertos y con los errores.

—¿Quieres decir que sigo siendo vuestro enlace?

—Naturalmente —dijo João—. ¿O crees que íbamos a andar buscando entre los militantes de base, para localizar otro que mañana cometería otro error igual? Tú ya lo cometiste, y ahora has aprendido que no lo deberías haber hecho. Sabemos que no volverás a hacerlo. El lado positivo de tu error fue que te haya hecho comprender enteramente la responsabilidad de tu tarea actual. ¿No es eso?

—Sí. Es verdad. Ahora estoy segura de que seré mucho más prudente. Voy a pensar también en tercera persona.

—Está bien... Ahora vamos a trabajar.

El Rubio empezó a hablar. Mariana acercaba la cabeza para oír mejor aquella voz casi susurrante en la sala silenciosa, y sentía la respiración ahogada, la enfermedad devorando el pecho del compañero. La tos lo interrumpía continuamente, él se limpiaba los labios con el pañuelo, y Mariana volvía a ver la mancha de sangre. Le pedían que se encargara de organizar una reunión del secretariado. Tenía que avisar a José Pedro y a Carlos, darles la fecha y la dirección. Pero tenía también que ir a abrir la casa (una casa desalquilada, prestada por un simpatizante), y esperarlos allí.

—Y si de paso puedes prepararnos unos cafés, mucho mejor. —João sonreía ahora también.

El Rubio le dio la llave:

—Es una casa aislada en el camino de Santo Amaro. Tal vez la podamos alquilar luego para instalar la imprenta... —hablaba para João, que respondió con un mudo asentimiento de cabeza.

Se despedían de ella riendo:

—Y hasta otra vez, doña pintora de brocha gorda...

João indicó el cuadro surrealista en la pared:

—Embaldurnar muros, sí que lo sabes hacer, pero un cuadro complicado como ése ¿a que no?

Mariana se acercó a la pared para mirar la tela colgada, con un ancho marco de madera lisa:

—No entiendo nada de pintura, no puedo criticar. Pero me gustaría saber qué es lo que quiso decir el pintor con toda esa complicación...

João volvió a mirar la tela:

—Ante todo, lo que quiso es no mostrar la realidad. Es una de las maneras de hacer arte contra el pueblo.

El Rubio tuvo un acceso de tos más violento; su pecho enflaquecido se estremecía en la silla. Mariana dejó de mirar el cuadro y se acercó a él, le puso una mano en la espalda.

—Ya está. Ya ha pasado. Gracias.

—No has ido al médico. Ya me preguntó varias veces por ti... Dice que así no puede responsabilizarse de la cura.

—No tuve tiempo estos días... Hay mucho que hacer...

—Piensa en tercera persona, Rubio. Un dirigente del partido no tiene derecho a suicidarse...

—Bien dicho —dijo João—. Eso mismo le dije ya un montón de veces...

Mariana salió. Sentía el orgullo en su pecho, orgullo de ser miembro del partido, de ser compañera en la lucha de hombres como aquéllos. Pero era necesario velar por la salud del Rubio. Si seguía así, trabajando sin descanso, sin tiempo para ir al médico, no iba a durar mucho.

En la sala, los dos dirigentes se miraban sonriendo.

—Buena chica —dijo el Rubio—. Reaccionó bien ante la crítica.

—Muy buena, sí. —João se sentó frente al camarada, y se animó con la sonrisa llegada de sus labios—. Tan buena que yo, si me decidiera a casarme, le pediría ser mi mujer...

—¿Y por qué no lo haces?

—Es complicado. Éstos no son tiempos para bodas.

—¿Y por qué no? Lo que me vale aún es estar casado, si no ya habría estirado la pata hace tiempo... Es Olga quien me obliga a comer; llegue a la hora que llegue encuentro comida, y es ella quien me obliga a ir al médico...

—De cualquier forma para que dos se casen tienen que estar de acuerdo... No basta uno...

El Rubio se echó a reír:

—Pero ¿no te has dado cuenta de que Mariana sólo tiene ojos para ti? Y tú tienes el valor de decir que eres observador...

—¿Tú crees?

Pero no continuó la charla porque en aquel mismo momento sonó el timbre, y João fue a abrir, diciendo, al dejar el sillón, como un aviso:

—Ahí tenemos al hombre ese...

Entró Saquila, alto y un poco calvo, las gafas sin aro ocultando unos ojos fugitivos, la pipa en la boca. Dio la mano al Rubio, João venía aún por el pasillo. Saquila, aún de pie, sacó la petaca, empezó a limpiar y a llenar la pipa. El Rubio habló:

—Saquila, tú que eres entendido en esas cosas de literatura y de arte a ver si le explicas a João lo que quiere decir ese cuadro de ahí, de esa pared... Anda el hombre con la boca abierta de admiración, pero no entiende nada...

Saquila dirigió una mirada al cuadro; con el pulgar apretaba el tabaco en la pipa:

—Es un cuadro de un surrealista inglés; Cícero lo trajo de Europa el año pasado. Posee una gran calidad plástica y un original sentido cromático. Pintor de gran poder técnico...

—Pero ¿qué quiso el pintor mostrarnos en el cuadro? —João repitió la pregunta de Mariana.

—Bueno, se trata de la reacción del artista ante una fiesta religiosa, en domingo. Todo el tumulto de buenas y malas emociones que la visión de la pequeña burguesía le provoca...

—Demasiado complicado, viejo. Aquí, lo que veo yo, son manchas y líneas, y nada más, por más esfuerzos que haga...

—Pero son las emociones del artista reflejadas en el juego de esos colores y esas líneas aparentemente sin armonía. ¿No sientes la angustia, la soledad, los instintos primarios, el miedo telúrico y el deseo de liberación mezclados en el cuadro?

—Pues no siento nada de eso, la verdad. Absolutamente nada. Y te digo más, no creo que ningún artista, ni tú, ni Cícero, ni el pintor...

—Bueno, es necesario un gusto educado...

—No, viejo. Lo que es necesario es estar podrido por completo para que guste realmente una cosa de éstas. Y no creo que a la mayoría de vosotros os guste realmente. Pero es la moda, y vosotros os agarráis a la onda para que no os tomen por atrasados...

El Rubio indicaba otro cuadro:

—¿Y ése, peor que si lo hubiera hecho un chiquillo de ocho años? Aquella calle, con unos garabatos que representan hombres...

Saquila se quitó la pipa de la boca:

—Es uno de los mejores óleos de una pintora *naif* brasileña, Sibila. Una maravilla, de una sensibilidad poética extraordinaria...

—Amigo mío, eso será todo lo que quieras, pero no es pintura. Por lo menos no es pintura para mis ojos de obrero...

—Mira, muchacho, tú eres un reaccionario en arte, un académico sin gusto, no eres capaz de ver la fuerza revolucionaria del arte moderno.

—Puede ser, pero por mi parte, pienso otra cosa. Pienso que tú confundes moderno con revolucionario, y así quieres hacer pasar por revolucionaria esa pintura

que es producto de la podrida burguesía. Jamás la clase obrera podrá aceptar esos cuadros. La clase obrera es sana, y esos cuadros son algo enfermizo; la clase obrera está vuelta hacia la vida, esos cuadros son una huida de la vida; la clase obrera posee sentimientos limpios, y esos cuadros son fruto de sentimientos sucios...

El Rubio interrumpió la respuesta que Saquila parecía iniciar con un gesto que revelaba todo el desprecio que le merecían las consideraciones de João:

—Esas afirmaciones primarias...

—Amigo Saquila, vamos a dejar para otro momento esa discusión sobre pintura. Tenemos cosas más serias de que hablar. Desgraciadamente, no sólo en pintura discrepamos...

João sentenció:

—Una cosa es reflejo de la otra...

—Por eso estoy aquí. Hace mucho tiempo que quiero hablar de eso, y ahora, tras el golpe de estado, me parece esencial.

—También a nosotros...

El Rubio tomó la palabra. Su voz ronca y lenta, debida a la dificultad de respiración, se iba poco a poco cargando de pasión. Acusó a Saquila de actividades secesionistas, de actuar contra el partido moviendo una campaña contra la dirección en el seno de la base, provocando dificultades para el buen cumplimiento de las tareas, saboteándolas en última instancia, ya que provocaba la confusión entre los compañeros. La línea política que había de seguirse en la campaña electoral, había sido ampliamente discutida antes de ser aprobada por la dirección nacional del partido. Una vez aprobada, los militantes tenían que ejecutarla. Y si alguno tenía aún algo que discutir, debía hacerlo en los organismos propios, y no plantear una actividad grupista reclutando opositores con cuchicheos, en pequeñas reuniones privadas donde era objeto de intrigas y de infamias hasta la vida familiar de los camaradas. Y ahora, en estos primeros días tras el golpe, se notaba un recrudescimiento en la actividad de este grupito. En vez de ayudar a los compañeros a iniciar la lucha necesaria contra el Estado Novo, decían que el golpe era la consecuencia de una falsa línea política del partido. Dificultaban así la pesada tarea de los compañeros de la dirección, llevando un pesimismo peligroso a una parte de la base del partido. Y todo indicaba que Saquila era el centro de ese grupo, su figura dirigente. El camarada Saquila era miembro del Comité Regional, tenía una responsabilidad de dirección, su palabra tenía peso entre los compañeros de la base, ¿cómo explicaba su actividad de claro carácter trotskista?

Saquila no explicó, negó. Realmente, dijo, no había estado de acuerdo con la línea política propuesta para la campaña electoral. Él creía conveniente un compromiso político con las fuerzas de Armando Sales. Creía que, de haberse hecho efectiva esa alianza, se hubiera evitado el golpe. El grupo de políticos paulistas era, a su vez, el más democrático del país, poseía cierta tradición liberal nada despreciable, y si los comunistas hubieran participado en la campaña, ese grupo se habría visto respaldado

y podría haber hecho frente a Getúlio. Eso era lo que él pensaba, pero, dado que la dirección nacional apoyaba una línea política resultante de la discusión en el partido, había dejado de combatirla. No había trabajado contra ella en el seno de los organismos del partido, y si alguna vez habían hablado, él y otros camaradas que pensaban como él, se trataba de comentarios sin importancia, de simples cambios de impresiones. Estaba dispuesto a discutir su actuación en la primera reunión del Comité Regional, e incluso a hacer su autocrítica, si le mostraban un error concreto. Pero sabía que no tenía nada de qué autocriticarse, y se negaba terminantemente a aceptar la calificación de trotskista. Hablaba con un torrente fácil de palabras, con cierto brillo en las frases, mientras iba limpiando la pipa, lanzando miradas rápidas unas veces a João y otras al Rubio. Concluyó diciendo que estaba dispuesto a discutir el asunto, pero no así, en una conversación con dos elementos del secretariado. Lo haría, bien ante el Comité Regional, bien al menos ante el secretariado en pleno y ampliado por dos miembros de la regional que se encontraran en la capital del Estado.

Sacó tabaco de la petaca, llenó la pipa. João y el Rubio se miraron. Saquila añadió:

—Lo que sí creo es que debemos discutir urgentemente eso, y con este fin he propuesto que nos reuniéramos hoy. Ahora os toca decidir. Tengo un plan concreto para transmitir al partido: los «armandistas» están preparándose para un levantamiento, cosa seria, hay mucha gente del Ejército comprometida. Van a liquidar el Estado Novo y convocar de nuevo elecciones... Me han sondeado para saber qué piensa el partido... Yo creo...

—La dirección nacional ya está informada del asunto. Ya lo estudió y ha tomado una decisión...

—¿Cuándo?

—El material ha llegado hoy. Mañana empezará a ponerse en conocimiento de los diversos organismos.

—¿Y qué dice?

—La dirección alerta al partido para que no se deje comprometer en aventuras golpistas cuyo resultado servirá sólo para reforzar la dictadura, y traza el camino que conviene seguir en la lucha contra el Estado Novo: agitación, huelgas, desenmascarar a Getúlio en los sindicatos y entre todos los trabajadores, negociación para la formación de un frente democrático que impida el establecimiento de un régimen fascista...

—El régimen fascista está establecido ya...

—Hay una constitución parafascista, pero será desarrollada o no en la medida en que la lucha popular contra ella se lo permita. Lo que hay realmente es una dictadura sudamericana donde sobran las contradicciones, algunas de ellas ya más que agravadas, como entre Getúlio y los integralistas. Contradicciones interimperialistas, contradicciones entre los grupos políticos nacionales. En vez de meternos en ese golpe armandista capaz de mantener la constitución de Getúlio si llegara a vencer, lo

que nosotros tenemos que hacer es agrupar a todos los elementos democráticos en base a un programa mínimo: liquidación de la constitución fascista, vuelta a la constitución del 34, amnistía, lucha contra el integralismo. Y ese frente sólo puede realizarse en un proceso que se irá concretando a medida que se desarrolle la lucha de la masa contra la dictadura. —João se calló.

—Todo eso me parece vago y falso. Frente democrático ¿contra quién? Los elementos de Zé Américo eran un aglomerado sin sentido. La mayoría de ellos apoya ahora a Getúlio. Quedan los «armandistas». Con éstos sí es posible ir. Pero ellos son mucho más realistas que el partido, y están preparando lo único que puede liquidar a Getúlio: un golpe armado. Y si no participamos en él, es que queremos desaparecer de la vida política... La oportunidad es única... Vuelvo a repetir que los elementos del golpe están muy bien articulados: hay varios generales disgustados con Getúlio; otros, impresionados por la actitud del Ejército con relación al golpe, están trabajando a Juraci Magalhães; Flores da Cunha entrará por la frontera de Río Grande... Es una cosa que tiene base, un golpe rápido y decisivo. Y no todo eso de la lucha de masas, huelgas, y encima, ahora, que la huelga es un delito contra la constitución. Buena cosa para material de propaganda, para artículos en *Classe*, pero sin el menor futuro...

El Rubio miraba al periodista fijamente:

—Hace mucho tiempo que no oigo tal cantidad de absurdos juntos: resulta que lo bueno es el *putsch* y no la lucha de masas, pero la verdad es que participar en el golpe será ir de rabo de la burguesía, con la consecuencia de no colocar la dirección de la lucha en manos de la clase obrera, de sustituir a los mineros y a los gauchos por Flores da Cunha, a los obreros de São Paulo por Armando Sales, y así sucesivamente. Tú, Saquila, has leído a Marx, a Engels, *El Capital* completo, obras de Lenin y Stalin, todo lo que pudiste encontrar de marxismo por las librerías y lo que pides al extranjero. Los has leído, y no has entendido nada por lo que se ve. Se te ha indigestado. Es el mal de todos vosotros los intelectuales metidos en un despacho devorando marxismo, alejados de las masas. En vez de alimentarnos de teoría para actuar mejor en la práctica, primero os indigestáis; y luego sólo hacéis idioteces... La decisión de la dirección es justa. Ese golpe armandista va a caer en el vacío. El único que va a salir ganando con él es Getúlio. Nosotros debemos hacer todo lo posible para evitarlo. Ése sí que es un buen trabajo para ti: hablar con la gente honesta metida en ese lío, que no deben de ser muchos, pero que alguno habrá, digo yo, y convencerles de lo que hay de equivocado y peligroso en tal política...

—Amigo mío, con ironías no me vas a convencer. Voy a dejar de lado todo ese sectarismo estrecho contra los intelectuales para pedir sólo una cosa: que vayamos a Rio para discutir con la dirección nacional la propuesta de los «armandistas», ¿de acuerdo?

—Antes hay que consultar con Rio, saber si la dirección nacional está dispuesta a discutir contigo. Pero podemos consultar...

—Pues os pido que lo hagáis lo antes posible...

Habló João:

—Una cosa más. Se trata del problema de la imprenta. Tú eres el responsable. El secretariado ha decidido cambiarla de local. El de ahora ya no ofrece seguridad.

—¿Por qué?

—Está en mal sitio. Ya la gente ha hablado de ella en la calle, y al camarada que está allí, ya lo conocen, está muy visto... Hay que cambiarla de sitio. Ya tenemos una casa... Debes decirle al camarada que empiece a desmontar la imprenta y a empaquetar los tipos...

—Está bien, trataré de eso. ¿Y dónde está la otra casa?

—Aún no está definitivamente aceptada. Ya lo sabrás luego. Y vamos a cambiar también de tipógrafo. Estamos buscando otro camarada. Ése lleva ya encima de la máquina más de un año. Ya debe de estar verde, de tanta falta de sol...

—Puedo encargarme de buscar otro.

—Bien, busca por tu lado. Nosotros buscaremos también. Después veremos a quién se elige.

Cuando hubo salido, João se acercó una vez más al cuadro surrealista:

—Compréndelo, Rubio, el *putsch* no es lucha de masa, es dirección de la burguesía y no del proletariado... No hay diferencia entre lo que él piensa en política y lo que piensa en arte. Al contrario, hay una perfecta armonía: trotskismo y surrealismo son formas de lucha de la burguesía en planos diferentes. Eso de querer colocar el arte por encima de la crítica de la clase obrera es un absurdo. Sería como admitir que el marxismo es válido para ciertas cosas y no para otras. Yo no entiendo de pintura, pero soy un obrero y no se me ha indigestado el marxismo que leí. Yo digiero perfectamente el trabajo en el partido.

El Rubio asintió con la cabeza:

—Lo importante es hacer que los militantes obreros estudien, para que no se vean enredados por esos intelectuales que vienen al partido con ideologías extrañas.

—Un día, cuando tenga tiempo, voy a leer todo lo que hay sobre eso del arte. Es necesario que lo hagamos, al menos para ayudar a la masa honesta pero desorientada, a los jóvenes...

El Rubio, sin embargo, estaba pensando en el problema político. La conversación con Saquila había acabado de convencerle del peligro que aquel grupo representaba para la existencia misma del partido en aquella zona:

—Hay que liquidar urgentemente ese foco trotskistizante. Si no lo hacemos, nos van a dar muchos dolores de cabeza... Ese Saquila, por el camino que va, puede hacer cualquier cosa...

—Lo primero que hay que hacer es buscar otro sitio para la imprenta...

—Bueno, me voy. A ver si encuentro aún al médico en el consultorio. Buena chica, esa Mariana. Enhorabuena...

—Déjate de bromas...

João se quedó solo haciendo tiempo para no salir inmediatamente detrás del otro. Fue de nuevo desde el cuadro surrealista, más extraño todavía ahora que las primeras sombras del crepúsculo penetraban en la sala, hacia el de la pintora inventada por Shopel y Paulo:

—Y tienen la caradura de llamarle arte a eso...

El crepúsculo había llegado lentamente, llamado por la voz de las campanas que tocaban el avemaría. En la calle, las luces empezaron a encenderse. A estas horas, pensó João, Mariana estará llegando al distante suburbio donde vive Zé Pedro, y tal vez cene allá antes de ir a buscar a Carlos en su escondrijo. Sonrió con el recuerdo de la muchacha con aquella cara seria en el momento de la autocrítica... En aquella noche del golpe hasta él había tenido que luchar consigo mismo para no ir a pintar paredes. Buena chica, corazón valiente.

En la ciudad extranjera, entrevista desde la ventana del hotel, Apolinario se inclina ansioso sobre los periódicos comprados en la estación. El golpe de estado en Brasil no ocupa ya los titulares de primera página, apartado por la historia de un célebre portero de fútbol que huyó del país, en un avión, para jugar en un equipo de Venezuela.

Lee ávidamente las noticias: el exsenador Venancio Florival se dirigía a Vargas y declaraba su apoyo al nuevo régimen en una entrevista concedida a la prensa, en la que afirmaba que combatir al comunismo era la necesidad primordial del país. Apolinario hizo una mueca de asco al leer el nombre del gran latifundista, cuyas historias corrían por los campos de Mato Grosso y de Goiás: los asesinatos de campesinos, la violencia contra los que se oponían a él, su voluntad convertida en ley sobre enormes extensiones de tierra. Otra noticia hablaba de divergencias entre Getúlio y los integralistas. Acción Integralista había sido prohibida, junto con los demás partidos políticos y el general Newton Cavalcanti, cuyas relaciones con el partido fascista eran notorias, había dejado el mando militar de la ciudad de Rio de Janeiro. Sin embargo, añadía el corresponsal de una agencia americana de noticias, el nuevo ministro de Justicia intentaba aún una fórmula de conciliación entre Vargas y los integralistas. Según el corresponsal, le habían ofrecido a Plinio el ministerio de Educación, y Acción Integralista, desapareciendo como partido político, se convertiría en una gran organización paramilitar bajo el rótulo de sociedad deportiva. Otra noticia anunciaba la liberación de algunos detenidos en el día del golpe y la llegada a Rio, para volver a las filas del Ejército, del exgobernador del Estado de Bahía. Un pequeño despacho, en un rincón de la página y en tipo menor informaba de la detención de comunistas en Rio, mientras pintaban consignas en las calles. Contra ellos se había iniciado un proceso, el primero que se apoyaba en la nueva constitución. Y en tres columnas, en negritas, saltando de la página, el artículo sensacional: en una entrevista concedida en exclusiva a la United Press, Vargas trazaba las líneas fundamentales de la política exterior de su nuevo régimen. Hablaba del panorama confuso del mundo, y afirmaba que su gobierno seguiría fiel a la amistad tradicional entre los Estados Unidos y Brasil, garantía de seguridad en el continente en estos tiempos de amenazas de guerra en Europa; hacía un elogio de Roosevelt en términos entusiásticos, y se refería a la deuda de Brasil con los capitales y con los técnicos norteamericanos, factores importantes del progreso brasileño. Terminaba clasificando al nuevo régimen por él instaurado como una democracia de tipo más elevado, donde reinaba un clima de cooperación entre patrones y trabajadores, y de donde desaparecerían las agitaciones extremistas, peligrosas para la salud de la patria. En un comentario a la entrevista, la agencia concluía que las palabras de Vargas eran una respuesta clara a los recelos del Departamento de Estado y de los medios financieros de Wall Street, temerosos en el primer momento del

golpe ante la posibilidad de una adhesión de Brasil al pacto anti-Komintern, de una vinculación más profunda con la política germánica y de una colaboración con los capitales nazis. La entrevista de Vargas había venido a desmentir tales rumores, y se esperaba que de un momento a otro los Estados Unidos reconocerían al nuevo régimen político brasileño, a pesar de su carácter autoritario y antidemocrático. En un periódico católico, Apolinario leyó un artículo en el que, comentando el golpe, el periodista analizaba la nueva constitución y, aunque reconocía que algunos artículos y párrafos podrían parecer en principio extraños para la mentalidad democrática del pueblo uruguayo, no podía dejar de hacer su elogio, pues se trataba de defender la integridad moral, económica y política de Brasil contra la acción nefasta de los comunistas; y el mundo había llegado a un momento en que no era posible continuar, en nombre de un liberalismo democrático caduco, dando facilidades a los «cómplices de Moscú» para realizar su obra satánica de disgregación social. El texto presentaba al nuevo régimen brasileño como un modelo para los demás países del continente, si es que pretendían realmente salvar la civilización cristiana de la amenaza bolchevique. Bastaba contemplar los acontecimientos de España para ver el peligro. Aclamaba a Vargas como un gran hombre ejemplo para los políticos latinoamericanos, y le aseguraba la aprobación de Dios: «del Supremo Artífice del Universo que Vargas desea salvaguardar con la constitución del Estado Novo».

Apolinario hizo otra mueca al terminar la lectura del artículo y murmuró: «cínicos». Dejó los periódicos sobre la cama, miró por la ventana la animación de la calle al anochecer. Llovía con una lluvia fina y persistente. ¿Qué compañeros habrían sido detenidos en Rio? ¿Cómo evolucionaría la situación? ¿En qué terminaría la lucha sorda entre Getúlio y los integralistas? ¿Cómo respondería el partido al golpe? ¿Qué nuevas acciones iba a emprender? Dejó la ventana y sus pensamientos para abismarse ahora en la lectura de las informaciones sobre la guerra de España. Traían noticias de batallas, de movimientos de tropas, de la heroica defensa de Madrid. Parecía que Franco avanzaba. Sin embargo, los republicanos resistían bien, a pesar de los oficiales y soldados alemanes e italianos y de las armas enviadas por Hitler y Mussolini. ¡Ah! Su deseo era llegar cuanto antes a España, sentirse en medio de la dura batalla, envuelto en el olor de la pólvora, rodeado de soldados. Allí, en Montevideo, en aquella primera noche suya en la ciudad, sin haber establecido aún ningún contacto, se sentía solitario e inquieto. Ya no estaba en Brasil y aún no había llegado a España. Los acontecimientos de Rio y de São Paulo ya no eran asunto suyo inmediato. Los de Madrid y Barcelona no lo eran todavía. «Un comunista —pensaba— puede cumplir con su deber de revolucionario en cualquier parte del mundo». Pero allí, él estaba sólo de paso; en camino de un campo de batalla a otro. Y la situación le parecía tan tensa en todas partes, especialmente en Brasil y en España, que aquella espera en Montevideo le daba la impresión de un tiempo perdido lamentablemente. Tenía prisa por combatir, la inmovilidad acababa con sus nervios. ¿Cómo quedarse allí, leyendo las noticias, mientras los camaradas morían en España bajo las balas

nazis? Mañana sabrá ya cuál es el día de partida, la fecha de salida del barco. Mañana ya no será un falso periodista brasileño, tendrá un nuevo nombre y una nueva profesión. Pero en esta noche de lluvia su pensamiento vuelve a Brasil, a la violenta reacción provocada por el golpe, a las dificultades mayores con que ahora se enfrenta el partido. Le gustaría tener un compañero con quien conversar, alguien con quien pudiera andar por la ciudad cambiando opiniones sobre la situación brasileña, sobre las perspectivas de la guerra de España. Siente una densa soledad que llega de la ciudad desconocida al cuarto anónimo del hotel. Lo mejor, piensa, es salir a cenar.

Comió en un modesto restaurante donde unos españoles discutían con gritos exaltados. Escuchó los argumentos de cada uno, sonrió con una sonrisa de apoyo al hombre bajo, de boina, que calificaba a Franco de «inmundo traidor». La discusión era tan violenta que amenazaba con degenerar en un conflicto. Un franquista gordo cerraba el puño contra el rostro del español bajo, y Apolinario pensó: «Si toca al republicano le voy a demostrar cómo se trata a un fascista. Empezaré aquí mismo mi lucha española». Pero en seguida comprendió su imposibilidad de intervenir en la discusión o en el conflicto. No podía, antes de llegar a España, mezclarse en nada que pudiera interrumpir su viaje. Si se iniciaba en aquel restaurante una pelea entre españoles republicanos y franquistas, lo que debía hacer era apartarse rápidamente antes de que llegara la policía. Pero no hubo lucha. Sólo se hicieron más fuertes los insultos, mientras el hombre bajo repetía las palabras de La Pasionaria con un grito apasionado y victorioso:

—¡No pasarán! ¡Los falangistas no pasarán!

Todo el apoyo que le pudo prestar Apolinario fue una sonrisa de ánimo y aliento. Pagó la cuenta y salió bajo la lluvia por las calles iluminadas. Miraba los escaparates, los transeúntes abrigados bajo los paraguas, los tranvías y los autobuses. ¿Dónde estaría la sede del Comité Central del Partido uruguayo? Le gustaría pasar ante ella y sentir su presencia solidaria en esta noche de abandono. Pero no sabía dónde estaba, no sabía tampoco quiénes, entre los hombres apresurados bajo la lluvia, eran compañeros con un corazón latiendo por la misma causa de la libertad del hombre. No se sentiría tan solo si Brasil no estuviera barrido por un golpe de carácter fascista, llamándole desde más allá de la frontera próxima, aplastado por la fuerza del sufrimiento, por las amenazas que pesaban sobre los camaradas, con las prisiones llenas de bravos del 35, la cárcel donde estaba Prestes. Su libertad, provisionalmente inútil en las calles de Montevideo, le pesaba como una carga. Quizá pudiera distraerse en un cine. Al ir hacia el restaurante había visto el anuncio de una película francesa. Dirigió sus pasos hacia la gran avenida, pero un quiosco de periódicos, exhibiendo a través de los cristales tarjetas con vistas de la ciudad, interrumpió su camino. Durante algún tiempo miró las postales, eligió las más bonitas comparando unas con otras. Se decidió por dos, compró también sellos; allí mismo escribió las direcciones y unas palabras sobrias de recuerdo para su hermana y para Mariana. Firmó con sólo un trazo ilegible. La hermana y la camarada adivinarían sin duda de

quién procedían aquellas palabras de cariño. La hermana se sentiría contenta al saberlo en tierra extranjera, lejos de las rejas de las prisiones de Rio, liberado de la vigilancia amenazadora de los policías, sin que pudiera alcanzarle la sentencia del proceso al que le someterían en breve. La camarada paulista se sentiría también contenta al saberle al otro lado de la frontera, camino de España. Para ella, en aquellos días de atmósfera cargada por el golpe de Estado, tal vez la tarjeta sirviera igualmente de estímulo, como un apretón de manos en medio de la dura lucha.

Ya no tenía ganas de ir al cine. Buscaba un buzón donde echar las postales. Las gotas de agua le mojaban el rostro. Subía por la Avenida 18 de Julio y notó la curiosa mirada de una mujer abrigada en un portal, cuyos ojos lo midieron de arriba abajo, pero él siguió con sus pensamientos, con su distante Brasil sufrido, solo en medio de un movimiento intenso, a pesar de la lluvia fría. Así tardó en percibir el rumor que llegaba de una plaza, un poco más allá, un rumor de aplausos y de vivas. Pero el rumor crecía a medida que avanzaba por la avenida, y acabó por captar su atención. Apresuró el paso, parecía oír, en el barullo de voces elevadas, un nombre familiar. Llegó a la plaza. Había una reunión política. Desde la galería exterior de un edificio hablaba un orador, y Brasil era el tema de su discurso. Apolinario se abrió camino entre la multitud concentrada bajo los paraguas. Se acercó.

Era frente al Ateneo de Montevideo. Millares de personas se habían reunido a pesar de la lluvia persistente que enfriaba la noche, para declarar su solidaridad con los antifascistas brasileños en aquella hora difícil para ellos, cuando una dictadura inspirada en el fascismo se abatía sobre su país. Los oradores se sucedían, obreros e intelectuales, representantes de partidos y de organizaciones de masas, y aclaraban la significación del golpe getulista, del peligro que representaba para todas las fuerzas democráticas del continente latinoamericano.

Hablaban de la confianza del pueblo uruguayo en el pueblo brasileño, en sus líderes antifascistas y, sobre todo, en Luis Carlos Prestes. Cuando el nombre mágico del prisionero era pronunciado, se elevaba un clamor inconmensurable de aplausos, y la multitud repetía con ritmo afirmativo:

¡PRES-YES SÍ! ¡VARGAS NO!

Apolinario estaba inmóvil como una estatua, como si tuviera los pies atados a la tierra por una capa de plomo. Todas las frases de los oradores, los aplausos que las interrumpían, los gritos de apoyo a las frases más duras, y aquel nombre de Prestes repetido por millares de bocas, eran una respuesta a su anterior inquietud, a aquella perdida soledad. No, nunca había estado ni estaría solo, no tenía derecho a creerse solo: a su alrededor, dondequiera que estuviera, estarían centenares y millares, habría siempre una mano de compañero para apretar su mano. Y repetía, sin sentir, con la solidaria multitud:

¡PRES-YES SÍ! ¡VAR-GAS NO!

Ningún comunista estaba solo en medio de la batalla, ni siquiera hallándose de paso en una ciudad extranjera, yendo de un campo de batalla a otro. Ninguno estaba solo, perdido y abandonado, ni siquiera en la más incomunicada prisión, ni en la cárcel más inmundada, separado de los demás como una fiera peligrosa. A su alrededor, rodeándolos de militante solidaridad, había millones y millones de hombres sobre la tierra, defendiéndolos y ayudándolos. El exoficial se sentía como alguien a quien hubieran abierto un absceso, con una alegría de convalecencia creciendo en su pecho, aliviado de todo dolor y de toda inquietud. La lluvia fina penetraba a través de la tela de sus ropas, pero no sentía frío. Un calor de primavera le subía del pecho a los ojos, nublándolos de emoción. A su lado, un obrero de barba rala hizo un gesto invitándolo a colocarse bajo su paraguas. Apolinario sonrió con agradecimiento y se colocó al lado de aquel desconocido compañero y dejó que su voz rodara proclamando el nombre bienamado de Prestes, dejó que rodara la obstinada lágrima.

Vio después a la multitud desalojando la plaza, disolviéndose en calles y avenidas. Ante él pasaban las pancartas «Abajo el Estado Novo», «Amnistía para Prestes», «Libertad para Brasil», los carteles, los retratos de los líderes, uno de Prestes con larga barba, del tiempo de la marcha de la columna, los hombres caminando bajo la lluvia. Se quedó aún mucho tiempo en la plaza, ante la ventana desde donde habían hablado los oradores. Dentro de unos días estaría en España, al otro lado del mar, y allá defendería también al pueblo brasileño, a los compañeros detenidos, a su partido comunista. En cualquier trinchera en que se encontrase sosteniendo un combate contra el fascismo, estaría cumpliendo su deber de comunista y también su deber de patriota, ahora lo comprendía, sintiendo aún resonar en sus oídos el clamor de la multitud uruguaya en su mensaje al pueblo brasileño:

¡Prestes, sí! ¡Vargas no!

Fue hacia el hotel. Veía a los transeúntes por las aceras, los miraba con simpatía, miraba también los escaparates iluminados, los tranvías llenos, y sentía ganas de decir a aquella gente sencilla de la calle, con gratitud: «hermanos, hermanos...». No estaba ya solo, era uno entre millones.

CAPITULO TERCERO

1

El río corría con ímpetu de aguas fangosas, las pirañas voraces encrespaban su tortuoso curso de serpiente. Barrancos, troncos de árboles, cuerpos podridos de animales, hojas secas y plumas coloreadas de aves iban rumbo al mar a través de la selva, arrastradas por la corriente. Pájaros de variadas familias trinaban en los árboles frondosos, donde saltaban ágiles macacos bajo el grito estridente de los periquitos, los ararás, los papagayos. Flores de rara belleza nacían parásitas sobre los troncos, orquídeas de increíble colorido, y flores salvajes, amarillas, azules, abigarradas, tendidas en el suelo de la selva cerrada en sombras húmedas. Setas monstruosas nacían y crecían con alucinante rapidez bajo el vuelo de mariposas de todos los colores, algunas de un azul sombrío, casi negro, otras de un azul celeste como un cielo sin nubes. Animales diversos venían de la selva a beber en las márgenes del río: puercoespines y antas, roedores rápidos, asustadizas pacas, venados de elegante caminar, serpientes plateadas de agudos dientes venenosos, el temido jaguar de imprevisible salto, de mortales garras asesinas. En la desembocadura de los pequeños afluentes se calentaban al sol los cocodrilos, con la enorme boca abierta cerrándose sobre peces inocentes. Una vida de comienzos del mundo se desarrollaba bajo el sol ardiente, entre las lianas intrincadas que enlazaban los árboles en el casi deshabitado Valle de Río Salgado.

Alguna vez, muy raramente, una canoa primitiva, sólo un tronco de árbol vaciado, subía por el río asustando a los pájaros y a las fieras, despertando a los cocodrilos perezosos, haciendo correr locamente por los troncos, en fuga despavorida, a los monos curiosos e inquietos que, desde lejos, le tiraban cocos de las palmeras como diciéndole que jamás volviera a internarse en aquellos parajes peligrosos. Los pájaros silenciaban sus melódicos cantos, los yacarés desaparecían bajo el agua, los sapos se ocultaban, el tropel fugitivo de venados se perdía en la selva, las serpientes se enroscaban dispuestas para el salto venenoso. Sólo las pirañas, ávidas de sangre, saltaban en torno a la canoa, en cardúmenes sin fin. En general, el indio pensativo que llevaba los remos ni siquiera levantaba la cabeza hacia el repetido espectáculo. Iba desviando su embarcación de los troncos que bajaban, evitando la proximidad peligrosa de los cocodrilos.

Un día, sin embargo, a finales del año 1936, una canoa subió corriente arriba llevando a un hombre para quien aquella visión era nueva y envolvente, que no podía apartar los ojos de la selva misteriosa, de las flores magníficas, de la oscura testa escamosa de los cocodrilos. Incluso ahora, casi un año después de que pasara por primera vez por allí, Gonzalón aún siente aquella impresión de inmensidad, de invencible poder, transmitida por la selva y por el río. Su rápida canoa ha explorado ya buena parte de este río, ha disparado ya muchas veces su carabina de caza en medio de la selva sobre las antas y los venados. Sus ojos ya se han habituado a distinguir entre las serpientes las que son venenosas y las que no, sus oídos han

aprendido a conocer de lejos el paso sutil del jaguar. Aun así, cada día descubre algo nuevo y bello o terrible en ese mundo desconocido donde se oculta de la policía. Allí plantó un pequeño campo de mandioca y maíz, desbravando un poco de la tierra de los márgenes del río. Hace mucho que nada sabe del distante universo erguido en el litoral. Hasta el fondo de aquella selva virgen no llega la repercusión de la vida. Buen abrigo para ocultarse un hombre condenado a cuarenta años de prisión, diez como extremista y jefe de revoltosos, y treinta por asesinato.

Murieron algunos hombres de la policía militar, es verdad, pero ni Gonzalón sabe siquiera si alguno murió de sus disparos. Y no obstante, le condenaron como si él los hubiera matado a todos, como si hubieran caído en emboscada y no en lucha abierta contra pobres indios indefensos.

Aquel epíteto de «asesino», con que la justicia lo había marcado, no le inquieta. Si alguien saliera de cabaña en cabaña, por los márgenes del río, por los pequeños cultivos perdidos, entre los indios, preguntando si allí se ocultaba el terrible criminal, un hombre de talla gigantesca, de brazos como gruesas ramas de árbol, de pesadas manos encallecidas, de bronceada piel de cobre, le responderían que sí, que estaba allí, cultivando un pequeño campo de maíz y de mandioca, que por allí vivía un gigante así, pero que era hombre de otro talante, un poco médico y un poco enfermero, que sabía leer y escribir, que entendía de raíces y de hojas, que era de una bondad inmensa, incapaz de matar a una hormiga y que, sin duda, no podía ser el buscado asesino. Le llamaban José, nunca le habían preguntado el apellido. Algunos, en las charlas entre vecinos distantes que se escondían en los puestos de caza, le llamaban el «Amigo», palabra frecuente en cada frase de Gonzalón, y con la cual solía dirigirse a conocidos y desconocidos. Cuando alguien se refería al «Amigón» todos sabían que se hablaba de aquel hombre solitario, que vivía en los extremos del Valle de Río Salgado. Y, sin duda, si un día la policía descubriera su paradero y viniera a buscarlo, todos los indios de la región se unirían para defenderlo. En aquel año de permanencia en la selva, Gonzalón se había hecho querer y respetar por todos.

No paraba mucho tiempo en el campo de maíz. Tomaba la canoa e iba de plantación en plantación cuidando a los enfermos, recomendando tisanas hechas con raíces y hojas, remedios aprendidos de los indios, ayudando a los indígenas a derribar troncos y a construir cabañas, cazando con ellos, intentando enseñarles a leer, hablándoles de otros mundos donde era diferente la vida de los que labraban la tierra. Cuando aparecía en su canoa, los habitantes de las plantaciones le saludaban a gritos, y venían hombres y mujeres, chiquillos barrigudos, hinchados, a esperar la embarcación. Los indios que tenían hijas en edad de tomar marido se miraban rivales, esperando que fuera su hija la privilegiada con la elección de aquel Gonzalón. Pero él llevaba una alianza de noviazgo en un dedo de la mano izquierda, y el recuerdo de un gracioso rostro moreno en el corazón, y parecía no desear mujer alguna en su cabaña de madera en los márgenes del río.

Gonzalón sabía que más allá del valle, al otro lado de las montañas, se extendían

pastos y haciendas ganaderas, plantaciones, casas de colonos y trabajadores. Y alguna vez se aventuró hasta allí, a pesar del peligro, hasta aquellas tierras del senador Venancio Florival, cuyo nombre hacía temblar a todo el mundo. Fue así como inició entre los campesinos un trabajo político, de partido, pese a hallarse desligado de cualquier organización, perdido en la selva. Había sido una decisión de los compañeros: tenía que desaparecer sin dejar rastro, permanecer durante un tiempo oculto en cualquier remoto lugar. Era imposible esconderlo en las ciudades, donde lo buscaban policías de todos los estados con orden de matarle si lo encontraban. Eso le hacía inútil para cualquier tarea del partido, y al mismo tiempo le convertía en una pesada carga para los demás. Lo comprendió así, y atravesó en espantosa caminata el sertón, aquella llanura de matorrales espinosos, y luego las montañas, el río y las selvas vírgenes, hasta dar con aquel valle donde nadie de la policía podría imaginarle ni soñaría con ir a detenerle.

De vez en cuando, un periódico de la capital de Bahía recordaba su nombre, señalándole como responsable de la más reciente agitación política. Algunos afirmaban incluso que se encontraba en el grupo de los bandidos del Lampião; otros decían que le habían visto en las pequeñas ciudades del interior. Cuando faltaban noticias sensacionales en la prensa, los redactores recordaban a Gonzalón, y aparecía en titulares la pregunta constante al jefe de la policía: «¿Dónde estará José Gonzalo?». Y el jefe de la policía se explicaba en una entrevista: continuaba la búsqueda, no sólo en Bahía, sino también por todo el país. La detención del «bandido» era cosa de días. Pero sólo un hombre en todo el país sabía dónde se encontraba, y éste era el camarada Vitor, del secretariado del Nordeste, responsable del partido en la región de Bahía. Fue precisamente Vitor quien le indicó en el mapa el valle lejano:

—Eso está casi deshabitado. Es una región riquísima. Aún hace poco leí un artículo sobre ella en una revista norteamericana. Esa gente no va a tardar en tender sus garras sobre estas tierras. Por lo visto hay manganeso, inmensas cantidades. ¿Por qué no vas ahí, y los esperas hasta que lleguen? Ellos o los alemanes, que también están interesados.

Gonzalón midió con el pulgar la distancia en el mapa:

—Es una caminata del diablo...

Se rió con su risa de gigante bueno:

—Mañana mismo salgo para allá...

Su proceso había finalizado. Se había publicado ya la sentencia: cuarenta años de prisión. Gonzalón se había echado a reír, comprobando con asombro:

—Tengo treinta y dos. Si tengo que pasarme cuarenta en la cárcel, voy a salir cuando sea más viejo que Matusalén...

—Y, como te agarren, te van a matar, aunque sólo sea para escarmiento. Esa lucha de los indios fue el primer movimiento serio contra los latifundistas, y tienen miedo de que la cosa se reproduzca.

A veces, entre los indígenas de Río Salgado, Gonzalón se acordaba de los indios de Ilheus. Depositaban en él la misma confianza, lo miraban con los mismos ojos amigos. Un resto de la tribu, escapado de la matanza organizada en los tiempos de la colonización, cultivando tierras suyas por herencia inmemorial; una pequeña misión del Servicio de Protección a los Indios funcionando junto a la colonia. Gonzalón era enfermero de la colonia india, les enseñaba el alfabeto y, al mismo tiempo, despertaba en ellos la conciencia política.

Los compañeros le habían conseguido aquel empleo después de haber quedado marcado tras la huelga que había dirigido en una fábrica de aceites vegetales. La profesión de enfermero la había aprendido en el servicio militar. En el hospital donde había encontrado empleo al dejar el uniforme, se hizo comunista. Un médico le había proporcionado libros, folletos, y pronto se convirtió en un activista ardiente. Del hospital salió para la fábrica, y la huelga fue una escuela útil. Pero desde entonces ya no pudo vivir en paz: la policía lo consideraba peligroso y cada dos por tres le detenían. Fue entonces cuando, por medio del mismo médico que le había relacionado con el partido, consiguió ser nombrado enfermero en la Colonia Paraguaçu.

Con la llegada de Gonzalón, la actividad del partido no creció solo entre los indios de la colonia. También encontraba tiempo para ayudar a las organizaciones de Ilheus e Itabuna, de Pirangi y de Agua Preta, para hablar con los trabajadores de las haciendas de cacao. Su presencia enorme se hizo muy pronto popular en toda la zona, y los indios de la colonia sentían por él verdadera veneración, les gustaba enseñarle los secretos medicinales de hierbas y raíces, le traían animales como regalo, papagayos charlatanes y espléndidos jacus negros domesticados. Él iba con los indios a los campos, cogía el hacha y la hoz como ellos, derribaba árboles y recolectaba frutos, hundía la azada en la tierra, sabía que aquélla era la mejor manera de ganarse su confianza. El viejo sargento que dirigía la colonia era un pobre hombre cuyo único placer era pescar en las aguas del río. Prácticamente, la vida de la pequeña comunidad se hallaba en manos del comunista.

Pero aquéllas eran tierras fértiles y los campos se dilataban y producían gracias al arduo trabajo de los indios. Un día, un político descubrió que a aquellos indios jamás se les había hecho concesión legal de las tierras. Eran tierras de nadie. Y con la benevolente simpatía del gobernador del Estado, puso a su nombre, en el Registro de Títulos de Propiedad, aquella extensión de tierra sin dueño. Hizo la medición, y los indios y el personal del Puesto de Paraguaçu no se enteraron de nada hasta que un día apareció el político, título de propiedad en mano, dispuesto a tomar posesión de su tierra y a «lograr un acuerdo amistoso con los nativos». Gonzalón obligó al viejo sargento a embarcar para Rio y presentar el caso ante el Servicio de Protección a los Indios, cuyo jefe supremo era un general del Ejército. El Servicio se puso en movimiento, planteó el caso ante los tribunales. El litigio duró algún tiempo, el general-jefe parecía haber tomado la cosa a pecho. Cuando el sargento volvió,

Gonzalón fue a Bahía a discutir el caso con la dirección del partido. Vitor le dijo, con su voz brusca y directa, atusándose el mostacho largo y erizado:

—No te hagas ilusiones con lo del pleito. Es una justicia de clase, una justicia hecha a la medida de los latifundistas. Pese al clamoroso escándalo, y del hurto miserable que la cosa va a suponer, el Tribunal Supremo fallará en contra de los indios. Alimentar ilusiones en ese sentido es desarmar a los braceros y a los colonos...

—Los indios están dispuestos a defender la tierra con las armas... Son valientes, y dicen que esas tierras son lo único que poseen, y no las quieren entregar, pase lo que pase. Prefieren morir armas en mano...

—Vamos a discutir el asunto en la dirección del partido... Tomaremos una decisión inmediata.

Mientras esperaban la resolución del litigio, Gonzalón preparó la resistencia. Acumuló la mayor cantidad posible de armas, estudió concienzudamente los caminos, mantuvo largos conciliábulos con los indios. El sargento seguía pescando y decía a todo el mundo que confiaba en la sentencia del tribunal. El general le aseguraba que aquel escándalo no iba a obtener el beneplácito de la justicia, que los indios podrían seguir tranquilos en sus tierras, tierras heredadas de sus abuelos.

Pero, como había previsto Vitor, el Tribunal Supremo falló en favor del político. Cuando éste volvió, le acompañaban el delegado de policía de Ilheus y varios elementos de la policía rural. En el Puesto, el sargento inclinó la cabeza. Se sentía triste y defraudado en su buena fe pero, ya que la justicia lo había decidido así, las tierras eran del nuevo propietario. El político fue magnánimo: estaba dispuesto a mantener a los indios en condición de aparceros, a mantener el puesto de protección, e incluso dijo que iba a ayudarles a cumplir con su tarea. Todo parecía resuelto en buena armonía, pero los indios habían desaparecido, y con ellos Gonzalón. El político, acompañado por el delegado, el viejo sargento y algunos guardias, salió a ver sus tierras. Fue recibido por una descarga cerrada. Así empezó la lucha en Posto Paraguaçu, lucha que duró más de un mes. Para liquidar a los indios hubo que movilizar a casi toda la policía militar del Estado.

En aquel primer encuentro, el político fue herido, murió un guardia, y los demás se retiraron a toda prisa. Aquella noche fue melancólica la entrevista entre el sargento y Gonzalón. El viejo pescador intentó convencerle de la inutilidad de la resistencia:

—Un pobre no es nada en esta tierra, un pobre no es nada, ¿qué van a ganar los indios rebelándose, si ni siquiera puede nada el general, con todas sus estrellas y su prestigio? Es marchar a una muerte segura...

No entendía las razones de Gonzalón, y se fue de madrugada, con sus cañas de pesca y una nostalgia sin medida de aquellas tierras y de aquellos indios pacíficos, pobres criaturas de Dios. Al llegar a Ilheus fue detenido y se pasó en la cárcel ocho días, hasta que se convencieron de que no había tenido nada que ver con el tiroteo. En el hospital donde le extrajeron la bala del muslo, el político sostuvo una conferencia

con las autoridades locales, y organizó la expedición punitiva. Y decía riéndose a los muchos amigos que le iban a visitar:

—Soy el último «bandeirante^[2]» de Brasil...

La expedición punitiva, compuesta por soldados de la policía militar de Ilheus e Itabuna y por guardias rurales elegidos en las haciendas, fracasó por completo. Los indios se defendían bien, estaban armados, y su puntería era temible. Vinieron refuerzos de Bahía, y con ellos un coronel del Ejército y periodistas. El nombre de José Gonzalo ganó una rápida y temible celebridad en todo el país. Como los periodistas poco o nada sabían de su pasado, inventaron historias tenebrosas, relacionaron su nombre con el bandidaje que reinaba en las tierras del cacao en años anteriores, le describieron como un criminal sin entrañas al servicio de los comunistas. Sólo uno, entre los corresponsales de los periódicos, un joven escritor mulato, expuso en sus crónicas la justicia de la causa defendida por los indios. Inmediatamente fue llamado por la dirección del periódico y, al llegar a Bahía, fue asaltado una noche por un grupo de policías que lo dejaron inconsciente de una paliza. ¿Acaso no se había atrevido a describir, abusando sin duda de la confianza de su periódico, las torturas infligidas por el coronel y sus subordinados a un indio a quien habían hecho prisionero? Torturas horribles, que recordaban los tiempos coloniales, con los nobles portugueses y los jesuitas quemando indios a medida que avanzaban las «bandeiras».

Al mismo tiempo, por toda la zona, entre millares de braceros, se iba desarrollando una campaña de solidaridad con los indios. Algunos hombres se arriesgaban de noche, a través de los campos batidos por las patrullas militares, para llevar municiones al Posto Paraguaçu. Muchos no regresaban, y preferían quedarse para poner su certera puntería al servicio de los rebeldes. Durante más de un mes, bajo el mando de Gonzalón, los indios pudieron resistir. Desde Bahía seguían enviando refuerzos militares. Fueron cercadas las tierras de la colonia, y en los periódicos aumentaba cada día el espacio dedicado a la lucha. Los indios iban cayendo uno tras otro, pero la resistencia continuaba. Cada avance del latifundista se pagaba a un alto precio de sangre. En las haciendas contiguas, braceros y aparceros oían las descargas de fusilería y así iban adquiriendo consciencia política. Aprendían con los indios. El nombre de Gonzalón adquirió para ellos un significado, mientras iba adquiriendo otro muy distinto para los señores de la tierra.

Y el cerco se iba apretando, hasta llegar un día en que se vieron reducidos a sólo el puesto y a unos pocos hombres. Aquel día, Gonzalón fue herido en una salida, y los indios, en un prodigio de audacia sólo posible en ellos que conocían aquellos caminos palmo a palmo, le llevaron hasta la distante casa de unos amigos. Antes, siguiendo sus consejos, habían incendiado las plantaciones y las chozas. Al día siguiente, el político pudo poner los pies en las tierras conquistadas. Unas tierras calcinadas, empapadas en la sangre de sus defensores.

A través del sertón, Gonzalón fue llevado a Bahía, en un viaje de cortas etapas

cubiertas por la noche, pues la policía batía los caminos en su busca. Los trabajadores de las haciendas, los colonos, los pequeños labradores, lo ocultaban, le daban de comer, le sonreían. Gonzalón se había dejado crecer la barba, y ellos lo veían como uno de aquellos predicadores y beatos que surgían periódicamente del hambre y de la miseria en las espesuras de los matorrales ressecos del Nordeste. Pero éste no hablaba del fin del mundo, de la muerte y de la ira de Dios. Hablaba de lucha y de vida, de un futuro feliz por conquistar.

En Bahía, los camaradas le tuvieron escondido mientras duró el proceso. Algunos indios habían sido detenidos, la mayoría había muerto en los combates, los restantes desaparecieron por los caminos, protegidos por los braceros de las haciendas. La policía había conseguido identificar a Gonzalón, era el mismo comunista llamado José Gonzalo, el peligroso agitador de la huelga de la fábrica de aceite, el gigante que en un mitin había derribado de un puñetazo al delegado de Orden Público del Estado. El Servicio de Protección a los Indios se puso en movimiento (cosa que no había hecho durante la lucha) y toda la responsabilidad recayó sobre Gonzalón. Los indios, terriblemente apaleados en las cárceles, fueron absueltos. José Gonzalo fue condenado a cuarenta años de cárcel. Cuando fue leída la sentencia, uno de los indios prisioneros dijo al abogado, un camarada del partido:

—Si hay un hombre bueno en el mundo, es Gonzalón. Meterlo en la prisión es como encarcelar la tierra que nos alimenta... Pero sé que nunca lo atraparán. Gonzalón puede más que toda la policía.

El partido podía más que toda la policía. Los señores de la tierra no estaban contentos: no bastaba la condena, lo que querían era la cabeza del rebelde, de aquel temerario que se había levantado contra el poder de los latifundios. La policía de Bahía parecía no tener más misión que buscar al jefe de la lucha de los indios del Posto Paraguaçu. Fueron movilizadas también las fuerzas de policía de los demás estados. Los periódicos afirmaban que la detención era cosa de días, que se estaban investigando varias pistas. Gonzalón pasaba de casa en casa. Los policías registraban minuciosamente las viviendas de comunistas o simpatizantes, guardaban las salidas de barcos, las estaciones de ferrocarril, las paradas de los autobuses, las carreteras. Tenían orden de disparar sobre él inmediatamente, después dirían que había resistido, o intentado la fuga. Un día, Gonzalón le dijo a Vitor:

—Estoy siendo una carga para el partido.

Fue entonces cuando el dirigente le indicó en el mapa aquel pedazo perdido de Brasil, le habló de los ojos voraces de los norteamericanos y de los alemanes clavados en el Valle de Río Salgado.

—Si consigo salir de la ciudad, seguro que llego. Por el camino, ya me las arreglaré. Tengo amigos por toda esa zona del sertón, y cuando se acabe el sertón, haré nuevos amigos.

No salió ni en barco ni en tren, ni en autobús ni en automóvil. Salió en un barco de vela, oculto en la bodega, entre una carga de ladrillos, cubierto por una lona. Había

embarcado en el pequeño muelle de cabotaje frente al Elevador, entrada la noche, y mestre Manuel, que lo llevaba atendiendo al ruego de un amigo, un estibador negro llamado Antonio Balduino, cantaba en la hora de la partida una canción marinera:

*Uno no muere hasta que le llega el día,
marcado en la hojita de Iemanjá^[3].
Antes no hay ni temporal ni bala
que pueda acabar con un valiente...*

Alzadas las blancas velas bajo las estrellas, encendida la estrella de la pipa de barro de mestre Manuel, el patache cortó las aguas del mar bahiano rumbo a Cachoeira. Desde el muelle, como despidiéndose y respondiendo a la canción del marinero, resonó la voz profunda del negro Antonio Balduino^[4], encargado de embarcar al fugitivo, cantando las «Aleluyas de Gonzalón», compuestas por un anónimo bardo del mercado, y vendidas en muelles y feriales a obreros, campesinos y mulatos:

*De los indios capitán,
coronel de pobres gentes,
general de valentía,
Zé Gonzalo o Gonzalón.
Revoltozo perseguido
y escondido en Bahía
y condenado a prisión.
.....
Nunca van a detener
a Zé Gonzalo, Gonzalón.*

Tenía que llegar al Valle de Río Salgado, y llegó. Le dijo a Vitor que tenía muchos amigos en el sertón pero eran muchos más de los que él mismo pensaba. Viajó en los más variados medios de transporte, enviado por un jornalero a otro jornalero. Gran parte del recorrido lo hizo conduciendo rebaños de ganado entre vaqueros vestidos de cuero. Acompañó durante varios días a una tribu de gitanos, oyendo canciones en lengua extraña y estañando cacerolas y sartenes. En un rancho solitario, una noche, habló con los *cangaçeiros*, los bandidos del sertón, les oyó contar sus hazañas, los ataques a haciendas, villas y ciudades. Recorrió caminos abiertos por la Columna Prestes en los lejanos años 1925 y 1926, encontró aún el rastro del paso del revolucionario en la memoria de los campesinos. Se detuvo unos días entre los buscadores de diamantes, entre aventureros de todas las razas y colores y, a partir de un cierto punto en sus andanzas, empezó a oír hablar del valle de Río Salgado y de su impenetrable misterio. Decían que aquellas selvas eran refugio seguro de los indios xavantes, nómadas y peligrosos, y de otras tribus primitivas aún desconocidas. Hablaban de la malaria y de las fiebres mortales, de los mosquitos transmisores de enfermedades incurables. Sobre la población dispersa por aquel territorio, era poco lo que se sabía, se hablaba sólo vagamente de grupos de indios

perdidos en aquellas lejanías inexploradas.

Las agrupaciones humanas fueron disminuyendo, y pasó a encontrar sólo algunos raros viajeros en los campos sin fin. Se había ido acercando a las selvas y a los pantanos; durante días y días anduvo sin ver a nadie, y ya se creía perdido en aquel laberinto verde, con el cuerpo hinchado por las picaduras de los mosquitos, las manos desgarradas, los pies llagados. Pero su indomable voluntad le hacía continuar, y atravesó la selva de lado a lado. Cuando apareció en los márgenes del río, era un ser espantoso, herido y sucio, la carabina al hombro, el revólver colgando del cinturón, con un aire de alucinado.

Poco a poco fue conociendo a la población de las riberas. Nadie le preguntaba allí de dónde había venido, qué pasado turbio le había llevado a aquel último rincón de la selva, donde la vida del hombre apenas se diferenciaba de la vida de los animales. Vivían allí gentes del sertón expulsadas de sus tierras por la sequía o por los hacendados, entre ellos uno de Ceará, bajo, grueso y hablador, dueño de una guitarra, único instrumento musical de toda la región. Gonzalón solía decir que aquel cearense cantador de ritmos de su tierra, de emboladas y de tiranas, era el representante del arte y de la literatura en el Valle de Río Salgado, de la misma manera que él, con sus pocos recursos de enfermero y con el conocimiento de las plantas medicinales que había obtenido de los indios, era el representante de la ciencia. Cuando soltaba las ataduras de su canoa para ir a ver, río abajo, al cearense, se repetía para sí mismo, con buen humor:

—La ciencia va a visitar al arte...

Había principalmente indios fugitivos de la esclavitud de las haciendas feudales, algunos con familias enormes, amarillos por el paludismo, pero satisfechos de cultivar un trozo de tierra propia. Y, como centro de aquella vida primitiva, había un sirio de pecho tatuado. Él era el comercio. Era dueño de una tienda miserable donde vendía azúcar, aguardiente, fósforos y tabaco, piezas de tela barata, palas, hachas y hoces, cañas de pescar y, sobre todo, balas y carabinas. Su tienda quedaba lejos, pero el sirio pasaba la mayor parte del tiempo en una canoa, de plantación en plantación, cambiando sus invariables mercaderías por maíz, café y harina que le traían los campesinos. Cada dos o tres meses salía, con una reata de asnos, para más allá de las montañas, a vender y comprar. Volvía con azúcar y fósforos, aguardiente y tabaco, balas y azadones, y a veces un sombrero que alguien le encargaba, o un espejito para la mujer de un indio. Era un hombre silencioso y sombrío que hablaba un portugués endiablado, con acento árabe y palabras francesas. Una vez que se emborrachó le contó a Gonzalón parte de su vida: había sido condenado a prisión perpetua a causa de un bárbaro crimen pasional cometido en Marsella, donde vivió un tiempo. Le llevaron a un penal de la Guayana, pero consiguió evadirse, y desde Cayena, a través de la selva amazónica, llegó a Manaus. Allí estuvo varios años vendiendo cualquier cosa por el gran río, hasta que le descubrieron y de nuevo fue detenido a petición de la justicia francesa. Mientras esperaba los trámites del proceso de extradición, huyó

una vez más, comprando la complicidad de un guardia de la prisión. Bajó entonces hacia el Valle de Río Salgado, y allí se quedó y allí esperaba vivir en paz el resto de sus días. Narraba su historia con voz monótona, el rostro inexpresivo, las manos inmóviles sobre las rodillas, sin gestos. Sólo pareció conmoverse al hablar de la mujer a quien había asesinado en la noche de los celos:

—Era *blonde* y se llamaba Ginette, pero para mí era Jinou, así la llamaba siempre —abría la camisa y mostraba el pecho, con el nombre tatuado bajo un corazón atravesado por una flecha—. *C'est ça...* ¿Por qué decía que me amaba y andaba revolcándose con otro cuando yo estaba en el trabajo?

Se quedaba silencioso, con la cabeza entre las manos. Comentaba luego:

—A veces pienso que no lo hacía por maldad. Era así, su carácter. *C'est ça...* Pero cuando lo descubrí no pude pensar en nada. Le abrí la garganta con un *rasoir*... Era *blonde*, Amigón. Aún de noche sueño con ella...

Abarrotaba el cuerpo de aguardiente y repetía:

—*C'est ça...*

Cuando Gonzalón cayó abatido por el paludismo, apareció el sirio. La noticia había llegado hasta él. El color bronceado del gigante tenía ahora los tonos verdosos de la fiebre. Había enflaquecido. El sirio trajo quinina, se la aplicó en dosis de caballo. Dijo:

—Otro cliente para la quinina... La primera vez, no cobro nunca. *C'est ça...*

Él, le explicó a Gonzalón, nunca había padecido el paludismo; nunca había estado enfermo. Con la sequía, y el descenso del caudal del río, el paludismo había hecho presa en la mayoría de los cultivadores. El sirio iba de plantación en plantación con su canoa, llevando las dosis de su quinina por las que exigía a cambio mucho café y mucho maíz. Gonzalón, mejorado, le acompañó y dio consejos de higiene a los enfermos, aplicó en ellos su conocimiento de hierbas y raíces. A veces llegaban tarde, un cuerpo había sido enterrado ya al pie de un árbol de la selva próxima, o simplemente lanzado al agua, si no tenía parientes dispuestos a cavarle una sepultura.

A comienzos de aquel año de 1938, el sirio había atravesado con sus asnos una vez más las montañas hasta alcanzar la civilización distante, llevando el café, el maíz y la harina. Al volver, había traído, como siempre, fósforos y tabaco, aguardiente y azúcar, anzuelos y balas. Y también periódicos atrasados, encargo siempre renovado de Gonzalón. Fue entonces cuando el revolucionario y los demás habitantes del Valle se enteraron del golpe de estado del 10 de noviembre de 1937, cuando habían pasado ya tres meses. Los habitantes del Valle, con excepción de Gonzalón, no se sintieron en absoluto impresionados por la noticia. Poco les importaba a ellos que en el Palacio de Catete, en Rio de Janeiro, estuviera un político u otro. Pero otra noticia aparecida en los periódicos más recientes de los traídos por el sirio, perturbó profundamente la vida de todos. Uno de los diarios daba la noticia de que un tal César Guilherme Shopel, poeta y editor en Rio, había obtenido del gobierno una concesión sobre las

tierras del Valle de Río Salgado y estaba organizando una gran empresa para sanear aquella región, abrir carreteras, llevar hasta allá el telégrafo, montar industrias, perforar minas. Era una empresa, según el periódico, animada por nobles objetivos patrióticos. Gonzalón leyó y releyó la noticia; estaba solo, el sirio se había ido en su canoa viajera, distribuyendo azúcar, tabaco aguardiente y balas. Anduvo hasta la orilla del río, abarcó con una mirada la selva próxima, las aguas caudalosas, las pequeñas plantaciones de los indios vecinos. Murmuró para sí:

—Vitor tenía razón. Van a llegar, pero ¿quién son ellos, los alemanes o los norteamericanos? —irguió el cuerpo gigantesco, cerró los puños poderosos y decididos, sonrió suavemente. No importa quiénes sean. Aquí estoy para recibirlos y sabré hacerlo. Ya empezaba a cansarme de no hacer nada...

El río fluía indiferente, arrastrando troncos, ramas secas, cuerpos de animales; la selva dormía al sol, poblada de fieras, serpientes y misterio.

2

Lucas Puccini oía las protestas de tía Ernestina hechas en voz baja. Algunas palabras quedaban resonando, obstinadas, en sus oídos. La vieja solterona parecía desconcertada en el nuevo piso, como si sintiera la falta del húmedo ambiente de la oscura casa del suburbio, de su permanente olor a mohó, como si no se acostumbrara al sol del verano, que entraba, con claridad exagerada, por las rasgadas ventanas del piso moderno, en la plaza Mariscal Deodoro. Tía Ernestina parecía desconfiar de toda aquella súbita prosperidad, miraba de soslayo al sobrino vestido con traje nuevo, hecho a medida, y fruncía la frente en un presentimiento de desgracias cuando Manuela atravesaba la sala cantando y ejecutando pasos de ballet con una alegría primaveral de pájaro. Los abuelos iban al jardín cercano, con los pequeños. A ellos sí les había gustado aquel traslado, y se quedaban los dos, uno al lado del otro, muy juntos, durante largas horas en un banco del jardín, satisfechos de poder acompañar con los ojos la vida intensa de aquella calle céntrica. Lucas había escrito a su cuñado para comunicarle los cambios que se habían operado en su vida, el empleo público obtenido, las nuevas perspectivas que se abrían ante él, y para discutir las posibilidades de internar al mayorcito en un colegio. Tía Ernestina lo miraba todo con ojos muy abiertos, hacía promesas a Nuestra Señora de la Aparecida para que todo aquello, aquella inesperada (y para ella inexplicable) prosperidad no acabara en un desastre. Y mientras gruñía por los rincones, escondiéndose de la luz violenta, maldecía al sobrino y a la sobrina, a los hombres en general y a la alegría de la casa. Odiaba sobre todo el amor. Sentía por los asuntos sentimentales aquella repulsa de las mujeres jamás amadas, jamás objeto de una mirada tierna, de una dulce palabra de cariño. Por eso, una parte importante de su mascullada protesta iba dirigida a Manuela en cuya alegría saltarina descubría las señales del amor. Cuando la sobrina salía, por la tarde o por la noche, para encontrarse con Paulo, tras haberse demorado ante el espejo para volverse aún más bella, la vieja murmuraba entre dientes:

—Vete, vete, perra, que eres una perra callejera, vete a darte el pico con ese saco de huesos, con ese cara de vómito... Sólo porque tiene coche y dinero, porque te da perfumes y te anda diciendo cositas dulces te crees que se va a casar contigo. Ya verás después, como te deja compuesta, para que acabes en una de esas calles de vagabunda. Lo que me voy a reír entonces... Vete, vete, a la calle, a refocilarte con él...

Iba así por la casa, pegada a las paredes, dejando a su paso un rastro de ruindad, sabiendo que parte de sus frases las oía Lucas:

—Y el hermano se lo permite. Él, mientras gane dinero... Sólo piensa en eso, en el dinero. Cualquiera día se lleva el batacazo. Seguro que acaba en la cárcel, y menos mal si no acabamos nosotros con él... ¿De dónde va a sacar tanto dinero para pagar la casa y la profesora de baile de esa otra? Esto me huele mal. Aquí hay algo sucio, pero que muy sucio. Al tiempo. Nuestra Señora nos ayude, pero esto lo veo muy mal...

Al principio, Lucas se reía, le gastaba bromas, pero poco a poco aquella voz agorera de desgracias empezó a irritarle. Y no tanto por lo que decía de él, por las insinuaciones susurradas, por las miradas suspicaces que le lanzaba, como por las murmuraciones en contra de Manuela, cuya conducta a veces también preocupaba a Lucas. La hermana, desde que había empezado las clases de ballet, y a medida que avanzaba en su noviazgo con el joven diplomático, se iba transformando en otra persona, perdida ya aquélla melancolía suya, independiente, llena de proyectos, incluso más que el mismo Lucas. Ahora Manuela conocía a un montón de gente de los medios literarios y artísticos, iba con Paulo a fiestas en los *ateliers* de pintores amigos y a reuniones en casas de escritores. Estaba posando para un retrato de un maestro de la pintura moderna, hablaba con preocupación creciente por los términos refinados, como si al cambiar de casa hubiera cambiado también de personalidad. Parecía incluso otra Manuela, sin nada en común con la tímida muchacha encerrada en la humedad de la casa del suburbio. No era el nuevo ambiente frecuentado por su hermana lo que preocupaba a Lucas. El muchacho comprendía que era necesario, si quería realmente ser bailarina, penetrar en aquel mundo de literatos y de artistas. Lo que en algunos momentos le preocupaba, poniendo una nota de tristeza en medio de la exaltación en que vivía en los últimos meses, era la pasión de Manuela por Paulo. Sentía que su hermana se había entregado por completo a aquel amor sin ofrecer la menor resistencia. Hablaba del muchacho como de un dios, dispuesta a todo lo que él deseara. Y Lucas se preguntaba si no sería conveniente intervenir para romper aquellas relaciones entre Manuela y Paulo, presentarla a sus nuevos amigos del Ministerio, a algunos de aquellos muchachos con futuro y dispuestos a formar una familia. Tenía miedo de que aquellas maldiciones aparatosas de tía Ernestina, de que las maldades esculpidas por los rincones contra Manuela, acabaran realizándose. No sabía si sería ya tarde, si no habrían ido ya demasiado lejos las relaciones de su hermana y Paulo. Manuela se pasaba días enteros fuera de casa, a veces llegaba de madrugada, con los ojos fatigados. Pero a Lucas le daba cierto reparo discutir con ella aquel asunto. Y se callaba oyendo a la muchacha contar los planes para lanzarla en Rio de Janeiro como bailarina. Un poeta, un tal Shopel, de quien por otra parte le había hablado Eusebio Lima con muchos elogios, diciendo de él que era un hombre con enorme proyección literaria y social, amigo del ministro de Justicia y testaferro del banquero Costa Vale, íntimo de Paulo, se había encargado del asunto. Manuela estudiaba con la profesora de ballet danzas indígenas, e iba a ser presentada al público como una «auténtica bailarina brasileña» descubierta entre los indios de Río Salgado —tierra en la que el poeta estaba muy interesado, pues iba a montar allí una gran empresa—, una rival de Eros Volusia, algo extraordinario e inédito. Se había iniciado una sutil campaña de prensa, y el propio Costa Vale estaba interesado en la carrera de Manuela, pensando que aquella historia del baile de los indios iba a ser una buena propaganda para la empresa recién montada. Lucas la veía en marcha, como él mismo, hacia un brillante futuro. Sólo pensaba si el precio que tendría que pagar a

Paulo —si es que no se lo había pagado ya— no iba a ser excesivo... El hermano se movía entre cierto cinismo adquirido en sus días de pobreza, la ambición (que él llamaba «realismo») y los prejuicios heredados de una familia religiosa y moralista. Durante el día, cuando oía los murmullos quejumbrosos de tía Ernestina, se juraba que aquella noche iba a hablar con Manuela, discutir con ella, darle consejos, tomar alguna medida capaz de impedir que su hermana se perdiera. Pero por la noche no le decía nada, no podía resistir ante el interés que despertaban en él los planes del poeta y de Paulo, y a veces incluso hacía sugerencias dictadas por su inteligencia viva y audaz. Cuando Manuela, también un poco asustada frente a aquel futuro súbitamente abierto ante ella, le hablaba de la campaña que iba a iniciarse un mes antes del estreno —aquel invierno, en Rio de Janeiro— y de los preparativos para su llegada a la capital, directamente en avión desde el Valle de Río Salgado, le parecía a Lucas que la honra virginal de la hermana era un precio bien pequeño para tantas posibilidades. Pero, pese a todo, le era difícil desprenderse de la imagen del futuro que él mismo había concebido para Manuela en sus días de sueños desenfundados: una boda con un buen muchacho, sólidamente establecido en la vida, capaz de dar a Manuela una existencia descansada y tranquila. Así había imaginado siempre el mañana para aquella chiquilla que era la única persona por quien sentía un afecto verdadero. Y ahora la veía en un torbellino de planes, mezclada con aquella gente sin duda brillante y poderosa de la literatura y el arte, pero también de sospechosas costumbres, de dudosa moralidad, sin ningún respeto por las convenciones establecidas. ¿Qué acabaría por sucederle a su hermana? ¿Tenía derecho él, el hermano, a entrar en su vida como un dictador, a cortar los inicios de su carrera, a impedirle bailar, hacerse un nombre, cubrirse de triunfos y de dinero? Y, pensaba también, ¿no podría Manuela, convertida ya en una conocida artista serle útil en sus negocios, en la carrera que también él estaba iniciando? Este pensamiento hacía que Lucas no abordara el tema de Paulo en sus conversaciones con Manuela.

Incluso había conocido a Shopel. Se lo había presentado Manuela en uno de los ahora muy frecuentes viajes del poeta de São Paulo. Con el novio de su hermana, Lucas mantenía unas relaciones distantes. Cuando lo encontraba cerca de su casa esperando que bajara Manuela, le daba la mano, cambiaba con él un par de frases banales, y se iba, sintiéndose un poco torpe ante aquel muchacho elegante, de maneras aristocráticas, de un cierto aire de displicencia superior. Pero el poeta le gustaba, le parecía un hombre más de su nivel, a pesar de su nombre alabado en los periódicos, de los libros publicados, de los amigos influyentes. Shopel hablaba mucho con él sobre el trabajo en el Ministerio, y parecía conocer bien los sectores de la alta administración, los buenos negocios que se podían realizar, como el de manejar de forma inteligente el dinero de las Cajas de Pensiones y del Montepío, dinero descontado del salario de los trabajadores. Tenía igualmente la impresión de que le había caído bien al poeta. Shopel le había prometido que, cuando fuera a Rio, lo iba a presentar a algunos peces gordos de por allá, gente que podía serle muy útil.

Y habían hablado mucho sobre el futuro de Manuela. Le dijo que tenía un gran talento para la danza, que la profesora estaba asombrada y que, sin duda, su carrera iba a ser esplendorosa. Todo dependía un poco del estreno, del lanzamiento inicial, pero de eso se encargaba él. Le gustaba descubrir talentos nuevos, ayudarles. Sabía, por experiencia propia, qué duros eran los comienzos de un escritor o de un artista. Manuela había tenido la suerte de conocer a Paulo, hombre de mucho prestigio en los medios literarios. Hasta el célebre sociólogo Hermes Resende se había interesado por ella. Además, Manuela tenía la ventaja de aquella magnífica belleza virginal, aquel rostro de clásica hermosura. Lucas bajaba la cabeza, reflexionando, y comprendía todo lo que había de claro y también de insinuado en las palabras de Shopel. «Hay que ser realista», se repetía.

El poeta había hablado también sobre la empresa que acababa de lanzar, la gran empresa patriótica de la que todos los periódicos —sujetos ahora a censura gubernamental a través del Departamento de Prensa y Propaganda, tal vez el más poderoso de los ministerios del nuevo régimen, y cuyo director era amigo de Shopel— hablaban con unánime elogio como iniciativa patriótica y audaz. Lucas había leído en los periódicos frases sobre «la empresa admirable de saneamiento del Valle de Río Salgado, realizada exclusivamente con capitales nacionales, que va a llevar la civilización y el progreso a una inmensa región deshabitada del país y abre un nuevo camino, dentro del espíritu nacionalista del Estado Novo, a la economía brasileña, liberándola de la influencia extranjera». Eusebio Lima, una vez en que ambos hablaban del poeta, le dijo comentando lo de la empresa del Valle de Río Salgado:

—Es Costa Vale quien está detrás del negocio ese. Él y su grupo: la Comendadora da Torre, los Condes Calepi, los Mendonças... Ahora bien, quien está por detrás de todo, en el fondo, eso no lo sé bien, es un misterio. Hay quien dice que son los norteamericanos, otros dicen que los alemanes... Por mi parte, creo que son los norteamericanos... Shopel es sólo un hombre de paja, pero va a sacar el dinero a sacos con este asunto. Es capaz incluso de dejar esa tontería de los versos...

El poeta acabó por ofrecerle un buen empleo en la nueva empresa. Necesitarían, en aquella selva impenetrable, hombres audaces y él, Lucas, lo era sin duda. Él tenía muy buena vista para eso. Puccini le dio las gracias, pero no aceptó. No deseaba ser empleado de nadie. Lo que quería lograr con su trabajo en el Ministerio de Trabajo era la posibilidad de marchar solo en un negocio cuyo patrón fuera él. El poeta lo animó, dándole unas palmaditas en el hombro con su mano resudada, prometiéndole que le presentaría a la gente de Rio de Janeiro. Al despedirse le ofreció un puro y dijo:

—No te preocupes por Manuela. De ella me encargo yo y quizá incluso te sea útil un día...

Lo mismo pensaba Lucas cuando, irritado por las murmuraciones de tía Ernestina, sentía remordimientos de conciencia ante el abandono en que dejaba a su hermana en un mundo extraño para ella, caminando sola cuando era tan fácil tropezar, cuando no

tenía ojos más que para descubrir la belleza y la bondad en aquel muchacho que a Lucas le parecía tan frío e incapaz de cualquier profundo sentimiento, de un afecto permanente. Además, ¿cómo criticar a su hermana, cuando él mismo no podía presentarse ante ella como un modelo de moralidad? Verdad es que sus nociones morales se reducían a los prejuicios familiares, y el mundo de los negocios era considerado por él como cosa aparte, regido por unas leyes donde la moralidad estaba en relación con las ganancias que se pudieran obtener. Ahora ya, con sólo tres meses de trabajo en el Ministerio, multiplicaba por tres o por cuatro su sueldo mensual mediante favores que prestaba a los patronos y a las industrias, con asuntos que había de resolver la Magistratura de Trabajo, convenios colectivos y pagos de vacaciones a los obreros, con ciertos acomodos en los sindicatos. Eusebio Lima lo había introducido en aquellos meandros por los que navegaban muchos de sus colegas, gente relacionada con la policía política, con el gabinete del presidente de la República y con el interventor del Estado, todos ellos presentándose como líderes sindicales pero convertidos en realidad en una mezcla de guardaespaldas de los políticos y buscadores de negocios fáciles. Lucas se aprovechaba como los demás, pero todo aquello le parecía muy poco para su ambición, y esperaba que de un momento a otro se le presentara, visible desde aquel excelente observatorio que era el Ministerio de Trabajo, el gran negocio soñado. No era imposible, ciertamente. Otros antes que él habían forjado grandes fortunas trabajando en el mismo Ministerio. Mientras espera impaciente, va sacando ventajas de su amistad con Eusebio Lima, y el dinero fácil le va cayendo en los bolsillos.

Tampoco habla de esto con Manuela. El mismo prejuicio que él siente en relación a la vida sentimental de la mujer, lo tiene Manuela, incluso más agudo, en lo que se refiere al dinero. Si le dijera que una parte de sus ingresos mensuales proceden de ciertas transacciones, de favores a fabricantes necesitados de la protección del Ministerio contra sus obreros, Manuela se escandalizaría, se sentiría burlada, perdería por completo la confianza en él. Ella podría cometer errores o faltas —pensaba Lucas—, pero lo haría por ignorar el valor de ciertas cosas, y jamás sería capaz de aceptar como honestas y justas aquellas componendas con la Magistratura del Trabajo, los porcentajes obtenidos al conseguir créditos en las Cajas del Montepío y de Pensiones, desviando hacia terceros el dinero reservado, según la ley, para pagar a los viejos obreros incapacitados para el trabajo o para los accidentados. Lucas sabe que si ella se enterara de ciertas cosas le miraría con horror, como a algo repelente. Él mismo, en algunos momentos, se ve también así, como si tuviera las manos sucias. Pero esa sensación procede sobre todo del escaso provecho obtenido de sus manejos. No le importaría cubrirse de fango si el beneficio fuera mucho. El dinero —ésa era su teoría— lo lava todo. Pero aquellos dos millones de reis, dos millones quinientos mensuales, que le rendían sus prebendas, eran muy poco al lado de lo que deseaba para sentirse hombre poderoso. Su ambición es muy superior a la de Eusebio Lima, feliz con sus pequeños negocijos, feliz recibiendo órdenes del ministro, sintiendo la

adulación de los subalternos, e incluso mucho mayor que la de Shopel, en vías de enriquecerse como hombre de paja de Costa Vale. Él desea ser como Costa Vale, uno de los de arriba, de los que dan órdenes a políticos y literatos, de los que tienen en sus manos a gentes como Eusebio Lima y Shopel. Para conseguirlo, se dispone a pasar por encima de todo, a utilizar cualquier procedimiento y a servirse de quien sea, hasta de Manuela, de su habilidad para la danza, de su belleza...

Y, como para calmar por completo su conciencia, Paulo se trasladó a Rio, acabadas sus vacaciones, obligado a pasar unas horas al día en el Ministerio del Exterior, como agregado a una vaga comisión de fronteras y límites. Vuelve a São Paulo los fines de semana y Manuela pasa con él sólo los sábados y los domingos. Pero Lucas no tiene siquiera tiempo de pensar en ella, preocupado todo el día con la llegada del dictador a São Paulo, con la manifestación proyectada y aplazada tantas veces, y ahora definitivamente fijada para dentro de una semana. Eusebio Lima le había telefoneado encargándole que formara un cuerpo de seguridad personal para el presidente, buscando los mejores hombres, los más leales, en el Ministerio y en los cuadros de los sindicatos, pues en la policía había mucha gente colocada por los armandistas y los integralistas, gente en la que no se podía confiar enteramente. Lucas se dedicó a aquel trabajo con la esperanza de que el presidente se fijara en él, estableciendo así el primer vínculo con el hombre que era ahora dueño absoluto del poder y que mandaba en el país como un monarca absoluto.

El rezongar quejumbroso y permanente de tía Ernestina le irrita. Aquella condenada solterona, beata e histérica, que vivía a costa de él, incapaz de prestar ayuda en las tareas de la casa, quejándose eternamente de achaques y dolencias, que hasta le tendría que agradecer el que le diera un lecho para dormir y la comida que comía, se cree con derecho de criticar sus actos y los de Manuela, y anda amenazándolos con plagas y maldiciones. Era como para poner furioso a cualquiera. Lucas procuraba contenerse porque en definitiva se trataba de su tía, hermana de su madre, de aquella pobre enferma cuyo cariño era uno de los raros recuerdos gratos de su pasado. Aquella madre que él ve ahora en Manuela, la misma belleza suave, la misma fragilidad, la misma bondad tímida y la pasión ardiente, sin límites. Tan diferente de tía Ernestina.

Toda la familia, con excepción de Manuela, le incomoda y le irrita. Los viejos empiezan a chochar y andan como sombras por la casa. Los chiquillos que les había dejado aquel cuñado que se consideraba libre de sus obligaciones de padre mandando cada mes un puñado de dinero que apenas cubría los gastos. Gente que no tiene nada en común con él, cadenas que lo amarran a ese mundo mediocre de donde desea escapar. Gentes que atan igualmente a Manuela, obligada a servir de madre a todos, incluso a aquella desagradecida tía Ernestina... ¿Por qué no meter a los viejos en un asilo, no enviar a los chiquillos con su padre, no lanzar a tía Ernestina al cuarto de una pensión? Manuela habla de ir a Rio. Allí está Shopel, con todos aquellos planes para el estreno. Y él, Lucas, no va a soportar la vida sin su hermana, en medio de

aquella familia a la que no se siente ligado por ningún afecto. Es necesario resolver el problema. La idea de meter a los viejos en un asilo nunca será aceptada por Manuela. Tampoco la de enviar a los pequeños a la hacienda donde el cuñado es capataz.

Tal vez lo mejor sea tomar una ama de llaves y luego, cuando gane más dinero, alguien pagado para cuidar y soportar viejos y chiquillos. Pero para eso es necesario esperar todavía.

Una cosa, no obstante, es urgente: acabar con aquellas protestas constantes de tía Ernestina, con aquel murmullo permanente de plagas y amenazas en la voz de la solterona. Y Lucas le dice en medio del pasillo:

—Mire, tía Ernestina, y óigalo bien porque no se lo voy a repetir: o deja de andar por los pasillos gruñendo y echando pestes de mí y de Manuela, o le echo de aquí, aunque tenga que ir a pudrirse en el infierno... Se han acabado sus protestas de vieja amargada...

—¡Me estás amenazando! ¡Estás amenazando a tu tía, a la hermana de tu madre, sólo porque no tengo de qué vivir, y me veo obligada a aceptar el pan que me das...! Yo, que vivo rezando por vosotros, haciendo promesas por Manuela, para que Manuela no se pierda y no acabe de ramera por cualquier calleja, y para que tú no acabes en la cárcel... —y empezó a llorar histéricamente, con mucho estruendo, como si Lucas le hubiera dado de bofetadas, como si la quisiera estrangular.

Él apretó los dientes por la rabia. En un esfuerzo por mantenerse tranquilo, alzó la voz para acallar el llanto de la tía:

—No se preocupe de lo que pueda ocurrirnos a Manuela y a mí. Es mejor que se preocupe un poco de los chiquillos, o de sus padres, tan viejos y a los que ni mira la cara. ¿Por qué no hace eso en vez de andar echando pestes por los rincones?

Como única respuesta ella se puso a gritar aún más, a punto de darle un ataque. Lucas, con otro esfuerzo, concluyó:

—No volveré a hablar del tema. Pero si la oigo otra vez metiéndose con Manuela o conmigo, que me lleve el diablo si no la pongo de patitas en la calle y le tiro su maleta a la cabeza...

No había visto entrar a Manuela. La muchacha se había quedado parada, escuchando, asustada, la voz del hermano, estrangulada por el odio. Venía desde la calle con el corazón en fiesta: Paulo llegaría esta tarde, por la noche vendría a buscarla. Tía Ernestina, al verla, multiplicó la intensidad de sus chillidos mientras se tiraba de los pelos:

—¡Desalmado! ¡Miserable...!

—¿Qué pasa? —preguntó Manuela.

Lucas se volvió, incómodo, ante la llegada de la hermana. No pudo contenerse más:

—Esta condenada vieja anda por los rincones refunfuñando contra nosotros, gruñendo siempre, metiéndose conmigo y echando pestes de ti. Le dije que si no acababa con eso, la pondría en la calle. Y le ordeno...

Manuela le miró con amistosa censura:

—Pero, Lucas, tía Ernestina, la pobre, no está bien, se encuentra mal. No hace eso por maldad, es su carácter, siempre ha sido así... No le riñas, por favor.

Tía Ernestina parecía a punto de rodar por el suelo en pleno ataque de histeria. Sus gritos ya no iban acompañados de lágrimas. Manuela se acercó a ella, pensando llevarla a su cuarto, pero la solterona, al verla venir, se apartó pegada a la pared, gritando:

—No me toques desvergonzada, no me toques, que sabe Dios por dónde habrán andado tus manos, no me manches... —y gritaba cada vez más alto, con el rostro desfigurado por el odio.

Manuela retrocedió, muy pálida, y Lucas pegó un puñetazo en la pared gritándole a la vieja:

—¡Maldita bruja! ¡Ahora mismo va a salir de esta casa!

Estaba ciego de rabia, agarró a tía Ernestina por el brazo, dispuesto a arrastrarla hasta la puerta. Manuela le tocó el brazo:

—Déjala, Lucas, déjala... No tiene adonde ir... Te lo pido por el amor de mamá...

Lucas dejó a la solterona y comentó, con voz aún irritada:

—Eres demasiado buena...

Tía Ernestina huyó, ahora, de pronto, calmada en su griterío. Se refugió en su cuarto. Manuela dijo a su hermano:

—He perdido la cabeza con ese diablo de vieja... Pero se pasó, la verdad. A ver si la lección le sirve de algo... Bueno, me voy, tengo que hacer...

Manuela fue a buscarle el sombrero:

—Mi vida sois tú y Paulo. Cuando era pequeña me gustaba bailar para papá y mamá. Ahora que voy a bailar de verdad, lo haré sólo para ti y para Paulo. Aunque el teatro esté lleno el día del estreno, y aunque vosotros dos no estéis, bailaré sólo para vosotros...

Él la besó en la mejilla. Manuela cerró la puerta. Durante un momento se quedó recostada en la pared. ¿Por qué Paulo no le hablaba nunca de matrimonio? De amor, sí, le había hablado; y con qué maravillosas palabras sabía hablar de su pasión. Se habían besado ya muchas veces, se habían acariciado, y ella vivía esperando su propuesta matrimonial. Paulo, no obstante, parecía no tener prisa de hacerle la petición que ella esperaba tan ansiosamente. En todas partes la trataban como si fuera la novia de Paulo, pero él no hablaba de noviazgo ni de casamiento. Hablaba de ballet, del próximo viaje de Manuela a Rio, la llevaba a su casa, se quedaban por la tarde en los perezosos divanes, en una intimidad de novios próximos al casamiento. ¿Qué esperaba para darle el anillo de prometida, para hacer callar a tía Ernestina, para acabar con el miedo que ciertas noches, sola en su cuarto, se apodera de ella? Si la ama, si es libre, si tiene lo suficiente para vivir, ¿por qué no se casan? Manuela se aparta de la puerta, no quiere pensar en esto. ¿No basta con que él la ame, que haga

tanto por ella, que venga todas las semanas, que le diga tan bellas cosas, que acaricie su pelo, sus manos, que la bese en los labios? Seguro que un día le hablará. Lo que pasa es que ella tiene demasiada prisa. Al fin y al cabo ese noviazgo empezó hace sólo tres meses. Naturalmente, piensa Manuela, está esperando el día del estreno para declararse. Será el mejor regalo en aquella hora de triunfo y alegría. Seguro que es eso. Manuela sonríe y se dirige al cuarto de tía Ernestina. «Pobre vieja, no tiene ni una alegría...».

A la hora elegante del té, en casa de los Costa Vale, discutían animadamente el exdiputado Artur Carneiro Macedo da Rocha, doña Henriqueta Alves Neto, Susana Vieira y el exsenador Venancio Florival, sobre el tema de la próxima visita del dictador a São Paulo. Sólo Marieta Vale permanecía ajena a la discusión, con el rostro pálido, como si estuviera enferma, sin prestar atención a sus invitados, descuidando sus deberes de ama de casa, indiferente a la conversación.

La mecha que había hecho estallar la indignación paulista de doña Henriqueta Alves Neto había sido la noticia de que la Comendadora da Torre iba a abrir los salones de su espléndida residencia —un palacio oculto entre arboledas, repleto de preciosas obras de arte— para recibir al dictador. Su marido había tenido la esperanza de suceder a Armando Sales en el gobierno de São Paulo, y era uno de los políticos más perjudicados por el golpe. Doña Henriqueta abría los ojos escandalizada, herida en su susceptibilidad de «paulista desde hace cuatrocientos años».

—¡Una casa paulista abriendo sus puertas para recibir al hombre que ha humillado a São Paulo! Cómo se nota lo que es la Comendadora. Nadie conoce a sus abuelos... —repetía palabras oídas a su marido en plena conspiración contra el gobierno.

El exsenador Venancio Florival posaba sus ojos inexpresivos en la exaltada señora, divertido por sus protestas. Susana Vieira, mordisqueando un bizcocho mojado en vino de Porto, procuraba calmarla:

—Henriqueta, hija mía, no te excites... Lo mejor es que hagas lo que yo: encargar un nuevo vestido de *soirée*... Me lo hacen en el taller de *Madame Berta*. Es formidable... Getúlio viene para hacer las paces con São Paulo. Eso es lo que dice todo el mundo...

—No, Susanita, no, ten paciencia... Yo, por mi parte, no pienso ir. La Comendadora que piense lo que quiera, pero durante los días que ese... —buscaba la palabra capaz de definir al dictador— maldito esté en São Paulo, ni las ventanas de mi casa se abrirán...

El hacendado Florival se echó a reír con una resonante carcajada, poniendo la nota áspera de vulgaridad en la elegancia de la reunión.

—Pues no le veo la gracia, senador...

—Ya no soy senador, doña Henriqueta, el doctor Getúlio Vargas ha cerrado las puertas del Senado. Estoy sin empleo... —y se echó a reír de nuevo.

—Nosotras, un grupo de señoras de las más distinguidas de São Paulo, ya hemos decidido lo que vamos a hacer: nos vestiremos de luto mientras ése esté aquí. Luto riguroso... Y todas las de buena familia, están de nuestro lado... las Mendonça, las Cerqueira, las Modesto, las Prado. Todas son de nuestro grupo. Ya hemos encargado los vestidos. Y quien sea paulista de verdad, tiene que vestirse de luto durante esos días...

Susana Vieira pareció asombrada:

—Pues yo no sabía nada... ¿De negro, dices? Pues quedará muy bien. El negro es muy elegante. A mí me va. ¿Por qué no me habéis avisado?

—Vosotros estáis de lado del dictador. ¿No ha nombrado a tu padre fiscal general del Estado?

—Pero eso no quiere decir nada, hija... Papá puede ir a recibir a ese hombre, y yo ponerme de negro... Ahora está de moda esa división política en las familias. Mira los Almeidas: el viejo es demócrata, de los de Armando; el hijo mayor, Mundinho, es getulista, y Cícero es comunista...

—¿Qué va a ser getulista Mundinho! —defendió Henriqueta—, Raimundo de Almeida era su amante de turno.

Susana comentó, maliciosa:

—Bueno, tú lo sabrás mejor que yo, pero oí decir que es candidato al cargo de interventor en São Paulo.

—Rumores. Él se mantiene donde debe, y cuando llegue la hora...

—¿Qué hora, doña Henriqueta? —preguntó el hacendado.

Henriqueta adoptó un aire conspiratorio:

—Yo no sé nada. Es mejor que se lo preguntéis a Artur. Todo lo que sé es que São Paulo no se va a dejar humillar así...

El exsenador se dirigió al exdiputado:

—¿Una conspiración, Artur? ¿Qué animalada es ésa?

—Tampoco yo sé nada. Desde el golpe vivo retirado en mi hacienda, sin salir, sin recibir a nadie. Estoy en contra del régimen, eso lo sabe todo el mundo. Soy un hombre de principios liberales, no acepto el totalitarismo, venga de donde venga... Pero tampoco creo que sea patriótico conspirar en este momento. La situación internacional está tremendamente complicada, y Brasil necesita paz para no convertirse en una presa fácil...

—¿Qué es eso, Arturzinho? —Henriqueta parecía asombrada—. ¿Hasta tú te echas atrás?

—Estoy donde he estado siempre, Henriqueta. Coherente conmigo mismo. Estoy en contra del gobierno, pero también estoy en contra de cualquier conspiración... —suavizó la voz para exponer sus argumentos. Un golpe fracasado sólo serviría para fortalecer al gobierno... Lo mejor es dejar que se vaya pudriendo por sí mismo... Se suceden los escándalos, con todos esos amigos de Getúlio lanzándose como buitres sobre la carroña para dividir a Brasil, y no va a tardar...

—¿No va a tardar, qué? ¿En caer Getúlio? —Venancio Florival tenía sus dudas—. Hombre, mira, yo soy un palurdo de allá, del Mato Grosso, pero no creo en eso. Escándalos los hubo siempre, y seguirá habiéndolos. Quién está arriba, procura comer, ésa es la ley de la política, Arturzinho... Y, además, ¿quién se entera de los escándalos, ahora con la Ley de Prensa? Los periódicos escriben lo que manda el departamento de Prensa, y el pueblo no sabe nada de nada. Creo que Getúlio va a

estar en el gobierno lo que le quede de vida. Tiene a los generales con él, puede hacer frente a cualquier golpe, es un hombre experto. Por mi parte, no me avergüenzo de decirlo: estoy con él. Tengo aquí, en la cartera, el telegrama que me mandó agradeciéndome el apoyo que le ofrecí. Y he venido de la hacienda para esperarle aquí...

—¡Oh! —Henriqueta parecía haber alcanzado el colmo del escándalo—. Usted, senador, ¿va a adherirse usted también? Pero eso es una verdadera traición...

El exsenador iba a responder, posiblemente con una de aquellas brutalidades tuyas tan características, cuando Marieta intervino para evitar una escena desagradable:

—Así que vosotros, Henriqueta, vais a lanzar una nueva moda... El negro como color del verano. También a mí me interesa, aunque José no se meta en política...

Venancio Florival, que se había contenido ante Marieta, volvió a reír:

—¿Que Costa Vale no se mete en política? Ésa sí que es buena, Marieta...

Henriqueta, satisfecha de su protagonismo, comenzó a dar detalles de los vestidos negros que habían encargado, de los milagros de elegancia realizados por las modistas caras. Y revelaba los secretos:

—Mariucia Soares de Macedo hasta está pensando en dar un baile el mismo día de la recepción de la Comendadora, todas de negro, un negro total, luto riguroso... Una cosa original: se bailarían músicas fúnebres. Bertinho Soares está organizando el programa...

El hacendado continuaba riendo:

—Bueno, vamos a hacer las paces, Henriqueta... Mientras andéis dando fiestecitas vestidas de luto, la cosa va bien. Lo que no está bien es conspirar. Eso es peligroso...

Susana Vieira quería saber:

—Pero ¿existe realmente conspiración?

—Hay conversaciones entre armandistas e integralistas. ¿Y quién sale ganando con todo eso? Los comunistas... Son ellos los que salen ganando con la confusión, con la división entre nosotros... Es lo que digo siempre: lo mejor es apoyar a Getúlio contra los comunistas...

Henriqueta estaba dándole detalles a Marieta sobre la fiesta proyectada: los hombres irían de blanco, pero con una señal de luto en la chaqueta; las mujeres con velo negro cubriéndoles el rostro. Bertinho Soares, uno de los jóvenes paulistas que estaba más al día en eso de saraos, andaba buscando discos de música fúnebre que pudiera resultarailable. El arquitecto Marcos de Sousa había prestado los *Cantos Gregorianos* en una grabación magnífica.

—Pero eso hasta es un sacrilegio... —dijo Artur.

Susana Vieira vacilaba entre los elegantes vestidos negros y la recepción de la Comendadora:

—Pues hasta estoy tentada de ir a vuestra fiesta...

—Si vienes, habrá que ver a tu padre... ¡Cómo se va a poner!

Un criado anunció a la Comendadora da Torre. La vieja apareció con una ostentación ridícula de joyas y todos se levantaron a saludarla. Entró quejándose del calor, de este «clima africano de Brasil, un clima salvaje, hecho para negros y mulatos». Y aquel calor asfixiante era presagio de grandes lluvias, de temporales quizá. A ver si caían precisamente en la semana de la visita de Vargas, y quitaban brillantez al mitin...

—¿Al mitin? Si no fuera por el partido de fútbol no iba nadie —Henriqueta estiró el labio en un gesto de afectada repugnancia—. Y luego hablan de la popularidad del dictador...

Susana Vieira reveló, con su aturdimiento de siempre, los proyectos antiestado-novistas de los políticos en paro de São Paulo:

—¿Lo sabe usted, Comendadora? No sólo la lluvia amenaza la recepción y el mitin... Andan preparando muchas cosas por aquí para fastidiarle el viaje a Gegé... Dicen que los estudiantes de Derecho van a declararse en huelga y hacer el entierro de Getúlio el mismo día que llegue a São Paulo. Y ahora mismo estaba contándonos Henriqueta que ella, y muchas otras, van a vestirse de luto, de luto riguroso, mientras él esté aquí...

La Comendadora da Torre clavó sus ojos fríos en Henriqueta:

—Cuidado, Henriqueta, que el negro a su edad envejece mucho... Le echa a una por lo menos cinco años encima... Va a parecer una vieja de cincuenta...

Henriqueta enrojeció:

—Pero sólo tengo treinta y dos...

La Comendadora era perversa:

—Será que se ha casado muy niña. ¿Cuántos años tiene su hijo? Veinte, ¿no?

—¿Veinte? ¡Qué horror, Dios mío! Nhozinho tiene sólo quince... Y me casé muy joven... Ahí, Marieta puede decirlo. ¿Verdad, Marieta?

Marieta se vio arrancada de sus melancólicos pensamientos:

—Eras una chiquilla cuando te casaste...

—Si hasta mi padre se oponía... —ahora la ira le llenaba de altivez. Y aunque pareciera vieja, no me importa. Voy a vestirme de luto para protestar contra el insulto a São Paulo... —buscaba el apoyo de Artur. ¿No crees, Arturzinho?

—Sí, Henriqueta, sí. Es una profunda humillación, un agravio a São Paulo esta visita tres meses después del golpe. Yo me retiré a mi hacienda...

La Comendadora da Torre gruñó:

—Ni entierro ni huelga... Sois todos unos testarudos... ¿Qué es lo que tiene Getúlio? Sólo porque corrió más que Armando Sales...

—Exactamente... —apoyó Florival—, muy bien dicho...

—¡Oh! —exclamó Henriqueta.

—Yo no soy paulista de cuatrocientos años, chiquilla, y no me llamo Macedo da Rocha ni Alves Neto. Para mí, Getúlio es un buen presidente, y dentro de poco ya

verá cómo su marido va a pensar lo mismo, y Arturzinho también...

Artur se levantó, muy digno:

—Señora, por favor no me ofenda... Yo pienso en São Paulo, en su dignidad ofendida por ese advenedizo que se ha apoderado del gobierno... No digo que no tenga cualidades de estadista, nunca se las negué, ni siquiera en la Cámara, en mis discursos parlamentarios. Pero una cosa es tener cualidades y otra es querer gobernar en contra de los intereses de São Paulo... Vea el precio del café, nunca estuvo tan bajo. Los que vivimos de los cafetales estamos al borde de la ruina, y ¿qué es lo que hace el gobierno?

Venancio Florival respondió:

—No sea injusto, Artur. El gobierno no cierra los ojos ante el problema, se lo aseguro. Hay un proyecto de compra de los excedentes de la cosecha por el gobierno...

Aquella noticia pareció interesar mucho más que toda la discusión anterior, pedían detalles, todos ellos tenían cafetales y un resto de cosecha por vender. Pero el exsenador no quiso revelar el secreto, dijo que desconocía los detalles, que sólo sabía con certeza la existencia de un proyecto en estudio, proyecto que iba a ser realizado en breve. Susana Vieira se decidió al fin por la recepción:

—¿No dice que viene para hacer las paces con São Paulo? Pues yo voy a la recepción de la Comendadora... Y toda de blanco. No voy a llevar ni un puntito negro encima...

Poco a poco fueron saliendo. Primero Henriqueta, a quien molestaba la poco elegante presencia de la Comendadora. Después el hacendado y Susana Vieira. Marieta se quedó en compañía de Artur y de la vieja. Ésta hablaba venenosamente de Henriqueta:

—Dándose aires de gran señora... ¡Pero si es hija de un tendero! Y si valora tanto el buen nombre de la aristocracia paulista ¿por qué anda arrastrando el nombre del marido por la cama de cualquier jovencito de São Paulo? A la hora de revolcarse, poco se acuerda de los blasones de la familia...

Artur sonreía. Le tendió los brazos, suplicante:

—¡Piedad, Comendadora! ¡Piedad para la pobre Henriqueta! Es nuestra María Magdalena, y Cristo ya la perdonó por anticipado...

La Comendadora se volvió hacia él:

—Y tú, otro que tal... ¿Por qué no has llevado al chico a cenar a mi casa? ¿Es que ya no te acuerdas?

—Fue lo del golpe de Estado, Comendadora, que lo complicó todo. En estos meses no puse los pies fuera de la hacienda. Ahora es cuando empiezo a salir...

Y Paulo está en Rio, en el Ministerio...

—Pero viene a São Paulo todos los fines de semana, y anda por ahí con una flaquita de pelito rubio, que lo sé muy bien, que me lo contó Shopel... Mira, os doy un plazo de ocho días: o llevas al chico a casa, o no quiero saber nada más de él...

Marieta se interesó por la conversación:

—Tiene razón la Comendadora, Artur. Paulo necesita rasarse. Anda por ahí haciendo el tonto, liado con una aventurera, quién sabe de dónde viene, y un día hasta es capaz de aparecer casado de repente, sin que tú te hayas enterado. Es una pobretona, y su hermano un chupatintas del Ministerio de Trabajo, será portero, digo yo, no sé. Y ella, por lo visto, es una especie de corista de cabaret barato, o anda preparándose para serlo...

Y Paulo, tan ciego, que no ve a un palmo de sus narices...

Artur estaba preocupado:

—Pues yo no sabía nada... Creía que era algo sin importancia... Pero, si es así, el caso es más serio, realmente... Hablaré con él. Y tú debes hablarle también, Marieta. Te hace mucho caso...

—¿Hablarle a él? Pero si ya ni viene por aquí... Y cuando viene, es sólo por un minuto y no hace más que hablar y hablar de la bailarina esa, de sus proyectos para que estrene en Rio. Una locura estúpida...

La voz de Marieta se estranguló en la garganta; se sentía desgraciada, Paulo parecía definitivamente perdido.

La Comendadora anunció que se iba también:

—Llévale a cenar a mi casa. Vamos a quitarle a la rubia esa de la cabeza... Mi sobrina mayor también es rubia. Y no es bailarina, pero toca muy bien el piano...

Artur la acompañó. Concertaron la cena para el domingo siguiente. Marieta se quedó sola, ante las tacitas vacías de té y las copas en las que habían servido el vino de Porto. Paulo estaba ya en la ciudad, ella sabía que solía llegar en el avión de las dos de la tarde. Bien podría haber venido a tomar el té a su casa: antes siempre lo hacía. Pero ahora sólo aparecía de escapada y la torturaba hablándole de aquella Manuela, de su belleza, de su ternura de burguesita abnegada, de aquella pasión llena de calor que hacía feliz a Paulo. Marieta procuraba medir, a través de la conversación, la intensidad de los sentimientos de Paulo por la muchacha. A veces se alegraba, convencida por un momento de que se trataba sólo de una aventura sin consecuencias, que había interesado a Paulo sólo por tratarse de un tipo de afecto ingenuo al que no estaba habituado. Entonces se sentía más tranquila. Pero, al oírle hablar de la hermosura de Manuela hasta con imágenes poéticas, la asaltaba el temor: aquella novia que surgía de la pobreza, ¿no sería una de esas aventureras resabiadas, con un plan perfectamente urdido, dispuesta a envolver a Paulo en un sentimiento creado con cálculo para llevarle al matrimonio y para dominarle por completo? Marieta sabía que le iba a ser imposible dominar completamente a Paulo. Sus planes para hacerse amar por el muchacho eran poco concretos y definidos. Sabía sólo que le amaba hasta mucho más allá de sus fuerzas. No le importaba que él se casase. Deseaba incluso que lo hiciera, que se casara, por ejemplo, con una de las sobrinas de la Comendadora da Torre, un casamiento por interés y sin amor. Una esposa así no era amenaza para sus designios, al contrario: un Paulo casado y aburrido de su esposa

estaría más próximo a ella. El peligro era una boda por amor, que provocara la repulsa de todos y que, uniendo así aún más a Paulo a su esposa, apartándola de su ambiente, le apartaría también de ella, de Marieta.

Piensa en él y, al contrario que Manuela, no lo deifica, no lo idealiza: conoce su miedo a la pobreza, el temor a una vida sin dinero suficiente para todos sus caprichos. Marieta lo ama, no obstante, así, como él es, y quizá lo ame aún más por verle lleno de defectos, frío, indiferente, miedoso y cínico. Se parece a ella, son productos del mismo ambiente. Es necesario —se repite a sí misma mientras busca un medio de liberarle de Manuela— asustarle con la perspectiva de la pobreza, de la vida difícil y mediocre que le espera si comete la locura de casarse con esa chiquilla desconocida, sin nombre y sin dinero, carga pesada para los frágiles hombros de Paulo Carneiro Macedo da Rocha...

La entrada de Costa Vale interrumpe sus pensamientos. El banquero se tumba en un sofá, pide whisky al criado que acude a recibir sus órdenes y explica a Marieta:

—Ese Shopel es un tipo formidable... Está llevando con una habilidad extraordinaria la propaganda de la Empresa del Valle de Río Salgado. Supo dorar bien la píldora: los acentos de nacionalismo han alarmado a nuestros amigos norteamericanos. Temen que Getúlio se apoye en los alemanes y se han quedado viendo visiones ante lo de la concesión a Shopel. El agregado comercial ha venido expresamente para hablar conmigo, y ni siquiera estaba enterado de que yo estoy detrás de todo eso. Le expliqué que me había adelantado para impedir que los alemanes lo hicieran a su vez. Va a hablar con Nueva York, vamos a ver qué propuesta hacen... La verdad es que esta vez me miró con respeto... —bebió un trago de whisky y siguió hablando consigo mismo. Pero ya es hora de hacer silencio sobre lo de Río Salgado. De ahora en adelante, cuanto menos se hable, mejor... Hay que avisar a Shopel.

Pero Marieta ni siquiera le oía, pues en la puerta había aparecido la figura de Paulo, sin hacerse anunciar. Se levantó precipitadamente, corrió hacia él tendiéndole las manos.

Ese mundo mercantilista y poderoso de los negocios, empresas, fábricas, compañías, haciendas inmensas, en cuyo centro había hombres emprendedores y dotados, hombres como Costa Vale, que manejaban los cordelillos haciendo moverse a los políticos, a los periodistas, a toda la turba de funcionarios, policías, abogados, era el que tentaba a Lucas Puccini, atrayéndole con fuerza ilimitada. Un mundo por encima de las leyes, un mundo de poder sobre los hombres, que aparecía ante los ojos del joven exdependiente de comercio como el centro de toda la vida, un mundo que pertenecía sólo a unos cuantos privilegiados, dignos de toda envidia según Lucas. Aspiraba a penetrar en ese cerrado universo, ser uno de esos pocos hombres que manejan los hilos de marionetas como Shopel o Eusebio Lima. Su mirada soñadora se apartaba de la oficina para vagar por encima de los rascacielos donde estaban instaladas las grandes compañías y los bancos. Desde su ventana podía ver la fachada de cemento armado del edificio del Banco del Trabajo y la Industria y en algunas ocasiones, la galería del último piso, a la que se asomaba el rostro de Costa Vale, paseando la mirada por la calle como un propietario que examina sus dominios. Lucas, al verle, dejaba la mesa de trabajo, salía a la ventana, se quedaba silencioso contemplando el poder que parecía emanar del banquero, y sentía que casi podía acompañar sus pensamientos: «Ahora estará pensando en la empresa del Valle de Río Salgado, resolviendo problemas, calculando los millones por ganar».

Millones por ganar... Había millones por ganar en múltiples negocios. Lo importante, pensaba Lucas, era empezar, «lanzarse», como decía él. Pero, para eso, era preciso disponer de una oportunidad inicial, y después, de buenos apoyos. Y no veía esta oportunidad ante él, y, en cuanto a protectores, se reducían a Eusebio Lima y Shopel, con sus promesas vagas. Todo muy poco y muy a ras del suelo para lo que él se proponía hacer. Se sentía detenido ante un ancho foso, mirando cómo desde el otro lado le llamaba la fortuna, el dinero rodando por el suelo —sólo faltaba cogerlo. Pero para eso había que atravesar el foso, encontrarse al otro lado, ¿y cómo hacerlo? Viendo a Costa Vale ir del despacho a la galería, con pasos medidos pensando en sus grandes negocios, Lucas se sentía mezquino y miserable. ¿Cómo hacer para encontrarse, él también, en el último piso de un rascacielos, en el edificio de «su» banco, dominando la ciudad y los hombres?

Fue así como le encontró Eusebio Lima, llegado de Rio para ultimar los preparativos de la visita del dictador. Con los ojos clavados en la galería de enfrente, la frente fruncida en pensamientos. El «técnico de la política laboral» estaba como siempre hablador y cordial. Al pasar abrazaba a funcionarios, les daba cachetitos joviales, les preguntaba por la familia.

—¿Y tú, amigazo, cómo vas? ¿Qué haces aquí, en esta ventana, admirando la calva de Costa Vale? —y al mismo tiempo se quitaba el sombrero, se inclinaba en un afectado saludo al banquero que, ajeno a todo, ni le veía desde su galería.

—No admiro, envidia...

—Es una fuerza, no hay duda. Una fortuna enorme, tiene en sus manos un montón de empresas y de fábricas, es el hombre de confianza de los norteamericanos... Manda y ordena en este país... El «patrón» (así llamaba a Getúlio Vargas) lo aprecia. Fue Costa Vale quien estuvo por detrás del golpe en todo momento. A cambio, le cedieron esas tierras de Río Salgado, que es el mayor negocio de los últimos tiempos... Si no fuera, amigo mío, por esa bendita censura de prensa, ¡la que se iba a armar! Ibas a ver los periódicos hablando de escándalos, de trapicheos, de negocios sucios, pidiendo una investigación a fondo exigiendo que se formaran comisiones. Pero ahora, todos de boca cerrada. Estamos en el país ideal, con el régimen ideal... Bajó la voz en una confidencia:

—Sólo abrir la boca para comer, amigo, para comer hasta que te salga por las orejas...

Se reía con risitas cortas, saboreando sus palabras, contento del régimen, de su posición, de la oportunidad que se le presentaba de hacer negocio:

—Lo importante es estar dentro, amigo Puccini, y andar en el baile. Nosotros lo estamos... Pues ¡viva el Estado Novo y su jefe el gran brasileño Getúlio Vargas!

—Tú sí, estás en el baile, pero yo, cuando más, soy un simple guardacoches o un camarero que sirve a los invitados. Para mí, quedan sólo las migajas, las sobras...

—Tienes demasiada prisa, muchacho. Prácticamente, aún no has empezado, y ya quieres hacerte rico. Yo estoy metido en esto desde 1930, y no es que me queje, pero el dinero aún no me ha producido indigestiones.

Cogió del brazo a Lucas, de nuevo con aire confidencial:

—Pero ahora sí que tengo en manos un negocio que puede darme dinero largo, sólo pensarlo se me hace la boca agua... Uno de esos asuntos que, si resultan, van a convertir a los señores Eusebio Lima y Lucas Puccini en dos potentados...

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó Lucas, interesado.

—Porque soy tu amigo y quiero que participes en el pastel... Hoy vamos a cenar juntos, y entonces te lo cuento detalladamente... Ahora vamos a ver cómo marchan las cosas para la llegada de nuestro patrón y amigo, el benemérito de la patria, nuestro jefe el doctor Getúlio Vargas, Gegé en la intimidad... —y se reía del interés despertado en Lucas, de los ojos de codicia encendidos en el rostro del muchacho. Calma, amiguito, calma, que ahí hay maíz para todas las gallinas...

Lucas esperó impaciente hasta la hora de la cena. Había discutido con Lima los planes para la visita de Vargas a São Paulo. Todo estaba dispuesto, se iba a realizar una publicidad aplastante para el mitin del estadio, decenas de millares de personas abarrotarían el campo donde, tras el discurso del dictador, dos equipos de fútbol, campeones de São Paulo y Rio, iban a disputar un partido. Habían organizado la guardia personal, minuciosamente elegida hombre a hombre. Gente segura, de absoluta confianza, devota de Getúlio. Los que empezaban a dar trabajo eran los integralistas, que se habían negado a participar en la manifestación; sus jefes estaban

descontentos por la disolución del partido fascista, por la negativa de Getúlio a darles alguna cartera en el gobierno. Criticaban la política interior del dictador al aceptar el apoyo de los hombres de Armando Sales y José Américo, y su política exterior vacilante, volviéndose atrás de la proyectada adhesión al pacto anti-Komintern, y haciendo concesiones a los norteamericanos sin abrir al mismo tiempo las puertas a los alemanes. Pero entre los integralistas no había unanimidad. Lucas había hablado durante aquellos días con muchos de ellos. Y al lado de tipos furiosos contra Getúlio, que se sentían engañados, convencidos de que el Estado Novo necesitaba otro jefe, alguien que marginara definitivamente a los viejos políticos «demócratas» y se volviera por completo hacia Alemania, había encontrado a varios dispuestos a colaborar, como aquel profesor de la Facultad de Medicina, el doctor Alcebíades de Moraes, que se había puesto a su disposición para llevar al mitin a alumnos y amigos suyos, exintegralistas satisfechos con Vargas. El profesor le había dicho, en el consultorio donde le recibió:

—Getúlio Vargas está haciendo realidad lo que yo soñaba: un régimen fuerte, capaz de combatir a los comunistas en defensa de las instituciones cristianas. Si eso es integralismo o no, es cosa que no me importa. Sus ideas están de acuerdo con las mías, y yo estoy a su servicio.

Dijo aún más, que le gustaría expresar personalmente esa solidaridad al presidente durante su visita a São Paulo:

—Quiero tener el honor de estrechar la mano de ese gran patriota y, de ser posible, hablarle de los problemas de la Universidad. Porque, querido amigo, esta Universidad de São Paulo necesita tener a su frente alguien capaz, de pulso firme e ideas como las nuestras. Los comunistas se han infiltrado entre los estudiantes, e incluso entre los profesores, y hay también mucho «armandista», enemigo del doctor Getúlio...

Lucas se sintió orgulloso ante las confidencias de aquel médico ilustre que casi le pedía protección para ser nombrado rector de la Universidad de São Paulo. No le explicó que él mismo, Lucas, no tenía ningún prestigio, y que andaba buscando también quien le echara una mano. Prometió que haría lo posible por facilitarle el encuentro con Vargas. Ahora, discutiendo el asunto con Eusebio, éste se había mostrado muy interesado:

—Ese individuo tiene prestigio en la medicina... Podría ser uno de los que saludaran a Getúlio en el mitin... Necesitamos un intelectual de prestigio. Y que sea de São Paulo... Mañana hablaremos con él de eso...

Eusebio quedó satisfecho de los preparativos de la manifestación y salió para hablar con el jefe de policía del Estado. Era necesario en aquellas vísperas de la visita del dictador, dar una batida a fondo por la ciudad, encerrar en los calabozos de la policía central a todos los comunistas que andaban en libertad. Para evitar la posibilidad de sorpresas desagradables... Volvería al anochecer a buscar a Lucas para cenar. Entonces hablarían sobre el gran negocio...

Lucas se moría de impaciencia. Eusebio Lima volvió a las siete. Los otros funcionarios se habían marchado hacía ya tiempo, y Lucas, sólo en la oficina, intentaba adivinar qué negocio sería aquél, capaz de darles tanto dinero. ¿No sería quizá la oportunidad esperada?

Eusebio le llevó a un restaurante caro, de lujosos salones reservados, en uno de los cuales se sentaron. Tras encargar la cena el líder laboral empezó a hablar:

—No sé si sabes que los cosecheros de café andan bastante mal. La cosecha fue enorme y los norteamericanos, jugando con el café de Colombia, han hundido los precios. Los cosecheros están con la cuerda al cuello. Hay unos excedentes enormes por vender, y los exportadores ofrecen precios miserables. El otro día estuve hablando con Florival, un gran hacendado, ganadero y cosechero de café, Venancio Florival, que fue senador... Se me estuvo quejando, echaba pestes contra los norteamericanos. Tiene el café recogido y sin comprador... De aquella conversación nació la idea de vender los excedentes al gobierno. Yo podría encargarme de arreglar la cosa con la gente del gabinete personal del presidente. Empecé aquel mismo día. La cosa marcha. Había una dificultad, ¿qué hacer con esas montañas de café? Quemarlo o tirarlo al mar no se puede. Hay mucha gente conspirando contra el régimen: comunistas, armandistas, integralistas, todos dispuestos a aprovechar el asunto para su propaganda. Ya sabes cómo se arman esas cosas: el pueblo no puede comprar café, y el gobierno lo tira al mar, etcétera... Pero un amigo mío, que está también en el negocio, te diré en secreto que es un pez gordo del Departamento de Prensa y Propaganda, tuvo una buena idea: nuestro gobierno, que es, como todo el mundo sabe, anticomunista, puede regalar algunos centenares de miles de kilos al general Franco, que está acabando con el comunismo en España, café para los soldados... La cosa quedó así... El gobierno compra a los hacendados los excedentes, paga precios altos, los precios de antes, ofrece como regalo un poco de café a Franco, nosotros nos embolsamos una buena comisión de los cafeteros y aún sobrarán unos millones de sacos para venderlos nosotros a los detallistas... ¿Qué te parece? Pensé en ti también, querido Puccini, para que le pegues una dentellada al pastel... Puedes encargarte de recibir el café de los hacendados aquí, organizar el embarque en Santos de la parte que va para Franco, y ya sabes cómo va la cosa: guardar el resto para nosotros... Esta parte la venderemos nosotros dos, pero tú te llevarás también una parte de las comisiones de los hacendados. La comisión debe de andar por un millón de cruzeiros o así, aunque vamos a entrar muchos en el reparto. Pero siempre nos tocará un buen bocado, ya verás...

Se rió con una risita de viejo zorro:

—Es aquí donde se ven los amigos, ¿eh? Yo soy así, Lucas; no sé comer solo. Cuando aparece una buena tajada, a partirla con los amigos...

Lucas escuchó en silencio, no le interrumpió ni una sola vez. Iba pensando, mientras Eusebio planteaba el negocio, en una idea que se le había ocurrido mientras el otro hablaba:

—Muchas gracias, Eusebio. Te estoy muy agradecido. Has sido para mí más que un amigo. Pero voy a decirte una cosa: veo que en este asunto se puede ganar mucho más dinero aún, si nos movemos con habilidad...

—¿Más dinero? ¿Y cómo?

Tenía confianza en la inteligencia de Puccini, inclinó el cuerpo sobre la mesa:

—A ver... ¿qué es lo que se te ha ocurrido?

—Oye. ¿Por qué ha de ir el gobierno de cosechero en cosechero comprando los excedentes de la cosecha? ¿Por qué no los compra a un hombre solo?

—A ver... No entiendo...

—Mira, es fácil. Uno compra a buen precio, inferior al que el gobierno va a pagar, los excedentes de todos esos cosecheros... Y el gobierno compra después a esa persona todo el café. Así, con la diferencia de precios, se gana una fortuna...

Eusebio Lima se quedó con la boca abierta:

—Lucas, eres un genio. Siempre, desde la escuela, pensé que tenías algo en la cabeza... Ésa es la idea más genial del siglo... Compramos el café, podemos hasta comprarlo en nombre del gobierno, y lo vendemos cargando un poco en el precio por kilo. Va a ser, amigo Lucas, una montaña de dinero mayor que el Himalaya. Lucas, te felicito... Si yo tuviera tu inteligencia, sería ya más rico que Costa Vale...

—Pero se presenta un problema... —dijo Lucas.

—¿Cuál?

—El dinero para la operación.

—¿El dinero para pagarles el café a los cosecheros?

—Eso es... Se trata de una fortuna...

Eusebio abrió su rostro con una sonrisa de triunfo:

—Bien. Aquí entra Eusebio Lima para resolver el problema. ¿Para qué existen, amigo Lucas, las Cajas de los Montepíos y Pensiones, y Eusebio Lima con vara alta en el Ministerio de Trabajo? Ahí está el dinero, esperándonos. Sólo hay que retirarlo, hacer el negocio, y reponerlo luego...

El camarero se acercó a preguntar qué postre querían. Cuando hubo salido, los amigos empezaron a discutir los detalles de la empresa. Era ya muy tarde cuando terminaron definitivamente de poner el negocio en pie. El restaurante estaba ya desierto, el camarero que les había servido dormitaba en una silla, el cajero leía un periódico de la tarde. Eusebio Lima pagó la cuenta, dejó una generosa propina. Reía para sí, se frotaba las manos:

—¡Una idea bomba, amigo Lucas! Y eso queda entre nosotros dos, al cincuenta por ciento... Aparte de la comisión de los hacendados, aparte del café para vender a los detallistas... ¡Viva Getúlio Vargas!

Una lluvia pesada, precedida y acompañada de truenos y relámpagos, cayó con el crepúsculo aliviando un poco el insoportable calor. En el barrio obrero jugaban chiquillos andrajosos, con los pies metidos en el agua que corría junto a las aceras hacia las bocas de los albañales. Mariana vio el barco de papel que había soltado un pequeñín de ojos traviosos, bajando veloz arrastrado por la corriente para naufragar un poco más allá. El chiquillo, que palmoteaba entusiasmado con su barco viajero, suspiró al verlo caer de lado y convertirse de nuevo en una simple hoja de papel:

—Se hundió...

Mariana le acarició la cabeza, evitó un barrizal, siguió su camino. Venía de ver al viejo Orestes, en cama a causa de un ataque de reumatismo. Imposibilitado para moverse, para ir por la noche de un lado a otro, hablando con los vecinos, el viejo italiano estaba de malhumor y protestaba contra todo y contra todos, se atusaba el bigotazo, y sus antiguos hábitos anarquistas salían a flote haciéndole echar pestes contra los actuales sistemas de lucha obrera, ante ese desprecio por una buena bomba de dinamita, por un resonante atentado. Pero la visita de Mariana le calmaba. Tenía una especial predilección por ella, la había conocido cuando era una chiquitina y se sentaba en sus rodillas para oírle cantar en español canciones anarquistas aprendidas por Orestes en Buenos Aires:

*—¿Dónde vas con paquetes y listas
que tan pronto te veo correr?
—Al congreso de los anarquistas
que reclaman un derecho: vivir.
—Escúchame un momento si quieres.
Anarquista ¿qué quiere decir?
—Es la inmensa falange obrera
que reclama el derecho a vivir.*

Mariana le hacía recordar los primeros tiempos del partido en São Paulo, cuando eran sólo un pequeño grupo de hombres audaces, varios de ellos procedentes del anarquismo, como el padre de Mariana, Azevedo, de quien Orestes solía decir que había sido «el mejor de todos». Había seguido día a día el desarrollo de la joven obrera, y veía en ella el propio desarrollo de su clase, de su madurez política, de su avance. Viejo ya y enfermo, sin poder participar como antes de manera activa en las luchas del partido, pero sintiendo joven su entusiasta corazón, su vida eran las discusiones en el barrio, donde su voz exaltada dominaba a las demás, era el trabajo de recogida de fondos para el Socorro Rojo, del que era responsable de barrio, era el acompañar, con un interés cariñoso, la evolución de los cuadros jóvenes. A veces aún hacía una de aquellas que le habían dado celebridad entre el proletariado argentino, de Uruguay y de Brasil. Aún poco antes del golpe de estado, asistiendo a una conferencia sobre derecho penal pronunciada por el doctor Antonio Alves Neto,

había escandalizado a todo el auditorio, gente de la buena sociedad, al interrumpir al conferenciante. El marido de Henriqueta acababa de decir que «un ciudadano que asesina a un rey es un regicida», y desde el fondo de la sala se elevó la voz de Orestes preguntando:

—¿Y un rey que mata a un pueblo, qué es?

Mariana calmaba sus nervios, le traía noticias de la guerra de España. Había recibido, enviado desde París, un folleto con letra y música de canciones de los republicanos españoles. Seguro que había sido Apolinario quien se lo había enviado desde Francia, quizá por no mandarlo directamente desde España, donde llevaba ya casi dos meses participando en los combates, con grado de capitán. El viejo Orestes vivía intensamente la guerra civil española. En un mapa iba marcando con alfileres las posiciones de los republicanos y de los franquistas. Se quejaba:

—Estos periódicos burgueses, *cara piccina*, ya antes no valían nada, pero lo que es ahora... Con eso de la censura sólo publican noticias de España para decir que Franco avanzó. De las victorias republicanas, no dicen nada. Hasta da asco leerlos, *per Bacco*...

Se levantaba de la cama, a pesar del reumatismo:

—Cómo me gustaría estar allá, en Madrid o en Cataluña, para mostrarles a esos falangistas lo que es un viejo comunista... Qué pena no ser un poquito más joven...

Mariana lo animaba, hablaba de la lucha en Brasil, cada día más áspera y difícil. Los políticos burgueses vivían aterrorizados por Vargas, acobardados por completo. El partido era la única fuerza positiva en la lucha contra el Estado Novo. ¿No sabía la respuesta que un político bahiano había dado al responsable de la zona de Bahía, Vitor, cuando éste le propuso formar un frente democrático capaz de impedir la marcha del país hacia una fascistización completa? Orestes no lo sabía, pero dijo que podía imaginársela perfectamente.

—No, no puedes imaginártela, es algo que resulta ya absurdo. Le respondió Vitor que era inútil cualquier movimiento serio en Brasil. Que Brasil estaba podrido y que sólo veía una solución: ponerlo bajo dominio inglés, formando parte del Imperio Británico, imagínate...

—Él juzga al pueblo a través de esa burguesía sórdida que conoce. Esa gente no tiene patria, *carina mia*, venden el país al mejor postor. Para esa gente, sólo una bomba que les reviente bajo la barriga... No hay otro remedio...

Cuando Mariana se despidió, el viejo le tomó la mano y preguntó afectuosamente:

—¿Qué te pasa? Pareces preocupada...

—No es nada... —sonrió ella.

—Si algo te preocupa, vienes y me lo cuentas...

No le contó nada, le dijo que estaba bien, sin más preocupaciones que las que planteaba la situación política. Pero mientras iba por la acera respirando el aire húmedo tras la tormenta se arrepentía de no haberle abierto el corazón a aquel buen viejo. Orestes sabría, sin duda, consolarla, tranquilizar su inquietud. Miraba los

charcos y veía reflejarse en ellos el rostro delgado del camarada João, y parecía escuchar aún su voz despidiéndose casi dos meses atrás:

—No sé cuándo volveré. Me ha encargado una tarea la dirección nacional y voy a estar fuera dos meses o tres, no sé...

Tomó sus manos, le miró a los ojos:

—Cuando vuelva, te preguntaré una cosa...

Mariana estuvo a punto de pedirle que se la preguntara ahora mismo, que adivinaba lo que era, que se daba cuenta de sus sentimientos desde que había descubierto los propios. Le gustaría responderle, antes de que él partiera, pero una timidez invencible la invadió, y no dijo nada, sólo bajó los ojos y sonrió.

¿Dónde estará João, qué peligros correrá, cuántas noches hará que no descansa, que no tiene tiempo para unas horas de sueño? ¿Cuándo volverá, cuándo podrá volver a ver su rostro delgado y sus ojos penetrantes? Varias veces tuvo ganas de preguntarle al Rubio si tenía noticias del camarada João, pero siempre se contuvo: en esta vida ilegal cuanto menos se pregunta, mejor; João está cumpliendo órdenes del partido y volverá cuando haya cumplido su misión. Y entonces la encontrará pronta a darle la respuesta deseada. Aunque él caiga, aunque lo condenen, lo esperará, y su amor no hará sino crecer, ese amor del que nunca han hablado, amor sin palabras de raras miradas mudas, de fugitivas sonrisas amedrentadas. ¿Por qué estar inquieta, por qué preocuparse? Está cumpliendo una tarea, esto es algo cotidiano en los comunistas, y en ese amor debe encontrar un incentivo aún mayor para el trabajo de partido. Su nostalgia y su deseo de volverle a ver no deben llevarla a esperar que vuelva antes de haber realizado la tarea que le encomendó el partido. En ningún momento, en su amor, Mariana separa al hombre de sus ideas. Ni podría hacerlo, pues ella no puede pensar sino como comunista. Cuando João vuelva, podrá decirle:

—Te eché mucho de menos, pero no dejé que la añoranza turbara mi trabajo.

Sonríe al entrar en casa. Ha sido mejor no haberle dicho nada al viejo Orestes. Sería capaz de pensar que ella estaba triste por miedo de lo que pudiera ocurrirle a João, confundiendo su pura nostalgia con un deseo de evitarle los peligros que rodean la vida de un dirigente comunista ilegal. Desea que João vuelva, sí; lo desea intensa y ardientemente, pero que vuelva tras haber cumplido la misión que le encomendó el partido. Sin que ningún sentimiento le turbe o le apesure. Sin que ningún sentimiento le turbe también a ella, y que su espera sea sosegada y alegre. Cuando llegue, mañana o cualquier día, entonces ella le preguntará:

—¿Todo bien?

—Todo bien —responderá con una leve sonrisa en su rostro austero.

Y ella buscará en sus ojos penetrantes aquella llama incontenida, y le dirá:

—¿Cuál era la pregunta que querías hacerme antes de partir? Hazla pronto, pues no quiero volver a tener motivos de impaciencia cuando vuelvas a irte...

En casa, encuentra al médico simpatizante en cuyo consultorio trabaja. Le trae un recado urgente del Rubio, y examina, con curiosidad de hombre de otros ambientes,

aquella casa obrera. Mariana olvida todas sus preocupaciones: algo muy grave debe de estar ocurriendo para que el Rubio utilice al médico como enlace. Ahora hay sólo una impaciencia en su corazón, ver llegar la hora del encuentro con el dirigente, saber para qué la necesitan, qué peligros o qué trabajos esperan al partido en esos días próximos. El médico, al despedirse, mira el rostro joven y serio de la obrera. Y le parece verla por primera vez, un rostro grave y decidido, rico de vida, pleno de luminosa belleza. Jamás había visto un rostro así tan resuelto, una belleza como aquélla. «¿No será lo que llaman belleza del alma?», se pregunta al traspasar la puerta hacia la calle mojada, donde unos chiquillos andrajosos juegan en el agua de los albañales.

Por las noches, durante toda aquella semana que precedió a la visita del dictador a São Paulo, los coches de la policía —automóviles coches-patrullas, las «lecheras», como llamaban a los camiones celulares— cortaron la ciudad de São Paulo en batidas repentinas. Los barrios obreros vivieron días inquietos, las calles de Bras, de Moca, de Belenzinho, da Penha, da Vila Pompeia, do Alto de Parí, veían sus noches turbadas por las sirenas de la policía yendo de casa en casa en busca de comunistas y simpatizantes. Familias enteras eran despertadas de madrugada, los obreros arrancados de sus lechos pobres, centenares de personas abarrotaban los calabozos de la policía central. En las ciudades industriales próximas en Santo André, São Caetano, Sorocaba, Campiñas, Jundiaí, aparecieron policías llegados de la capital con orden de «limpieza» total. Los noctívagos veían pasar los vehículos de la policía a toda velocidad, sin respetar las señales de tráfico, y adivinaban quiénes eran los presos allí conducidos. En las paredes, carteles abigarrados anunciaban el gran mitin en el que el dictador hablaría a los paulistas. La gente se reunía en grupos por la calle para comentar, y algunos hombres, por propia iniciativa, arrancaban y rasgaban los carteles apenas habían pasado los coches de la policía.

Muchos de aquellos presos ni siquiera eran miembros del partido: la gran mayoría eran obreros fichados por la policía a causa de la actividad en las huelgas o por haber participado en el movimiento de masas de la Alianza Nacional Libertadora, de 1935. También habían sido detenidos algunos intelectuales, entre ellos Saquila y Cícero de Almeida. Varios judíos, cuyo nombre extranjero y origen ruso bastaba para hacerles sospechosos, se veían súbitamente acusados de ser agentes de la III Internacional. Por la ciudad corrían rumores alarmistas, asustando a la pequeña-burguesía: quien no fuera al mitin sería fichado como comunista —la policía ejercía un control severo sobre toda la población.

El viejo Orestes fue arrancado de su cama de enfermo, a las dos de la madrugada, por un grupo de cuatro guardias, pistola en mano. El viejo italiano tenía fama de valiente, y los policías rodeaban su cama en actitud tan amenazadora que él se echó a reír:

—Ni que fuera el hombre-lobo...

En la «lechera» donde le metieron había ya otros detenidos. Los policías de paisano ocupaban un pequeño automóvil parado tras el coche celular. Un guardia empujó brutalmente a Orestes y cerró la puerta tras él. El viejo, cuya pierna dolorida le impedía mantener el equilibrio, cayó, con el empujón, sobre un hombre sentado, e incluso en aquella oscuridad lo reconoció: era un obrero de Santo André, camarada del partido. A su lado estaba un jovencillo aún imberbe, de aspecto furioso. El obrero sobre el que Orestes cayó, le ayudó a sentarse:

—¡Pero hombre! ¡Si es el viejo Orestes...!

El joven miró con curiosidad al italiano, cuya pelambarrera blanca parecía iluminada por la luz que se filtraba por los respiraderos de la camioneta. Se inclinó hacia los dos, y murmuró con voz susurrante, para que no oyeran los otros detenidos:

—Si paran otra vez me escapo, ¡vaya si me escapo! Tengo que hacerlo...

El obrero de Santo André le explicó a Orestes:

—Llegó de Rio hace dos días; estaba escondido en mi casa...

El joven cruzó aún unas palabras con ellos. Luego fue a sentarse al otro extremo del banco, al lado de la puerta. Minutos después la furgoneta se detuvo con un frenazo violento que los lanzó unos contra otros. Un policía abrió la puerta, se quedó vigilante. Más atrás, el coche donde iban los otros estaba casi vacío, sólo el conductor se había quedado, y encendía un pitillo. En una casa cercana se oía el llanto de una mujer, voces, gritos. El joven examinó la calle, estaban casi en una esquina, a unos diez metros de distancia. El guardia de la puerta se volvió para decirle algo al conductor del automóvil y quedó de espaldas a él. En aquel mismo momento el joven se le echó encima y lo derribó. El obrero de Santo André y Orestes salieron también de la «lechera» para aumentar la confusión. El chófer se puso a gritar, sacó la pistola. El policía se levantaba ya y tropezó con el viejo Orestes, lo agarró. En la puerta de la casa donde se oían los sollozos de la mujer, aparecieron más policías en el mismo momento en que el joven doblaba la esquina. El conductor, que apuntaba con su pistola al obrero de Santo André, indicó la esquina con un gesto:

—¡Se fue por ahí!

Los policías se lanzaron a su persecución en una carrera desenfrenada, minutos después se oyeron disparos más allá. Orestes y el otro obrero estaban ahora apoyados en la furgoneta, bajo la amenaza de las pistolas. El viejo sentía un dolor intenso en la pierna enferma y apenas podía aguantarse en pie. «Nos van a matar a porrazos, pero el plan salió perfecto. El pequeño ese ya está fuera. Debe tener una misión importante que cumplir».

Los guardias que habían salido en persecución del muchacho volvieron aún con las pistolas en la mano. Uno, que parecía el jefe de la expedición, se acercó a la furgoneta y preguntó al que había quedado de guardia:

—¿Cuál fue el que se escapó?

—El pequeña jo...

El policía se volvió al obrero de Santo André:

—El que estaba en tu casa, ¿eh? ¿Quién es?

—Ya le dije que no tiene nada que ver con esto. Es un sobrino mío, que llegó del interior en busca de trabajo. Estaba muerto de miedo, por eso se escapó.

—Ya explicarás todo eso en la comisaría —midió con la mirada al viejo Orestes—. Y tú, vejestorio, también querías largarte, ¿eh?... Ya te enseñaremos esta misma noche... Te vamos a curar tus males con un remedio especial...

Se dirigió de nuevo al obrero de Santo André:

—Así que era tu sobrino, ¿verdad? Te aseguro que hoy mismo voy a hacerte el

árbol genealógico, hijo de perra.

Alzó la mano, le dio una bofetada. Hizo una señal a dos de los tres hombres que estaban con él para que volvieran a la casa, donde no habían cesado los sollozos de la mujer. Ahora lloraba más fuerte, volvían a oírse los gritos, y se abrieron algunas ventanas de la vecindad.

Los tiros disparados antes habían despertado ya a los que vivían en la calle. Aparecieron algunos rostros en las ventanas, obreros que miraban con rencor los coches de la policía. A través de las rendijas de las persianas asistieron a la escena entre el policía y los presos, a la bofetada recibida por el obrero de Santo André. Empezó a aparecer gente en las puertas, hombres rudos con la marca del sueño en el rostro, despeinados. Ahora la voz de la mujer, empapada en sollozos, llegaba con claridad:

—No se lleven a mi marido. No ha hecho nada. No es un asesino ni un ladrón. No ha matado ni robado a nadie... Dejen a mi marido en paz...

Los policías arrastraban a un hombre calvo, de gafas, bajo y prematuramente envejecido. Aumentaba en las puertas de la calle el número de espectadores. El jefe del grupo empezaba a mostrarse inquieto. Empujó al obrero de Santo André con la pistola:

—Venga adentro, muerto de hambre...

Los otros se acercaron con el nuevo preso. Alguien invitó en la calle:

—¡Muera la policía!

El jefe del grupo vio que la pequeña multitud de las puertas y las aceras iba engrosándose. Sintió crecer la atmósfera cargada de odio. Gritó a los hombres:

—¡Rápido!

El obrero de Santo André, sacando aún la cabeza por la puerta del coche celular, empezó a decir: «Nos llevan presos porque somos comunistas, luchamos por el bien de todos...». Un guardia cerró violentamente la puerta cortando la frase. Los policías, pistola en mano, apuntaban a los espectadores mientras retrocedían hacia el coche. Un murmullo de protesta se elevó entre los asistentes. La furgoneta salió, el coche arrancó tras ella. El jefe del grupo sacó el brazo por la ventanilla y descargó la pistola contra la gente de las aceras, que formaban ahora un grupo lleno de odio. Un obrero cerró el puño hacia el coche que desaparecía, con un gesto de amenaza:

—Un día lo vais a pagar, bandidos...

Antes de doblar la esquina volvió la cabeza y vio al viejo Orestes parado ante el policía que se levantaba, impidiéndole moverse «Buen viejo —pensó—, me ha facilitado la fuga». Buen compañero también aquel obrero de Santo André en cuya casa había sido detenido. Iban a pasarlo mal en la comisaría, era posible que los molieran a palos, los guardias deberían de estar muertos de rabia. Pero él no podía estar preso, para él aquello no eran sólo unos días de cárcel, mientras el dictador permaneciera en São Paulo. Si le llevaban a la comisaría, inmediatamente iban a descubrir su identidad y durante años iba a ser inútil para el partido. Precisamente ahora, cuando le habían encargado un trabajo importante. Por eso había tenido que arriesgar la tranquilidad de los compañeros y, mientras corría, hacía votos para que nada peor les sucediera, especialmente a aquel viejo italiano, ya de pelo blanco y aún tan bravo.

Cuando dobló la esquina, no tenía ningún plan trazado. No conocía la ciudad, había llegado sólo tres días antes. Continuó corriendo, entró por la primera calle a la izquierda, dobló luego otra bocacalle donde una pareja de novios quedó estupefacta al verle pasar a la carrera. Oyó los disparos de la policía: debían de ser los que iban tras él. Se alejó de la calle donde aquella pareja le había visto pasar. Ahora estaba en un callejón sin salida, contra un muro. ¿Lo perseguirían aún durante mucho tiempo? Miró a su alrededor, no había nadie. Escaló un muro, saltó a un huerto plantado de coles y lechugas, podía ver a lo lejos la masa blanca de una casa. Se quedó pegado al muro, con el temor de que apareciera algún perro, con el oído atento a los rumores de la calle. Procuró ver la hora en el reloj de pulsera: las tres y media. No tardaría en amanecer...

Era necesario trazar un plan de acción. No deseaba pasar mucho tiempo allí. Con las primeras luces del alba podía aparecer el hortelano y tal vez le tomara por un ladrón. No iba a serle fácil explicarle su presencia, escondido allí, entre los planteles de lechugas y hortalizas. Y tendría a la policía otra vez encima, descubrirían su identidad, se habrían acabado las posibilidades de hacerse cargo del puesto para el que había sido nombrado por el partido. No le hacía gracia que lo detuvieran en São Paulo, después de haber logrado llegar desde Rio en un difícil viaje ilegal. Cuando los policías le descubrieron en casa del camarada, una rabia sorda se apoderó de él. Qué mala suerte, preso cuando no había hecho más que llegar. Cuando los compañeros de Rio le propusieron que fuera a São Paulo como responsable de la imprenta clandestina del partido, la misión le entusiasmó. Vivía en una permanente irritación contra aquellas cuatro paredes del apartamento donde estaba escondido, sin poder poner los pies en la calle, imposibilitado para cualquier trabajo útil. No tenía sólo la sensación de un hombre acorralado, obligado a esconderse, a vivir reducido a unos pocos metros cuadrados en el pequeño apartamento de unos amigos. Lo que le irritaba era, ante todo, aquella sensación de inutilidad. En aquellos momentos tan

graves para el país, cuando el partido necesitaba todas sus fuerzas para hacer frente a la situación, él tenía que estar allí, sin más que hacer que leer y releer los periódicos, oír lo que le contaban los dueños de la casa, discutir con ellos. Aquello iba en contra de su carácter. Amaba el movimiento y el trabajo. Era joven aún, y lo parecía más; la sangre indígena que corría por sus venas se notaba en lo ralo de su barba. Tenía veinte años pero nadie le echaría más de diecisiete o dieciocho. El pelo negro y liso le caía a los lados del rostro, ligeramente bronceado y anguloso. Se llamaba Jofre Ramos, y el Tribunal de Seguridad le había condenado recientemente a ocho años de prisión por participar en la insurrección de 1935. Si le llevaban a una comisaría, le reconocerían inmediatamente (tras su condena se había distribuido una fotografía suya por todas las comisarías de policía) y tendría que cumplir aún seis años y medio de cárcel, seis años y medio de inutilidad para el partido. No, no podía ser detenido, había hecho bien en huir, aunque eso les causara alguna complicación a aquellos dos compañeros.

Pero no podía quedarse allí, apoyado en el muro, frente a un plantel de lechugas. Tenía que pensar rápidamente, encontrar solución a los problemas inmediatos: ¿cómo tomar contacto de nuevo con el partido, cómo comunicar a la dirección general su fuga y ponerse a su disposición? En Rio le habían dado la dirección del camarada de Santo André, en cuya casa debía esperar hasta que viniera a verle aquella muchacha, cuyo nombre no sabía, para comunicarle la entrevista inmediata con un dirigente. Como no conocía São Paulo, vendría ella dos días después para acompañarle. Pensando en esto recordó que el encuentro había sido fijado para aquel mismo día que estaba amaneciendo. La muchacha llegaría y no lo encontraría allí. Peor aún, tal vez encontrara a la policía esperando su vuelta. Y la muchacha —un enlace de la dirección regional— sería detenida... Se levantó ante esta idea. Sí, tenía que volver a las cercanías de la casa, impedir que la chica llegara hasta allí, impedir que la detuvieran.

Las primeras luces del alba empezaban a clarear la calle. Volvió a escalar el muro, se limpió la ropa sucia de tierra. El callejón dormía aún, cerradas las ventanas de las casas. Comenzó a andar rápidamente. Sabía que de la Plaza de la Catedral salían autobuses para Santo André. Pero ¿en qué parte de la ciudad estaría él, lejos o cerca de la plaza? Encerrado en el coche celular no había podido situar exactamente el lugar hacia donde había huido. Llegó a una ancha avenida, dispuesto a preguntar al primer transeúnte que apareciera. La claridad iba creciendo sobre la ciudad desierta. Cruzaban algunos espaciados automóviles.

Impedir que la muchacha llegara a aquella casa, vigilada sin duda. Ese pensamiento le empujaba, casi corría sin darse cuenta siquiera de que caminaba al azar, sin saber si se acercaba o no a la plaza. ¿Y si tomara un taxi para ir a Santo André? Estaba lejos, y tenía muy poco dinero. Además, seguro que la chica no iría allí de madrugada, tendría tiempo de llegar en autobús. Vio al fin a un hombre parado en la acera, quien le proporcionó la información deseada. La plaza estaba cerca, en

diez minutos podría llegar a ella. El que le informó estaba un poco borracho y daba vueltas y más vueltas sin acertar a explicarle claramente lo que quería, pero encantado con ser útil a aquel forastero. Jofre se deshizo del borracho con cierta dificultad, y siguió en la dirección que le había indicado. No tardó en desembocar en la plaza y en encontrar el autobús con el cartel de Santo André. El chófer roncaba al volante. Se colocó al fondo, después de haber comprado un periódico para ocultar un poco su rostro. Poco a poco se fue llenando el autobús. Entraban pasajeros aún somnolientos, obreros casi todos, gente que vivía en São Paulo y que trabajaba en Santo André. Jofre buscó inútilmente en el periódico alguna noticia sobre las detenciones de la víspera. Encontró, en cambio, abundante información sobre la próxima visita del dictador, a quien «el proletariado paulista demostraría su estima y afecto».

Mientras esperaba la salida del autobús —«este condenado no va a salir nunca», pensaba, impaciente— leyó las noticias de la guerra de España, un editorial de alabanza a Franco, un artículo de «un técnico militar norteamericano» sobre el Ejército Rojo, en el que el militar yanqui, presentado por el periódico como de gran autoridad, afirmaba la extrema debilidad del Ejército y de la Aviación soviética, incapaces, según él, de resistir un ataque de cualquier ejército moderno. Al finalizar la lectura, Jofre hizo un comentario para sí mismo: «Imbécil...». Y, para variar, buscó la sección literaria, donde se eclipsó en un enorme artículo firmado por un tal César Guilherme Shopel, en el que se cantaban las calidades extraordinarias de un libro de versos titulado *Nueva Ilíada*, obra de un caballero que se llamaba igual que el ministro de Justicia. Jofre no tardó en comprobar que se trataba del mismo ministro, que debutaba como poeta con una pieza lírica, al decir del autor del artículo, renovaba en la literatura brasileña las mejores tradiciones de los *Sonetos*, de Camões, y de *Marilia*, de Tomás Antonio Gonzaga. Abandonó el artículo a la mitad, le olía demasiado a adulación política. Empezó a leer los anuncios —«pero ¿saldrá o no este condenado autobús?».

Volvió la página del periódico. Miraba casi sin verla la fotografía de una bella mujer asesinada por el marido. Ahora su pensamiento estaba lejos, los anuncios de la compañía de navegación le habían llevado a hundirse en los recuerdos de los tiempos en que era mariner.

Había empezado su vida vendiendo periódicos y revistas en una ciudad del extremo norte del país. Era un niño cenceño y ágil. En las calles donde había crecido aprendió a saltar como un artista de circo y, de madrugada, mientras esperaba que terminara la impresión de los periódicos en una vieja rotoplana, divertía a los tipógrafos con sus cabriolas. Fue así como se ganó la estima del dueño de aquella anticuada imprenta y un puesto de aprendiz. Dominó rápidamente los tipos, las cajas de composición, aprendió los secretos de la vieja máquina impresora. Era aquél un pequeño taller fuera del tiempo, sin linotipias y sin rotativas, que imprimía los anuncios de los cines locales, las esquelas, y una publicación bisemanal que se

titulaba «noticiosa y literaria», y que, para aquel chiquillo huérfano criado en la calle, era al mismo tiempo un mundo y un hogar. Los dos años que pasó allí fueron los más felices de su vida. Ganaba sólo la comida, el derecho a dormir de noche bajo las estanterías y, a veces, unos níqueles que le daba el propietario, pero cuidaba la máquina con el mismo afecto con que cuidaría a un ser humano. Le gustaba limpiarla, tenerla brillante, y cuando por primera vez le permitieron manejarla, pensó que jamás iba a tener una alegría mayor. Con el tiempo consiguió también el derecho a leer los libros del patrón, unos pocos volúmenes entre los que había desde novelas de Alejandro Dumas a folletos anarquistas. El dueño del taller, tipógrafo él también, pasaba la mayor parte de su tiempo componiendo su soneto semanal (publicado siempre en el centro de la primera página del periódico, en un recuadro a dos columnas, bajo seudónimo) en el que atacaba a los curas y cantaba a la naturaleza con un panteísmo de rimas pobres, o las noticias en loor del juez, del alcalde o del gobernador: el periódico tenía una subvención de la prefectura y aquélla era su mayor fuente de beneficios. No obstante, jamás estaba satisfecho y murmuraba constantemente contra la organización social, esperando la llegada de un día en que corriera la sangre de todos los burgueses y, especialmente, la de todos los curas. Algunas veces decía a Jofre:

—El mundo sólo se arreglará el día en que fusilen a todos los ricos, empezando por los curas...

Pero no había persona más pacífica, menos belicosa, más temerosa de Dios y más respetuosa con las autoridades. Jofre se aficiono a las novelas de Dumas y a los folletos anarquistas. En su imaginación infantil, vistió a *Los Tres Mosqueteros* con ideas libertarias y conquistó la pequeña ciudad donde vivía, pasando por la espada a todos los ricos, como deseaba el dueño de la imprenta. Pero un día, un ataque cardíaco acabó con el pobre impresor cuando estaba en plena labor de creación de su soneto semanal. La familia vendió el título del periódico y la imprenta, y Jofre se vio de nuevo en la calle sin trabajo.

Vagabundeó algún tiempo de un lado a otro, haciendo chapuzas, con vagos planes de viaje a una ciudad mayor donde le sirvieran de algo sus conocimientos de imprenta. Apareció entonces en la pequeña ciudad un hombre reclutando jóvenes para la Escuela de Aprendices de Marinería, que funcionaba en la capital del Estado. Jofre interrumpió su vagabundaje y sus planes. Lo recomendó el cura de la localidad, rival del fallecido poeta anticlerical en larguísimas partidas de mus, y le aceptaron.

El régimen de la escuela era duro, pero Jofre había nacido a orillas del mar y lo tentaban los grandes navíos de guerra. No fue un aprendiz modelo. Se rebelaba fácilmente contra la injusticia, no era capaz de andar adulando a los sargentos y oficiales, fue castigado muchas veces y, al terminar el curso y ser enviado como marinero a un destructor fondeado en Rio, le acompañaba su fama de rebelde, haciéndole pronto popular en todo el barco. No tardó en ser reclutado por la célula del partido, tras haberse visto envuelto en una protesta colectiva por la mala calidad

del rancho, en cuya ocasión atrajo la atención de los comunistas. Al llegar los días de 1935, el joven marinero fue uno de los dirigentes de las organizaciones de base de la Alianza Nacional Libertadora en la Marina de Guerra. Hacía tiempo ya que los oficiales integralistas le habían puesto el ojo encima y, tras la derrota de la insurrección de 1935, fue entregado a la policía juntamente con otros comunistas, expulsado de la Marina, apaleado y sometido a proceso. Estuvo preso año y medio, hasta que le dejaron libre a mediados de 1937. Se quedó en Rio, vinculado aún al trabajo en la Marina, hasta que, en diciembre, fue juzgado y condenado a ocho años de prisión. El partido le ocultó y así estuvo viviendo algunas semanas, con impaciencia creciente hasta que, concedores de su antigua profesión de tipógrafo, los compañeros le propusieron que fuera a São Paulo, como responsable de la imprenta clandestina del partido, la mejor que tenían en el país, en la que se tiraba ahora el órgano central del partido, *A Classe Operaria*.

Había llegado hacía tres días, y lo primero que le ocurría era aquella detención y el tener luego que jugarse el todo por el todo en una fuga improvisada camino de la comisaría. En el autobús, al fin se puso en marcha, con el periódico ante los ojos, Jofre recordaba el barco de guerra, el amplio mar sin límites, los compañeros y las discusiones con los integralistas. ¿Cuándo podría ver de nuevo la inmensidad del mar desde lo alto de un mástil? Lo peor era haber tenido que estar escondido, sin utilidad alguna para la causa. Nada le importaría tener que verse encerrado en una casa, entre las cajas de tipos y una vieja imprenta, componiendo el periódico del partido, las octavillas, los manifiestos. Mientras esté trabajando, colaborando con los demás compañeros, todo irá bien, no le roerá la impaciencia, no andará de un lado a otro incesantemente como hacía en el pequeño apartamento de Rio.

Una mujer gorda, a su lado, con un cesto de verduras en el regazo, comenta indicando el periódico con un dedo:

—Pobrecilla; catorce puñaladas le dio... Cuánta maldad, Dios mío...

Sólo entonces leyó Jofre el título que ocupaba la cabecera de la última página, los subtítulos que comentaban el crimen pasional. La vecina de banco devoraba la noticia. Jofre acabó por pasarle el periódico. Tenía que estar atento para saber dónde bajar cuando el autobús llegara a Santo André. No debe llamar la atención, tal vez ya esté allí la policía, esperándole. Pero no puede dejar de arriesgarse, no puede permitir que detengan a la chica, es un enlace de la dirección y si la agarran será peligroso para toda la dirección del organismo superior del partido en aquel Estado. El joven corazón de Jofre late apresuradamente ante esta posibilidad. El autobús se va llenando cada vez más, parada tras parada. Es el primero de aquel día hacia Santo André, y va abarrotado de trabajadores. Jofre estudia las fisonomías desconocidas, hombres de diversas razas; ¿cuántos de ellos serán compañeros del partido? Seguro que hay alguno. Si pudiera adivinar quién es, le confiaría su problema, sería fácil entonces avisar a la muchacha...

El autobús se detiene una vez más. Están ya saliendo de São Paulo, y Jofre mira a

la muchacha que toma el autobús, que se abre paso y apoya la mano en el respaldo de un asiento. Es ella, sí, le quedó grabada su fisonomía. Muy temprano va en su busca, en el primer autobús, y Jofre suspira aliviado. Se levanta del banco, procura acercarse. Cambian sólo una rápida mirada, bajan en la primera parada, ella delante. Sólo se le acerca cuando el autobús ha desaparecido ya:

—Me detuvieron ayer...

—Ya lo sabía. Pero ignoraba que te hubieran soltado.

—Me escapé.

Cuenta la fuga en pocas palabras. Ella le observa con admiración, después murmura:

—Pobre Orestes. Son capaces de pegarle... Pero es duro... Pobre viejo...

—Me asustaba la idea de que te detuvieran cuando hoy fueras a buscarme. Por eso volvía para esperarte cerca de la casa.

—Pues yo no iba a buscarte. Nos habíamos enterado ya de tu detención. Ahora hay que decirles que te escapaste, creo que aún no lo sabe nadie. Pero tengo otra tarea antes. Lo más urgente es encontrar un escondrijo para ti...

Piensa mientras va caminando. Mariana acaba por pasarle una dirección:

—Vuelve a São Paulo. Di en esta dirección que te envía el Rubio. Quédate allí esperando hasta que llegue yo. Es un lugar seguro. Ahora... Hasta pronto, y buena suerte. Tengo que esperar otro autobús.

Él se aparta con largas zancadas. Empezó el día con suerte al encontrar a la chica en el autobús. Si no, hubiera tenido que pasarse horas y horas esperando, con peligro de que lo agarraran otra vez, en una espera inútil, pues ella, informada de su detención, no acudiría a la casa. Había empezado el día con suerte... La casualidad de dar con la muchacha en el mismo autobús le había puesto de nuevo en contacto con el partido. Ya no andaba perdido por una ciudad desconocida. Puede pensar de nuevo en las cajas de tipos, en la máquina que le espera en alguna parte, escondida, la máquina de donde saldrán octavillas, manifiestos, periódicos con consignas, de donde partirá la voz esclarecedora del partido.

Encuentra una panadería abierta, compra un panecillo aún caliente del horno, y lo va comiendo mientras espera el autobús. Ya se ha hecho de día, comienza el movimiento en los suburbios.

Mariana camina a toda prisa, el encuentro con Jofre la ha retrasado un poco. Tenía que llegar a casa de Zé Pedro antes de que empezara a hacerse intenso el movimiento en las calles. Pero había sido perfecto el encuentro con aquel muchacho, y ella bendecía la casualidad que le había puesto en su camino. La fuga de Jofre era una buena noticia para los compañeros. Había visto el rostro preocupado del Rubio aquella madrugada, cuando llegó el responsable de Santo André con la noticia de las detenciones. Mariana llevaba ya algunos días en constante contacto con el Rubio, desde que le había mandado llamar por el médico y le había comunicado la orden de marcharse de casa para evitar que la detuvieran en una de aquellas batidas que indudablemente iban a preceder la llegada del dictador. Le habían preparado una habitación en el mismo piso donde vivía el Rubio. Mariana tenía mucho trabajo aquellos días. La dirección necesitaba mantener un contacto permanente con la base.

La oleada de detenciones no había sorprendido al partido. La dirección regional había previsto la actuación de la policía y se habían tomado medidas para garantizar la seguridad de los elementos más conocidos. Se buscaron pisos para los dirigentes, y los cuadros ligados a la dirección, como Mariana, recibieron órdenes de desaparecer de sus casas por unos días.

Mariana estaba trabajando con el Rubio cuando llegó el responsable de Santo André. Era aún de noche y el compañero venía cansado, había hecho gran parte del trayecto a pie, pues por la noche no había autobuses.

—No cayó nadie de gran responsabilidad. Algunos compañeros, pocos... La mayoría son huelguistas de octubre... Pero también cayó Josué...

—¿Josué? —El Rubio alzó el rostro, cada vez más flaco, de mejillas hundidas y marcadas por la enfermedad—. ¿Y el chico que estaba en su casa?

—Se lo llevaron también...

—Pues la hemos hecho... —aquella detención parecía preocuparle más que todas las otras juntas.

El compañero de Santo André se había sentado; se limpiaba con un pañuelo sucio el sudor del rostro:

—Estas detenciones no son nada... Van a durar sólo lo que dure la visita de Gegé. Después los sueltan a todos.

—Pero a ése no le sueltan. Está condenado.

El compañero de Santo André no había venido sólo por lo de las detenciones. Tenía que informar de todos modos sobre la situación en su ciudad. Hablaba ahora lentamente, midiendo las palabras. El Rubio escuchaba con la cabeza un poco inclinada, los ojos congestionados por las noches sin dormir. Mariana veía sus muñecas descarnadas, los huesos de los hombros y las costillas marcándosele bajo la camisa. ¿Cómo podía soportar tanto trabajo, cómo podía superar sus condiciones físicas, la enfermedad que le iba comiendo el pecho? La voz del compañero de Santo

André seguía su monótono informe:

—No hay condiciones para una huelga, por ahora. Esa pandilla del Ministerio de Trabajo está prometiendo el oro y el moro a los trabajadores... Dicen que Getúlio viene para anunciar nuevas leyes laborales, y eso deja indecisos a los obreros... Además, hicieron una huelga en octubre y aún se resienten de las consecuencias. Nosotros creemos que precipitar una huelga ahora es comprometer todo el trabajo hecho. Las condiciones aún no son las mejores. No está madura la cosa. Un mes más, o dos, entonces quizá podamos inicial un gran movimiento... Tal vez ahora, con esas detenciones, se pueda empezar un trabajo de agitación... No tenemos un motivo concreto de huelga... Mucha gente está aún ilusionada con Getúlio...

El Rubio comparaba mentalmente el informe con los que había recibido en aquellos días: aún era pronto para un movimiento huelguístico. Muchos trabajadores estaban aún ilusionados con Getúlio y sus promesas demagógicas. Por otra parte, el hecho de que la nueva constitución considerara ilegal la huelga amedrentaba a muchos. Había una tendencia común a muchos a no tomar posición hasta oír el discurso del dictador en el mitin anunciado para su visita. Las noticias llegadas de los otros Estados hablaban de un ambiente idéntico. Las medidas contra Acción Integralista eran utilizadas por los agentes del Ministerio de Trabajo en el seno de los sindicatos como un argumento para convencer a los trabajadores de que el nuevo régimen, a pesar de que su constitución estuviera moldeada sobre la portuguesa, y a pesar de su carácter dictatorial, no tenía nada de fascista. Sin embargo, el partido sentía la necesidad de responder al golpe de Estado con un poderoso movimiento de las masas trabajadoras, capaz de impedir nuevos pasos del dictador en el sentido de aplicar la constitución fascista, y capaz, por otra parte, de contribuir a la formación del Frente Democrático que era necesario para la derrota de la dictadura. Pese a todo, el trabajo avanzaba lentamente y, en São Paulo, la acción de los elementos trotskistas y secesionistas dificultaba aún más el proceso de maduración política.

—Lo importante —dijo el Rubio— es continuar preparando el movimiento. No vamos a marcar una fecha determinada para empezar las huelgas, no las vamos a relacionar con la venida de Getúlio. El día menos pensado se nos va a presentar un buen motivo, el hecho abrirá los ojos a las masas y hará fructificar nuestro trabajo. De todos modos, es preciso no perder tiempo. Tenemos que responder a la campaña demagógica de esos vendidos del Ministerio de Trabajo. Getúlio viene aquí para comprar el apoyo de los hacendados del café y no para legislar en favor de los trabajadores. Eso es lo que hay que explicarle a la masa. El discurso de Getúlio demostrará que tenemos razón...

Se levantó, con aire aún preocupado:

—Necesitamos, no obstante, hacer algo durante la estancia de Getúlio aquí. Algo que ponga de relieve su demagogia. No basta con cubrir los muros de pintadas y colocar banderas en los cables. Lo importante ahora es desenmascarar a Getúlio. Iniciar un movimiento de solidaridad con los detenidos, una campaña por su

liberación. Sobre esta base, tal vez podamos llegar incluso a preparar algo para los dos días de la visita de Getúlio... Tenemos que discutir esto en el secretariado.

El compañero de Santo André salió. El Rubio dijo a Mariana:

—La policía anda dando golpes de ciego. No consigue localizar al partido, y eso es ya una gran victoria. Ellos esperaban que con sólo dar el golpe, el partido iba a desaparecer. Y están deteniendo a gente que no tiene nada que ver con esto. Lo hacen por mostrar que hacen algo, que se mueven. Pero si los compañeros trabajan eficazmente, esas detenciones van a mostrar lo que se puede esperar de este gobierno.

—¿Y el chico que vino de Rio?

—Eso es lo peor. Está condenado a ocho o diez años de cárcel, no lo sé exactamente. Va a tener que cumplir la pena. Y lo peor no es sólo eso, es que le necesitamos aquí. Va a ser difícil encontrar un hombre para sustituirle. De todas esas detenciones, sólo hay dos que me fastidian realmente, ésa y la de Saquila...

—¿Por qué la de Saquila? Es mejor que esté preso que en libertad, poniéndoles a los demás la cabeza como un bombo...

—No sé hasta qué punto esos elementos están ligados a la policía, pero de gentes así puede esperarse de todo, y no me extrañaría que se vendieran. Eso, si no están trabajando ya desde hace tiempo para la Delegación de Orden Político Social.

—Hay una cosa que no entiendo, Rubio.

—¿Y cuál es?

—Hace varios meses que tenemos localizada la infiltración trotskista, ya conocemos a los jefes. ¿Por qué no han sido expulsados del partido? El Rubio sonrió:

—Es fácil de entender. Hay dos motivos. Primero: en ese grupo hay de todo, miserables, agentes del enemigo, y también buena gente a quienes han llenado la cabeza de humo. Y a éstos debemos salvarlos, ganarlos para el partido, y eso es lo que estamos haciendo. ¿No te has dado cuenta de que estamos aislando a Saquila y a unos cuantos más de la base del partido? Gente que aún hace poco estaba a su lado, ahora anda pidiendo la expulsión.

—Es verdad...

—Ése es el primer motivo. Si los hubiéramos expulsado cuando empezaron su lucha contra la dirección, habrían arrastrado a mucha gente y podrían seguir sembrando la confusión. Segundo: esa gente ha llegado a ocupar puestos importantes en la zona y a conocer buena parte del aparato ilegal del partido. Si los expulsáramos, podrían entregar a la policía a casi todo el partido o lanzarse a una provocación cualquiera en gran escala. Poco a poco vamos modificando la organización y, cuando se den cuenta, ya no nos podrán hacer ningún daño. Comprende: mientras no sean desenmascarados públicamente, no tendrán interés en actuar claramente como servidores de la policía, estarán procurando infiltrarse aún más, saber más todavía. Pero si los expulsamos antes de haber desmontado el aparato ilegal que ellos conocen, pueden causar un gran quebranto al partido en esta zona. ¿Comprendes ahora?

—Ahora, sí. Pero tú sabes que a veces es difícil imaginar que alguien que ha militado con nosotros, que estuvo preso, que forma parte de una célula, pueda acabar trabajando para la policía. El otro día hablé con el secretario de mi antigua célula en la fábrica. Tiempo atrás también era de los de Saquila, uno más de esos que tú has dicho. Pero João trabajó luego con él y acabó entendiendo las cosas. Es un buen tipo. Hablamos de Saquila. Él cree que Saquila es un equivocado y nada más. No cree que pueda ser un enemigo. Dice, incluso, que es un hombre honrado, que cualquiera puede equivocarse... Yo misma, a veces, tengo también dificultad en aceptar la idea de que Saquila sea un traidor, un enemigo, un agente de la policía...

—No he dicho que sea policía, pero sí que puede acabar siéndolo. Todo el mundo puede equivocarse, es verdad —continuó—, pero alguien que se equivoca siempre, y que recibe advertencias de que está equivocado y que persiste, pese a todo, en su error, hace el juego al enemigo, consciente o inconscientemente. La burguesía, Mariana, en su lucha para sobrevivir, emplea contra nosotros todos los métodos de lucha, desde los más directos, como el terror, a los más sutiles, como la infiltración de enemigos en nuestras filas. Más difícil era pensar que Trotsky fuera un agente del enemigo, ¿y quién lo duda hoy? ¿Y toda esa pandilla de los procesos de Moscú? Eran viejos miembros del partido bolchevique y, sin embargo, acabaron desenmascarados como agentes del enemigo. El enemigo no se contenta con cercarnos, sino que intenta también atacarnos desde dentro. Y eso es lo que Saquila está haciendo en São Paulo. Él y su grupo...

Se pasó la mano por los ojos cansados. Continuó:

—Tenemos que estar vigilantes. No tenemos derecho a jugar con la seguridad del partido, con la lucha del proletariado, por consideraciones de buen corazón... Esta tendencia a confiar en todo el mundo, a no aceptar la idea de que un agente del enemigo pueda actuar entre nosotros, sólo porque nos cae simpático y anduvo haciendo pintadas a pesar de ser periodista, porque un día durmió en casa de un obrero, o pasó una temporadita en la cárcel sin demasiados problemas, es una tendencia peligrosa. La posición justa es la que nos lleva a luchar por mejorar la vida del hombre sin compasión para los traidores... Y esto exige estar siempre alerta.

Con el Rubio, Mariana tenía la impresión de estar aprendiendo constantemente. «Nació para maestro», pensaba en ocasiones. ¿Y cómo dudar de su sentido de la justicia, si estaba allí, con los pulmones corroídos por la tuberculosis luchando por el bien de todos? Y aquella bondad que sabía darle dureza de acero.

El Rubio le había encargado que preparara la reunión del secretariado. Dentro de aquella misma mañana tendría que ver a Zé Pedro y a Carlos, encontrar una casa donde pudieran reunirse sin peligro, tomar contacto con diversos compañeros para saber hasta qué punto las detenciones habían afectado a la organización. Antes de salir le dijo el Rubio:

—En casa de Zé Pedro vas a llevarte una buena sorpresa...

—¿Una sorpresa? ¿Cuál? —y no podía contener el nerviosismo que casi la hacía

temblar.

—Hay alguien, que está aquí de paso, que quiere verte...

—¿João...?

—¡Quién sabe...! —y el Rubio se reía, y la risa volvía a provocarle aquella tos seca, difícil, que le rompía el pecho, una tos que repercutía dolorosamente sobre Mariana.

La muchacha iba a hablar, pero, antes de que llegara a decir algo, él, pasado el ataque de tos, se lo impidió con un ademán:

—Lo sé, lo sé. No tienes que decirme nada... Me voy a acostar. Estoy realmente cansado...

Ahora Mariana acortaba a pasos largos el camino hacia la casa de Zé Pedro, perdida en los suburbios de São Paulo. Piensa en el rostro del Rubio, enrojecido por la fiebre, en sus palabras sobre justicia y vigilancia, en los huesos que se marcan bajo la camisa, en la tos que agita su cuerpo. Piensa en el joven compañero aún imberbe, casi un niño, que ha escapado de manos de la policía; piensa en el viejo Orestes, enfermo pero ayudando al joven a escaparse, a pesar de saber que luego van a apalearle. Y piensa en João, a quien va a ver tras meses de ausencia, que ha vuelto desde no se sabe dónde y dispuesto ya a salir hacia un lugar que ella desconoce. Piensa en Zé Pedro, buscado por toda la policía de São Paulo, que sólo puede salir de casa por la noche y aun así con todas las precauciones; piensa en Carlos, tan joven y alegre, pero con las espaldas marcadas por la tortura sufrida hace un año; piensa también en aquel exoficial del Ejército que se encuentra en España, que no pudo despedirse de su hermana a la hora de partir, que no puede siquiera escribirle desde la trinchera donde manda a brigadistas internacionales, y piensa de nuevo en João, que es su amor, ese amor nacido y crecido en los encuentros ilegales, en las charlas políticas en casas cedidas por simpatizantes, siempre rodeado de peligros. Piensa en todos esos hombres, en su partido comunista clandestino, lo mismo en São Paulo que en todo Brasil, y como en Brasil en gran parte del mundo. A su lado pasan hombres y mujeres, obreros y obreras camino del trabajo, cuando apenas ha amanecido, cuando la vida despierta rumorosa por las calles. La mayoría de esos hombres y mujeres no sospecha siquiera la existencia de quienes trabajan para forjarles un futuro. A veces los compañeros cuentan hechos heroicos de compañeros muertos en combates, de hombres que se enfrentaron con la policía con valor de gigantes, pero Mariana puede pensar y juzgar sobre ese heroísmo cotidiano de la vida ilegal, de esos comunistas ocultos en escondrijos donde se juegan su libertad a cada instante, que no tienen derecho a ninguna diversión, muchos de ellos sin tener siquiera la posibilidad de vida privada, que son cuerpo y sangre del partido, la cabeza de la clase obrera. Conoce sus trabajos y sus días de anónimo heroísmo y se pregunta qué debe hacer para ser digna compañera de tales hombres, para ser digna mujer de João, que la está esperando y que tiene una pregunta que hacerle. ¡Ah! Su partido, ese partido por el que dio la vida su padre, por el que tantos hombres abandonan la seguridad y el confort, la claridad

del día y el derecho a andar por las calles libremente, cómo ama a ese partido perseguido y odiado. Se ha acostumbrado ya a verle calumniado, pero se ha acostumbrado también a verle despierto a la hora en que llega la madrugada, como si él mismo fuera el constructor de la aurora del hombre. Un sentimiento de inconmensurable grandeza la domina cuando ella, la pequeña obrerita de São Paulo, piensa en su partido. ¿A qué puede compararlo? ¿Qué le recuerda ese partido de hombres de apellidos cambiados, de ignorados nombres, de direcciones desconocidas, de espaldas marcadas por la tortura? Ese partido le recuerda al mar, a aquel mar infinito y azul que vio en Santos, cuando acompañó a embarcar a Apolinario. Como el mar, no tiene fronteras, se extiende por toda la amplitud del mundo, victorioso en la Unión Soviética, en armas en España, en las montañas de China, en los subterráneos de Alemania, sosteniendo un duro combate en los demás países, un mar subterráneo que se alzarán un día en ondas colosales, lavando la podredumbre y la injusticia de la superficie del mundo. Mariana lanza una mirada vigilante a su alrededor, a la calle toda, antes de llamar a la puerta de la casa anónima donde vive Zé Pedro.

Mariana mira el rostro bienamado, dormido en el sofá. No permitió que lo despertaran, más tarde podrá hablarle, que descansa ahora, ni siquiera el amor tiene derecho a interrumpir su merecido reposo. João duerme en un sueño profundo, y así, con los ojos cerrados, parece más joven y su rostro pierde gravedad. La frente amplia no aparece surcada por arrugas, una breve sonrisa aflora en sus labios. ¿Con qué estará soñando? Mariana le coloca bien un brazo que se había deslizado, colgado del sofá. Se ríe ante los agujeros de los calcetines. Se había quitado sólo la chaqueta y los zapatos. Esos calcetines necesitan un zurcido urgente. Los bajos de los pantalones están llenos de barro; ¿por qué caminos había andado en aquel período de ausencia?

Mariana tiene que marcharse; le espera aún una larga caminata hasta la casa donde Carlos está oculto, y ya ha acordado con Zé Pedro el lugar adecuado para la reunión nocturna del secretariado y lo que conviene hacer con Jofre. También ella irá un momento a la reunión, para ver a João. Entonces podrá hablarle, escuchar su voz ahora muda, preguntarle tal vez con qué soñaba por la mañana, qué imágenes le hacían sonreír en sueños. Zé Pedro entra con una taza de café, y tras él aparece Josefa, su mujer, con un niño en brazos.

Riendo los dos de la contemplación apasionada de Mariana, Josefa le muestra al niño:

—Tienes que casarte, y tener hijos...

Zé Pedro se ríe:

—Ven a desayunar...

João se mueve en el sofá. Mariana se coloca un dedo en los labios, pidiendo silencio.

—Déjale dormir. Pobre...

Toma el café sin sentarse. Zé Pedro se acomoda ante la mesa de trabajo, se inclina sobre un libro de Stalin; parece totalmente olvidado de Mariana, de João, de su esposa, del hijo. Lee ansiosamente como si buscara en el libro del gran líder las respuestas a las preguntas que le han planteado las noticias traídas por Mariana. Pero se vuelve y sonríe cuando el chiquillo, bullicioso en los brazos de la madre, llama: «Papá... Papá...». Mariana acaricia la cara mulata del pequeño, pasa cariñosamente la mano por el pelo despeinado de Josefa, mira a João una vez más y sale.

Era casi el mediodía cuando llegó al escondrijo de Carlos, en el otro extremo de la ciudad. De paso se había detenido en algunos lugares donde podía quizá encontrar a compañeros que tenían que transmitirle noticias, y para comunicarle a Jofre su destino. Por la tarde, vendrían otros al consultorio. Comió con Carlos, mientras le oía hablar ininterrumpidamente, como era su costumbre, sobre las cosas más diversas. Había encontrado a Carlos envejecido. Notó que tenía ya algunas canas. Y, no obstante, ¿qué edad podría tener? Veinticinco o veintiséis años, no más. Los tiempos de la cárcel y aquella vida ilegal le estaban envejeciendo prematuramente. Pero no

perdía la jovialidad, y ahora le contaba a Mariana con abundancia y profusión de detalles, cómo había llegado a enloquecer a la policía de São Paulo, dos años atrás, cuando en un interrogatorio inventó una embrolladísima historia que el comisario había creído a pie juntillas. Durante días y días, la policía buscó afanosamente por la capital a los tipos que él les describiera, fruto todos de su imaginación. Carlos había nacido en São Paulo; su padre era un obrero italiano casado con una negra, y él había heredado de los dos su imaginación ardiente y el sentido musical. De niño entró a trabajar en una fábrica, pero al mismo tiempo empezó a estudiar mecánica por correspondencia. Le gustaba mucho leer. Ingresó muy joven en las juventudes comunistas y luego pasó al partido. Su heroico comportamiento en la cárcel (había sido detenido en Rio), su resistencia a las torturas más brutales, hicieron que, al ser puesto en libertad, el comité central le enviara a São Paulo, para formar parte del comité regional, que había quedado en cuadro por las detenciones de 1935 y 1936. Fue él quien primero apoyó al Rubio en su lucha contra las tendencias de Saquila y su grupo. Al principio tropezó con las dudas de la propia dirección pero era tenaz, y poco a poco fue convenciendo a los compañeros del peligro que representaba aquel grupo, siempre en lucha contra las decisiones, vinculado de cerca a los «armandistas», introduciendo ideologías extrañas en el seno del partido. Cuando fue reorganizado el secretariado, fue elegido secretario de agitación. Conocía como nadie, aparte de João, la base del partido, y era popular en todas partes, pues sabía reír, contar chistes, hacer bromas y era además hombre de buen diente.

Recibió a Mariana con una pregunta indiscreta:

—¿Qué hay, mocita? ¿Ya tenemos al novio aquí?

—¿Qué novio?

—Secreto a voces, pequeña... São Paulo entero ya sabe de ese amor intensísimo que os devora a los dos, a ti y a João. Los únicos que no lo sabéis sois vosotros...

—Carlos, no estoy para bromas, y no me gusta que digas eso...

—Pero si la cosa está muy clara... Esto acaba en boda... Al tiempo...

—Bien, yo he venido a informarte de las detenciones y a dar el lugar y la hora para la reunión de esta noche...

—Vamos a hablar ahí, a la mesa. Es hora de comer y la patrona ha preparado una fuente de macarrones que es cosa seria...

Estaba escondido en casa del contraamaestre de una fábrica de tejidos cuya esposa hacía gala de sus condiciones de cocinera. Carlos se alegró con la noticia de la fuga de Jofre:

—Tenemos que resolver cuanto antes el problema ese de la imprenta. Hace meses que el asunto anda arrastrándose sin solución. Buen tipo ese Jofre, ¿eh? Le conozco de la cárcel de Rio. Firme como una roca a pesar de esa carita de chiquillo enclenque...

Mariana esperó la llegada de la noche con impaciencia. La reunión tendría lugar en un barrio elegante, en casa de un arquitecto, Marcos de Sousa, cuya lealtad al

partido databa de largo tiempo. Se trataba de un solterón, su casa era amplia y, cuando la cedía para reuniones ilegales, daba fiesta al servicio y se quedaba solo, en una sala que daba a la fachada, vigilante. Mariana le conocía desde niña y admiraba su figura romántica, de revuelta cabellera plateada, la chalina de bohemio y aquella su constante estima por los comunistas. Había participado en el movimiento de la Alianza Libertadora, pero como no era hombre de acción jamás la policía había llegado a sospechar de él. Además ganaba mucho dinero, pues era uno de los arquitectos preferidos por la gente rica, muy conocido y muy bien relacionado. Había construido muchas de las más lujosas casas de los potentados paulistas, incluso la casa de Alves Neto. Cuando Mariana le iba a ver a su despacho, él le preguntaba, tras haber cerrado, la puerta, y con una amplia sonrisa en sus labios carnosos:

—¿Dinero, o la casa?

Nunca negaba ni el dinero ni la casa, pero Mariana procuraba no abusar. Aquél era el mejor lugar para reuniones, y lo reservaba para momentos difíciles, como ahora. En la calle elegante y tranquila, los compañeros podían discutir con seguridad. En la sala de la fachada, sentado ante la ventana, el arquitecto velaría, bebiendo a pequeños sorbos un aperitivo cualquiera mientras en una sala del fondo el secretariado discutía.

Cuando llegó Mariana, la reunión aún no había terminado. Venía con alegría exuberante no sólo porque iba a ver y a hablar con João, sino también porque las noticias llegadas desde los calabozos de la policía decían que el viejo Orestes no había sufrido más que unos empujones. El otro compañero que le había facilitado la fuga a Jofre, se llevó unas bofetadas, pero como se mantuvo firme en su historia del sobrino muerto de miedo, los guardias acabaron por creerle. Jofre era desconocido en São Paulo, y su aire de chiquillo había contribuido a dar color de verdad a la explicación.

Se quedó en la sala hablando con el arquitecto, pero sus oídos estaban atentos a los ruidos de la habitación del fondo. Marcos de Sousa le mostraba, a través de las ventanas de la habitación, las innumerables estrellas en el cielo claro. Le iba diciendo el nombre de cada una, la distancia que las separaba de la tierra, su tamaño, le contaba cómo cada una de ellas era el centro de un universo con muchos mundos mayores que el nuestro, y todo aquello le parecía un cuento de hadas.

—¿Y habrá también en esos mundos explotación capitalista y partidos comunistas? —se reía Mariana.

La pregunta quedó sin respuesta porque un rumor de sillas anunciaba el fin de la reunión. Zé Pedro apareció en la sala, tendió la mano al arquitecto, a Mariana, se puso el sombrero, las gafas negras y desapareció en el pequeño jardín que rodeaba la casa. El arquitecto se dirigió a otra sala, sabía que jamás salían lodos juntos, sino espaciados, con quince o veinte minutos entre uno y otro, y deseaba ofrecerles algo de beber. Mariana se quedó sola. No quería encontrarse con João a la vista de Carlos y del Rubio, para no dar lugar a bromas.

João apareció inmediatamente, le tendió las dos manos. Ahora su rostro estaba severo como de costumbre, los ojos penetrantes le hacían más viejo, pero tenía en los labios la misma sonrisa de por la mañana, cuando soñaba dormido en el sofá.

—¿Todo bien? —preguntó Mariana.

—Todo. Vamos a lanzar a la gente a la calle cuando llegue Getúlio, pidiendo la libertad de los detenidos.

Estaba parado ante ella, se quedó un momento indeciso; acabó por decir:

—Me toca salir. Soy el siguiente. ¿Quieres venir un momento al jardín a matar el tiempo? —Y añadió para convencerla—: Estaré en São Paulo sólo un día. Mañana me voy, y no sé por cuánto tiempo.

—Vamos, sí...

El perfume cálido de los jazmines en flor les envolvió. Se sentaron en un banco de cemento. João miró el reloj. Las flores se balanceaban suavemente sobre el pelo de Mariana. Se quedaron silenciosos, como si las palabras fueran frágiles e impotentes para expresar todo lo que sentían.

—Estoy contenta —dijo ella por fin—. No han maltratado a Orestes...

—Salió bien librado. Un buen muchacho, ese Jofre...

Y reinó de nuevo el silencio, un silencio grávido de cosas por decir, de tantas cosas importantes que Mariana encontró injusta aquella timidez, y se decidió a hablar:

—Te he echado de menos...

E, inmediatamente, se pregunta cómo ha encontrado valor para decir aquello. ¡Qué difícil es expresar todo lo que lleva en el corazón! João se levantó, tomó sus dos manos:

—Mariana... ¿Quieres ser mi compañera? ¿Quieres casarte conmigo? Hace tiempo que quería decírtelo...

Ella se levantó también. Su rostro aparecía entre las flores, bajo el claro resplandor de la luna.

—Sí, João. Lo deseo.

—No me llamo João, ¿sabes? João es mi nombre de guerra. Mi verdadero nombre es Aguinaldo. ¡Qué nombre tan estúpido!, ¿verdad? Pero es mejor que me sigas llamando João...

Miró el reloj:

—Es hora de salir. Cuando vuelva, nos casamos. Diré que vayan preparando los papeles en Jundiá; es más prudente que nos casemos allá. Tienes que darle tu partida de nacimiento al Rubio. Él me la mandará...

Le apretó las manos:

—No sé decir palabras bonitas. Pero sé que te amo, porque sueño contigo...

Y completó ampliando la sonrisa:

—Incluso despierto.

Mariana siente el calor de sus manos huesudas. Los labios de João rozan su rostro

y, cuando abre los ojos, él ya no está, acaba de atravesar el portal del jardín y sus pasos se oyen en la calle, llevándole a cualquier lugar distante, en cumplimiento de una nueva tarea, y nadie sabe cuánto tiempo estará ausente. Pero con ella ha quedado el calor de sus manos, la caricia casi imperceptible de su beso. Entre los jazmines de olor penetrante brilla la luz de una estrella fugaz. ¿Cómo se llamará esa estrella de su noviazgo, iluminando con su brillo los sueltos cabellos castaños de Mariana?

Debe volver a la sala, el Rubio o Carlos tendrán algo que decirle, órdenes, lugares donde quedar citados; estos días van a ser de mucho trabajo. Ya no oye pasos en la calzada, pero siente aún en las manos el calor de las manos huesudas del camarada João y, en el rostro, el tímido roce de sus labios. ¿Cómo se llamará esa estrella, su estrella?

Era un hombre gordezuelo y pálido, casi verdoso, de manos resudadas y arrastrada voz. Una colilla apagada le colgaba eternamente de los labios. Su nombre de guerra era un viejo mote que le habían puesto sus compañeros del taller donde aprendió el oficio de tipógrafo: Camaleón.

—Fue Saquila quien me entregó estas máquinas, y sólo a él se las entrego. A nadie más, aunque sea el secretario general del partido. Aunque sea el mismo Prestes en persona, que saliera de la cárcel y apareciera aquí...

Carlos, sentado en un bidón de petróleo, empezó de nuevo a explicarle pacientemente:

—Estas máquinas, y estas cajas de tipos, no son tuyas, ni mías, ni de Saquila, son del partido. Y si el partido ha decidido que las entregues, tu deber de militante es dejarlas a quien tiene el encargo de recibirlas. Y ése soy yo... Y tú me conoces, y sabes quién soy...

—No tengo ni la menor idea de quién es usted. Le he visto por aquí dos o tres veces, a traerme originales, pero eso no es motivo suficiente para que le entregue las máquinas.

—Mira, Camaleón, tú sabes perfectamente que soy el responsable de agitación, el mismo Saquila te lo dijo un día, aquí, delante de mí, y te dijo también que tenías que hacer lo que yo te ordenara. ¿Es verdad, o no?

—Quizá, pero no me acuerdo. ¿Cómo me voy a acordar de todo lo que me dicen? A ver si se cree que soy el sabio Salomón... Lo que sí sé es lo que Saquila me dijo, hace pocos días, la noche antes de que lo detuvieran.

—¿Y qué te dijo?

Camaleón alzó los ojos del suelo, miró de soslayo al joven en cuyo rostro veía crecer la rabia:

—Pues me dijo: «Cuidado, Camaleón, que hay un montón de aventureros infiltrados en el partido. Gente que no nos tiene precisamente simpatía ni a ti ni a mí. Quieren apoderarse del partido y echarnos fuera a todos. Ahora han puesto los ojos en las máquinas...».

Se sacó la colilla de la boca, la tiró al suelo y la aplastó con el pie calzado en una zapatilla rota:

—Y eso es lo que pasa. ¿O cree que no lo sé? Estoy aquí, en esta madriguera, sin ver a nadie, pero sé lo que está pasando, sé toda la basura...

—¿Qué basura?

—Vosotros, que andáis por ahí como marqueses, viviendo en pisos de lujo, de un lado a otro en automóvil, llenándoos la barriga de lo mejor, metiéndoos en el bolsillo el dinero que os pasan los ricos, mientras uno revienta de hambre, y ni recibe la paga entera. Hay días en que ni tengo un pitillo que fumar, mientras vosotros vivís mejor que burgueses...

Su voz monótona parecía repetir una lección aprendida de carrerilla:

—La línea del partido es un error total. Habláis de frente democrático, que estoy ya hasta las narices de componer hojas hablando de eso, pero a la hora de la verdad no queréis saber nada de nada. La gente de Armando Sales está ahí, a punto de derribar a Getúlio, y vosotros como si nada. Y es el momento de aprovecharlo...

Carlos habló lentamente, en un esfuerzo por mantenerse tranquilo:

—Tu amigo Saquila te ha metido muchas cosas en la cabeza, Camaleón. Voy a dejar de lado esas calumnias sobre la dirección del partido, indignas de un militante. Quizá a veces recibes tu salario con retraso. Las finanzas del partido no van como debieran, y la culpa es más de Saquila que nuestra. Pero, con toda seguridad, tú lo recibes antes que nosotros, y tanto como nosotros. Pero ése es un asunto que se tendrá que discutir después, y en la debida forma. Igual que lo de la línea política. ¿De qué nos acusas? ¿De no meternos en la conspiración armandista del brazo de los integralistas? ¿De que no coloquemos a la clase obrera a remolque de la burguesía? No es con un golpe como se va a derribar al Estado Novo, es con un movimiento de masas, y eso no es cosa de un día, es un proceso lento. La línea del partido es correcta. Esa idea de adherirse al golpe armandista es sólo puro oportunismo, y no tiene nada que ver con la política del proletariado. Eso es cosa de gentes que lo único que quieren es un enchufe...

—Bueno, mira, un empleílllo para alguno de nosotros tampoco nos vendría mal. Yo, la verdad, ya estoy cansado de estar enterrado aquí, en esta covacha, partiéndome el alma encima de esos tipos. Si ganara Armando Sales, con nuestra ayuda, y después nos diera un empleílllo para ir tirando, tampoco estaría mal. Así podríamos ayudar más al partido... Pero —y miraba hacia Carlos con evidente intención— no todos tienen la cabeza de Saquila. Otro gallo nos cantaría si él llevara la dirección... Es lo que digo y repito siempre: el obrero, en Brasil, no está formado todavía para dirigir nada. Eso hay que dejarlo para quien sabe pensar. Como Saquila, por ejemplo. Aquél sí que tiene cabeza...

—La dirección del partido para los intelectuales...

—Exactamente, para los intelectuales. ¿Por qué no? Ellos...

Carlos le interrumpió airadamente:

—Hacía ya tiempo que no oía tantas idioteces juntas. Estás podrido, viejo, podrido del todo... Eso que estás diciendo son palabras de traidor.

El tipógrafo alargaba el pescuezo. Hasta la piel parecía aún más verde; su voz era lastimosa.

—¿Traidor yo? Eso es lo que gana uno sacrificándose... No eres tú el que vive metido en una casa sin salir nunca, envenenado por la tinta de imprenta... Hace casi dos años que Branco y Saquila me metieron en la otra casa, y desde entonces llevo trabajando para el partido día y noche. Y cuando salgo, es a la carrera, escondiéndome, y todavía, si alguna vez se retrasa la tirada, me vienen con reclamaciones, como si aquí hubiera diez trabajando, y no uno solo, y como si tuviera

buenas máquinas para hacer algo...

—Esa máquina estaba en perfecto estado cuando te hiciste cargo de ella, y hoy está destrozada. Mira, amigo, empiezo a pensar que tú, cuando viniste aquí, no habías visto en tu vida una máquina de imprimir.

—Desde que tenía veinte años trabajo en este oficio. Fui subjefe de taller en la *Gazeta da Tarde*... Es la máquina la que es un saldo, un paquete que me echaron encima.

—Y no sólo eso. Estamos informados de que tienes un lío con una furcia de los alrededores de la otra casa. Es decir: que has colocado la seguridad del partido en manos de la primera mujer que se te puso por delante... A veces han venido compañeros a entregar originales y no te encontraron. Habías salido a revolcarte con la vecinita, allí, en su casa...

—¿Iba a pasarme sin mujer todo este tiempo? ¿Es que te crees que soy de palo?

—Bueno, Camaleón, esto se ha acabado. Ya discutiremos tu caso luego. Tendrás que explicar al partido por qué haces campaña contra la dirección regional y contra la línea política. Será el partido el que decida, no yo. No voy a discutir más contigo, no sirve de nada. Si he venido aquí fue para darte una buena noticia: la regional ha decidido sustituirte en el taller y darte otra tarea, un trabajo en el sindicato de gráficos, donde tenemos poca gente... Allí mandan los anarquistas y los trotskistas. Así no tendrás que vivir escondido y podrás ir por las calles como quieras, incluso tendrás que mantenerte en la legalidad para poder actuar en el sindicato. Tú eres miembro, ¿no?

—Sí, lo soy.

—Pues ya está. Me entregas el taller, te largas, yo te doy un punto de encuentro donde vernos y discutirás con la regional.

—¿Que te entregue el taller? ¿No te he dicho que no? Sólo hay dos hombres a quienes puedo entregarlo: a Saquila o a Branco. Branco está en la cárcel en Rio de Janeiro, condenado, Saquila no está aún condenado, pero lo han metido en la cárcel aquí. Cuando salga, le entrego el taller a él. No sé qué diablos vais vosotros a hacer con él.

—Ni lo sabes ni tienes por qué saberlo. Lo que el partido haga con la imprenta no es cosa tuya. Y en cuanto a tu negativa a entregarla, voy a decirte que es motivo suficiente para tu expulsión...

—¿Y quién sois vosotros para expulsar a nadie? Óyeme bien: para mí, el partido es Saquila y los compañeros que están con él... Nosotros somos el partido. Y te digo más: mientras esté preso Saquila, no compongo más originales... ¿Y sabes lo que voy a hacer cuando salgas de aquí? Voy a pasar el cerrojo y aquí no entra nadie. Cuando suelten a Saquila, le doy la llave y que haga lo que le dé la gana con el taller... Y no me fastidies más... Para mí, vosotros no sois el partido ni sois nada.

Carlos se levantó con los puños cerrados. Por un momento había temido perder la cabeza y lanzarse a puñetazos sobre Camaleón.

—Estás tan podrido, que apestas... —dijo. Y pasó al lado del tipógrafo, que ni se movió.

Fuera ya, en el terreno descuidado que rodeaba la casa, respiró con fuerza el aire puro y pensó en cuánta razón tenía João al decir que no iba a ser nada fácil recuperar la imprenta. Durante semanas, Saquila había dificultado el traslado de las máquinas a la nueva casa basándose en mil pequeños detalles, aplazándolo de un día para otro. Al fin, había tenido que ceder ante la presión del secretariado, pero no se había encontrado a nadie que pudiera sustituir a Camaleón, y éste acompañó las máquinas al nuevo local, una casita en las afueras de la ciudad, deshabitada desde mucho tiempo atrás.

Este asunto había preocupado de tal modo a la regional que la dirección nacional decidió desde Rio el envío de Jofre. Ahora había que obligar a Camaleón a entregar el taller.

Las máquinas habían sido un donativo de Saquila al partido, años atrás, cuando se inscribió como militante. En aquella imprenta tiraba una revista literaria de vanguardia, con muy escasa circulación. Aquel regalo hizo que la entrada de Saquila en el partido fuera saludada como una valiosa adquisición. Tenía cierto nombre literario, había publicado un librito de poemas años antes, participó también en los movimientos de vanguardia y era considerado en los círculos intelectuales como entendido en materia de literatura y arte de vanguardia. Hombres como Shopel y el sociólogo Hermes Resende tenían en cuenta su opinión y lo citaban en sus artículos. Además, tenía un amplio círculo de conocidos capaces de contribuir a las finanzas del partido y era secretario de redacción de un poderoso periódico de la mañana. Branco, que le había traído al movimiento, le llevó casi inmediatamente al comité regional («para ampliar su composición social», explicaba) y pronto Saquila dominó casi por completo la regional y fue oído como autoridad indiscutible en casi todos los asuntos. Sólo el Rubio se resistía a su influencia.

Se habló incluso de su admisión en el comité nacional, y eso habría sucedido tal vez si el movimiento de Alianza Nacional Libertadora no hubiera mostrado las dificultades del partido en São Paulo, en los años 1934 y 1935. La dirección regional se encontraba entonces en manos de media docena de intelectuales, y el partido se había desligado casi por completo del proletariado de las grandes empresas. Eran raras las células de empresa, con relación a las de barrio, de composición pequeño-burguesa en su mayoría. La encarcelación, tras el movimiento de 1935, de una parte de la dirección, fue el punto de partida de un cambio en la situación. La llegada a São Paulo de João, de Zé Pedro y luego de Carlos reforzaron la actitud del Rubio. El partido empezó a penetrar en las empresas. En las fábricas, la regional empezó a cambiar de aspecto. Una nueva dirección obrera dio impulso al trabajo. Durante esos años, la lucha entre la nueva dirección y Saquila —aún miembro del comité regional— se fue haciendo más profunda día a día. Y ahora, cuando el trabajo silencioso y tenaz de la nueva regional empezaba a dar sus frutos, la oposición llegaba a su

momento culminante. Saquila se había revelado como un agente trotskista, vinculado a la burguesía de São Paulo, que intentaba convertir al partido en una caja de resonancias de los intereses de los latifundistas del café, complicándolo en sus aventuras golpistas e intentando al mismo tiempo dividirlo, creando un grupito opuesto a la dirección que dificultaba en lo posible la marcha normal del trabajo de partido. La dirección nacional se había hecho ya eco del asunto, y la regional esperaba haber liberado de la influencia de Saquila a los elementos sanos por él acaudillados, para liquidar definitivamente su prestigio. Sólo esperaba el momento oportuno para expulsarle a él y a algunos más. Era preciso, pues, modificar todo el aparato ilegal conocido por Saquila, pues en opinión de Rubio y de João, dentro del grupo secesionista habían, casi con seguridad, elementos vinculados a la policía política. El trabajo de esclarecimiento a los compañeros estaba empezando a dar fruto positivo: algunas células comenzaban a pedir la expulsión de Saquila. Pero el secretariado estimaba que aún no había llegado el momento justo, pues parte de la base aún no se había convencido de la verdadera postura del trotskista.

Camaleón había llegado al partido de la mano de Saquila, en los tiempos en que éste hacía y deshacía. Saquila actuaba en el sindicato de trabajadores del libro y del periódico, había sido miembro de su directiva y allí conoció a Camaleón, oyó sus quejas sobre los compañeros de taller y sindicato, le apadrinó y le dominó por completo. Así le llevó al partido, y luego al taller clandestino. Y, como continuaba siendo el responsable del taller, pudo conservar intacto su prestigio frente al tipógrafo. Aquel mismo día, más tarde, Carlos explicó la situación al Rubio y a Zé Pedro:

—No hay salida. ¿Dónde vamos a imprimir el material de la visita de Getúlio? Necesitamos inundar la ciudad de textos, y no hay ni una imprenta legal que quiera trabajar para nosotros ni a peso de oro... Y es materialmente imposible montar un nuevo taller en una semana...

—Ni se puede pensar en eso...

—¿Y la imprenta de Sorocaba? João está allí...

—Es muy pequeña... No nos sirve. Apenas llega para lo que tienen que hacer en Sorocaba...

El Rubio preguntó:

—¿Y crees que Camaleón se habrá marchado dejando solo el taller?

—Por lo menos eso fue lo que dijo.

—Podemos mandar a alguien allá a ver si la casa está realmente vacía, y vigilar si vuelve...

—¿Y luego?

—Pues, si se ha ido, nos cargamos la puerta, y empieza Jofre a trabajar...

—¿Y si Camaleón vuelve después?

—En definitiva, aún es miembro del partido, ¿no?

—Es un hijo de perra...

—Enviaremos a un compañero con Jofre, por precaución. Si aparece Camaleón tendrá que aguantarse. Por las buenas o por las malas. No podemos quedarnos sin material impreso para la llegada de Getúlio.

—Parece que va a ser la única manera...

El Rubio propuso:

—Y luego tenemos que buscarnos otra casa. Tratar de cambiar nuevamente de sitio el taller, y lo antes posible. No va a haber seguridad para los compañeros que trabajan allá, al menos mientras Camaleón conozca el local. Y mientras no encontramos la nueva casa, lo mejor es hacer que Camaleón se esconda. Evitar que le detengan. No me gusta nada ese tipo. Si le cogen es capaz de soltar lo que sabe y lo que no sabe...

Zé Pedro, aprobó:

—Muy bien. Pero por ahora hay que correr ese peligro. Y meter a Jofre y a otro en la casa. No podemos quedarnos sin material ante la llegada de Getúlio...

—¿Y a quién mandamos allá con Jofre?

—Tiene que ser alguien de absoluta confianza y dispuesto a todo...

¿Quién de más confianza que el viejo Orestes? ¿Quién más valiente, más capaz de convencer a Camaleón si aparecía? ¿Quién, en el seno del partido, no iba a respetar al viejo Orestes? Le habían soltado a los dos días de la detención, pues su enfermedad se había agravado, y la policía temía que muriera en el cemento frío del calabozo y que su muerte provocara una agitación inoportuna en el seno del proletariado, en vísperas de la visita del dictador. El delegado de Orden Político y Social, al saber que el viejo no podía ni moverse, decidió su liberación. «Viejo, y además enfermo, no es ningún peligro. Y estos días de detención le servirán de aviso. Si muere aquí, los comunistas van a explotar el asunto de una forma u otra. El viejo es muy conocido. Lo mejor es ponerlo en libertad». También dio orden de poner en libertad a Saquila. Le habían llegado diversas peticiones, entre ellas una del doctor Alves Neto, a quien el delegado (que ocupaba aquel puesto desde los tiempos de Armando Sales) no podía negar nada, pues le debía su carrera. El abogado armandista se había interesado muy a fondo por la liberación de Saquila. Explicó ese interés al delegado, diciéndole que necesitaba a Saquila en la secretaría de redacción de *A Noticia*, periódico del que el doctor Alves Neto era uno de los principales accionistas.

Fue Mariana quien habló con Orestes. El italiano no servía para otras tareas a causa de su edad, pero servía para aquélla, y, además, el aire del campo le iba a ser de provecho. Allí acabaría de curar su reumatismo. El Rubio escuchó los argumentos y luego amplió la idea. ¿Y si Orestes se quedara a vivir en aquella casa? No tenía familia, vivía solo, el trabajo en la fábrica le pesaba ya. Allí podría cultivar unas legumbres en el huerto y aquello daría un aire legal a la casa. Los vecinos podrían suponer que se trataba de un viejo italiano, jubilado ya, que cuidaba su pequeño huerto. Y Jofre podría pasar por hijo cuyo, o empleado. Al mismo tiempo se facilitaría el transporte de material. Y el taller estaría más protegido. Fue así como el viejo Orestes se volvió a encontrar con aquel joven a cuya fuga había contribuido, inclinado sobre la maltratada impresora, lubricando los engranajes, iniciando sus contactos con ella. Mariana había venido acompañando al viejo y se divirtió con el espectáculo del encuentro, una sorpresa para los dos. Parecían abuelo y nieto, Orestes dando la impresión de más viejo de lo que realmente era, con su pelo totalmente blanco y el rostro arrugado, y Jofre con su aspecto de chiquillo enclenque.

—Si te crees que me voy a estar aquí sin hacer nada, estás muy equivocado, *signorino*. Voy a aprender a manejar esa máquina, voy a hacerme impresor también yo... —avisó el italiano.

—Nada de eso, tío Orestes —dijo Mariana—. Lo que vas a hacer es cuidar de la huerta. Plantar coles. Jofre te ayudará un poco durante el día. Pero va a ser un ayudante perezoso, dormilón... porque va a pasarse las noches trabajando en el taller. Ésa es la decisión del partido...

Orestes se volvió hacia Jofre:

—¡Pues vaya con el partido! Mira, a esa de ahí, que da tantas órdenes, la conocí de mocosuela, así pequeñita, un *piccolo pingo*... Y ahora quiere enseñarle al viejo

Orestes lo que tiene que hacer... —y se reía satisfecho mirando a los dos jóvenes, a aquella nueva generación que iba ocupando los duros puestos de combate.

Acompañó a Mariana de vuelta hasta la puerta de la calle. La chica le comunicó, sabiendo que la noticia iba a alegrarlo:

—Me voy a casar, Orestes...

—¿Tú, *carina*? ¿Con quién?

—¿Conoces al camarada João?

—¿João? ¡Es formidable! Es de esos que se rompen, pero no se doblan... Y yo que creía que estabas enamorada de ese oficial que se marchó a España, ese que te manda postales...

—No. Me gusta como amigo. Es un compañero simpático, pero no hay nada de amor.

—¿Y cuándo va a ser la boda?

—¿Quién sabe? En esta vida... Tarareó la melodía de una samba de moda:

*Mañana, si no llueve,
volveré a verte, mujer...*

—Tengo que empezar a preparar licor para la fiesta... —besó a Mariana en la frente. Tenía los ojos húmedos. Tú eres una buena compañera. No son muchas las que tienen tu valor, *cara piccina*. Y yo te deseo mucha felicidad.

Volvió junto a Jofre. Era de noche, habían colocado la máquina en una habitación sin ventana. Jofre continuaba estudiándola, sustituyendo por alambres los cordeles que sujetaban ciertas piezas. Junto a las paredes se alineaban los estantes de tipos. Había en un rincón unas resmas de papel. Jofre se lamentó:

—Ese imbécil que estaba aquí antes debía de ser un carnicero y no un impresor. Se ha cargado la máquina. Claro que también este trasto es más viejo que el andar a pie. Pero si la hubiera cuidado un poco, no estaría así. Y todo el taller está igual. Habrá que poner todo esto en orden. Me gusta este trabajo. Nací en esto...

Le contaba al viejo su infancia en la pequeña tipografía nordestina, mientras cuidaba la impresora, con las manos sucias de aceite y de tinta, el pelo liso cayéndole sobre los ojos.

—Aunque era malo era un taller mejor que éste. Tenemos muy pocos tipos, y hay que hacerse con algunos nuevos. Y piezas para la máquina... En el primer contacto que tengamos, hay que pedir. Pueden hacerse con las piezas en los talleres donde hay compañeros...

Pasó la mano por la máquina.

—Vamos a ser amigos, vieja vaca. Te voy a poner como nueva, te voy a sacar brillo, te voy a dejar como para un concurso de belleza... Vas a ver... Mañana, cuando lleguen originales, vamos a estrenarte... Y nada de andar haciéndose la remolona conmigo, ¿eh? Va a ser cosa de que empieces a andar derecho desde el primer día. A ver si nos entendemos...

El viejo Orestes se reía. No iba a sentir nostalgia de sus parrafeos con los vecinos. Aquel muchacho era de los suyos. Le gustaba la gente así, alegre y dispuesta. Empezó, también él, a contar una historia. La de un taller en Buenos Aires, muchos años atrás, en el que se tiraba un periódico obrero. Era una imprenta legal, pero la policía entró una vez, de sorpresa, y los pilló con las manos en la masa. Para otra vez, ya nombraron turnos de vigilancia y cuando volvió la policía, durante una huelga animada por el periódico, encontró una resistencia tan inesperada y valerosa que tuvo que batirse en retirada. Orestes participó en la lucha, dejó a dos o tres policías fuera de combate. En aquel tiempo era aún un mozote grandullón y robusto cuyos bigotes rubios estremecían el corazón de las porteñas.

—No es la primera vez que hago guardia en un taller —dijo con orgullo—. Pero aquella vez fue gordá: había que ver a los policías, corriendo como ratas...

Contaba, gesticulando de manera teatral, una historia cortada por maldiciones en italiano, y Jofre se reía, animando su rostro de chiquillo, sintiéndose ya ligado a aquel viejo en quien veía la tradición luchadora del proletariado. Se reían los dos con una risa sana, el viejo y el joven, uno casi anciano, el otro casi adolescente, al lado de aquellas máquinas, en la soledad escondida de la casita en el campo de donde salía, en las hojas volanderas, en los periódicos, en las octavillas, la voz de la vanguardia dirigente de la lucha del pueblo brasileño. Los separaban más de cuarenta años de edad, pero eran dos hermanos, de ellos era la misma esperanza y la misma certidumbre, luchaban en el mismo combate, y riendo, con aquella máquina entre ellos, eran como un símbolo de la continuidad de la lucha obrera. Se reían mientras en aquella misma hora nocturna, en la comisaría central, el delegado de Orden Público reunía a los comisarios jefes para transmitirles la orden llegada de Rio de Janeiro:

—Es absolutamente necesario descubrir la imprenta clandestina del partido comunista. No quiero en las calles ni una sola octavilla durante la visita del doctor Getúlio Vargas. Aunque sea necesario pasar toda la ciudad por una criba, casa por casa, hay que dar con esa imprenta...

Un viejo, casi un anciano, con el pelo encanecido en la lucha, un hombre que se había batido en cuatro países, uno de aquellos que habían traído de la vieja Europa las primeras ideas y los primeros folletos, y otro, casi adolescente, cuya vida de militante había comenzado aún hacía poco, flor de una juventud formada en la revuelta contra la miseria en que se ahogaba el pueblo brasileño, vigilaban aquellas máquinas tan buscadas. Aquellas viejas máquinas maltratadas, los tipos gastados, las resmas de papel logradas con dificultad, de donde saldrían las palabras de fuego, los impresos anónimos, más preciosos que el oro, más poderosos que la policía y que la reacción, que los dueños de inmensas tierras y los banqueros de Wall Street —las consignas creadoras de la lucha contra el fascismo y el imperialismo, contra la miseria y el hambre. Era un viejo italiano de pelo blanco, llegado un día a América latina en la tercera clase de un barco de inmigrantes, llevando en el baúl pobre y en la cabeza

ardiente las ideas y la tradición de lucha; era un joven marinero condenado, ayer niño aún por las calles pobres del Norte hambriento, inocente corazón, espontánea revuelta. ¡Ah! Eran dos hombres, uno casi anciano y otro casi adolescente, el viejo Orestes y el joven Jofre, guardando las máquinas del pueblo, vejez y adolescencia construyendo el futuro en los subterráneos ilegales de la libertad.

A aquella misma hora de la noche inquieta que precedía a la llegada del dictador a São Paulo, Saquila conversaba con el doctor Antonio Alves Neto. El abogado venía muy raramente a la redacción de *A Noticia*, y desde el golpe de Estado no había vuelto a aparecer. Su nombre no figuraba en la cabecera del gran matutino, pero todos sabían que él era el verdadero director, que le pertenecía la gran mayoría de las acciones de la sociedad anónima editora del diario. *A Noticia* había sido el órgano central de la campaña de la candidatura de Armando Sales a la Presidencia de la República, y, tras el golpe de Estado y la implantación de la censura de prensa, el periódico había intentado, dos o tres veces, tímidas censuras al régimen. Pero la reacción del DIP fue inmediata: la amenaza de cerrar el periódico por plazo indefinido. Antonio Alves Neto se alarmó y dio órdenes a la dirección para que se mantuviera estrictamente dentro de las prescripciones de la censura. El periódico le daba mucho dinero, no era conveniente sacrificarlo. No iban a ser artículos, noticias o editoriales los que derribarían a Getúlio, pensaba el abogado. Él, Antonio Alves Neto, lumbrera de la Facultad de Derecho, abogado de compañías inglesas, señor de tierras infinitas en las fronteras de São Paulo con Mato Grosso, uno de los políticos más influyentes de su estado, sabía cómo derribar al dictador y llevar a Armando Sales a la Presidencia de la República y cómo llegar él mismo al cargo de gobernador del Estado. Solía mostrarse muy satisfecho de su «realismo» político, y miraba con desprecio a la mayoría de sus correligionarios. En sus manos se centralizaba ahora la conspiración contra el gobierno, la preparación del golpe contra Getúlio Vargas, desde que Artur Carneiro Macedo da Rocha la había abandonado sin explicaciones. En su hacienda, en São Paulo y en Rio (adonde viajaba constantemente) mantenía conversaciones con políticos, con oficiales del Ejército, con altos cargos de la Marina, con integralistas. Últimamente andaba muy animado con la alianza secreta establecida por él con los jefes principales de la Acción Integralista, descontentos de los resultados del golpe de Estado. Getúlio se había hecho con el poder absoluto, estableciendo un régimen fuerte en beneficio propio, dejando en la estacada a sus aliados integralistas. El apoyo de Plinio Salgado al proyectado golpe le proporcionaba una sólida base en la Marina de Guerra e incluso la cooperación de ciertos generales del Ejército. Después de estas conversaciones, Antonio Alves Neto consideraba la victoria del *putsch* como cosa segura. Todo el problema residía en la elección de la mejor ocasión para derribar al dictador. Pero, al mismo tiempo, el acuerdo con los integralistas le amedrentaba un poco. Sabía que éstos no estaban dispuestos a dejarse engañar por segunda vez y que pretendían el poder para ellos, exigían una política internacional de alianza con Alemania y con la Italia fascista, y a Plinio Salgado al frente del gobierno, aunque Armando Sales conservara el título de Presidente de la República. Uno de los jefes integralistas había dicho:

—Esta vez no vamos a preparar la fiesta para que otros bailen...

Estudiando la manera de encontrar un contrapeso a la fuerza de los integralistas y poder hacerles frente tras la caída de la dictadura, Antonio Alves Neto recordó las conversaciones con Saquila durante la campaña electoral. Sabía que Saquila había sido derrotado en el seno del partido comunista en aquella ocasión, cuando defendía la tesis del apoyo a Armando Sales. Sabía también que las divergencias entre su secretario de redacción y los demás dirigentes comunistas se acentuaban cada vez más. Apreciaba a Saquila, lo encontraba inteligente y capaz de entender aquello que él, Antonio Alves Neto, llamaba «la gran política». El periodista no era intransigente en ciertos principios (la reforma agraria, por ejemplo), como otros comunistas con quienes él había hablado. ¿Por qué no proponerle ahora la participación de los comunistas en el golpe? Si se integraran al mismo tiempo en los preparativos del golpe comunistas e integralistas, dos corrientes enfrentadas y enemigas, los «armandistas» podrían beneficiarse de la lucha que sin duda iba a estallar entre ellas. Antonio Alves Neto sonreía ante esta idea, que le parecía extraordinariamente hábil.

Saquila se limpiaba las gafas con un pañuelo, mientras se sentaba en la silla, ante la gran mesa negra de caoba, con la cartera de cuero negro. Respondía a las preguntas del propietario del periódico con una media sonrisa en los labios:

—Nada. Una detención sin importancia. La primera noche fue bastante desagradable, me metieron en un calabozo. Pero luego, al día siguiente, ya me llevaron arriba. Después me soltaron...

—Intervine yo ante el delegado. Es un antiguo amigo mío, y de la casa, se lo digo en confianza...

Saquila se había colocado las gafas, empezó a preparar la pipa, murmuró unas palabras de gratitud. Antonio Alves Neto le interrumpió con gesto cordial:

—No tiene nada que agradecerme. No tengo la costumbre de dejar a mis redactores en la cárcel. Me gusta ser leal con los empleados del periódico, incluso cuando piensan de manera distinta a mí...

Se levantó, dio la vuelta a la gran mesa, se sentó al lado de Saquila como si necesitara estar más cerca de él ante la gravedad de lo que iba a decirle:

—Esas detenciones son sólo una muestra de lo que va a ser el Estado Novo para los comunistas. Hace pocos días, alguien, persona muy próxima a Getúlio, me contó que Filinto Müller ha dicho que ahora va a acabar de una vez por todas con los comunistas. Sé que la policía está estudiando un plan organizado para combatir a su partido...

Saquila encendió la pipa, apagó el fósforo.

—Si es que él y Getúlio tienen tiempo... ¿Cree usted realmente que los norteamericanos van a dejar a Getúlio en el poder, cuando anda coqueteando con los alemanes? Los norteamericanos empiezan a inquietarse.

—Getúlio es muy cuco. Coquetea con los alemanes, pero lo hace para valorizarse más ante los yanquis, para venderse más caro. Por eso cerró la Acción Integralista...

Muy cuco, el hombre...

Hizo una pausa, como reflexionando. Luego, continuó:

—Pero los cucos, de tan cucos, a veces meten la pata... Y es lo que le está pasando. Va a acabar quedándose solo. Los norteamericanos están ya con la mosca tras la oreja. La concesión de las tierras del Valle de Río Salgado a Costa Vale cayó mal en Wall Street, donde estaban organizando ya una compañía para explotar el manganeso. Por otro lado, los alemanes, que esperan Dios sabe qué, hasta ahora no han obtenido nada, fuera de declaraciones de simpatía. Los integralistas han sido marginados, y hay mucha gente descontenta en el Ejército y la Marina... La verdad es que las condiciones para derribar a Getúlio no pueden ser mejores... Son ustedes quienes lo están estropeando todo.

—¿Nosotros?

—Sí, ustedes, los comunistas. En este momento en que Getúlio no se ha decidido por completo entre americanos y alemanes, no tiene quien le defienda. Aún no ha tenido tiempo de consolidar la dictadura. Es una cuestión de audacia y de visión: un golpe rápido, súbito, inesperado, y al diablo la dictadura de Getúlio...

—Realmente... —Saquila lo miraba de lado, esperando.

—Pero ustedes lo estropean todo. Esa historia del frente democrático, de los movimientos de masas, todas esas cuestiones llevadas hasta la minucia y que no acaban en nada... Sólo hay una manera de derribar a Getúlio: un golpe armado, dado por el Ejército y la Marina. Gran parte de la oficialidad está de acuerdo. Puedo decirle, con las debidas reservas, que generales y almirantes con mando están dispuestos a participar... Una cosa que estallara aquí y en Rio al mismo tiempo, de madrugada. Por la mañana, Getúlio estaría en la calle, y el gobierno abajo.

Abrió la pitillera de plata. Saquila se apresuró a encender un fósforo. Soltó la primera bocanada:

—El peligro son los soldados, los cabos y los sargentos. Llenan ustedes la cabeza de esa gente con historias contra el golpe, y con eso no hacen más que asegurar a Getúlio en el poder...

—Nosotros estamos contra Getúlio y contra el Estado Novo. Por eso creemos necesario el frente democrático de todas las fuerzas contrarias al Estado Novo...

—¡Frente democrático! De aquí a que llegue a hacerse lo que ustedes desean, preparar al pueblo para una insurrección, Getúlio ya se habrá comido a todos... Lo mejor es un buen golpe por sorpresa. Y nada de agitación hasta ese momento. Dejar que el hombre se crea seguro. Ni huelgas, ni paseos de aquí para allá en manifestación, ni nada de eso... Los estudiantes de Derecho querían hacer algo contra la llegada de Getúlio, una manifestación de protesta o cualquier tontería de ese tipo. Trabajo de ustedes y de alguna gente nuestra sin experiencia. Yo hice que cesara la agitación. Así no se va a conseguir nada. Lo único que se lograría con eso sería advertir a Getúlio de que algo está en marcha. Lo mejor, ahora, es prudencia, esperar hasta tenerlo todo bien articulado. La cosa va adelante, querido amigo, eso es todo lo

que puedo decirle... La cosa marcha, y bien...

—¿Cree usted...?

—No creo, tengo la seguridad absoluta. Getúlio va a durar poco. Y, ahora, pregunto: ¿qué van a hacer ustedes? Si fueran inteligentes, podrían aprovechar la oportunidad para salir del agujero en que se han metido tras la revolución del 35. Muchos de los nuestros están, desde luego, contra una aproximación a ustedes. Con todo eso de la revolución, de la reforma agraria y de las nacionalizaciones, a veces su partido se aísla. Hablar de reforma agraria en un país de indios y de mestizos analfabetos es suicidarse políticamente. Y no hablo como hacendado, pienso incluso que la reforma agraria es necesaria en los países industrializados, pero el nuestro es un país agrícola. Primero, vamos a industrializarlo, y luego hablaremos de dividir las tierras... En cuanto a la industrialización, estamos de acuerdo... En fin, pese a todo, creo que podríamos colaborar con ustedes. Soy hombre de ideas amplias y creo que los comunistas podrían participar en el movimiento. Y si podemos contar con ustedes, la cosa va a ser más fácil en lo que se refiere a los soldados y los sargentos... ¿Qué es lo que van a sacar ustedes de andar oponiéndose al golpe?

—Pero los integralistas están implicados también...

—Pero, hombre, ¡los integralistas! Ustedes, que hablan tanto de realismo, resulta que en el momento clave son unos soñadores. Los integralistas no tienen nada que hacer, están aplastados, divididos, no son ellos los que van a ocupar el poder. Y mucho menos si ustedes están a nuestro lado. El peligro precisamente, procede de otra situación posible: de que Getúlio sea derribado mediante un golpe en el que ellos participen y ustedes no... Entonces podrían exigir ciertas cosas, ¿comprende?

Saquila se quedó silencioso. Pensaba. Aquella propuesta del armandista le parecía tentadora en todos los aspectos. Acabó por preguntar:

—¿Y después de la victoria? ¿Qué gobierno tendríamos?

—Convocaríamos elecciones a muy corto plazo: seis meses, ocho meses. Las elecciones decidirían.

—¿Libertad para los partidos políticos?

—Desde luego.

—¿Y para el nuestro también?

—Bueno... Eso depende...

Y acercó su silla a la de Saquila. Su voz se hizo amistosa, voz de hombre experimentado que aconseja a un joven que está iniciándose en la vida:

—Depende de ustedes... Primero, ese nombre, Partido Comunista... Eso asusta a la gente... Después, eso de la reforma agraria, de las nacionalizaciones... Es una tontería, se lo dije ya. Presenten un programa democrático, y les aseguramos la existencia legal. ¿Lucha contra el nazismo? De acuerdo... ¿Ciertas condiciones para el capital extranjero? De acuerdo... ¿Industrialización? De acuerdo... ¿Qué más quieren?

—Amnistía para los de 1935.

—Ése es asunto de la Cámara que resulte elegida...

Hubo un prolongado silencio. Saquila limpiaba la pipa:

—Su propuesta es interesante, y no le oculto que me parece muy viable. Pero sabe usted que yo no puedo resolver nada solo. Tengo que discutir con los compañeros y depende de lo que ellos digan. Lo que sí puedo decirle es que voy a poner todo mi prestigio en juego...

—Muy bien. Discútalos con ellos, y luego venga a verme. Lo mejor es que venga a mi casa, no me gusta que me vean mucho por aquí, en la redacción. Y dígalos a sus compañeros que lo piensen dos veces antes de continuar perdiendo el tiempo con esa bobada del frente democrático. Querer hacer política con el pueblo en un país atrasado, de analfabetos, es no saber lo que se traen entre manos. Eso es cosa de soñadores, como Prestes... Resultado: ahí lo tienen, en la cárcel, con tres procesos encima... Yo les ofrezco una oportunidad única... Y eso, quiero decírselo, en gran parte es debido a la estima que, personalmente, le tengo...

—Dentro de unos días iré a verle...

Se levantaba para despedirse. Antonio Alves Neto le hizo una última recomendación:

—Y eviten agitaciones durante la visita de Getúlio. Hay que procurar que se sienta seguro. ¿No le parece que es lo mejor?

Saquila se retiraba. Antonio Alves Neto volvió a su sillón. Tomó el teléfono de la mesa negra de caoba, ordenó al telefonista de la red interna que hiciera subir al gerente. Mientras esperaba, encendió un puro, se dejó envolver en la humareda y en sus calculados pensamientos. El gerente entró, tras llamar a la puerta; esperó silencioso, de pie ante la mesa. El propietario del periódico le dijo:

—¿Ya está de acuerdo con Costa Vale a propósito de la campaña sobre Río Salgado? ¿Lo de la serie de reportajes?

—Sí, señor. Y ya ha adelantado el dinero...

—Tenemos que dar un carácter un poco sensacionalista a esos reportajes. Con la censura de prensa, el periódico está perdiendo lectores. Tal vez lo mejor sería organizar una expedición, algo de este tipo, que presentara la cosa como una aventura. El público se interesaría. Háblelo con Saquila. No tiene por qué decirle que Costa Vale lo paga...

—Hoy mismo hablaré con él.

—Y hablando de Saquila, auméntele el sueldo. Quinientos cruzeiros más a partir de este mes...

Cuando Manuela le dio la noticia, Lucas Puccini no se pudo contener:

—Iremos los dos mañana, al mismo tiempo —y dejó que una sonrisa se extendiera por su rostro—. No te pongas nerviosa, el presidente es un hombre muy cordial, ya verás. Y si tienes éxito, tu carrera está asegurada...

Salió inmediatamente. Ahora casi no paraba en casa. Todo su tiempo estaba ocupado con el negocio del café y los últimos detalles de la visita del dictador. Había ido a ver al exsenador Venancio Florival, en compañía de Eusebio Lima, e inició las grandes compras de café. Habían alquilado unos almacenes en Santos, Eusebio Lima movió hábilmente los hilos del tablado y tenían ya a sus órdenes el dinero de la Caja y de los Montepíos. No quedaba más que firmar los cheques contra el banco de Costa Vale, donde se acumulaba aquel dinero, retirado mes tras mes de los salarios de los obreros. En aquellos agitados días, tan agitados que parecían un sueño, Lucas Puccini había conocido a mucha gente, había hablado personalmente con el mismo Costa Vale, estaba en relación con varios cosecheros de café y había mantenido una conversación medio secreta con el representante de Franco en Brasil, un rico comerciante español. Ahora recibía la noticia de que su hermana iba a bailar ante el dictador en la recepción de la Comendadora da Torre, como una señal más de que la suerte estaba a su lado, de que se iniciaba su carrera.

Había sido César Guilherme Shopel, el poeta católico, quien lo arregló todo. El estreno de Manuela estaba previsto para dentro de un mes, en Rio de Janeiro, e iba unido a la gran campaña de prensa sobre la Empresa del Valle de Río Salgado. El poeta proyectaba dar al estreno un aire sensacional, haciendo llegar a la bailarina en avión especial, desde el interior del país, como si hubiera sido descubierta en la selva aquella revelación de las danzas aborígenes, la primera riqueza conquistada para el país por la patriótica empresa a la que él había prestado su nombre. Pero la Comendadora había aprovechado su viaje a São Paulo para confiarle el programa artístico de la recepción en honor al dictador. César Guilherme vio allí la gran oportunidad de lanzar a Manuela. Discutió el asunto con Paulo, modificó sus planes anteriores, y Manuela fue colocada como número central, entre los cantantes de sambas y los artistas de una compañía italiana de opereta que en aquel momento estaba de gira por São Paulo.

La profesora de baile afirmaba que Manuela había realizado progresos asombrosos y que tenía realmente vocación para la danza. El poeta vio las ventajas de lanzarla en la visita del presidente: la cosa ganaría en importancia y sería útil a todo el mundo, como le explicó a la Comendadora, que impuso, no obstante, ciertas restricciones:

—Al día siguiente haremos tronar todas las trompetas de la prensa. Diremos que fue descubierta en el Valle y aprovecharemos cualquier frase de alabanza de Getúlio... Es una excelente propaganda para la Empresa, eso por un lado, y, por otro,

es una cosa simpática para Getúlio. Y para la chica, es algo formidable...

—Una aventurera de Dios sabe dónde, que se quiere casar con Paulo... —dijo la Comendadora.

—¿Casarse? Esa gente no se casa, Comendadora... Esa chiquilla, con sus bailes y su inocencia, puede conferir una aureola de simpatía a la Empresa, una popularidad que necesitará cuando los comunistas empiecen a combatirnos...

La Comendadora opinaba que mejor era tener a los enemigos a la vista que escondidos en la sombra. Y si Manuela era un pequeño obstáculo en sus planes, era mejor conocerla, tenerla cerca, y así sería más fácil neutralizarla. Se mostró, pues, de acuerdo con los planes de Shopel y se dispuso a patrocinar el estreno «en privado» de Manuela. Y llegó incluso a discutir con Marieta cuando ésta se puso furiosa con la noticia. Marieta se había entregado, en los últimos días, a los proyectos matrimoniales de la Comendadora. Paulo había cenado con su padre, bajo la insistencia de Marieta, en casa de la millonaria. Y no había escondido luego la triste impresión que le habían causado las sobrinas casaderas:

—La pequeña —explicó a Marieta— es físicamente monstruosa, con aquel ojo de cristal. Imposible. Completamente imposible...

—Nadie habla de la pequeña. La mayor... Rosinha...

—Una lombriz... Una mosquita muerta, de un rubio deslavado, no se sabe vestir, no sabe hablar, no sabe reír, un horror, Marieta, un horror...

—Exageras. Es guapita y, en cuanto a elegancia, eso depende de ti. Con tu buen gusto y con los millones que ella tiene, podrá ser la más elegante de las mujeres...

—¡Vaya, hombre! ¡A ver si voy a tener que convertirme en modista...!

—Paulo, estoy hablando en serio... La Comendadora quiere casar a la sobrina. Es el mejor partido de São Paulo. Podías darte por muy satisfecho de que se haya acordado de ti...

—Pero es muy duro soportar toda una vida ese horror...

—Eres injusto, Paulo. ¿Por qué crees que tengo yo tanto interés? ¿Qué saco yo en todo esto? Pienso en ti, en tu futuro. No eres rico, Paulo. Y Artur, tu padre, tampoco tiene gran cosa. Tal como eres, hasta puedes perder tu carrera el día menos pensado. Y aunque no la pierdas, ¿de qué vale un diplomático pobre? Tendrás que vegetar años y años como secretario de embajada. Pero, siendo yerno de la Comendadora —y no olvides que las sobrinas son para ella como hijas; son sus herederas— podrás hacer una carrera rapidísima y verte embajador en poco tiempo. Quedas libre de cualquier preocupación económica... Pero lo que te pasa es que andas enamorado de esa bailarina...

—Nada de eso, Marieta. Sé que realmente te interesas por mi futuro, y te lo agradezco. Sé que debo casarme, pero, por el amor de Dios, no me metáis prisa... No digo que no; estoy dispuesto y sé que es necesario para mí. Pero, no corramos. Déjame vivir libre de esa carga por un tiempo...

Paulo sentía que la resistencia de Manuela iba cediendo un poco cada día. En

aquellos momentos no podía pensar en serio en proyectos de boda, cuando todo su esfuerzo estaba concentrado en vencer la cada vez más leve resistencia de Manuela. El problema se había planteado una tarde en su casa, cuando quiso arrastrarla al dormitorio. Manuela se había negado, con una inesperada firmeza, y la conversación adquirió un tono serio. Si la amaba, le dijo, tenían que casarse. Para Paulo fue un golpe inesperado. Jamás había aparecido en sus conversaciones la palabra casamiento, y Paulo creía que Manuela sabía muy bien qué era lo que él realmente deseaba. Su primera reacción fue brutal. Respondió con voz sibilante y fría:

—¿Casarme? ¿Contigo? ¿Por qué? ¿Qué idiotez es ésta?

Vio en el bello rostro de la muchacha la sorpresa y el dolor. Vio que las lágrimas le llenaban los ojos y que los sollozos estaban a punto de saltar de su garganta. Oyó su voz entrecortada:

—Debería haberlo imaginado... Me voy.

No la dejó ir. Era cobarde. Tenía miedo incluso del sufrimiento de los otros. La envolvió en una oleada de caricias:

—No me has entendido. No quise decir que no vaya a casarme contigo. Desde luego que me casaré. Pero ahora no puedo hacerlo. Ni siquiera tengo medios para casarme. Más tarde, sin duda. Cuando me asciendan, y eso no va a tardar. Entonces nos casaremos y te llevaré a Europa...

Ella le oía con los últimos sollozos hirviéndole en el pecho. Sentía necesidad de creer en él. Sin eso no podría vivir.

—¿Por qué me respondiste entonces de ese modo?

—Porque me pone furioso que coloques nuestro amor en un plano tan mezquino. No te entregas porque aún no estamos casados... Como si fuera una compraventa...

—No, no. No es eso...

—¿Qué piensas de mí? ¿Que te voy a abandonar después? ¿Que no te amo?

—Tengo miedo, mi amor...

—Te amo, y quiero casarme contigo. Pero te voy a decir una cosa: no me casaré con una mujer sin antes haber dormido con ella. Para saber si nos entendemos completamente...

—¿Y si no nos entendemos?

—Te diré una cosa: juro que me casaré contigo cuando me asciendan... Palabra de honor. ¿O no crees en mí?

—Te creo...

—Pues, entonces...

—No. Hoy, no... Déjame pensar... Hoy estoy nerviosa y triste...

La dejó. Pero volvía al tema cada día (estaba pasando una semana en São Paulo. Había venido por las fiestas de la llegada de Getúlio) y notaba que ella iba cediendo, que empezaba a aceptar como justa la idea de ser su amante mientras esperaba el anunciado ascenso que posibilitara el matrimonio. El día que Paulo le comunicó la noticia del próximo estreno, en la recepción de la Comendadora, sintió en el beso

agradecido de la muchacha el fin de toda resistencia. Lamentó que estuvieran en un salón de té y que ella tuviera que ir a su clase de ballet. Pero ahora sabía que era presa segura, y una deliciosa sensación le invadía, hasta el punto de decirle a Shopel que aquélla era la más hermosa aventura de su vida de don Juan.

Manuela estaba nerviosa aquellos días. La proximidad del estreno le hacía temblar. El miedo al fracaso, a quedar en ridículo ante Paulo y Lucas, le oprimía el corazón. Al mismo tiempo, sabía de seguro que iba a entregarse a Paulo. No dudaba de sus promesas de matrimonio. No dudaba de su amor y no consideraba esa entrega como un sacrificio. Pero había sido educada en la idea de que el matrimonio debe preceder a la entrega, y le costaba trabajo aceptar aquella idea nueva, repetida por Paulo en todos los instantes. ¿Qué diría Lucas si se enterara? ¿Qué dirían tía Ernestina y los abuelos? Pero comprendía que era imposible resistir más, y ni siquiera encontraba en sí misma deseo de hacerlo. Amaba a Paulo con un amor sin límites, con un loco amor de muchacha pobre y modesta por un príncipe encantado. Si él la deseaba tanto, ¿por qué negarle lo que le pedía? Por otra parte, su ascenso no iba a tardar, y entonces se casarían, y ella no tendría ya motivos para sentirse avergonzada ante su hermano y su familia toda. Penetraría en aquel mundo en que Paulo habitaba, el mundo de los ricos y de los poderosos, de aquellas gentes distantes a las que vislumbraba en Shopel, en algunas compañeras de las clases de ballet. Cuando pensaba en eso, en que aquel mundo iba a ser el suyo tras el casamiento, no se sentía alegre. Preferiría con mucho que Paulo abandonara aquel mundo, su carrera, que fueran los dos a vivir en un lugar tranquilo, alimentados por la alegría de su amor. Aunque aquello le obligara a dejar la danza cortando su carrera aún no iniciada. Bailaría para él, y eso sería suficiente, eso le bastaría.

Sabe, sin embargo, que es un sueño imposible, que si se casa con Paulo tendrá que penetrar en ese mundo extraño, y sin duda enemigo, donde la mirarán como a una intrusa. Pero, apoyada en el brazo de Paulo, sintiendo en el dedo la alianza matrimonial de oro, sabrá imponerse. Y, además, tiene su arte. Cuando se case con Paulo ya será alguien en ese mundo también misterioso de los artistas y de los escritores, de la gente del cine y del teatro.

No hay por qué tener miedo, piensa. Y, sobre todo, no debe tener miedo a Paulo, no debe ser injusta con él, dudando de sus sentimientos, de su amor, de sus promesas de matrimonio. Le ha dado su palabra de honor de que se casará en cuanto lo asciendan, ¿qué más puede desear? Es hasta injusta negándole tanto, injusta con él y consigo misma pues Manuela siente hervir en su sangre el deseo de ser completamente suya, de sentirlo como una parte de sí misma. Después del estreno, ¿quién sabe? Sonríe confusa ante este pensamiento. ¡Qué complicada cosa es el amor...! Una mezcla de alegría y de temor, de felicidad y de sufrimiento...

También Marieta de Vale, la envidiada esposa del millonario, pensaba en sus horas solitarias, en medio del lujo, de las visitas de sus amigas, en las exposiciones, teatros y fiestas, que el amor es amargo como la hiel, agudo sufrimiento, ansia

desesperada. A ella no le importa el casamiento, los sentimientos delicados, las palabras románticas. El amor para ella no significa lo mismo que para Manuela. No posee la misma complejidad de pensamientos, nada le dice la vida matrimonial, ser la esposa abnegada entregada a su marido, nada significa la lucha para forjar el bienestar de los hijos. Ella no ha aprendido su definición de amor en el seno de una familia pequeño-burguesa, con religión y prejuicios. El amor para ella significa posesión en el lecho, la pasión de la carne delirante, los encuentros clandestinos en los hoteles y en los apartamentos, las fiestas con champaña. Es un amor limitado, pero, por eso mismo, de una violencia brutal. La palabra amor no le sugiere nada más que eso. Y lo que la martiriza y le hace sufrir es no poder siquiera manifestarle a Paulo su deseo. El miedo es el único sentimiento que se lo impide. El miedo a que él se niegue, a que la rechace, que la encuentre vieja gastada y maternal, que la aparte con horror. Para ella el amor no tiene ninguna alegría, no lleva a ninguna dulce sensación, a ninguna ternura confortante. Si tuviera deseos de definir el amor diría que primero es deseo violento y, luego, cansancio y hastío, que quema como el fuego y que después sólo deja cenizas que el viento con los días, se lleva consigo. Es ése el amor que ella ve a su alrededor, el amor de sus amigos y de sus amigas, el amor de Henriqueta Alves Neto, la de los innumerables amantes, el amor de Susana Vieira, la semivirgen de constantes aventuras, es el amor cantado en la poesía cristiana de Shopel, descrito en las novelas que ella lee, aprendido en la vida que ella vive, con las gentes que la rodean. Agudo sufrimiento, ansia desesperada, mortal hastío al día siguiente. El amor despojado de toda grandeza hasta de la mediocre grandeza hecha de pegajosa ternura, de devoción, del miedo y la esperanza que marcan el amor de Manuela por Paulo.

También otra mujer suspiraba de amor en aquellos días agitados de São Paulo a la espera de la visita del dictador. Era la obrerita Mariana. Y también para ella la palabra amor tiene un significado. Diverso del de Marieta, diverso del de Manuela. El amor para ella no quiere decir egoísmo ni ávido deseo imperativo. Su amor está hecho de admiración y de amistad. Piensa en João como esposo y como amante, pero, por encima de todo, como compañero, su compañero de cada día. Su amor es infinitamente más complejo que el de Manuela, infinitamente más profundo que el de Marieta. Su grandeza está mucho más allá de los límites del lecho soñado por Marieta, de la boda ansiada por Manuela. Su amor abarca las fronteras de todos los sentimientos, es la vida en toda su plenitud, y para ella significa ardiente alegría, segura confianza; su amor la ilumina y le da fuerzas. Ese amor no le trae, ni siquiera por un instante, sufrimiento ni dolor, ni le da miedo, ni la hace llorar ni desesperarse, no le hace daño como a Marieta, ni la avergüenza como a Manuela. Su amor le da nuevas fuerzas para arduas tareas, su amor la hace mejor cada mañana, puebla de hermosos sueños sus noches fatigadas, las pocas horas de descanso.

Los periódicos de la mañana publicaban, con unanimidad de elogios, la entrevista con el dictador, distribuida la víspera a todos los diarios por el Departamento de Prensa y Propaganda. El jefe del gobierno, cuyo rostro gordezuelo y risueño, fumando un puro enorme, abrazando a las autoridades de São Paulo o al lado del banquero Costa Vale ilustraba sus declaraciones en las columnas de los periódicos, afirmaba su intención de combatir sin tregua al comunismo «hasta librar al país de esa plaga extremista importada del extranjero». La lucha contra el comunismo era el centro de la política del Estado Novo implantado con el golpe de noviembre. Para esa lucha esperaba contar con la leal colaboración de todos, especialmente de los hombres de São Paulo, de sus industriales y sus labradores, tan directamente amenazados por el «credo de Moscú».

Anunciaba sus planes para la industrialización del país, la creación de una factoría metalúrgica, y citaba la concesión de tierras del Valle de Río Salgado a Costa Vale, como ejemplo de su política de incremento de las posibilidades nacionales. Era toda una región del país la que iba a ser ganada para la civilización. Pero, decía, era necesario al mismo tiempo proteger el trabajo de la tierra, sobre el que pesaban tantas dificultades. Por eso el gobierno había decidido adquirir los excedentes de café, manteniendo de esta forma los precios altos y, prosiguiendo en su política anticomunista en el plano internacional, había decidido enviar a España parte de ese café, a los ejércitos de Franco, en lucha contra los «rojos». El comunismo era el gran peligro que se cernía sobre Brasil y sobre el mundo. El Estado Novo había nacido como baluarte necesario en la lucha contra esa amenaza a la civilización, a las tradiciones brasileñas, a la estabilidad de la familia fundada sobre la moral cristiana. Los obreros tenían, según él, sus derechos suficientemente defendidos por la legislación laboralista, y con la nueva forma de gobierno se iniciaba una era de conciliación social, de entendimiento entre las clases. Nada decía sobre los braceros, los aparceros y los colonos, sobre los millones de campesinos sin tierra extendidos por toda la amplitud del país.

En una de las fotografías, publicada en primera página por el periódico de Alves Neto, se veía al dictador rodeado por las personalidades que le habían ido a recibir al aeropuerto: el interventor del Estado, el jefe de policía, el comandante de la región militar, la Comendadora da Torre, Costa Vale, el hacendado Florival, el poeta Shopel, el profesor Alcebíades de Morais. Un poco al lado, vigilante, un grupo de guardaespaldas bajo el mando de Eusebio Lima y Lucas Puccini. El joven exdependiente de comercio aparecía tras el jefe del gobierno, cubriéndole con su figura atlética, una sonrisa en su rostro bronceado. A pesar de que su nombre, aún desconocido, no figuraba al pie de la fotografía, Lucas Puccini adquirió cinco ejemplares del periódico y le envió uno al cuñado, en el interior del Estado.

Una lluvia fina había empezado a caer sobre la ciudad después del mediodía, haciendo desaparecer cierto aire de fiesta prestado a la mañana por los soldados formados para el desfile en la Avenida São João, por las banderas en los mástiles, por los curiosos que se habían desplazado para ver la ceremonia militar. La ciudad estaba tranquila a la hora de la siesta. Sólo algunos camiones transportaban a la gente al estadio donde, a las tres, iba a tener lugar el mitin anunciado y, tras él, un partido de fútbol. Como la entrada era gratis, y el encuentro se disputaba entre los campeones de Rio de Janeiro y de São Paulo, iba hacia el estadio bastante gente. Algunos pequeños grupos, no obstante, empezaban a separarse de los que iban hacia el campo de deportes, y emprendían camino hacia el palacio de los Campos Elíseos, donde se alojaba el dictador.

En el palacio había una gran animación. Salones y corredores estaban llenos. Acababa de finalizar el banquete ofrecido por el interventor del Estado, y el jefe del gobierno se retiraba para dormir la siesta. En los pasillos, se mezclaban funcionarios, políticos, policías y periodistas, saboreando los cigarros generosamente distribuidos. En una ventana Eusebio Lima y Lucas Puccini hablaban con el delegado de Orden Político y Social.

—La policía no ha actuado bien, ésa es la verdad, querido amigo —Eusebio Lima sacó del bolsillo una de las octavillas distribuidas por la calle durante la revista militar—. La ciudad está inundada de propaganda comunista. Esta mañana tiraron estas porquerías ante las narices de los guardias. ¿Dónde estaban sus hombres?

—Bueno... Detuvimos a dos...

—Dos... ¿Y los otros? ¿Por qué no los detuvieron a todos antes de la llegada del presidente? ¿No eran ésas las órdenes? ¿Y la imprenta? Era una orden directa del mayor Filinto Müller: encontrar la imprenta... Y ahí está el resultado: la ciudad llena de octavillas comunistas...

El delegado agitaba los brazos, impotente, buscando disculpas con voz medrosa:

—Esos comunistas son unos demonios. Es como si salieran de debajo de la tierra... Estuvimos revolviendo toda la ciudad en busca de la imprenta... Estoy seguro de que funciona aquí... Y la encontraremos, cueste lo que cueste. Ya di órdenes para la vigilancia en el estadio. Allí no podrán lanzar ni una hoja. Tengo hombres distribuidos por todas partes...

En aquel momento se oyeron los primeros gritos de la multitud. Eusebio Lima y el delegado miraron por la ventana al mismo tiempo y vieron aparecer la manifestación en uno de los extremos de la calle, precedida por una amplia pancarta.

—¿Qué es esto? —preguntó Eusebio.

El delegado se precipitó fuera:

—Voy a ver qué pasa... —y salió corriendo, arrastrando con él a cuanto policía encontraba a su paso.

Lucas Puccini ocupó el lugar vacío en la ventana, al lado de Eusebio Lima. Intentaban los dos descifrar las frases de la pancarta, aún lejana. Los gritos de la multitud llegaban cada vez más intensos. Entendían palabras sueltas, mientras empezaban a llenarse las ventanas del palacio. Aparecían cabezas con aire de interrogación.

—Puede ser una manifestación en favor del presidente... —dijo alguien al lado de Eusebio.

—Son los comunistas... ¿No oye los gritos? Libertad para los presos, eso es lo que van diciendo. Tienen narices, esos bandidos...

Los policías, bajo la dirección inmediata del jefe de Orden Político y Social, vigilaban las inmediaciones del palacio. La multitud, unos centenares de personas, hombres y mujeres mal vestidos, se aproximaba lentamente. La gran pancarta pedía libertad para los obreros detenidos en los días anteriores a la llegada de Vargas. Otras pancartas distribuidas entre los manifestantes, y llevadas generalmente por mujeres, insistían en esa reivindicación. Era la petición de libertad para los presos sin proceso, y eran las familias de los detenidos las que formaban en el desfile. En primera fila había mujeres y niños, esposas e hijos de los obreros detenidos aquellos días. Una mujer se destacó de la masa, sin duda iba a empezar su discurso, cuando Eusebio Lima hizo una señal al delegado. Éste levantó la cabeza sin entender, perplejo.

Entonces, Eusebio Lima se asomó a la ventana, y le gritó:

—¿Qué está esperando? ¿Que entren en el palacio?

El delegado sacó la pistola, gritó una orden a sus hombres. Empezaron las descargas. La mujer que se había adelantado, cayó herida. La gente corría por la calle buscando las esquinas. Uno de los manifestantes empezó a gritar:

—¡No disparen! ¡No disparen! Sólo queremos pedir...

Pero ya un policía le derribaba de un culatazo. La lucha se generalizó. La pequeña multitud utilizaba las pancartas como armas. Habían arrancado la tela y se defendían con los palos. Se oían órdenes, gritos, apareció la guardia del palacio y cargó sobre los manifestantes. Un grupo de soldados montó una ametralladora a la puerta del jardín.

La masa había retrocedido, pero volvió a juntarse e intentaba de nuevo acercarse al palacio. La ametralladora disparó entonces la primera ráfaga. Un hombre cayó de bruces, con el pecho rasgado por las balas.

Quedaron cinco heridos en las aceras, al lado del muerto, un obrero de Santo André. Algunas personas, incluso curiosos atraídos por el rumor de la lucha, habían sido detenidas. Al día siguiente, los periódicos, de manera unánime, reclamaban medidas drásticas contra los comunistas, y elogiaban la serena actuación de la policía...

Las noticias del asesinato en aquella marcha por la libertad de los presos se extendieron rápidamente por la ciudad. La lluvia arreciaba, y muchos de los que se dirigían al estadio tomaron otros rumbos ante el temor de nuevas alteraciones del orden durante el mitin. Poco después surgía un nuevo foco de agitación, en la plaza São Francisco, donde los estudiantes de Derecho intentaban avanzar en un entierro simbólico del dictador. Apareció la policía y se inició el combate entre guardias y estudiantes. Muchos de ellos fueron detenidos. Los coches de la policía, las sirenas de alarma, cruzaban ahora la ciudad antes tranquila. De vez en cuando, desde lo alto de los edificios, caía una nube de octavillas con consignas contra el Estado Novo y contra Vargas. Los papeles volaban sobre los transeúntes, alfombraban las aceras. Un clima de inquietud, de rumores, a la espera de mayores conflictos, se apoderó de la ciudad con increíble rapidez. De los camiones que llevaban a la gente al estadio, saltaban hombres asustados, e incluso los fanáticos del fútbol pensaron que era mejor irse a casa. El éxito del partido estaba definitivamente comprometido por la lluvia. Sólo aquellos que tenían que ir por obligación, o por intereses concretos, continuaron dispuestos a asistir a lo que tendría que haber sido «la gran manifestación de solidaridad de los paulistas a Vargas».

Sólo las tribunas cubiertas, reservadas a las personalidades de la ciudad, estaban ocupadas. El resto del gran estadio estaba vacío, y Eusebio Lima echaba pestes culpando del fracaso al delegado de Orden Político y Social. Y cuando, por la noche, poco antes de dirigirse a la recepción de la Comendadora da Torre, encontró en las aceras más octavillas, hablando ya de los acontecimientos de la tarde y tratando a Vargas de «asesino de obreros», le dijo a Lucas Puccini:

—Hay que pedirle la dimisión al delegado. Es un tipo ligado a los de Armando Sales, y no ha hecho nada para impedir la acción de los comunistas... Dije que la imprenta estaba aquí en el interior del Estado, y ya lo ves, ya han tenido tiempo de imprimir nuevos insultos... Ese sinvergüenza es un enemigo nuestro. Hoy mismo hablaré de eso, y mañana estará en la calle. Tenemos que poner en su lugar a un hombre de verdad, capaz de acabar con los comunistas.

En su despacho, el delegado se tiraba de los pelos: entre los estudiantes detenidos habían hijos de familias importantes, y empezaban a acumularse las protestas y las peticiones. No podía mantenerlos presos por mucho tiempo más, sus padres y sus familiares eran gente ligada de una forma u otra al gobierno, a los bancos, a las grandes haciendas. Aparte quedaba la cuestión de los obreros detenidos; muy poco que ofrecer, como prueba de lealtad, tras los tumultos del día. Y, más que todo, acababan con sus nervios las nuevas octavillas lanzadas al caer la tarde, tiradas aquel mismo día, después de la manifestación ante el palacio. ¿En dónde diablos estaría metida aquella imprenta? Si la lograra descubrir ¡iban a ver los que la manejaban!

Dejó su despacho para ir a interrogar personalmente, en una sala interior, a los

detenidos por la tarde. Tal vez pudiera arrancar a uno de ellos algún detalle revelador. «Aunque tenga que matarlo a patadas», pensaba, mientras seguía por el lúgubre corredor acompañado de los comisarios.

Cuando inició los primeros pasos de danza, vestida de plumas de pájaros de la selva, aún tenía miedo y veía a todos ante ella, incluso a Lucas, casi escondido en el fondo del inmenso salón. Veía al jefe del gobierno, a las mujeres ricas y elegantes, sentía la mirada cargada de desprecio de la esposa de Costa Vale, a quien Paulo la había presentado, la maliciosa curiosidad de los ojitos vivaces de la Comendadora da Torre, la sonrisa vanidosa de Paulo, hacia quien se volvían todas las atenciones. César Guilherme Shopel había pronunciado unas palabras de presentación antes de que Manuela empezara a bailar. Dijo que era el primer descubrimiento hecho en aquellas tierras de Río Salgado por los «modernos exploradores de la selva ignota, los descendientes de los antiguos bandeirantes paulistas, los Costa Vale impulsores del progreso del país; y aquel descubrimiento de poesía, de folklore y de belleza era sólo el preludio de las magníficas riquezas que el valle, ahora en manos de la fuerza creadora del hombre civilizado, iba a dar a Brasil. Jandira, la diosa maravillosa de las selvas vírgenes, era el símbolo del Brasil inocente y puro que ella reflejaba en sus danzas, de este Brasil feliz, sin problemas, del Brasil de Getúlio Vargas, para quien Jandira iba a bailar por primera vez fuera de la selva impenetrable». Manuela ni siquiera entendió las palabras, tenía que huir, esconderse en cualquier lugar distante. Le parecía estar desnuda ante toda aquella gente; las miradas fijas en ella le daban una sensación de vergüenza y de miedo casi incontrolable. Paulo sonreía de lejos, sentado al lado de la sobrina de la Comendadora da Torre.

Pero todo desapareció cuando empezó a bailar. Los primeros pasos fueron aún tímidos e inseguros. Pero un minuto después, ya no veía nada, había olvidado dónde estaba, la gente que la rodeaba, sólo sabía que Paulo y Lucas la estaban viendo bailar y para ellos bailaba. Leve, como una de aquellas plumas que la vestían, se elevaba en la sala, al son melodioso de la música, y era como si estuviese otra vez en aquel carrusel alucinado, en la noche del parque de atracciones, cuando había conocido a Paulo, el día en que realmente empezó su vida. Se deja llevar por la danza, inventa pasos jamás aprendidos en las lecciones, pero que ella dirige con sus pies nacidos para bailar, y un silencio de admiración la va rodeando, un silencio poblado por ella de un sueño de amor transformado en ballet, un ballet diferente de todos, creado allí, casi en aquel mismo momento, nacido de su corazón, cuyos únicos sentimientos profundos son la soledad y el amor.

Los aplausos calurosos, un mar de aplausos, la devuelven al mundo de aquel salón lujoso de mil luces, a las miradas ávidas de los hombres que muerden su expuesta belleza, a la envidia de las mujeres. Ve al jefe del gobierno avanzando hacia ella, con la mano tendida; siente a Lucas a su lado, empujándola hacia el dictador. Oye unas frases de enhorabuena, casi sin entenderlas:

—¡Es una revelación! ¡Una auténtica revelación! ¡Ha estado usted extraordinaria...!

Eusebio Lima aprovecha la ocasión para presentar a Lucas al presidente. Y ella se siente otra vez abandonada entre aquellos hombres y mujeres que le dan la enhorabuena, la saludan, la felicitan, que luchan por darle la mano, por decirle palabras amables. Pero aparece Paulo, ella sonrío, se apoya en su brazo. Él la ayuda a atravesar la sala, a dirigirse a la habitación donde debe cambiarse de ropa. Manuela tiene ganas de besarle allí mismo, de entregarse a él allí mismo. Él le besa la mano:

—Has estado maravillosa. Te espero...

El sobre con dinero que le entrega una camarera de parte de la Comendadora da Torre, le parece una ofensa. ¿Por qué pagarle? Ella no ha bailado por dinero, bailó para Paulo y Lucas porque le gusta la danza, porque ésa es su razón de ser. Cuando acabó de bailar, cuando los aplausos la envolvieron, las palabras gentiles, los elogios, ella pensó sólo que aquella distancia que siempre había sentido entre ella y Paulo, aquella barrera entre dos mundos diferentes, había caído para siempre. Y ahora, ese sobre con dinero, pago de su número, la da de nuevo esa sensación de miedo, ese presentimiento de desgracia; la coloca lejos de Paulo, como si él estuviera muy distante de ella, pudiéndola tomar pero sin jamás entregarse, sin ser jamás enteramente suyo. Se sienta con el sobre en las manos, y así la encuentra Lucas, cuando se le acerca radiante.

El hermano la besa en la mejilla:

—Has sido la gran sensación de esta noche... El presidente me ha dicho que patrocinará tu estreno en Rio. Fue muy amable conmigo, no puedes imaginarte...

Pero nota la tristeza en el rostro de Manuela:

—¿Estás triste? ¿Por qué? ¿Te has peleado con Paulo?

Dice que no con la cabeza. Le muestra el sobre con dinero, esa paga que la humilla.

—Pero ¿por qué? Tú has bailado, y te pagan... —explica Lucas—. ¿No vas a ser una artista profesional?

—Hoy no quería cobrar nada. Si bailé aquí fue por Paulo. No es un teatro, es una casa particular, una fiesta de esa gente suya, y yo entonces quedo como una criada, sólo como una criada...

Lucas le pasó la mano por el pelo:

—Quítate eso de la cabeza, tontita. Es así, y no hay nada que hacer. Nadie ha tenido intención de humillarte. Y no te preocupes porque nunca voy a dejar que seas criada de nadie. Ahora, Manuela, empiezo a subir, y no tardaré en ser más rico que todos ellos, y entonces seremos nosotros los que les pasemos sobres con dinero...

Se rió moviendo todo el rostro, aquel rostro fuerte, pleno de ambición, desprovisto de cualquier escrúpulo. Manuela lo encontró hermoso; más hermoso que él, sólo Paulo. Y ella no tenía derecho a estar triste cuando poseía un hermano y un novio así. ¿Novio...? Un día lo sería, y esposo, cuando le llegara el ascenso. Pero esta noche, en su primera noche de bailarina y de mujer, iba a ser sólo su amante... Pero ¿por qué dejarse invadir por los tristes pensamientos? ¿Por qué amargarse, cuando

todo había ido bien, cuando todo era tan alegre a su alrededor, e incluso sus más antiguos e imposibles sueños se realizaban? Oye la voz de Lucas:

—Tengo que irme. Eusebio Lima me espera. No tardes tú tampoco, Paulo está comiéndose las uñas de impaciencia...

Paulo la esperaba a la puerta del cuarto.

—¿Nos escapamos de aquí? —pregunta.

Inclinó la cabeza, aceptando. Aquella vez se dejó llevar sin hacer preguntas. Sabía, de antemano, a dónde la llevaba. Pero sin saber por qué, no podía impedir que una lágrima huyera de sus ojos mientras el coche cruzaba velozmente las calles camino de la casa de Paulo. ¿Por qué llorar si lo hacía conscientemente, si estaba segura de que se casaría con ella en cuanto le ascendieran? ¿Por qué llorar si era tan feliz?

A *Noticia* se agotó al día siguiente de la llegada del dictador. Una sola y enorme fotografía, cubriendo casi toda la primera plana, ilustraba las informaciones de la rápida estancia de Getúlio Vargas en São Paulo, informaciones tan calurosas como las de los demás periódicos, controlados todos por el Departamento de Prensa y Propaganda. Era una fotografía del estadio, mientras hablaba Getúlio, tomada desde arriba. Se veía el estadio terriblemente vacío. El imaginativo pie alcanzaba un tono de virulenta ironía ante la claridad de la ilustración: «A pesar de la lluvia, una incalculable multitud abarrotó el estadio para aclamar al Jefe del Gobierno...». Saquila había dejado de lado todas las fotografías enviadas por el Departamento de Prensa (instantáneas del desfile militar, el dictador en compañía del interventor del Estado, el dictador besando a un niño, dando la mano a un funcionario del Ministerio de Trabajo —presentado como líder sindical—, una vista de la tribuna de honor, repleta de políticos), y eligió aquélla, tomada por uno de los fotógrafos del periódico.

La orden de la censura para secuestrar el diario llegó tarde, cuando casi todos los ejemplares habían desaparecido de los quioscos y pasaban de mano en mano. Los policías encargados del secuestro lograron sólo llevarse unos cientos de ejemplares y Eusebio Lima, con los ojos aún enrojecidos por la borrachera de la víspera, en la recepción de la Comendadora da Torre, indicó con desprecio aquel pequeño montón de diarios, con la voz indignada, dirigiéndose al director de la Delegación local de Prensa:

—Esto va mal... muy mal... Un delegado de Orden Político que deja que los comunistas hagan lo que les dé la gana. Un director de Delegación del Departamento de Prensa que permite que salga y se distribuya un diario como éste... Me gustaría ver lo que le va a explicar usted a Lourival Fontes... En cuanto al delegado, tan pronto llegue a Rio voy a hablar con Filinto Müller... No es posible que siga al frente de la delegación un haragán así, y en un estado como São Paulo, el corazón de Brasil. Como siga en el cargo, un día nos vamos a encontrar con la revolución comunista en las calles, y ni se entera, y nosotros tampoco vamos a tener tiempo porque estaremos ya colgados de los faroles... Increíble...

El delegado del Departamento de Prensa en São Paulo, ante la amenaza de Eusebio Lima, intentaba dar explicaciones:

—¿Cómo iba a adivinarlo? El periódico recibió el mismo material informativo y fotográfico que los demás periódicos. El censor no dudó de que iban a publicar una de las fotos que le habíamos pasado... Se confió, no pidió que le enseñaran la foto. Fue eso, sólo eso. Pero ya he puesto en la calle al censor... Y he citado al director del periódico para que hable conmigo. Le haré una seria advertencia. Si el hecho se repite, cerraremos el periódico...

Más tarde, comiendo con Lucas y con el senador Venancio Florival, Eusebio Lima se quejaba:

—Fíjese, Florival. El doctor Getúlio viene a São Paulo para anunciar la compra de los excedentes de café, para salvar a los hacendados en ruina, y ¿qué es lo que recibe en pago? Un periódico, que se presenta como defensor de su labor, le hace una jugarreta así...

—Eso debe de ser cosa de algún comunista de allá dentro... Están por todas partes, uno ya no puede confiar ni en los amigos más íntimos... Mientras no se acabe con esa gente, Eusebio, no se va a poder vivir en paz...

—Pero existen también esos armandistas conspirando... Gente como Alves Neto, por ejemplo, muy ligados a Armando Sales, a los ingleses, y que sueñan con la vuelta al gobierno, como antes de 1930. Es posible que estén conchabados con los comunistas. Pero, como lo estén... ¡Ay de ellos! El doctor Getúlio quiere vivir en paz con todo el mundo, pero también sabe responder cuando le provocan. Si quieren palos, van a tenerlos. Y de los de verdad, de los que dejan señal por mucho tiempo... Le aseguro, senador, que vamos a hacerles andar derecho...

—Ya no soy senador, señor Lima. Y me alegro. Si puedo vender mi café a buen precio, me doy por satisfecho. Es lo que le digo siempre a esa gente: nadie mejor que Getúlio Vargas para gobernar este país... Y, hablando de café, no olvide que estamos aquí para entregarle su comisión bien merecida por cierto, sin la menor duda. Ha hecho una buena labor. Bien, aquí va, es dinero gordo... —abrió la cartera y sacó un cheque. Depositamos el dinero en el banco de Costa Vale. Basta con que vaya allá y presente el cheque...

Eusebio Lima estudió el cheque, lo hizo desaparecer rápidamente en el bolsillo de la chaqueta:

—Dinero que tendré que compartir con muchos, señor Florival. No puede imaginar los que hay metidos en esto, medio mundo... Empezando por el gabinete del doctor Getúlio Vargas y terminando por el Departamento de Prensa y la policía. Cuando acabe el reparto, no sé si aún va a quedar algo para mí...

—Pero usted, amigo mío, no es tonto. Y sabe defenderse... ¿Quién fue el que compró el café para revenderlo al gobierno? ¿O cree que no estoy enterado? —se echó a reír, con su risa estrepitosa, le dio un codazo a Lima en las costillas. Buen negocio, ¿eh? Tiene razón usted en ser tan fanático de Vargas...

Eusebio Lima, recibido el cheque, se encontraba en plan de confidencias:

—Fue una idea del amigo Puccini, que tiene cabeza e irá lejos. Muy lejos, señor Florival... Incluso lo he presentado ya al presidente, y ahora tenemos unos cuantos planes... Si Vargas aguanta en el gobierno, vamos a ir sacando tajada... La verdad, señor Florival, es que no entiendo a esa gente metida en conspiraciones, como los «armandistas». Brasil es grande y rico, hay negocios por ahí a puntapiés, hay tajada para todo el mundo, es decir: para toda la gente que es como debe ser...

Hizo una pausa para beber un sorbo de vino. Se perdió en consideraciones:

—Claro, admito que los comunistas griten. Desde luego, la vida no es una maravilla celestial para mucha gente, para esos... en fin, los precios suben, está

prohibida la huelga, la Magistratura del Trabajo, en fin... ya sabe. Está bien, que griten, uno les echa a la policía encima, como ayer, ante el palacio. Eso hasta ayuda a esconder los buenos negocios. Pero que gente de bien, como nosotros, gente de arriba, que tiene de todo, a quienes el doctor Vargas ha dado esta bendita constitución, libre de Parlamento, de los gritos de los periódicos, de huelgas, de manifestaciones, de mítines, gente como nosotros, que podemos comer descansados, que alguien como nosotros ande conspirando porque quiere todo el pastel para él, eso es lo que no admito... Ni lo entiendo...

El exsenador se mostraba por completo de acuerdo:

—Es lo que digo siempre: tenemos que juntarnos todos contra los comunistas, que nos amenazan a todos. ¿Qué es lo que querían los integralistas? Un régimen fuerte, autoritario. Pues ahí lo tienen. ¿Qué querían los armandistas? Una política de protección al café. Pues ahí la tienen. ¿Y qué pedían los industriales? Un freno en la boca a los obreros, cada vez más voraces. Pues ahí está la constitución. Eso de que unos estén ligados a los ingleses, otros a los alemanes y otros a los norteamericanos, no tiene nada que ver. Hay lugar para todo el mundo, como dice usted muy bien. A veces pienso que lo mejor sería dividir el país para contentar a todo el mundo: São Paulo para los ingleses, con un pedazo del Paraná; y el otro pedazo y Santa Caterina, para los alemanes. El resto, para los norteamericanos, que deben de tener más, pues para algo son vecinos, amigos y protectores... Así, todo el mundo satisfecho... Pero yo no soy un hombre de letras, no he estudiado mucho, y una vez que hablé de eso allá con un grupito, en el Senado, me hicieron callar de repente, que si eso no puede decirse, que si tal y que si cual... Como si fuera un crimen decir lo que todos piensan... Lo peor es que, como usted dice muy bien, todos quieren comer solos, y eso es lo que lo lía... ¿Y quién sale ganando? Pues los comunistas, sólo ellos...

Casi las mismas palabras decía Costa Vale a Alves Neto, ya que también comían juntos, en su residencia. Marieta había servido el café y les dejó solos; estaba aún cansada de la fiesta y deseaba ver si podía hablar con Paulo por teléfono. Desde que el joven diplomático había desaparecido de la recepción en compañía de Manuela, Marieta se encontraba triste e irritable. Adivinaba lo que sin duda había ocurrido y, más que nunca, consideraba hundidas sus esperanzas. Cuando Marieta salió, Costa Vale abordó el asunto:

—Una quijetada, eso de la foto... Resulta que dices que eres tan realista, y actúas como Don Quijote... Y eso en tiempos del general Franco... Con eso sólo los comunistas ganan...

—La verdad es que yo no tenía ni idea de nada. Me enteré de eso de la foto cuando la vi hoy, en el periódico —dijo Alves Neto—. Fue cosa del secretario de redacción, un muchacho inteligente. La cosa tuvo su gracia, y la prueba es el éxito... Lo peor es que el Departamento de Prensa nos ha amenazado con cerrar el periódico...

—¿Lo ves? Pero ¿qué es lo que estás buscando, Tónico? ¿Por qué en vez de andar

conspirando no te pasas unos meses retirado, como Arturzinho, sin meterte en política? Después, te vas acercando a Getúlio...

—No, amigo mío, no Nada de eso. Sé lo que quiero, y sé cómo alcanzarlo. Getúlio no puede hacer política con nosotros. Nosotros somos «ingleses», y él es «norteamericano»... Pero tú ahora, con el Valle de Río Salgado por digerir, no eres ni inglés ni norteamericano... Y también tengo que darte un consejo: quédate al menos en una actitud neutral... Así mañana nadie vendrá a molestarte... Valle de Río Salgado es un bocado grande, y hay mucha gente descontenta. Hasta tus amigos de Wall Street.

Costa Vale se echó a reír:

—Los ingleses no cuentan, Tónico. Estoy cansado de repetir esto. Vosotros vais derechos a la sepultura... En cuanto a mis amigos de Wall Street, ya tengo su propuesta. Vamos a hacer el negocio juntos... ¿Quieres asociarte? Podríamos examinar el asunto teniendo en cuenta tu periódico. Una empresa como la nuestra tiene que disponer de un periódico...

—Por ahora, yo sólo quiero otra cosa...

—¿Qué?

—No te pido que nos apoyes, por lo menos de manera descarada. Pero necesitamos dinero. Tenemos un contrato de publicidad contigo para la Empresa del Valle. Por ese camino, podrías proporcionarnos una ayudita sin que nadie se entere...

—No creo en vuestra victoria, estoy seguro de que el hombre va a morir de viejo. Pero acepto, con una condición: si ganáis, Florival será interventor en Mato Grosso... Necesito un hombre como él en la región...

—Pero él anda liado con Getúlio.

—¿Y quién no anda?

—¿Con cuánto podemos contar?

—Estudiaré el asunto... Por otra parte, te hago también una propuesta: si perdéis, te cerrarán el periódico, habrás perdido todo. Pásame una parte de las acciones; yo garantizaré la existencia del periódico mientras estés en la cárcel... Te enviaré algún puro...

—Es cosa que habrá que estudiar... En resumen: si gano, tú no vas a tener problemas con el Valle. Si pierdo, tú me garantizas la supervivencia del diario...

Levantó la copa de cristal:

—A nuestra salud...

En medio de la agitación de los días que siguieron a la visita del dictador, Mariana y João se casaron. Los papeles habían sido preparados en Jundiaí, adonde ella, acompañada de Orestes fue la mañana de la ceremonia. El italiano llevaba, como único equipaje, un garrafón de licor de abacaxí, fabricado por él en la casita donde estaba oculta la imprenta. Su presencia representaba para Mariana a la familia ausente. El viejo Orestes era como un pariente próximo, alguien que le recordaba a su padre y todo lo que él le había enseñado. Su madre no fue. Se había quedado en la casita alquilada, en un suburbio distante, donde vivía con la hermana y el yerno. Tampoco fue la hermana. Mariana, realmente, prefirió que no estuviera presente en aquella boda, tan distinta de la suya, sin velos ni vestido blanco, sin ceremonia religiosa. Su hermana le había dado un vestido azul casi nuevo, y un par de zapatos. Con ello se casaba Mariana. Los compañeros habían hecho una colecta, encabezada por el Rubio y reunieron dinero para comprarle un reloj barato, de pulsera, cosa que realmente le hacía mucha falta.

Desde la estación, en Jundiaí, la llevaron a casa de unos compañeros, donde la esperaba João. También él llevaba vestidos nuevos: pantalones de lana gruesa, comprados en la mercería de un sirio, que contrastaban con la chaqueta un poco gastada ya, pero de buena calidad, que le había dado Cícero de Almeida. Aquel día parecía más serio que nunca, y si no fuera que se liaron en una larga discusión sobre política internacional, Mariana no sabe cómo hubieran pasado aquellas largas horas que precedieron a la comida. Se encontraban todos un poco desambientados. Los dueños de la casa eran un matrimonio de obreros ya de cierta edad, padres de cuatro traviesos chiquillos. Se habían esmerado en el almuerzo. Ante el garrafón de licor de abacaxí, abierto por Orestes, se volvieron todos más comunicativos, y las risas no tardaron en llenar la sala. Se cruzaron algunos brindis. Orestes bebió en honor de aquella nueva familia comunista que se iba a constituir, habló de la moral de los obreros, de su amor a los hijos y al país, a la lucha que los unía a todos, al futuro por el que trabajaban. Los dueños de la casa tenían lágrimas en los ojos al oírle y, cuando acabó, también el obrero quiso decir unas palabras. João se había alojado siempre en su casa cuando pasaba por Jundiaí llevado por las tareas del partido. Brindó por aquel compañero para quien no contaba el tiempo, ni las condiciones materiales, a quien jamás había oído una queja y con quien él había aprendido todo lo que sabía. Pero, dijo, quería alzar su vaso también por todos los camaradas dispersos por el mundo, en las trincheras, en las cárceles, en la ilegalidad; quería beber por el camarada Prestes prisionero, quería beber por el camarada Stalin, que dirigía la lucha de todos desde su lejano despacho del Kremlin... Esta vez fue Mariana quien sintió sus ojos húmedos. Y aún los tenía mojados cuando el viejo Orestes le pidió que hablara. Levantó el vaso por los camaradas españoles que estaban cerrando el camino al fascismo con sangre y fuego, por los que desde todos los rincones del mundo habían acudido a ayudarle,

especialmente por los brasileños, a quienes simbolizaba en el camarada Apolinario, capitán en las brigadas internacionales, y cuya fama de heroísmo empezaba a traspasar las fronteras.

Por último, habló João. Dijo sólo unas pocas palabras, pero dijo las palabras que Mariana esperaba escuchar, el brindis al que deseaba corresponder. Saludó la memoria inmortal de todos aquellos que habían caído en defensa de la causa de los trabajadores, por la victoria del proletariado, por el triunfo del socialismo en el mundo, por aquéllos como Azevedo, el padre de Mariana, mártires sagrados de la revolución.

Salieron después de la comida hacia el Juzgado, donde ya estaban otras personas esperando. La ceremonia fue rápida y sirvió para que, al fin, Mariana supiera el nombre completo de João:

—Aguinaldo Penha, ¿acepta a Mariana de Azevedo por esposa? —preguntó el juez.

Aquella misma tarde volvieron a São Paulo. En la estación el viejo Orestes los dejó. Se había decidido que no se realizaría ninguna celebración en la pequeña casa del suburbio. Sólo la madre los esperaba, y había puesto un gran ramo de flores en el recibidor. Llegó la noche, una noche de luna clara multiplicada de estrellas, un cielo profundo y distante. En alguna parte gemía una guitarra. João la cogió de la cintura, la llevó hasta la ventana, contemplaron la noche, silenciosos, Mariana apoyó la cabeza en el hombro de su compañero. Él le dijo:

—Siempre soñé con esto: una casa, un hogar, una familia. No sé cómo va a ser, Mariana. Tal vez, en algún momento, será muy duro, pero sé que, de ahora en adelante, todo me va a ser también más fácil: pensaré en ti...

Ella alzó los labios y lo besó:

—Nada puede ser definitivamente malo cuando es justa la causa por la que se lucha. Todo lo que deseo es poder luchar a tu lado. Jamás me sentiré triste, ni cuando no sepa dónde estás, con qué peligros te estarás enfrentado... Nada ni nadie podrá separarnos nunca, porque vivimos para la misma causa... Quiero que sepas esto: no tienes por qué preocuparte por mí cuando estés lejos... Sólo te pido que guardes mi recuerdo en tu corazón...

Miraron otra vez el cielo profundo, y Mariana descubrió aquella misma estrella que había vislumbrado la noche del inicio de su noviazgo, desde el jardín de la casa del arquitecto. La señaló con el dedo.

—Mira: aquélla es nuestra estrella, pero no sé su nombre, sé el de casi todas las otras... Pero ésta es la más brillante de todas. Un día inventaré un nombre para ella...

Las notas de la guitarra llegaban desde la penumbra de la calle con una melodía popular. Se miraron, sonrieron el uno para el otro, y así se quedaron en silencio oyendo la música, la de la guitarra nocturna y la de sus propios corazones, llenos de amor.

Tres o cuatro días después de su boda, Mariana tuvo que recurrir una vez más al arquitecto: había que realizar con urgencia una reunión ampliada del secretariado. Entonces le comunicó que se había casado con João, y Marcos de Sousa rió satisfecho, diciendo que ya se había dado cuenta de que había algo entre los dos. Quiso hacerle un regalo, algo útil para la casa, y prometió entregárselo cuando se celebrara la reunión.

Aparte de João, el Rubio, Zé Pedro y Carlos, estuvieron presentes otros compañeros. Cuadros responsables de las células fundamentales, algunos miembros de la regional llegados de Santos, de Sorocaba, de Campiñas, y con ellos, Saquila y Cícero de Almeida. La reunión comenzó con un balance de lo realizado durante la visita de Getúlio, y se concluyó que había sido positivo. No sólo se había logrado el fracaso de la gran manifestación del estadio, sino que también se había afirmado la existencia del proletariado paulista como una fuerza política dispuesta a dificultar la fascistización del país. Los propios políticos burgueses de la oposición se mostraban ahora más dispuestos a cooperar con el partido en un amplio frente democrático. Y la masa pequeño-burguesa de las ciudades se había dado cuenta de que el partido comunista era la única fuerza organizada capaz de luchar contra el Estado Novo. Era preciso, no obstante, recoger los frutos de aquella acción. Fue lo que el Rubio demostró en su informe: la reacción brutal de la policía ante la manifestación pacífica de los familiares de los obreros detenidos había repercutido favorablemente entre los trabajadores. Muchos de los que aún se habían hecho ilusiones sobre Getúlio Vargas, mostrándose refractarios a la idea de los movimientos huelguistas, comenzaban ahora a abrir los ojos. Por un lado, la impasibilidad con que el dictador había asistido a la acción de la policía disparando contra los obreros; por otro lado la falta de cualquier medida concreta de defensa de los intereses del proletariado (medida prometida para su discurso en el estadio por los agentes del Ministerio de Trabajo), hasta el punto de que su discurso se había limitado a unas frases sobre la era de paz social y de entendimiento entre trabajadores y patronos, todo aquello había forjado un ambiente favorable al trabajo político. Y ese ambiente encontraba ahora su mejor momento, cuando el gobierno para mantener los altos precios del café, ofrecía a Franco el café comprado a los hacendados, mientras el pueblo no podía ni comprar su bebida nacional por lo elevado de los precios. Había llegado el momento de preparar acciones más decisivas: todo indicaba la posibilidad de un amplio movimiento de huelgas en el Estado, que se iniciaría entre los estibadores de Santos, cuyas tradiciones de lucha revolucionaria eran reconocidas, y que sin duda iban a intentar impedir el embarque del café destinado a Franco. El Rubio proponía el envío a Santos del camarada João, encargado de preparar las condiciones para la huelga. Proponía también que el secretariado y los demás miembros de la regional se pusieran en contacto con la base del partido para discutir la situación y empezar el trabajo a fin de

establecer posibilidades de un amplio movimiento de solidaridad con los trabajadores de Santos cuando las huelgas comenzasen. Llamaba también la atención sobre la necesidad de incrementar el trabajo en el campo. Sin antes conquistar la alianza de los campesinos, el proletariado no podría avanzar en su lucha para una definitiva acción revolucionaria en el país. El trabajo en el campo no había adquirido aún, ni de lejos, la profundidad necesaria, y era preciso estudiar seriamente este problema. La dirección nacional del partido estaba profundamente preocupada con la Empresa del Valle de Río Salgado, donde se vislumbraba una nueva arremetida del imperialismo yanqui contra las riquezas nacionales, y se preparaba para desenmascararla y luchar contra ella. Y, como los primeros perjudicados por la nueva empresa serían los campesinos establecidos en la región, era urgente empezar a trabajar allá. Habría que designar a un compañero de la regional de São Paulo para ir a Mato Grosso.

Tras la discusión del informe del Rubio, Carlos planteó el problema de las divergencias existentes en el seno de la dirección del Estado. Expuso los acontecimientos desde la campaña electoral. Hizo una crítica severa a la actuación de Saquila y de su grupo. Se detuvo en el caso de la imprenta y explicó la reacción de Camaleón. Había actuado —dijo— como enemigo del partido al negarse a entregar la imprenta y a componer el material de propaganda, desapareciendo luego sin dejar rastro, hasta el punto de que ahora nadie sabía de él y parecía que había abandonado el partido. Responsabilizaba al periodista por la manera de obrar del tipógrafo, al tiempo que le responsabilizaba también por intentar introducir ideologías extrañas en el seno del partido. ¿No era el camarada Saquila quien deseaba hacer prevalecer el problema de la industrialización sobre el de la reforma agraria, dentro del programa de la revolución democrática-burguesa? ¿No era él quien, en la práctica, quería dejar la dirección de esa revolución democrático-burguesa en manos de la burguesía y de la pequeña burguesía, de los políticos y de los partidos burgueses, al negar las posibilidades de un amplio movimiento de masas, al combatir la línea del frente democrático contra la fascistización del país, al intentar arrastrar al partido hacia las aventuras golpistas de los partidos de Armando Sales, que eran, además, aliados de los integralistas? ¿No era él también quien abogaba ahora por una política de conciliación con el capital inglés y norteamericano, para hacer frente así a la amenaza del capital alemán? ¿Y, todo eso, no era acaso hacer el juego al imperialismo, a la burguesía y a los latifundistas? Un programa de revolución democrático-burguesa sin reforma agraria y sin lucha contra el capital norteamericano era una traición a los intereses del pueblo, y el camarada Saquila había cometido en su actuación errores sumamente graves, había actuado como un elemento trotskista...

Saquila había anunciado a sus amigos, a aquellos que aún le acompañaban dentro del partido, que esperaba esta reunión para acabar con la dirección actual, para mostrar que era incapaz y que estaba equivocada. Pero no esperaba, ni de lejos, la detallada violencia del informe de Carlos. Vio que, a medida que Carlos iba hablando, le rodeaba una atmósfera opresiva. Podía notarla en los ojos de Cícero de

Almeida, su amigo. Cícero, cuya sinceridad nadie ponía en duda, parecía al fin descubrir la verdadera faz de Saquila, y fue esto lo que hizo que el periodista se llevara la mano al pecho e iniciara la autocrítica. Parecía un monje antiguo flagelándose: realmente, se había gravemente equivocado, ahora lo veía, y se había apoyado en cada error para cometer otro más grande. Se humillaba, aludía a su origen pequeño-burgués, se decía enemigo y miserable. Pero no asumió responsabilidad alguna por las acciones del Camaleón. No sólo no le defendió, sino que le atacó violentamente y fue el primero en solicitar su expulsión. Después, pidió perdón por sus errores, dijo que había actuado siempre de buena fe, y prometió enmendarse. Se puso teatral al hablar del partido, de lo que en su lucha representaba para él y pidió que le renovaran su confianza, que le dieran otra oportunidad, y él sabría enmendarse y hacerse digno de su condición de miembro del partido comunista de Brasil.

En la reunión se tomaron varias decisiones. Se resolvió iniciar el trabajo cara al movimiento huelguístico que estallaría en un breve plazo de tiempo, se decidió enviar a João a Santos y a Carlos a Mato Grosso para estudiar sobre el terreno, durante algunos días, la situación de Río Salgado. Camaleón fue expulsado del partido y Saquila separado de la dirección y obligado, durante un tiempo, a volver a la base, hasta que probara su disciplina y su lealtad a las decisiones del partido. Se decidió también que la expulsión de Camaleón se comunicaría a través de *A Classe Operaria*.

Cuando los demás se retiraron, y quedaron sólo los miembros del secretariado, el Rubio dijo:

—Carlos, tienes que salir mañana mismo... Dentro de veinte días o de un mes puede empezar la oleada de huelgas y te necesitamos aquí.

—Creía que la dirección nacional me enviaba para quedarme allí al menos cierto tiempo...

—No. Allí ya hay alguien, o se cree que hay alguien, al menos. Vas precisamente a establecer contacto con ese compañero, estudiar con él la situación, ver lo que necesita, cómo se pueden establecer las bases de una resistencia a los hombres de la empresa. El compañero que está allá se llama Gonçalo, y tienes que entrevistarte con él en nombre de Vitor...

—¿Es el Gonçalo de Bahía, el de los indios?

—El mismo...

—Entonces, va bien la cosa...

Hablaron luego de Saquila. Carlos no estaba satisfecho con la resolución. Hubiera preferido la expulsión pura y simple, le parecía que la dirección se había dejado impresionar por aquella «autoflagelación que Saquila llamó autocrítica»:

—Aquello no fue autocrítica ni nada que se le parezca... Fíjate que en ningún momento dijo que estuviera de acuerdo con la línea del partido. Que se había equivocado, sí, señor, y que era un miserable, un estúpido y no sé qué más... Pero ni por un momento renegó de sus posiciones...

—Lo que más me impresionó fue que él mismo propusiera la expulsión de

Camaleón. Además, no hay contra él nada concreto, fuera de unas concepciones ideológicas falsas. Los camaradas de la regional consideran que está equivocado, pero no que sea un enemigo. Si forzáramos ahora el problema de la expulsión, esto no iba a contribuir a la mejor formación de los cuadros. A algunos les iba a parecer que se trataba de un conflicto de grupos. Ya verás como Saquila acaba por enterrarse solo...

—Y ahora, en la base, tiene menos posibilidades de hacer daño al partido...

Carlos estaba también preocupado por Camaleón:

—Ese tipo no se me va de la cabeza. Teníais que haberlo visto cuando fui a pedirle que dejara el taller. Parecía un policía... Hay que enterarse de por dónde anda, dónde se ha metido, qué diablos anda haciendo.

Zé Pedro se mostró de acuerdo:

—También me preocupa a mí. Al fin y al cabo, sabe donde está el taller. Es un peligro. Hay que buscar otra casa, por difícil que sea. No hay más remedio. No podemos quedar en manos de un sinvergüenza así...

—Va a ser difícil encontrar otra casa para la imprenta...

—¿Marcos no conocerá alguna?

—Ya se lo preguntó Mariana. Marcos no conoce los suburbios, sólo conoce casas del centro, y ahí es imposible...

El Rubio se volvió hacia João:

—Bueno, ha acabado tu luna de miel. Tienes que ir a Santos, y la mujer queda aquí. ¿Ves, hombre? ¿Quién te mandó casarte? —y se echó a reír.

João se rió también:

—Por eso me casé con una comunista... Bueno, hasta la próxima... —se despidió. Tenía que salir al día siguiente para Santos.

Fueron saliendo a intervalos regulares. Cuando quedaban sólo el Rubio y Zé Pedro, apareció el arquitecto, con un paquete en la mano.

—Esto es para João. Regalo de boda. Pero ya se ha ido... ¡Y yo que se lo había prometido a Mariana...!

—Yo se lo daré —dijo el Rubio.

Marcos de Sousa se sentó con él, empezaron a comentar la visita de Getúlio. Aún no se hablaba de otra cosa en São Paulo. Al fin habían puesto en libertad a los estudiantes, pero los obreros detenidos durante la manifestación estaban aún en los calabozos de la Comisaría central. Los habían apaleado brutalmente. Incluso los cuatro heridos, internados en un hospital, estaban incomunicados. El arquitecto se había enterado de que el delegado de Orden Político y Social iba a ser cesado, y que se haría cargo de la delegación, según le habían contado, un antiguo comisario, especialista en represión del comunismo, el célebre «jefe» Barros. Un maniático de la tortura con veinte años de ejercicio...

—Barros... —dijo el Rubio—. Lo conozco muy bien, es una bestia. Varios compañeros nuestros fueron torturados por él. El padre de Mariana, por ejemplo.

Cuando salió de sus manos, fue para morir... Es una noticia interesante...

—También el director de la Delegación de Prensa —continuaba contando Marcos de Sousa— parecía estar a punto de caer. Se decía que Getúlio se había llevado una pésima impresión de todas las autoridades del Estado, de su lealtad. Había muchos armandistas ocupando cargos importantes. Y los armandistas estaban conspirando con toda seguridad. Un golpe que podía ser certero, ¿no creían lo mismo?

—No, no lo creemos... —se rió Carlos—. No tienen fuerzas para derribar a Getúlio... Lo único que harán será fortalecerle...

—Pues es una pena... —se lamentó el arquitecto—. En definitiva, mejor Armando Sales que Getúlio...

El Rubio se había levantado para salir. Puso su mano flaca de tuberculoso en el hombro del simpatizante:

—Es todo lo mismo, amigo... Getúlio o Armando Sales son paño de la misma pieza. ¿O crees que si Armando Sales da el golpe con éxito se va a deshacer de la Constitución de Noviembre? No, amigo, no. Gobernará con ella. Se hará un Estado Novo a su medida... Un golpe puede cambiar sólo el dictador, no puede acabar con la dictadura. Sólo un movimiento de masas en todo el país puede echarla abajo, ¿comprendes? Para nosotros, no hay ninguna diferencia fundamental entre todos esos hombres. En el fondo, representan lo mismo. Con unos o con otros, Barros seguirá de policía, liquidando obreros... Sale un gobierno, entra otro, y Barros sigue ahí, más firme que una roca... Es como un símbolo. Y sólo el pueblo puede barrer a Barros, y con él a toda la basura esa...

Se echó a reír. El arquitecto se rió también, admirado:

—Lo que me admira... lo que me gusta... es esa confianza vuestra en el pueblo... Es posible que estéis equivocados, pero ¡diablo!, es hermoso...

—Y también seguro... —corrigió Carlos.

Camaleón se había escondido en casa de su amante, en las cercanías de la casa donde había funcionado antes la imprenta. Hacía mucho tiempo que le había confesado a la mulata, una lavandera abandonada por el marido, que era comunista y que corría peligro. La mujer tenía una noción muy vaga de todo aquello, y las proclamas propagandísticas repetidas por el tipógrafo con voz declamatoria, no hacían más que confundirle. Para ella, Camaleón era un letrado, y decía riéndose con sus dientes podridos:

—Tú eres igualito que un cura en un sermón. ¿Cómo puede tener un hombre tantas cosas en la cabeza? Eres como un abogado...

Camaleón se inflaba de orgullo. Las únicas horas alegres eran las que pasaba con la mulata: allí había alguien que le admiraba, alguien que sabía reconocer su valor. Hasta cuando el taller fue trasladado a la casita distante, venía de noche a verla, en un largo y arriesgado viaje. La mulata gastaba con él todo el dinero que ganaba lavando para las familias de las calles próximas: dependientes, un comisario de policía con su mujer, un teniente de la Policía Militar, un telegrafista jubilado. La mujer vivía en un rincón perdido, en un caminito en pendiente, junto al monte, en el que se alineaban seis o siete barracas, viviendas de lavanderas o cocineras, de un *pai-de-santo* (donde los sábados y domingos se bailaban macumbas)^[5], de un obrero en paro.

Las noches en que aparecía Camaleón, se entretenían después de cenar tomando unas copas de aguardiente. Cuando estaba borracho, Camaleón se soltaba la lengua, contaba cosas del partido, se quejaba. La lavandera sacaba de todo aquello que su hombre era un hombre importante, y se sentía orgullosa de sus relaciones con él, tan orgullosa que no podía contenerse, y al cabo de poco tiempo ya todas las vecinas estaban enteradas de lo que él le contaba.

Un día Camaleón apareció, inesperadamente, por la tarde. Venía de mal humor y le contó una historia embarullada: la policía andaba tras él y tenía que esconderse. Ella no podía decir a nadie que estaba allí. A Camaleón aquello le había parecido lo mejor que podía hacer tras su entrevista con Carlos: meterse en casa de la amante hasta que Saquila fuera puesto en libertad y decidiera qué hacer. Había dejado un aviso en la redacción del periódico diciendo dónde podía encontrarlo Saquila. Ya en casa de su amante, instalado como si fuera el dueño, se pasaba la mayor parte del día durmiendo mientras ella lavaba la ropa y la tendía a secar en un desmonte próximo. Por la noche, cuando ella volvía, se emborrachaban juntos. No tardaron en empezar los comentarios de los vecinos. Camaleón empezó a salir, a hacer amigos, y acompañó a la mulata a una sesión de macumba en casa del *pai-de-santo*. Se presentaba como un tipógrafo en paro, pero ya los vecinos empezaban a decir que se trataba de un delincuente buscado por la policía. Algunos hablaban de un ladrón, otros le tenían por peligroso asesino.

Camaleón se sentía cada vez más distante de su vida anterior. Tenía ahora todo lo que deseaba: comida, bebida y mujer. Podía salir de noche. Nadie le obligaba a trabajar. Así cuando Saquila le fue a ver, el tipógrafo no mostró el menor interés en aceptar un puesto de trabajo en los talleres de *A Noticia*. Planteó sus exigencias: no quería un empleo cualquiera; al fin y al cabo, ahora estaba bien, no le faltaba nada, y dejó entrever, en ciertas frases, las obligaciones de Saquila para con él:

—Bien podías buscarme un puesto de subjefe de taller en el periódico. Tú allí, haces mangas y capirotos. Eres, para el caso, el jefe de todo aquello... Al fin y al cabo, tú me debes muchos favores, y si yo quisiera... —dejó la frase en el aire y Saquila tuvo miedo. Le prometió que vería lo que se podía hacer.

Nada dijo al partido de la conversación con Camaleón, y durante un tiempo estuvo sin verlo. No lo hizo hasta después de la reunión de la regional, y le llevó un ejemplar del último número de *A Classe Operaria*, donde se hacía pública la expulsión del tipógrafo. Le había buscado también un empleo en los talleres de una editorial.

Encontró a Camaleón completamente borracho, y le fue imposible sostener una conversación seria. La primera reacción del tipógrafo al enterarse de su expulsión fue ponerse a llorar como un chiquillo. Tal vez aquello había tocado un lejano sentimiento suyo, muy distante ya y casi perdido, y Saquila quiso aprovechar la ocasión para convencerle de que podía rehabilitarse:

—Vuelves al trabajo de masas, al sindicato, y te rehabilitas. No va a ser eterno en el partido este grupo de dirección. Están haciendo tontería tras tontería, y no va a tardar en llegar nuestra hora. También a mí estuvieron a punto de expulsarme... Me han echado de la dirección, me han devuelto a la base... Todo por ti, por defenderte. Pero van a cambiar las cosas, te lo aseguro, y volverás al partido. Te lo prometo. Y hasta puedes ser miembro de la dirección. Tú, con la experiencia que tienes en el trabajo del taller, serías un buen responsable de agitación.

Pero Camaleón había acabado la llorera, y su segunda reacción fue una ira súbita. No quería saber nada de nada, a las frases de consuelo y de promesa de Saquila respondía con quejas amargas. ¿Así le agradecían aquellos tiempos terribles metido en aquel escondrijo, solo con las máquinas, sin poder salir, recibiendo una soldada miserable, y además pagada siempre con retraso? Allí había perdido hasta la salud, lo había sacrificado todo por la causa. Empezó a echar pestes contra el partido, contra los camaradas, ni siquiera Saquila escapaba de su furia. El periodista se hallaba entre la irritación y el miedo. Sentía que aquel hombre se escapaba de sus manos, que por aquel camino podía hacer cualquier barbaridad, y tuvo miedo.

Eran tiempos delicados, tenía que ganarse de nuevo la confianza del partido si realmente quería realizar sus planes. Y aquel borracho imbécil era capaz de estropearlo todo. Decidió imponerse:

—La verdad es que has cometido una solemne estupidez...

—¿Estupidez? ¿Por qué? ¡Ahora resulta que hasta tú me acusas...! ¿No fuiste tú

mismo el que me dijiste que no entregara el taller?

—Eso era una cosa, y la otra dejarlo todo así, por las buenas, y desaparecer. Los camaradas desconfían de ti...

—Pues no quiero saber nada de nada... Me sacrificué como un tonto y ése es el pago que me dan: una patada en el culo... Para mí, eso se acabó...

Saquila se mostraba de acuerdo:

—Bien, de acuerdo. No se hable más. Lo importante ahora es que empieces a ganarte la vida. Tengo un buen empleo para ti en Gráfica Comercial. Puedes empezar dentro de diez días, a primeros de mes. Es un empleo mejor que cualquier periódico...

—Bueno... pues gracias... —ahora, un poco repuesto de la borrachera, Camaleón volvía a comportarse humildemente ante el periodista. Yo te aprecio mucho, Saquila, y si algún día puedo serte útil...

—También yo te aprecio. Fueron injustos al echarte, pero ya se darán cuenta, con el tiempo...

Le dio algún dinero, le dijo que fuera a verle a fin de mes para presentarle en el taller, y se despidió. Camaleón volvió a beber y, cuando llegó la mulata, le encontró tirado en el suelo, al lado de la mesa, gruñendo amenazas.

Aumentaban los comentarios en la calle y, como la policía andaba aquellos días buscando a un ladrón que había atracado una joyería, otra lavandera, en una discusión con la mulata, insinuó que tal vez fuera Camaleón el autor del hecho, que nadie sabía de dónde había venido:

—Y ese hombre que tienes escondido en casa... A ver si fue él quien asaltó la joyería...

La mulata se indignó:

—No es un ladrón... Es un hombre honrado que sabe un montón de cosas, más que un abogado. Es comunista, y por eso está escondido...

Así fue pasando la noticia de casa en casa, hasta llegar a la del comisario. Éste se interesó por el asunto, y una noche apareció con otro y se llevaron a la comisaría a Camaleón, más borracho que nunca.

Camaleón respondió con frases incoherentes a las preguntas que le hicieron en el momento de la detención, pero la mulata, asustada y amenazada, fue más explícita. Contó el inicio de sus amores con el tipógrafo cuando éste vivía, solo, en una casa apartada, no muy lejos de allí, cerrada ahora, y donde de vez en cuando aparecían otros hombres. Dijo que después se había trasladado a otra casa, pero siguió visitándola, y un día vino a que le escondiera. Sí, era comunista, por lo menos eso decía, y sabía hablar de cosas difíciles, con palabras que ella no entendía.

Barros, viejo jefe de la brigada, el mismo que años atrás había detenido al padre de Mariana, era considerado como el mejor técnico paulista en la represión del comunismo. La noche de la detención de Camaleón había estado cenando con Eusebio Lima y ambos habían estado discutiendo la actuación del delegado. También

Barros lo consideraba mediocre para el cargo, inexperto, un picapleitos sin carácter. Desde luego, no era el hombre adecuado para aquel puesto clave, encargado de mantener el orden establecido. Pero lo protegía el interventor, y a pesar de las presiones de Rio de Janeiro, no había sido posible darle el cese. Cuando el comisario volvió a la central, de noche, iba contento. Podía prever en las palabras de Eusebio Lima —una persona directamente ligada al jefe del gobierno— la posibilidad de pasar a ocupar el soñado puesto de delegado. Poco después, le comunicaron la llegada del preso.

Fue imposible arrancarle nada concreto al tipógrafo en el primer interrogatorio. Estaba demasiado borracho y todo lo que decía era incoherente y sin sentido. Pero fue bastante para que Barros quedara convencido de que se trataba de alguien vinculado al partido. Dio órdenes de que le dieran una ducha fría hasta que se le pasara la borrachera y, de madrugada, lo interrogó de nuevo. Camaleón se encontraba agotado, deshecho. Barros le dijo, con su voz ronca y pesada de amenazas:

—Si hablas, nada va a ocurrirte. Si no hablas, vas a ver lo que es bueno...

—No sé nada... Le juro que no sé nada... —tendía las manos, le temblaba el cuerpo, la chaqueta aún sucia de aguardiente y de vómitos, el pelo mojado.

—Bien, hombre, bien. Pues vamos entonces a la sala de ahí al lado, la de «las sesiones de espiritismo» —hizo una señal a los inspectores.

Se llevaron a Camaleón. Se debatía.

Barros fumaba un puro ofrecido por Eusebio Lima, terminada la cena, y aspiraba el humo con deleite. Se apoyó en la puerta de la sala tras cerrarla. Sonreía levemente. Camaleón pasaba los ojos asustados por los instrumentos de tortura. Barros le habló:

—Bueno, amigo. La fiesta va a empezar...

Los guardias le agarraron brutalmente, empezaron a amarrarle. A las primeras bofetadas, gritó:

—Por el amor de Dios, paren... Lo diré todo...

Lo llevaron otra vez al despacho de Barros. Quedaron los dos solos, y Camaleón lo contó todo. De quien no habló fue de Saquila, pero por lo demás, dijo todo lo que sabía desde su entrada en el partido hasta la expulsión. Dio la dirección del taller, describió a Carlos (cuyo nombre ignoraba) y a otros camaradas encargados de llevarle los originales. Barros le mostró una fotografía del Rubio, tomada cuando el dirigente estuvo detenido, y le preguntó si lo conocía. Camaleón le había visto una sola vez, pero no sabía dónde encontrarle. Tampoco tenía idea de quién se ocultaba bajo el nombre de camarada João, ni reconoció la fotografía de Zé Pedro, a quien no había visto nunca.

Ahora, Barros, se mostraba atento y gentil. En cuanto logró la dirección del taller, ordenó que prepararan una redada. Se reía para sí. Ahora sabía cómo provocar el cese del delegado y pasar a ocupar su puesto. Avisó a los policías para que no comunicaran nada al delegado sobre la detención de Camaleón. Mientras los hombres preparaban los coches, Barros siguió su conversación con el tipógrafo. Le ofreció un

cigarrillo. Camaleón, aún pálido, le pedía protección. Tenía miedo a la venganza de los compañeros, podían hacérselo pagar caro cuando saliera a la calle. Barros lo estudiaba: allí tenía un buen elemento. Le propuso trabajar para la policía. Le dejarían suelto, le pagarían un buen sueldo, sólo debía intentar de nuevo acercarse a los comunistas. E informarle después... Podía hacer una buena carrera... Camaleón aceptó.

—Ahora vas a venir con nosotros para indicarnos la casa donde está el taller. Vamos a ver si es verdad lo que nos has contado.

—¿Y después? No me metan en la cárcel con ellos... Por el amor de Dios, no lo hagan... —y de nuevo se echó a llorar, vencido por el pánico. Era un residuo de hombre algo mezquino y sórdido, e incluso en aquel ambiente innoble de la policía, su condición humana era tan miserable que el propio Barros se dio cuenta: «Éste puede sernos muy útil...».

—No seas cobarde. No tengas miedo... Te aseguro que... A no ser que hayas mentido. En este caso...

Pero Barros sabía que Camaleón no había mentido. Había comprobado su historia con el número de *Classe Operaria* donde figuraba la noticia de su expulsión. Tenía, además, una honda experiencia de comunistas presos, los conocía bien, y sabía reconocer muy pronto los cobardes y los débiles, los capaces de traición. Eran muy escasos, desgraciadamente, pensaba. La mayoría sabía mantenerse en silencio, eran tipos cuya psicología jamás había logrado entender bien, gente que soportaba las mayores torturas con la boca cerrada. Por eso se sentía siempre alegre y bien dispuesto cuando uno de ellos, aunque fuera un expulsado del partido, aceptaba cantar. Le parecía una victoria moral, mucho más valiosa que una redada con muchos detenidos, que el descubrimiento sensacional de una célula que operara en la ilegalidad... Y ahora esa alegría se veía multiplicada porque tenía ante él la oportunidad de apoderarse de la imprenta, de apresar a los responsables. Y eso sin conocimiento del delegado, para quien eso iba a significar el cese, mientras que a él, a Barros, el triunfo le iba a dar el ambicionado título de «delegado de Orden Político y Social». Los comunistas, entonces, cuando él fuera delegado, iban a ver... Dijo a uno de los inspectores, indicando a Camaleón, aún deshecho en lágrimas:

—Mételo en el coche. Irá con nosotros...

El policía le dio un empujón y lo tiró contra la puerta. Barros recomendó:

—No le maltrates... Ahora es de los nuestros. Va a trabajar con nosotros. Es un hombre inteligente...

Cinco coches salieron de la Comisaría central avanzada la noche. Barros recomendó a los policías que fueran bien armados, no podían saber si encontrarían resistencia. Mientras los coches atravesaban la ciudad aún dormida, él continuaba interrogando a Camaleón, que iba a su lado. Temía que, tras el abandono de la imprenta por el traidor, los comunistas la hubieran trasladado, aunque no veía cómo, pues prácticamente no habían tenido tiempo. Las máquinas debían de estar allí, por lo menos las máquinas. No se desmonta y vuelve a montar un taller en pocos días, y el material que habían lanzado durante la visita de Getúlio, lo habrían compuesto allí. Ahora debían de estar tirando nuevas hojas. Barros imaginaba qué ventajas podía obtener de aquel taller, utilizándolo para imprimir material falso, para difundirlo en los medios obreros, creando confusión, presentando como consignas del partido lo que quisiera la policía. Le hizo gracia su idea, y sonrió. Una vez más habían hecho algo semejante en Rio con excelentes resultados. Sería su primer trabajo como delegado: la captura y utilización de aquella imprenta. Así demostraría que no sólo sabía torturar y liquidar comunistas, sino que también era capaz de emplear contra ellos otros métodos más hábiles, entremezclándolos, los brutales y los ingeniosos. Demostraría que era el hombre capaz de luchar contra el partido en São Paulo.

Le dijo a Camaleón, cuyo cuerpo notaba tembloroso a su lado:

—Si agarramos ese taller, te doy un buen empleo en la policía. Palabra de Barros...

Cuando dejaron atrás las últimas casas y entraron por la amplia carretera, Camaleón empezó a indicar el camino. Ahora ya estaban en pleno campo, y dejaron los coches lejos de la casa. Era una noche azulada, de suave atmósfera, y un perfume de campos cubiertos de rocío se desprendía de la tierra. Todo parecía dormir alrededor, y Barros empezó a distribuir a sus hombres. Rodearon la casa, tomaron posición entre los árboles del pequeño huerto que la rodeaba. Barros recomendó:

—No dañéis las máquinas... Quiero aprovecharlas...

Dos inspectores se adelantaron hasta la puerta, pistola en mano. Uno de ellos dio unos golpes secos y fuertes sobre la madera. Al no obtener respuesta, dio con la culata de la pistola y los sonidos se multiplicaron en la noche perfumada y clara. Barros se acercó:

—Vamos a resolver esto con el menor barullo posible, para no atraer la atención de los vecinos. Así podremos tender la trampa aquí y atrapar a los elementos de enlace con el taller. Vamos a evitar que la gente de los alrededores se entere. Trabajemos con la cabeza...

Y él mismo llamó suavemente a la puerta, golpes repetidos pero poco ruidosos.

—En cuanto abran por aquí, hay que procurar también entrar por la puerta trasera. Y coger todo el material. Ahora somos nosotros quienes llenaremos la ciudad de propaganda comunista... hecha por la policía.

Al oír los primeros golpes, el viejo Orestes se levantó y tocó el hombro de Jofre para despertarle:

—Están llamando a la puerta...

Se quedaron escuchando. El joven se había puesto de rodillas y tenía la cabeza hacia el corredor.

—Están llamando con la culata de una pistola...

—Es la policía... —dijo el viejo.

Jofre asintió moviendo la cabeza. Ya estaba de pie. Agarró el revólver. Una súbita madurez iluminaba su rostro juvenil. Ahora resonaban blandas las llamadas a la puerta, pero los oídos de mestizo de Jofre distinguían el ruido de los pasos:

—Están rodeando la casa.

Orestes se armó también, y la excitación le hacía reír. Jofre resumió rápidamente la situación:

—Lo importante es evitar que caiga en sus manos el material impreso y la maquinaria. Podrían utilizarla para imprimir falso material. Lo que hay que hacer es armar barullo, el máximo ruido posible, para que se oiga en las inmediaciones, para que no puedan quedarse emboscados por aquí a la espera de que vayan llegando los camaradas...

—Mariana solía venir por aquí... —dijo Orestes.

—Y también Carlos a veces... Aunque nos maten, lo importante es que ellos se enteren. Procura contenerlos mientras yo me cargo las máquinas y quemó el material...

—No —dijo el viejo—. Deja eso de mi cuenta. Vete tú a la sala... Si puedes huir, hazlo. Yo sabré cómo hacer para que no quede nada. Voy a acabar con las máquinas y hasta con la casa...

Jofre le miró y sonrió. Comprendía ahora la utilidad de las bombas primitivas que el italiano fabricaba y de las que siempre se había burlado. Le tendió la mano. El viejo dijo:

—Si logras salir, dile a Mariana que el viejo Orestes se portó como quien es...

Salieron los dos. El italiano hacia el cuarto de las máquinas y Jofre a la sala. Una voz ordenaba a través de la puerta:

—Abran o derribamos la puerta...

Jofre apuntó con el revólver:

—El que entre, es hombre muerto...

Oyó el golpe de los cuerpos contra la puerta, se colocó detrás de la mesa. Del cuarto donde estaba Orestes empezaba a salir humo. El viejo estaba quemando el material. La puerta iba cediendo poco a poco. Jofre oía golpes también en la puerta de atrás. De repente, en una embestida más fuerte, la puerta saltó y apareció la figura de un inspector aún joven. Jofre tiró, y el hombre dio un grito, sujetándose el brazo izquierdo con la mano derecha y dejando caer la pistola. La puerta quedó vacía. Una voz dijo allá afuera:

—¡Cuidado! ¡Están armados!

La voz de Barros se elevó:

—Entregaos y os garantizo un trato correcto. Si os resistís, os mataremos... Tirad las armas y rendíos...

—Ven a buscarme... —respondió Jofre.

—Es uno sólo... —oyó que decía alguien en las sombras, ante la casa.

Y casi al mismo tiempo sintió que derribaban la puerta de atrás. «De nada sirve quedarse aquí», pensó. Se lanzó hacia el pasillo, arrastrándose por el suelo, se metió en el rincón formado por un armario. Entraron desde el fondo algunos policías, buscando dónde encender la luz. Jofre tiró otra vez, calculando por el ruido de los pasos. Los oyó correr a lo largo de las paredes.

—Está en ese pasillo... —dijo uno.

—No enciendas la luz. Así no nos ve... —aconsejó otro.

Los ojos de Jofre se habituaban a la oscuridad, y ya podía distinguir la silueta de dos hombres. Apuntó y disparó:

—¡Me ha dado! ¡En el pecho! —y cayó un cuerpo.

—Vamos a acabar con él... —era la voz de Barros en la sala ya invadida. La luz de una linterna empezó a buscar a Jofre. Le dio de lleno en la cara.

—¡Ahí está! ¡Detrás del armario!

La melodía de *Bandiera Rossa* empezó a llegar, silbada, desde el cuarto donde estaba Orestes. Jofre sonrió: «Tiene redaños el viejo». Los inspectores avanzaban ahora por el corredor desde la sala y desde atrás. Jofre se levantó: «Vale más morir de pie, como un hombre...».

Lo enfocó de nuevo la luz de la linterna. Jofre disparó de nuevo. Cayó sobre él una rociada de balas. Muchas se perdieron en el armario. Resbaló, aún apoyado en la madera; dio de cabeza contra el suelo, soltó el revólver. Los inspectores creían que todo había terminado y encendieron las luces de la sala y del cuarto de atrás. Vieron el cuerpo de Jofre tendido en el suelo, al lado del armario. El pecho empapado en sangre.

Pero vieron, al mismo tiempo, el humo que salía de la puerta del cuarto de las máquinas. Y ahora oían claramente una voz cantando, sonora voz meridional:

*Bandiera rossa
triunfará...*

Barros, que había empezado a inclinarse sobre el cuerpo de Jofre, se irguió rápidamente y gritó a sus hombres:

—Las máquinas... Han prendido fuego al material... ¡Rápido!

Pero antes de que pudieran moverse, apareció en la puerta el viejo Orestes, con la pistola en la mano tiznada, cantando su himno italiano de revuelta:

E viva el comunismo e la libertà.

—¡Cuidado, Barros! —avisó un policía. Y el jefe se tiró al suelo con tiempo de escapar de la bala del viejo. Cayó sobre las piernas de Jofre. Tiró desde el suelo. Tenía buena puntería y acertó en la cabeza del italiano. Orestes, después de tirar, había mirado el cuerpo de Jofre y leyó en sus ojos la pregunta ansiosa. Iba a responder diciendo que no temiera por las máquinas, cuando recibió la bala en la frente e hizo un supremo esfuerzo para disparar su revólver. Los dedos no le obedecieron. Fue su último esfuerzo. Cayó de bruces, y sus revueltos cabellos canos se tiñeron de rojo con la sangre que brotaba del pecho de Jofre. Y, casi inmediatamente después, una espantosa explosión hizo temblar la casa. Volaban pedazos de paredes del cuarto. Una parte del techo se abrió mostrando el cielo azul. Una lluvia de tejas destrozadas y de hierro cayó sobre los policías y los cuerpos heridos. La bomba del viejo Orestes había acabado con las máquinas. Jofre cerró los ojos llenos de polvo, y sonrió: «Que pena que el viejo no lo haya podido ver».

Los hortelanos que vivían en las casas vecinas cerraban el camino. Los inspectores los dispersaban. Barros estaba rabioso: ya no podría utilizar el taller para imprimir falso material, no podría tampoco montar una trampa en la casa. La noticia se propagaría inmediatamente. ¡Diablo de comunistas! Empujó con el pie el cuerpo de Jofre:

—Éste aún está vivo. Llévadlo al coche.

Ya se habían llevado antes a los inspectores heridos. Uno estaba agonizante. Barros hincó la suela del zapato en el rostro de Orestes:

—Viejo miserable. Fue él quien se cargó las máquinas... —y apretaba con rabia el tacón contra la faz del muerto. Por lo menos, éste está bien muerto...

Quitó el pie para que los otros se llevaran el cadáver. Desde el coche donde se había quedado, Camaleón vio a los cuerpos en el otro coche. Se sintió invadido por el frío, un miedo pavoroso, un deseo de huir. Fue preciso que uno de los policías lo contuviera con violencia:

—¿Adónde vas, cretino?

En la central, tras entregar a los inspectores heridos al médico de guardia, tumbaron a Jofre sobre una mesa, en uno de los despachos. Tendieron el cadáver de Orestes en el suelo. Jofre respiraba con dificultad. La sangre continuaba brotando incensantemente de las heridas, un hilillo rosa aparecía en sus labios cerrados. Su rostro había recobrado aquel aire juvenil, casi de niño.

Barros entró. Lo vio y sólo entonces se dio cuenta de su extremada juventud. Anunció a los tres policías que se habían quedado en el vestíbulo:

—Es Jofre Ramos. Está condenado a ocho años por el Tribunal de Seguridad. —Demostraba su capacidad a sus hombres—: Le reconocí allí mismo, en el taller. Ahora he ido a mi despacho a comprobar con las fotografías recibidas de Rio... Es él mismo... Con esa cara de chiquillo es capaz de engañarle a uno.

Se quedó al lado de Jofre. Le abrió los ojos con los dedos, le habló:

—Bien, Jofre, ahora vas a morir. Es una pena, aún tan joven... Y un tipo valiente

como tú...

Barros estaba ahora convencido de que Jofre sabía mucho, de que podría poner en sus manos todo el aparato del partido en São Paulo y quizá también a mucha gente de Rio. Estaba allí, moribundo, y también los hombres más valientes pueden vacilar en el momento de la muerte, pensaba Barros, dispuesto a hacer un último esfuerzo que tal vez compensara la explosión provocada por Orestes, las máquinas destruidas, la posibilidad perdida de aprovechar la casa como trampa. Su voz ronca se volvió amable:

—Me gusta la gente valiente como tú... Te admiro, realmente te admiro. Pero, chiquillo, aquí estás, prácticamente muerto. Te propongo un pacto. Tú hablas, cuentas lo que sabes, y yo hago subir al médico de guardia. Él te hará una cura, después te llevamos al hospital. Tú te salvas, Jofre. Y luego...

—¡Cerdo! —dijo Jofre, y una bocanada de sangre saltó de su boca. La cabeza cayó de lado sobre la tabla dura de la mesa.

Barros se contuvo. Continuó con voz aún más amable:

—Si quieres hablar, mando a buscar al médico. Él te salva la vida, seguro. Nosotros te vamos a preguntar unas cosas, tú respondes. Es fácil. Y no morirás. Y si no hablas, te dejaremos ahí, hasta que te desangres y te mueras... Aún estás a tiempo... Es cosa de vida o muerte. No seas tonto, no quieras dártelas de valiente... Yo doy una orden, y el médico sube. Aún eres joven, seguro que tienes madre y novia... Piensa en ellas, en su dolor si mueres. ¿Quieres hablar?

Jofre reunió todas sus fuerzas, levantó otra vez la cabeza:

—¡Canalla! —la voz salió de un borbotón de sangre.

Barros apretó los puños, dio unas vueltas por la sala para mejor contenerse. No los entendía. A éstos, no los entendía. Preferían morir antes que hablar... ¿Cómo podía existir gente así, tan obstinada? ¿Por qué lo hacían? ¿Cómo era posible? Barros no lo entendía. Tuvo una idea. Dio orden de que llevaran a Camaleón. Le acercó a la mesa, se lo mostró a Jofre, con voz convincente:

—Éste nos lo contó ya todo, todo lo que sabía. Nos ha entregado al partido entero. Ya lo sabemos todo, sólo queremos que tú nos lo confirmes. ¿Quién es João? ¿Dónde viven el Rubio y Pedro? ¿Quién te envió desde Rio? ¿Quiénes son los que componen la dirección nacional? Vamos, habla mientras puedes, de nada sirve que calles, ya lo sabemos todo, queremos sólo la confirmación... Mandaré llamar al médico... Y después intentaremos la revisión de tu proceso. Palabra de honor.

Los ojos moribundos de Jofre se clavaron en el rostro verduoso de Camaleón. Y contenían un desprecio tan hondo que el tipógrafo retrocedió, pidiendo:

—¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí! Él puede...

Barros volvió contra él su irritación:

—¡Basta ya, cobarde de mierda! Tienes miedo hasta de los fantasmas. ¡Largo de aquí! —le empujó hacia la puerta—. Llevaos a ese idiota...

Se volvió hacia Jofre, de cuyo rostro iba desapareciendo la vida. Se miró el reloj

de oro en la muñeca:

—Son las cuatro y media de la mañana. Si no llamo al médico no duras ni una hora. ¿No ves que te estás muriendo? ¿Por qué no hablas? No seas idiota...

Jofre doblaba la cabeza, veía al cadáver de Orestes, tenía la impresión de que por aquella boca cubierta de ásperos bigotes blancos vagaba una sonrisa. Hizo un nuevo esfuerzo. No había logrado antes gritar «traidor» a Camaleón, como había deseado. ¿Podría ahora dar su viva final al partido, a Prestes? Sus ojos estaban cada vez más empañados, sus fuerzas le abandonaban con la sangre que huía de sus heridas, sus labios comenzaron a murmurar. Barros notó el movimiento de los labios ensangrentados. Su rostro se iluminó, victorioso:

—¡Va a hablar!

Y acercó la cabeza para oír mejor, para no perder ni una sílaba, y oyó la voz del moribundo entrecortada. Y gritó, elevando la mano brutal:

—¡Habla, perro! ¡Habla mientras aún estás a tiempo! ¡No quieras hacerte el duro, porque yo sé cómo se trata a los duros! —bajó la mano con fuerza.

Sólo después de la segunda bofetada se dio cuenta de que estaba abofeteando a un muerto. Se apartó, se limpió la mano sucia de sangre en los visillos de la ventana. Anunció con voz derrotada:

—Ha muerto. Ha preferido morir que hablar. Desgraciado...

La madrugada entraba por las rejas de las ventanas y cubría los cadáveres con un manto de luz lechosa blanquecina.

Bajó por el río, en busca de la cabaña de Gonzalo, en la canoa del sirio, y sus ojos de hombre de ciudad se abrían con asombro ante la naturaleza salvaje que le rodeaba. El sirio le lanzaba de vez en cuando una mirada de desconfianza. Carlos se sentía casi oprimido por la colosal grandeza que le rodeaba: las aguas caudalosas del río, la selva densa, cerrada en árboles y fieras. Allí sólo el hombre era desgraciado y miserable, aquellos indios verdes de paludismo, vestidos de andrajos, temblando de fiebre, parecían visiones fantasmagóricas de la selva. Carlos se preguntaba a sí mismo cuándo llegaría al fin el día de la victoria para poder libertar al hombre brasileño de las cadenas de la miseria y convertirle en señor poderoso de aquella naturaleza indómita.

El viaje desde São Paulo a Mato Grosso, en tren, en camión, a caballo, había sido un curso de política y constituía una experiencia inapreciable: vio la miseria sin límites de los trabajadores del campo. Y la había visto ir creciendo a medida que avanzaba hacia el interior, cada vez mayor y más dramática. Vio a los cultivadores de café de São Paulo, luego a los braceros, como esclavos, de las haciendas y de las dehesas del exsenador Venancio Florival, en las tierras fértiles del Mato Grosso. Vio aquel espectáculo de increíble crueldad. Era como si hubiera retrocedido en el tiempo y llegado, no a otro Estado de la federación brasileña, sino a una página anterior de la historia del hombre, a la era feudal. Los hombres como siervos, trabajando la tierra sin más instrumentos que sus pobres brazos, y sin ningún derecho a sus frutos. Mejor que ellos vivían los animales del campo, las bestias inmundas, porque representaban un valor para los dueños de las haciendas. Era una miseria espantosa, una indescriptible tragedia. Los ojos del joven comunista se ensombrecieron ante el espectáculo repetido con caracteres cada vez más brutales. Después de haber visto a los trabajadores de las haciendas de Venancio Florival, pensó que había llegado a los límites de la miseria, que era imposible ver nada más terrible.

Había sido huésped del exsenador un día y una noche, tras dar uno de aquellos golpes teatrales de los que era fértil su imaginación de mestizo. Llegó a la hacienda por el camino de Cuiabá, cargado de productos para la tienda donde se abastecían, a precios altísimos, los trabajadores y los aparceros. Se presentó al latifundista como un periodista de São Paulo, encargado por Costa Vale de un reportaje sobre las condiciones actuales de Río Salgado. Venancio Florival, siempre respetuoso con los periodistas (a quienes pagaba comidas, aperitivos y cenas en São Paulo y Rio de Janeiro), le acogió con gran cordialidad. Le dijo que estaba realmente esperando, no a un periodista, sino a una caravana de periodistas enviados por *A Noticia* para contar, en una serie de reportajes para todo el país, el estado actual del Valle, donde se iba a alzar una poderosa empresa industrial. El propio Venancio Florival estaba asociado a la nueva empresa y tenía un interés particular por aquellas tierras de más allá de las montañas. Había llegado desde São Paulo, poco después de la visita del dictador y del

remate de aquel negocio del café, para preparar en su hacienda el alojamiento de los periodistas y técnicos de la caravana. Hasta el poeta César Guilherme Shopel (ese gordísimo, que parece un puerco cebado, seguro que lo conoce... —explicó a Carlos) vendría, y le había prometido escribir un poema sobre las tierras de su hacienda...

Carlos afirmó tranquilamente que era muy amigo de Shopel (de quien sólo conocía, y muy vagamente, el nombre) y que formaba parte de la caravana. Él era en realidad la vanguardia solitaria, para preparar el camino. Venancio Florival le trató con magnificencia: dio órdenes a la cocina, mataron varios animales, el exsenador estaba muy orgulloso de sus haciendas y se empeñó en mostrárselas a Carlos. Vio así las inmensas plantaciones de café y los pastos que se prolongaban hasta perderse de vista, donde engordaba el ganado perezoso. Pero vio también las chozas inmundas de los trabajadores, los hombres esqueléticos, los niños trabajando como adultos, con los vientres hinchados, el rostro pálido, vio a las mujeres envejecidas a los treinta años, toda aquella gente sin ningún derecho. Oyó al hacendado insultarlos, tratarlos como esclavos. Y las palabras del Rubio sobre la necesidad de trabajar a los campesinos, el informe a la última reunión de la regional, volvían a su memoria. Sí, era urgente ganar a aquellas masas, despertar su conciencia política, construir su alianza con el proletariado. Sin eso, todo esfuerzo sería inútil, toda lucha vana...

Al día siguiente, Venancio Florival le prestó caballos para atravesar las montañas, y puso dos hombres a su disposición para acompañarle. Con ellos, Carlos fue hablando durante la larga travesía, aprendiendo el terrible significado de aquella existencia.

Fue así como alcanzó la pequeña tienda del sirio, a orillas del río. Allí se habían quedado los dos hombres, con los animales, a su espera. Tendría que volver al cabo de dos días. Le contó al comerciante una serie de mentiras sobre su misión de periodista y los motivos imperiosos por los que tenía que hablar con Gonzalo: El sirio oía con la cabeza baja. Estaba seguro de que Carlos era un policía enviado para detener a Gonzalo. Hacía ya tiempo que el sirio estaba convencido de que el gigante debía de estar condenado por algún delito. No podía creer que ningún hombre se internara en aquel rincón del mundo si no fuera por las mismas razones que le habían empujado a él mismo. No puso dificultades en llevarle a la cabaña del gigante, pero exigió que fuese solo. Y durante el viaje no dijo palabra, sólo miraba furtivamente al joven.

Carlos creía haber tocado, en la hacienda de Florival, las fronteras últimas de la miseria. Pero todavía era más terrible allí, en medio de aquella naturaleza exuberante de los trópicos, la visión alucinante de la población ribereña, de aquellos huidos del mundo, de aquella gente subalimentada, enferma y triste. Los planteles, robados a la selva, cultivados con la única fuerza de sus brazos, pequeños campos de maíz, mandioca y habichuelas, no les daban siempre lo necesario para comer. Y pronto ni esa tierra tendrían. Hasta aquella extrema miseria, único bien que poseían, estaba amenazada...

Llegaron a la cabaña de Gonzalo en plena tarde, bajo un sol ardiente. El fugitivo estaba preparando la canoa para uno de sus habituales viajes por el río, de casa en casa de los indios, visitas que había hecho más frecuentes desde que el sirio le había traído los periódicos con la noticia de la constitución de la Empresa del Valle de Río Salgado. El sirio saltó de la canoa, se dirigió a Gonzalo, indicó a Carlos que trepaba por la margen del río:

—Ése dice que es periodista y que quiere hablar con usted...

Estaban los tres solos junto a las barrancadas, a la orilla del río, donde las pirañas saltaban eternamente hambrientas. Tras ellos la selva se enmarañaba en innumerables lianas. La voz del sirio era decidida:

—Pero me parece que es policía y que viene a buscarlo. No debí de venir solo... *C'est ça...* Podemos acabar con él ahora mismo. Digo a los otros dos que vinieron con él que se ahogó y que se lo comieron las pirañas... —Tenía ya el cuchillo en la mano.

Carlos se acercó rápidamente a Gonzalo:

—Vengo de parte de Vitor.

El gigante sonrió hacia el sirio, agradecido:

—No te preocupes, lo conozco. Es un periodista realmente. Mañana lo bajo en mi canoa. Pero ven a tomar un trago antes de volverte...

—Gracias...

Cuando la canoa del sirio se perdió a lo lejos, empezaron a hablar. Para Gonzalo, aquella charla tenía el sabor de una resurrección y no podía esconder la alegría que subía de su pecho hasta humedecerle los ojos, que se extendía en risa por todo su rostro. Miraba a Carlos como para convencerse de que tenía ante él a un compañero del partido, a alguien llegado directamente de la lucha, a alguien que era como una parte de su propio ser.

—¿Y Vitor, cómo está?

—Creo que bien. Pero yo no vengo de São Paulo. Fueron los compañeros de allí quienes me enviaron. Vitor les informó de que estabas aquí. Yo, realmente, no conozco a Vitor personalmente. Sólo sé que es un camarada responsable del Nordeste.

—Y qué camarada...

Carlos empezó a exponer el asunto de la Empresa. Gonzalo, de cuclillas a la manera de los campesinos nordestinos, escuchaba:

—Hablan mucho de nacionalismo. La Empresa, que ahora está controlada por el gobierno, insiste en eso: empresa nacional, capital nacional. Bobadas para despistar. Detrás de todo están los norteamericanos. Quieren el manganeso, la materia prima que se esconde aquí. Y lo demás va a ser la división de estas tierras entre unos cuantos tiburones... Van a arrebatarnos las tierras a los cultivadores indios y entregar a los yanquis este trozo del país. Ésa es la realidad de su nacionalismo...

Discutieron largamente el asunto. Carlos explicaba:

—Tenemos que aprovechar el conflicto, que va a plantearse, sin duda, con la población de las orillas del río. Van a intentar echarlos a todos fuera. Es preciso que la lucha que va a trabarse aquí sea un ejemplo para todos los campesinos. Dentro de poco tiempo van a llegar los primeros técnicos para iniciar los estudios. Vendrán trabajadores también. Nosotros vamos a meter gente nuestra en medio. Mandaremos a algún responsable para que te ayude. Vamos luego a tratar del santo y seña para que puedas reconocerlos.

Miraba a aquel hombre gigantesco a su lado, a aquel compañero medio legendario sobre quien tanto había oído hablar:

—Nuestro problema es penetrar entre los campesinos. La lucha de los indios que tú dirigiste abrió grandes perspectivas en toda la zona. Mientras no tengamos establecida una verdadera alianza entre obreros y campesinos, no podemos siquiera pensar en un movimiento serio. De aquí tiene que salir algo que tenga aún más resonancia que la lucha de los indios. Algo que se cuente luego de hacienda en hacienda, que podamos utilizar para adoctrinar a los campesinos, que les dé conciencia de clase en medio de esta miseria en que viven. Yo mismo no tenía idea de que fuera tan grande la miseria en el interior... Hay que verlo para creerlo...

Se quedaron charlando hasta que cayó la noche, la tibia noche del trópico, de negro cielo rutilante de estrellas. Nubes de mosquitos volaban a su alrededor. Gonzalo ni siquiera parecía notarlos. Comieron frugalmente, carne asada sobre las brasas en la hoguera encendida ante la choza. Carlos contaba ahora cosas del partido y de la vida política. Hablaba de compañeros, relataba detalles del golpe de Estado, describía los sucesos de la ida de Vargas a São Paulo. Después escuchó a Gonzalo, y el gigante le habló del Valle de Río Salgado. Lo había estudiado durante el tiempo que llevaba allí, conocía las posibilidades de su inconmensurable riqueza, y su voz se elevaba apasionadamente al hablar de aquella tierra y de aquel río:

—Esto puede ser un paraíso. Cuando triunfe el socialismo...

Carlos le interrumpía:

—Pero hay que hacer antes la revolución. Y para hacerla precisamos hombres. Tenemos que transformar a estos cultivadores indios, a estos esclavos de Venancio Florival, en revolucionarios...

La mirada de Gonzalo se perdía en el cielo de mil estrellas, abarcaba la selva y el río, se detenía en la silueta indistinta de las cabañas de los cultivadores:

—Compañero, tú no conoces aún a esta gente, no sabes lo que valen. Esos que están ahí, enfermos y humillados, son unos tipos formidables, valerosos y buenos, generosos y leales. El día en que logremos hacerlos conscientes de la miseria y la explotación en que viven, ese día tendremos en ellos los soldados de la revolución. Y van a mostrar de qué son capaces, porque, permíteme que te lo diga, sólo vivir aquí representa ya un heroísmo, un verdadero milagro.

El grito del jaguar cortaba la noche, despertaba a los monos con chillidos amedrentados. Gonzalo se levantó, su talla gigantesca parecía hecha a la medida de la

selva virgen.

—Compañero, vas a tener una idea de lo que valen estos indios cuando llegue la hora del barullo por acá. Vuelve tranquilo, deja a los gringos de nuestra cuenta... Les vamos a enseñar que el pueblo brasileño no son esos vendidos del gobierno. Que esta tierra es nuestra...

Hizo un gesto amplio con los brazos como para proteger a la selva y al río, a los minerales adormecidos bajo la tierra, a los animales de la selva, a los cultivadores indios en sus chozas primitivas.



JORGE AMADO (Itabuna, 10 de agosto de 1912 - Salvador de Bahía, 6 de agosto de 2001) fue un escritor brasileño.

Nació en la Hacienda de Auricídia, en el municipio de Itabuna, al sur del estado de Bahía. Su padre era dueño de una hacienda. Cuando tenía un año su familia se estableció en la población de Ilheus, en el litoral de Bahía, donde Jorge pasó su infancia. Hizo los estudios secundarios en la ciudad de Salvador, capital del estado. En este periodo comenzó a trabajar en periódicos y a participar de la vida literaria y fue uno de los fundadores de la llamada Academia de los Rebeldes.

Jorge Amado publicó su primera novela, llamada *El País del Carnaval*, en 1931, a los 18 años. Se casó con Matilde García Rosa dos años después, y con ella tuvo una hija, Lila, que nació en 1933, año en que publicó su segunda novela, *Cacao*.

Se graduó en la Facultad Nacional de Derecho en Río de Janeiro en 1935. Militante comunista, fue obligado a exiliarse en Argentina y Uruguay entre los años de 1941 y 1942, período en que hizo un viaje por América Latina. Al regresar a Brasil se separó de Matilde García Rosa.

En 1945 fue electo miembro de la Asamblea Nacional Constituyente por el Partido Comunista Brasileño (PCB), siendo el diputado más votado del estado de São Paulo. Como diputado fue autor de la ley que asegura la libertad de culto religioso. En este mismo año se casa con la también escritora Zélia Gattai.

En 1947, año en que nació João Jorge, su primer hijo con Zélia, el partido fue

declarado ilegal y sus miembros fueron perseguidos y apresados. Jorge tuvo que exiliarse en Francia, donde se quedó hasta 1950. Su primera hija, Lila, murió en 1949. Desde 1950 hasta 1952 Amado residió en Checoslovaquia, donde nació su hija Paloma.

Al volver a Brasil en 1955 Jorge Amado se distanció de la militancia política, pero sin dejar el Partido Comunista. Se dedicó desde entonces integralmente a la literatura. Fue electo el 6 de abril de 1961 a la Academia Brasileña de Letras y recibió el título de Doctor Honoris Causa por diversas universidades.

Su obra ha sido adaptada al cine, al teatro y a la televisión, y también ha sido tema de varios trabajos de escuelas de samba en el Carnaval brasileño. Sus libros están traducidos a 49 idiomas y publicados en 55 países.

En 1987 se inauguró en el Largo do Pelourinho, en la ciudad de Salvador de Bahía, la Fundación Casa de Jorge Amado, que abriga y preserva su acervo para investigadores. La fundación también ayuda el desarrollo de actividades culturales en el estado de Bahía.

Jorge Amado murió en la ciudad de Salvador el 6 de agosto de 2001. Fue cremado y sus cenizas fueron enterradas en el jardín de su casa el día 10 de agosto, cuando cumpliría 89 años.

Notas

[1] El Partido Integralista, dirigido por Plinio Salgado, estaba formado por admiradores de Hitler y de Mussolini, y fue entre 1935 y 1944, una forma brasileña del fascismo. (N. del T). <<

[2] Los «bandeirantes» eran una curiosa mezcla de colonizadores y exploradores que a partir del siglo XVII penetraron en el interior del Brasil, organizados en «bandeiras» bajo disciplina casi militar, aunque dirigidas por particulares, para conquistar la riqueza de aquellas tierras y cautivar a nativos como mano de obra. Los episodios de las «bandeiras» constituyen una cruel y grandiosa epopeya de la historia brasileña. <<

[3] En el ritual de las religiones africanas llevadas al Brasil por los esclavos, Iemanjá es la *santa* de las aguas, y sus fetiches son las conchas y las estrellas de mar. Sus símbolos son lirios y espadas. Al identificarse en parte estos viejos ritos con el Cristianismo, Iemanjá se identifica con la Virgen María. <<

[4] Antonio Balduino es el protagonista de *Jubiabá*, otra novela de Jorge Amado. <<

[5] La macumba es una de las formas que adopta en Brasil el sincretismo religioso entre el Cristianismo y los cultos africanos aportados por los esclavos negros. El *pai-de-santo*, «padre de santo» o *babalorixá* es el que dirige los cultos en el *terreiro* o lugar consagrado. <<